

DESY ICARDI
LA
FOTÓGRAFA
DE LOS
ESPÍRITUS



AdN

**Desy
Icardi**

La fotografía
de los espíritus

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

AdN

A mi madre

Muchos días después, frente al edificio del Ayuntamiento, el abogado Edmondo Ferro había de recordar aquella mañana luminosa en que una chica con mirada un poco oblicua quiso sacarle una fotografía.

Capítulo 1

Monferrato, abril de 1906

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas!

Al son de aquella letanía de palabras arrastradas, las puertas que daban al callejón comenzaron a abrirse, revelando pasillos oscuros que se encendían ante los ojos curiosos.

—¡Fotos, retratos de familia, recuerdos de la confirmación!

Con la nariz asomando lo justo por el umbral, las mujeres vieron desfilar la pequeña procesión, encabezada por un hombre de mediana edad que llevaba un bigote de manillar y un traje exquisitamente confeccionado, el cual, sin embargo, no podía, disimular su achaparrado físico. De su brazo iba una mujer mucho más alta que él, de tez morena, con su larga melena negra sujeta por una vistosa peineta dorada y un ajustado vestido de flores rojas que la envolvía; un vestido sorprendente y muy descarado, comparado con las faldas y las blusas aburridas con las que solían envolverse las mujeres del pueblo. Detrás de aquella pareja tan mal acoplada caminaba un chico de unos catorce años que vociferaba su retahíla, empujando un pesado carro pintado de verde oscuro en cuyo lateral estaba escrito, en letras doradas y ahora ya descoloridas: «FOTOGRAFÍAS BARDELLA».

El chico era el detalle menos interesante de la procesión; se trataba de Berto, el hijo menor de un aparcero de las inmediaciones; lo habían contratado para empujar el carro con el equipo. La verdadera atracción no era ni siquiera la procaz señora a la que los aldeanos habían apodado, desde su primera aparición algunas primaveras atrás, «la Valenziana»; al contrario, el personaje verdaderamente notable era *munsù* Bardella, que de vez en cuando recorría las calles de pueblos pegados a las colinas del Monferrato, cambiando para siempre el destino de alguna afortunada familia.

Las puertas ya estaban abiertas de par en par y enmarcaban a mujeres sonrientes de mediana edad con su séquito de jovencitas. Los arcos que daban a los patios interiores se habían poblado de ancianos, niños y jovenzuelos que rozaban con miradas furtivas a la bella Valenziana. Bastaría con que la mujer les hubiera devuelto a ellos un atisbo de sonrisa para que hubieran salido huyendo a meterse de nuevo en los establos como pollitos asustados, pero esa misma tarde quienes pasaran por la plaza los habrían oído manifestar entre risas los más atrevidos comentarios sobre la esposa del fotógrafo.

—¡*Buondi munsù* Bardella! —saludó festivamente una mujer asomada a la puerta de su casa —. ¡Saludad al señor y la señora Bardella, chicas!

—De la oscuridad surgieron tres chiquillas con sus mejores chales, ya demasiado gruesos para el mes abril.

—¿A que son guapas mis chicas? —preguntó la mujer, agarrando la barbilla de la que tenía a su lado para obligarla a mostrar su rostro al fotógrafo.

—Son unas niñas muy guapas —le concedió el hombre—, y dentro de unos años serán hermosas señoritas.

—Rosetta tiene dieciséis años —continuó la mujer, tirando de la chica por la barbilla—, sabe cocinar, coser y bordar: ¡si viera usted qué ajuar más bonito está preparando!

—Si su Rosetta ya tiene dieciséis años —sonrió Bardella—, entonces dele leche todos los días, de lo contrario nunca se desarrollará, y no le endilgue ese suero de leche transparente que queda después de retirar toda la nata para hacer la mantequilla que vender en el mercado.

Las vecinas de la mujer no distinguieron las palabras de Bardella, pero vieron claramente que su rostro se ponía como un tomate de vergüenza, para palidecer luego con la mortificación.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales...

—¡*Munsù* Bardella! —lo llamó una joven desde un portal—. ¿Cuánto cobra por una fotografía de mis pequeños?

La niña, de unos siete años, vestía una túnica blanca, mientras que su hermano mayor llevaba una chaquetita realzada por un brazalete de raso blanco en la manga.

—¿Comunión y confirmación? —preguntó el fotógrafo.

—Sí, a él lo confirmaron la primavera pasada y ella hará la comunión el próximo mes de mayo, pero me gustaría que se fotografiaran juntos porque...

—Le haré un buen descuento, señora —tuvo a bien avisarla—, dos fotos por el precio de una.

El fotógrafo entró en el patio con su bella esposa del brazo, y el chico los siguió con el carro.

—Vamos, Berto, coloca el telón —le ordenó.

El chico sacó del carrito lo que parecía un rollo de tela de los que venden en las mercerías, aunque mucho más grande. Sus maniobras atrajeron a una pequeña multitud de curiosos.

—Permanezcan de este lado, señores —advirtió Bardella a un grupo de ancianos—, de lo contrario acabarán en la fotografía, ¡y me parece que ustedes hicieron su primera comunión hace ya bastante tiempo!

Los viejos campesinos se rieron a carcajadas y se colocaron donde se les indicó.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Berto? —soltó Bardella, señalando el toldo que el chico acababa de izar y que mostraba un cuadro con un jardín lleno de flores—. ¡Ese es el telón de fondo para las bodas y los compromisos matrimoniales! ¡El fondo para comuniones y confirmaciones es el que tiene los ángeles! Tenemos telones de fondo para todas las ocasiones, ¿saben ustedes? —informó a su público, ya bien numeroso; sabía perfectamente que incluso antes de tomar las fotografías de los dos niños encontraría a más clientes.

Como era de esperar, en efecto, a la foto de los dos hermanitos le siguieron muchas otras, lo que obligó al pobre Berto a cambiar varias veces el telón de fondo. Finalmente, cuando todos —recién casados, recién nacidos con túnicas bautismales, reclutas con escarapelas tricolor— quedaron satisfechos, el instrumental volvió al carro y la procesión reanudó su marcha.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas...

Las salidas a la calle volvieron a abrirse. Algunas madres buscaban la mirada de Berto con la esperanza de que pudiera defender su causa, pero él respondía a aquellas expresiones suplicantes

con una mueca de sorna. Esas mujeres siempre lo habían mirado frunciendo la nariz porque era hijo de un aparcerero; ahora que trabajaba para un famoso casamentero, un *bacialè*, como lo llamaban por aquellos pagos, parecían tener la esperanza de que olvidara su soberbia.

La Valenziana estrechó el brazo de su marido y señaló con la cabeza, tan morena, una de las salidas abiertas, frente a la cual una madre exhibía lo que podría describirse como pésima mercancía.

—¿Te refieres a esa? —le preguntó en voz baja, mirando a la chica a la que su mujer había señalado, una especie de gigante con facciones duras y los brazos tan robustos como los de un mozo.

La Valenziana se acercó a su oreja y le susurró algo.

—¡Por supuesto, querida, tienes toda la razón! Disculpe, señora... —Se le acercó afable.

—Giuditta —se presentó la mujer—, viuda de Bosco.

—¿Quiere que le hagamos una fotografía a su hermosa hija, señora Bosco?

—Con mucho gusto —chilló con entusiasmo—. Si supiera con cuántas ganas lo esperábamos, ¿verdad, Nerina?

La muchachota frunció su hirsuto ceño y se ciñó el chal recién confeccionado.

—Berto, esta foto la haremos dentro de la casa, monta el carrito en el patio, luego lleva dentro el telón de fondo pequeño y la silla Savonarola.

—¿La del respaldo alto o la otra, la que tiene forma de barco?

—Digamos que la que tiene forma de barco, si te gusta llamarla así —resopló Bardella, exasperado—. Vaya usted abriéndonos camino, viuda de Bosco.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, las madres que habían presenciado la escena desde sus puertas abiertas se agolparon en el centro del callejón, uniéndose en un inexpugnable corro del que quedaron excluidas sus hijas.

—¿Cómo es posible que *munsù* Bardella haya elegido a la hija de Giuditta? —preguntó indignada una de las mujeres, que llevaba un pañuelo atado a la nuca—. Nerina es buena moza, pero las chicas gapas están hechas de otra pasta.

—Hasta las pasables están hechas de otra pasta —murmuró la madre de Rosetta, que había seguido con avidez el desfile del carro.

—Ahora entiendo por qué me dijo que le diera más leche a mi Rosetta, si lo que le interesa es ese tipo de mujerona.

—Tú a Rosetta deberías darle más leche, de verdad —replicó la mujer con el pañuelo en la cabeza—, si no, tan flacucha como está, ¡no se la quedará ni un recadero de aquí, del pueblo, ya ni hablar de un rico caballero argentino!

—Yo no podré engordar a mis hijas —admitió la mujer—, pero al menos no las mato de cansancio y tienen la espalda bien recta. No como la pobre Nerina, que lleva cortando leña desde que era una niña y ahora tiene joroba. Giuditta se la ha escondido con un chal nuevo, ¡pero ya veréis cuando *munsù* Bardella se dé cuenta, ese no va a mandar su foto a Argentina!

Capítulo 2

Turín, mayo de 1908

«Aquella era un mañana radiante», así es como la habría descrito un poeta de escaso talento. Una definición de este tipo, por banal que fuera, resultaba absolutamente adecuada: toda la creación, las cosas y las personas, palpitaba con el vigor que transmitía el cálido sol de primavera. Mientras todo lo que tenía a su alrededor temblaba de alegría primordial, el joven abogado Ferro caminaba hacia el bufete con paso lento, arrastrando los pies. «Joven abogado» era un eufemismo: Edmondo Ferro, el único descendiente varón de su familia, tenía ya treinta y siete años y ya llegaba a todo con retraso, o eso era lo que sostenían sus parientes. Aún no era un profesional establecido, no había tomado esposa, ni, en consecuencia, obtenido un heredero; pero es que, además, aún no había decidido —y ese era su secreto más íntimo— si convertirse en un abogado de primera, un buen marido y un padre de familia eran cosas que realmente deseaba.

El sol de mayo brillaba indiferente a sus tormentos; él también habría podido dejarse inundar por aquella difusa emoción placentera, pero las dos únicas sensaciones que lograba percibir eran el peso de su delgado cuerpo, que se resistía con todas sus fibras a la dirección que le estaba imponiendo, y los golpecitos que le daba en su costado el libro que llevaba en el bolsillo de su americana.

La noche anterior se había dormido entre las páginas de *El rojo y el negro*, de Stendhal, justo durante el arresto de Julien Sorel. Ahora se sentía terriblemente preocupado por ese pobre joven y no podía tolerar la idea de no recibir noticias suyas hasta bien entrada la noche. Por supuesto, podría haber leído por encima en su despacho, como hacía a menudo, ocultando el libro cada vez que oía el clic del picaporte; pero cuando una trama alcanzaba el clímax del *pathos*, odiaba enfrentarse a ella en pequeños bocados tragados a hurtadillas, sin ni siquiera poder saborearlos.

De repente, una mirada lo rozó. El abogado Ferro era muy sensible al peso de ciertas miradas, que a veces percibía sin tener que volverse para obtener una confirmación de ellas. La mirada en cuestión procedía de detrás del escaparate de una tienda, una librería para ser exactos, pero, en esa mañana tan radiante como oscuro era su humor, se negó a captarla, prefiriendo sacudírsela de encima.

Como un autómatas, cruzó el portón del edificio que albergaba el galardonado Bufete Ferro - Abogados desde 1807, y comenzó a subir las escaleras con el libro, que se agitaba en su bolsillo, fustigándolo a cada peldaño.

«¡Azotes!» Eso es lo que se merecía, solía repetirle su conciencia con una voz poderosa, pero, al mismo tiempo, estridente como la de su tío Eugenio; una voz que, metiéndose por las orejas en las que diariamente vertía sermones y reproches, había conseguido penetrar en su interior, extendiéndose por todos los meandros de su ser. «¡Deberías avergonzarte de ti mismo! —coreó

su conciencia con la odiosa voz de su tío—. ¡Estás tirando a la basura una suerte que otros, mucho más merecedores que tú, no han tenido!».

No merecía su suerte: en ese punto, tanto él como su conciencia estaban completamente de acuerdo. Pero la verdad era que él ni siquiera deseaba esa suerte.

«Lo dices porque siempre has tenido los pies calientes, te han alimentado y educado bien, pero, si hubieras nacido en una familia de gente pobre, ¿no te permitirías desdeñar comodidades y privilegios! Los abogados de Ferro llevan un siglo defendiendo la ley, y cuando te toque a ti tomar las riendas del bufete, ¡lo mandarás todo al garete en unos pocos años!»

El año anterior, el galardonado Bufete Ferro – Abogados desde 1807, había cumplido cien años, y desde entonces su tío aún lo atormentaba más: «¡Un siglo de honorable actividad, un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Le estuvo repitiendo esa perorata durante todo el año 1907, y el abogado Edmondo Ferro temía tener que seguir escuchándola durante muchas décadas más, aunque desde hacía unos meses, es decir, desde principios de 1908, su tío había cambiado el estribillo: «¡Más de un siglo de honorable actividad, más de un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Qué afilados eran esos «más de» que su tío le lanzaba cotidianamente, como minúsculos dardos.

Para conseguir que dejaran de taladrarlo, Ferro debería haberse enderezado, haberse comprometido con su trabajo y, tal vez, haber tomado una esposa por fin. La habría encontrado con facilidad, bastaría con echar un vistazo a su alrededor. Evidentemente, él no era ningún Adonis —bajo de estatura, enclenque, con la espalda ligeramente encorvada, el pelo escaso de un rubio apagado que ya iba tirando a canoso y una nariz afilada y jorobada, características que, reunidas, le daban el aspecto de un ave rapaz desplumada—. Pero Turín estaba llena de ambiciosas doncellas que habrían pasado por alto su falta de atractivo con tal de casarse con el último vástago de una brillante dinastía de abogados.

El abogado Ferro no culpaba a las mujeres que buscaban un cónyuge acomodado, dado que a menudo aquella era la única forma de elevar su condición. Lo cierto era que no quería ser un marido de conveniencia. Si a las mujeres se les hubiera permitido educarse y cursar carreras lucrativas, se habrían dado muchos más matrimonios por amor.

«Si las mujeres fueran independientes, tú, feo como eres, ¿no encontrarías a ninguna dispuesta a pillarte!»

—Pues entonces, ¡que así sea! —murmuró para sí, encogiéndose de hombros y subiendo el enésimo escalón.

Poner en marcha un matrimonio, al fin y al cabo, era una gran pérdida de tiempo: había que encontrar a la chica adecuada —o, en su caso específico, a la menos equivocada—, intentar conocerla lo justo para no meter en casa a una extraña, ponerse de acuerdo con la familia de ella sobre los detalles económicos y luego organizar un gran banquete de bodas, asegurándose la participación de la gente adecuada... ¡Como si en el mundo hubiera personas equivocadas *a priori*!

No, la vida era demasiado corta y el tiempo demasiado precioso para malgastarlo en semejantes tonterías; uno podría aprovecharlo mejor leyendo. Sí, esa era su gran pasión, o quizá su obsesión: leer todo lo posible.

Aunque sabía que el matrimonio no era lo suyo, también sabía, de todas formas, que al menos debería llegar a ser un abogado mejor, no solo para complacer a su familia, sino por su propio interés. Si se comprometiera más con la abogacía, quizá consiguiendo hacerse con alguno de esos casos prestigiosos de los que se hablaba en la prensa, su tío dejaría de fustigarlo con esas largas regañinas —¡aquello sí que era una pérdida de tiempo!— y le concedería el crédito necesario para permitirle gestionar su trabajo de forma autónoma, lo que le brindaría la oportunidad de organizar sus días de un modo que haría que tuviera más tiempo para sí mismo y para la lectura.

El libro seguía chocando contra su costado, pero el abogado estaba resuelto a no prestarle atención: a partir de ese momento, ¡cambiaría de registro y se esforzaría en el trabajo, tanto para acallar a su conciencia como a su tío!

—¡Inútil!

El joven Ferro se detuvo: aquella palabra no había salido de la voz de su conciencia, ¡sino por su tío en persona!

Ahí estaba, el rugido de la bestia que más temía en el mundo, alcanzándolo a un tramo de escaleras de distancia. El abogado tendió la oreja, aunque no era en absoluto necesario:

—¡Eres un inepto! —oyó despotricar—. ¡Un inútil, peor que mi sobrino!

Esta vez las invectivas del tío no iban dirigidas a él —salvo de manera indirecta, poniéndolo como ejemplo de inutilidad—, sino a uno de sus muchos subordinados: un pasante de Derecho, un escribiente o tal vez un archivero.

Si Edmondo hubiera entrado en el estudio en ese momento, su tío, sin lugar a dudas, lo habría involucrado en la discusión, primero exponiendo la presunta infamia cometida por el infortunado, luego descargando su furia contra él, ya que, en su opinión, no daba en modo alguno un buen ejemplo. Cada error, descuido o contratiempo con el que su tío se topaba le era atribuido de modo inexorable: ¿cómo podía esperarse una buena conducta de los empleados cuando aquel que algún día iba a heredar el bufete y ya debería haber tomado las riendas haraganeaba todo el día? Ese era el momento en que el desgraciado de turno salía por piernas, dejando que el jefe se desahogara con su sobrino. Ese era el motivo por el que todos los empleados de la empresa adoraban a Edmondo: no por su incuestionable amabilidad, sino más bien porque siempre se podía contar con él como chivo expiatorio. Pero, en fin, ¡ese día el abogado Ferro no se sentía realmente dispuesto a prestarle a la víctima ese piadoso servicio!

En vez de continuar subiendo las escaleras, bajó un tramo y se metió por una puerta lateral que daba acceso a una escalera de servicio; un lugar estrecho, polvoriento y bastante oscuro, pero no lo bastante como para impedirle leer.

—Oh, mi pobre Julien —murmuró con cariño el abogado, mientras abría de nuevo el volumen por donde lo había interrumpido la noche pasada—, estoy muy angustiado por tu destino, aunque, para ser justos, ¡menuda la que has montado!

Capítulo 3

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas...

—¡Calla, burro! —lo regañó el fotógrafo—. ¿Quién quieres que te oiga aquí?

Mortificado, Berto miró hacia la callejuela de tierra por la que apenas podía hacer que avanzara el carro. Tras haber tomado otra media docena de fotografías y examinado al resto de las bellezas locales expuestas por sus madres, el fotógrafo se estaba alejando del pueblo un tanto decepcionado; aparte de la monumental Nerina, ninguna de las aldeanas le había llamado la atención. Al contrario: a decir verdad, también habría dejado escapar a esa única chica si no hubiera sido por los ojos grandes y hechizantes de su esposa, quien había visto en ella a la candidata ideal para el viudo Penna, quien buscaba una segunda esposa joven, robusta y con pocas pretensiones, capaz no solo de llevar la casa y a sus cinco hijos, sino también de labrar la tierra y cuidar de las vacas. La pobre Nerina tendría que partirse el lomo, pero al menos el viudo Penna tenía sus buenas tierras allá en la región del Río Grande, y ella se convertiría en la dueña de una finca. En cambio, de quedarse en el pueblo, habría continuado siendo una solterona y habría seguido partiéndose el lomo.

—¿No es hermoso todo esto? —le preguntó Bardella a su esposa, señalando los suaves contornos de las colinas—. Mira qué maravillosos son esos viñedos de allí.

La esposa volvió sus grandes ojos negros hacia el lugar indicado y asintió de manera imperceptible.

—Berto, ¿qué uvas son esas de ahí?

—*Dolcetto* —respondió el chico, orgulloso de que se lo hubieran preguntado.

—Genial —murmuró Bardella, perdiéndose de nuevo en sus pensamientos.

El día no había ido demasiado bien, pero aún podía mejorar.

—Después de la curva está la granja de los Martinot, ¿verdad? —le preguntó a Berto.

—Sí, jefe.

—Hace años le encontré un marido a la hija mayor de los Martinot —explicó el fotógrafo a su esposa, que no le respondió, mientras intentaba aliviar el calor de última hora de la mañana con un abanico de encaje.

—¿Cómo les va a los Martinot? —se apresuró a preguntarle a Berto, para distraerlo del mutismo aturdido de su esposa.

—Así, así —respondió el muchacho—, el año pasado el granizo les estropeó la vendimia.

—Imagino que ese problema habrá afectado un poco a todo el mundo en esta zona.

—Sí —confirmó Berto—, pero, en la ladera de la colina donde los Martinot tienen su viñedo, fue peor.

—Genial.

A pesar de su actitud de dar siempre la razón a su patrón, Berto contrajo su sudoroso rostro en una mueca de disgusto: ¿qué tenía de genial una granizada que había destrozado los viñedos de un pobre hombre?

—Martinot tiene dos hijas aún por casar, ¿no? —continuó preguntándole.

—Sí, la mayor se llama Maria Pia, pero todo el mundo la llama simplemente Pia; luego está la pequeña, que se llama Amedea.

—¿Cuántos años tienen?

—Pia tiene diecinueve años; Amedea, diecisiete.

—¿Cómo son?

—Son buenas chicas —cortó el carretero, incómodo.

—Habla con sinceridad, Berto, te lo pido de hombre a hombre.

—Pia no es gran cosa. —Rompió inmediatamente toda reserva, regocijándose por la complicidad que le mostraba su patrón—. Amedea, en cambio, es una flor. En la fiesta patronal todo el mundo la miraba, ¡si pudiera, yo mismo me casaría con ella!

—Eres demasiado joven —negó Bardella con la cabeza—, y a las chicas no les gustan los que son más jóvenes.

—No, por desgracia —confirmó Berto, aunque era consciente de que, sin duda, la edad no era el problema; su patrón también lo sabía, pero había tenido el buen corazón de pasarlo por alto. Amedea no era una chica rica, ni mucho menos, pero al menos su padre tenía una granja con un pequeño viñedo; él, en cambio, era hijo de un aparcerero, y en la finca donde su padre había contratado la aparcería no había viñas porque «no estaba en la posición adecuada» y el terreno solo era bueno para cultivar nabos.

Las granjas son como las personas, pensó Berto, acompañando su reflexión con un largo suspiro: si nacen en el lado adecuado, donde el sol da bien, entonces tendrán vides frondosas y pastos abundantes; si en cambio se encuentran en el lado equivocado, les tocan los nabos, que para plantarlos y cosecharlos hay que agacharse hasta el suelo y no valen nada para venderlos.

El pequeño grupo llegó a la granja Martinot, pasó bajo el arco del porche medio derruido y se encontró en el corral, donde una docena de gallinas escarbaba bajo la mirada opaca de un viejo chuchó, que exhaló dos ladridos exhaustos a su llegada, lo justo para cumplir con su deber como perro guardián.

—¡Patrón Martinot, señora! —gritó Berto—. *¡Qui'stán munsù Bardella y la mujé!*

A esa llamada se oyó un trote de pasos desde el interior de la casa, seguido unos instantes después por la aparición de una pareja de mediana edad; ella tenía el pelo castaño ya vetado de canas, él llevaba unos pantalones que se sostenían más por el polvo con el que estaban cargados que por los tirantes. Por la puerta, mientras tanto, también se habían asomado dos chicas, aún más harapientas que sus padres, y un crío delgaducho de cinco o seis años.

—Buenos días, señores Martinot —los saludó el fotógrafo—, permítame presentarles a mi esposa, Dulce Inés María Bardella.

—Cómo está usted, madama Bardella —saludó la señora Martinot limpiándose la mano en el delantal, tras lo que se la tendió.

La Valenziana estrechó de mala gana aquella mano callosa.

—Pase, pasen —los invitó *munsù* Martinot.

Los Bardella siguieron a los anfitriones mientras Berto, obedeciendo la muda pero elocuente

orden que el patrón le había impartido con la mirada, se quedó en el corral custodiando el carro. Seguro que el patrón encontraría un marido rico para su Amedea, pensó mientras se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda contra la pared de la casa: uno de esos hombres valientes que habían dejado las colinas del Monferrato para hacer fortuna en Argentina y que, evidentemente, la habían alcanzado, si es que podían permitirse pagar a un casamentero que les procurara una mujer hermosa como ella. Berto sabía que tarde o temprano Amedea se casaría, pero albergaba la esperanza de que fuera con un paisano, para poder seguir viéndola al menos en misa. Después de casarse, las chicas se agostaban con rapidez, incluso los bonitos capullos como ella; si se hubiera quedado en el pueblo la habría visto marchitarse domingo tras domingo, misa tras misa, y sus sentimientos también se habrían secado. Pero si se marchaba a Argentina, él pensaría siempre en la joven y bella Amedea de ahora, y nunca conseguiría sacársela de la cabeza.

En el interior de la casa, se invitó a los presentes a tomar asiento en la sala buena, en un viejo sofá. La Valenziana miró a su alrededor: la habitación estaba en penumbra y apestaba a cerrado, los viejos muebles tenían el aspecto de que solo los tocaban para sacarles brillo. Aquella era una habitación muerta, pensó, sintiendo un escalofrío.

El señor Martinot cogió dos sillas de la cocina y las colocó delante del sofá, para que su mujer y él pudieran hablar con los invitados sin imponerles una proximidad excesiva que, probablemente, no les habría gustado; las hijas, en cambio, permanecieron de pie, a disgusto, junto a un aparador, mientras su hermanito, que ya había perdido el interés por las visitas, se había escabullido en silencio para ir quién sabe dónde.

—Me he tomado la libertad de presentarme aquí —comenzó Bardella— para entregarles en persona una misiva de su hija Angelina, a quien tuve el placer de ver hace unos meses en Buenos Aires.

—¿Cómo está? —preguntó su madre con aprensión.

—¿Nos envía algo? —preguntó esperanzado el padre, a quien el término misiva le resultaba desconocido.

—Angelina está perfectamente, compruébenlo ustedes mismos.

Martinot cogió el sobre que le tendía el casamentero y antes de abrirlo lo sopesó; no era muy grueso, constató, pero pesaba demasiado para contener solo una carta. ¡Angelina por fin se había acordado de sus viejos!

—¡Vamos, ábrela Pinin! —lo apremió su mujer.

El hombre metió la mano en el sobre, descubriendo así que no contenía dinero, sino solo una carta de unas pocas líneas y una fotografía.

—¡Déjame ver! —La señora Martinot le arrebató la instantánea de las manos y observó encantada a su Angelina, sentada en una hermosa silla con un recién nacido entre los brazos y un niño de unos dos años a su lado—. ¡Qué guapos son mis nietos! —se emocionó—. ¡Venid, queridas, mirad a vuestra hermana!

Mientras las chicas examinaban la fotografía, Bardella aprovechó para observarlas de la cabeza a los pies. Como Berto había anticipado, Pia era más bien insignificante; tenía una hermosa melena morena y una buena estatura, pero era tan delgada y plana como una tabla de la colada. Peinada y vestida con decoro quizá podría resultar pasable, si no fuera porque el ojo izquierdo se volvía para mirar quién sabe qué.

Amedea, en cambio, era adorable, sus mejillas adornadas con hoyuelos, labios pequeños y

carnosos de muñeca, y pelo castaño y abundante como el de su hermana mayor, a la que se parecía tanto como una estatua de mármol a su boceto de yeso.

—Nuestra hermana parece una vieja de treinta años —murmuró Amedea—. Y lleva el vestido con el que se marchó. No creo que su marido sea tan rico como nos han contado.

—Yo también lo creo —contestó Pia en voz baja—, pero ahora no es el momento de hablar de ello.

—¡Pia! —la interpeló su padre mientras se acercaba a ella—. Léenos la carta.

—Queridos mamá y papá —empezó a leer obediente—. Espero que estéis todos bien en casa. Aquí gozamos de muy buena salud, nuestros hijos crecen sanos y fuertes, y la cosecha es prometedora. Saludos a mis queridas hermanas y a mi adorado hermanito. Siempre devotamente vuestra.

Pia frunció la nariz y su ojo estrábico vibró en su órbita; aquella carta no la había escrito su hermana, había palabras difíciles y la letra era demasiado elegante para ser la suya.

—¿No ha escrito nada más? —le preguntó su padre.

—Solo la firma.

—¿Estás segura? —dijo, levantando de golpe la mano derecha como si quisiera darle una bofetada, un gesto que sobresaltó a la Valenziana, pero que dejó completamente indiferentes a Pia y las otras mujeres de la casa.

El señor Martinot solía realizar ese tirón nervioso con el brazo, pero solo en muy raras ocasiones lo seguía un bofetón; casi nunca pegaba a su mujer, tampoco a sus hijos, pero le gustaba recordarse a sí mismo que, si quería, podía hacerlo.

—Pinin, déjalo ya —lo riñó la señora Martinot—, Pia sabe leer bien, y si dice que no hay nada más escrito, es que no hay nada más escrito.

—¿Amedea no sabe leer? —preguntó Bardella, preocupado.

—Ella también sabe leer —respondió la madre con orgullo—, a mis hijas las mandé a la escuela hasta los siete años, pero Pia, quién sabe por qué, siguió leyendo después. Le pide prestados libros al párroco y por las noches gasta todo el queroseno de la lámpara para leerlos.

—Eso no es verdad —la contradijo Amedea—. Mientras ella lee, yo remiendo la ropa, así que las dos usamos el queroseno.

—Eres demasiado buena —replicó la señora Martinot, sin reprenderla por su impertinente intervención—. Por las noches remiendas más tiempo del necesario solo para mantener encendida la lámpara para tu hermana, pero que sepas que no le estás haciendo ningún bien.

La Valenziana se giró con curiosidad hacia la mujer, que se vio obligada a continuar su razonamiento:

—A Pia se le ha torcido ese ojo por leer de noche —le explicó—, ¡y si sigue leyendo, seguro que no se le va a poner otra vez derecho!

Ante esa afirmación, la Valenziana no pudo evitar echarse a reír.

—Por favor, perdonen ustedes a mi esposa —se disculpó Bardella—, es extranjera y a saber qué habrá entendido.

—Debe disculpar usted a la mía —intervino Martinot—, es una ignorante y no dice más que tonterías: todo el mundo sabe que el estrabismo no tiene nada que ver con los libros, ha sido el duende el que la dejó así.

—¿Quién? —preguntó la Valenziana, riéndose todavía.

—Nada, querida, es un cuento de hadas piamontés.

—¡Oh, no, no es ningún cuento de hadas! Pia tenía los ojos rectos cuando nació —empezó a explicar Martinot completamente seria.

—Papá, basta. —Amedea intentó hacerlo callar para que no hiciera el ridículo.

—Una noche, mientras Pia dormía en su cuna —continuó él, ignorándola—, oí ruidos en el establo y bajé corriendo para ver qué estaba pasando. No había nadie, pero la yegua tenía las crines trenzadas. Es lo que hace el duende para mostrar que ha pasado por ahí —se sintió obligado a aclarar—, y a la mañana siguiente, cuando Pia se despertó, tenía un ojo estrábico.

Tras aquella explicación, la Valenziana, desconcertada, buscó la mirada de su marido: quizá no había entendido bien la historia, pensó Pia, o quizá la había entendido demasiado bien.

—¿Quién ha escrito la carta? —preguntó la chica, aprovechando el silencio surgido para cambiar de tema.

—Pero ¿cómo que quién? —La madre puso los ojos en blanco—. ¡La ha escrito tu hermana!

—Ella no la ha escrito —la corrigió.

—¡Cállate, idiota! —la reprendió su padre.

—Calma, Martinot, la chica tiene razón —intervino Bardella—. Angelina no escribió la carta de su puño y letra, sino que se la dictó a su cuñada, quien, como ha asistido a cursos superiores, tiene mejor letra. Y sí, queridos míos, ¡hay tanto dinero circulando por allí que hasta las chicas estudian hasta quinto de primaria!

—Si hay tanto dinero circulando —se entusiasmó el señor Martinot—, ¿entonces por qué Angelina no nos ha enviado ni un céntimo todavía? ¡Usted nos dijo que la mandábamos a casarse con un buen partido!

—Y así es —replicó Bardella sin alterarse—, su yerno es rico, pagó de su bolsillo el billete de barco para Angelina y los muebles del dormitorio. Una habitación completamente nueva de fábrica, con un estupendo colchón de pura lana y sábanas de fino algodón. Correspondería a los padres de la novia comprar los muebles del dormitorio y la ropa de cama, pero ¿él les pidió algo? ¡No!

Los Martinot bajaron la cabeza, avergonzados.

—Denle tiempo a su yerno para que se recupere de sus gastos y ya verán como él también se ocupa de ustedes.

—Discúlpenos, *munsù* Bardella —siseó la señora Martinot.

—¡Mamá, ya basta! —resopló Amedea.

—¡Pero *munsù* Bardella tiene razón! Nunca podríamos haberle pagado una boda a Angelina, ni podremos pagároslo a vosotras.

Sus palabras quedaron ahogadas en una serie de gemidos. La Valenziana sintió el impulso de ir a consolarla, pero solo fue un instante: enseguida su piedad se disipó en el aire de la sala, que apestaba a cerrado.

—Deja de maullar —gruñó Martinot—, ¿qué clase espectáculo estás dando?

—No se atormente —la consoló Bardella—, ya me ocuparé yo de sus hijas. Verán, este invierno conocí a un tal Giovanni Perosino, que emigró a Argentina en 1880, más o menos, con parches en los codos, y ahora es un importante ganadero. Perosino quiere encontrar una esposa para su hijo Giacomo, que nació allí hace unos veinte años y es el único heredero de los pastos y de los rebaños.

—Pero si este Giacomo Perosino nació en Argentina y es tan rico, ¿por qué no se busca una esposa de allí? —preguntó Martinot con recelo.

—Podría hacerlo —replicó Bardella—, pero su padre no quiere que se case con una que solo hable español, quiere nietos piamonteses, ¿comprenden?

—Lo comprendo —contestó Martinot—, pero no quiero enviar a otra hija al otro lado del mundo, solo tengo un varón y aún es demasiado joven para ayudarme con los viñedos, necesito a las chicas aquí.

—Con lo que le daría el señor Perosino, podría usted pagar a un mozo durante varias temporadas. —Con gesto lento, el hombre sacó unos billetes de su bolsillo—. Mil liras —proclamó, abriéndolas en abanico.

Los Martinot entrecerraron los ojos.

—Si las cosas son así —replicó el cabeza de familia—, a nosotros nos parece bien.

—¡Para nada! —objetó su esposa—. Ese dinero nos vendría muy bien, es cierto, ¡pero no vamos a vender a nuestras hijas como terneros en el mercado!

—Creo que me he explicado mal —se apresuró a aclarar Bardella—. El dinero no es para comprar a la chica, ¡nunca me atrevería a hacer una propuesta semejante! Son para su guardarropa y su ajuar. Verán, a los Perosino le van tan bien las cosas que ni siquiera tienen idea de cuánto se necesita para un ajuar. Compren ustedes lo que necesiten para la chica con unas cien liras, y el resto pueden utilizarlo como mejor les parezca.

—¡Yo no vendo a mis chicas! —reiteró la señora Martinot.

—Vamos, sé razonable —intentó convencerla su marido—. Alguien que puede gastar todo ese dinero en vestir a una novia, la dará una buena vida. ¡Enviaremos a nuestra hija para que sea una señora, y nosotros también tendremos nuestra parte!

La mujer negó con la cabeza.

—¡Vamos, mira en qué estado se encuentran nuestras hijas! ¿Te parece justo hacerlas ir por ahí como pordioseras, cuando hay un hombre dispuesto a vestir las de los pies a la cabeza?

—Piense que Giovanni Perosino solo quiere una nuera. —Bardella se unió al coro—. No se va a quedar con ambas como un todo.

—¡El hijo de un ganadero! —volvió a la carga Martinot—. ¡En la familia de un ganadero se come carne todos los días! ¿Cuándo fue la última vez que pusiste carne en la mesa? ¿Por Navidad, quizá?

—Tienes razón —concedió su esposa.

—¡Pia! —exclamó Martinot—. Te vas a casar con este señorito de Argentina.

—No nos hemos entendido —lo interrumpió Bardella antes de que Pia tuviera tiempo de reaccionar—. Yo no pensaba en la mayor, sino en la pequeña.

—¡No! —La madre se puso en pie de un salto—. ¡Amedea se queda aquí! Es demasiado pequeña, y además ella... —La mujer dejó de hablar, pero Pia comprendió lo que quería decir: Amedea era su favorita, la pieza más preciada de la camada.

—Me imagino lo que estará pensando, señora —contestó Bardella—, que su hija Amedea es tan guapa que puede llegar a casarse incluso sin dote. Pero ¿a quién encontrará aquí en el pueblo? Desde luego no un farmacéutico o un carnicero, ¡como mucho un recadero!

—A mí no me importaría un recadero —dejó escapar Amedea.

Pia le dirigió una mirada suplicante para que no añadiera nada más. La frase que había

escapado de sus encantadores labios no era solo fruto de la agitación; de hecho, Amedea había empezado a suspirar desde hacía unas semanas por un mozo de las inmediaciones: Beppe, un temporero de la granja Ceresa, que llevaba tres veranos encantando a las chicas del pueblo con su buena apariencia y un carácter ingenioso. Se murmuraba que durante una de sus estancias había deleitado incluso a la mujer de su patrón, a la que había dejado, además de muchos gratos recuerdos, un bebé en su regazo.

—Amedea —la interpeló su madre—, ¿tú quieres casarte con este señorito argentino?

Amedea guardó silencio.

—Claro que quiere casarse con él —exclamó su padre—. Hará lo que le mandemos.

—No, señor Martinot —intervino Bardella—. La chica tiene que dar su consentimiento libremente. Entonces, ¿quieres casarte, querida?

Amedea dirigió sus seductores ojos hacia la mirada torcida de su hermana, que movió la cabeza para expresar su negativa; luego los clavó directamente en los de Bardella:

—A mí me parece bien —declaró, dejándolos a todos boquiabiertos.

Capítulo 4

¡Nada estropea tanto una buena novela como el sentimiento de culpa! El abogado Ferro había leído un par de páginas escondido en la escalera de servicio, mientras en su cabeza seguían resonando las reprimendas de su tío: «¡Inútil, incompetente, holgazán, que eso es lo que eres!».

No es que le importara mucho la opinión de un individuo al que no estimaba, pero el abogado seguía siendo un hombre adulto y como tal tenía que ganarse el pan, y —en esto se veía obligado a estar de acuerdo con su tío Eugenio— había oficios mucho más agotadores y menos rentables que el suyo.

Invadido por un arrebato de resolución, salió fuera y reanudó su marcha subiendo por la escalinata principal del edificio. Al llegar frente a la puerta del galardonado bufete de abogados Ferro, dudó unos instantes, auscultando el aire: todo estaba tranquilo.

La calma después de la tormenta, pensó para sí. Aunque el dicho popular hablaba de la calma que precede a la tormenta, pero esperó que ese no fuera el caso.

La estadística meteorológica del bufete Ferro no excluía, en efecto, que a una primera tormenta siguiera una segunda, una tercera y así sucesivamente. Esto dependía exclusivamente del humor del que estuviera su tío y de lo que le pasara antes de llegar al bufete. Si, por ejemplo, su esposa, la caprichosa —y, con la edad, moderadamente arpía— tía Elsa le había dado la murga con costosas exigencias como renovar el mobiliario de la casa, contratar a una criada más o comprar un caballo de carreras, entonces el tío Eugenio descargaba sobre su sobrino y, en su ausencia, en los empleados, la ira que, por razones de decoro y por miedo a las represalias domésticas, no había podido verter sobre su cónyuge. Cuando se peleaba, en cambio, con su hija Eloisa, que a menudo tenía la audacia de no someterse a su voluntad, entonces su furia se volvía incontenible.

El abogado empujó la puerta.

—¡Buenos días, abogado Edmondo! —lo saludó la secretaria.

—¡Baje la voz, Frida! —la reprendió.

—Tu tío está en la sala de reuniones con un cliente —susurró—. Váyase, abogado, que hay vía libre.

¡A qué punto había llegado! Se colaba en su despacho como un estudiante que ha violado el toque de queda y se refugia en su dormitorio caminando pegado a las paredes.

Llegó a su despacho, entró y cerró la puerta a sus espaldas. Sus dedos buscaron la llave en la cerradura, pero se retiraron inmediatamente, conscientes del hecho de que, unos meses atrás, el abogado Eugenio había hecho desaparecer todas las llaves, para poder irrumpir en cada una de las habitaciones a placer. El despacho era pequeño y estaba abarrotado de papeles, archivadores repletos de trámites inacabados y documentos variados esparcidos aquí y allá. Otro aspecto sobre el que llevaba tiempo comprometiéndose a mejorar era el orden.

De mala gana, se dirigió a su escritorio, despejó su silla del papeleo abandonado y finalmente ocupó su lugar.

—¡Y ahora, a trabajar! —se ordenó a sí mismo.

Sí, pero ¿por dónde empezar? ¿Qué carpeta debería desempolvar en primer lugar?

De repente percibió que una mirada se posaba sobre él. Se puso en pie de un salto y miró a su alrededor, pero la habitación estaba vacía; o, mejor dicho, estaba llena de papeles y expedientes que, hasta que se probara lo contrario, no disponían de ojos para mirarlos. ¡Ese era el estado al que lo había reducido su tío: un manojo de nervios que sentía estar en su punto de mira incluso en una habitación cerrada y desierta!

—No puedo trabajar con esta tensión encima —se dijo—. ¡Me encantaría hacerlo, pero no puedo! Tal vez si leyera solo un par de páginas, podría reponerme lo justo para recuperar la concentración necesaria —se dijo, sacando *El rojo y el negro* de su bolsillo.

Puede que no se le diera bien mantener el orden en sus carpetas, pero era muy hábil inventando excusas peregrinas que darse a sí mismo.

Ferro abrió el libro y buscó el punto al que había llegado. Probablemente debería retroceder unas páginas, ya que la lectura en la escalera de servicio se había visto perturbada por la petulante voz de su conciencia. Mientras realizaba tal operación, oyó que giraba el tirador de la puerta y escondió de inmediato la novela bajo unos archivadores.

—¿Permites?—. Menos mal que no era su tío: a él no se le habría pasado por la cabeza pedir permiso—. ¿Tienes algo para mí?

Eloisa Ferro entró en el despacho intentando, sin éxito, suavizar el ritmo marcial que la caracterizaba desde su infancia y que tanto divertía a su primo Edmondo. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que una criatura encantadora como ella provocara al caminar el estruendo de un jinete galopando en su corcel?

—¿Te ha visto entrar tu padre? —le preguntó, preocupado.

—No, Frida me ha dicho que está con un cliente.

—Sí, es cierto —asintió.

—No habría sido necesario ni siquiera informarme, podía oírle declamar artículos de ley y codicilos como un viejo actor en el candelero. Rápido, ¿tienes algo para mí?

—Siéntate, querida —la invitó a tomar asiento en el pequeño sillón frente a su escritorio.

—No, no tengo tiempo —replicó Eloisa, saltando sobre uno y otro pie por la tensión—. Vamos, ¿tienes algo que pasarme?

—Dedícate con total libertad al saqueo —la invitó, señalando la multitud de carpetas repletas de papeles apiladas sobre su escritorio—. Pero siéntate un momento —insistió—. Haz que callen esas castañuelas que tienes por suelas; de lo contrario, tu padre pensará que estoy asesorando legalmente a una unidad de caballería.

Aguijoneada hasta la médula, Eloisa sonrió incómoda, mientras las mejillas se le encendían con un hermoso rosado intenso.

—De acuerdo, me siento.

El abogado no era capaz de explicarse cómo el material genético bastante pobre de su familia podía haber producido una criatura tan bella como su prima; de rostro florido, pelo castaño veteado de cobre y los ojos negros iluminados con un inusual tono ambarino. Eloisa era tan luminosa como opaco era el resto de su familia. Tal vez ni el propio señor Darwin en persona

habría sido capaz de explicar ese misterio.

—¿Hay algo interesante? —preguntó Eloisa cuando por fin tomó asiento y empezó a examinar los papeles esparcidos sobre el escritorio.

—Interesante son palabras mayores —suspiró el abogado Ferro—, no dejan de ser prácticas jurídicas.

—A mí me interesan.

—¡Y el cielo sabe por qué! —murmuró, mientras su prima examinaba las carpetas.

En realidad, el abogado no necesitaba consultar con el cielo para entender por qué a su prima le apasionaba tanto el derecho, que a él le parecía extremadamente aburrido. Como él, Eloisa había nacido en una familia de leguleyos: padres, abuelos y bisabuelos habían sido todos abogados, sin ninguna excepción; pero mientras Edmondo Ferro había crecido con el angustioso convencimiento de tener que dedicarse a esa misma carrera, Eloisa había pasado por la infancia, y luego por la juventud, sabiendo que no podría hacerlo. De hecho, la ley aún no había permitido a ninguna mujer incorporarse a la orden de los abogados; por otro lado, si de repente las puertas de los tribunales se hubieran abierto de par en par para dejarlas entrar, su padre nunca le habría consentido dedicarse a una actividad tan ajena para una señorita.

La prohibición de hacer algo que, sin duda, se le hubiera dado muy bien la había empujado a interesarse por aquella materia hasta el punto de dominarla como un consumado profesional. Había empezado en la época del instituto femenino, cuando él, que era siete años mayor que su prima, asistía a clases en la Facultad de Derecho sin mucho entusiasmo. A partir de los quince años, Eloisa leía todos los tratados que Edmondo tenía que estudiar para preparar los exámenes, textos tan pesados como el hierro fundido y tan tediosos como un domingo de lluvia, para luego abrumarlo con preguntas que él rara vez era capaz de responder.

Ese estudio independiente y sistemático de la ley no había sido la única rebelión de su prima contra las restricciones impuestas a su género. De niña, mientras sus padres la empujaban a estudiar música, canto, acuarela y otras actividades que harían que pasara de ser una «señorita bien» a ser una «señorita bien e instruida», ella se dedicó a practicar varios deportes, como la esgrima, el atletismo e incluso el remo. Ninguna de esas aficiones le duró mucho tiempo, pero la actividad deportiva desempeñada por despecho le dejó un vigoroso y esbelto físico de amazona que, en una familia donde todos eran por constitución —y probablemente por libre elección— enclenques y algo encorvados, hacía de ella un animal aún más raro.

«La maestra Pedani», así la apodó cariñosamente el abogado Ferro, como la joven profesora entusiasta de la educación física protagonista de la divertida novela *Amor y gimnasia*, escrita por su adorado Edmondo De Amicis.

Las actividades deportivas pronto la aburrieron; en cambio, su amor por el derecho la acompañó hasta la edad adulta, y ahora hacía casi diez años que el abogado Ferro le pasaba bajo mano gran parte de su trabajo a su prima, quien estudiaba apasionadamente cada caso, encontraba precedentes y vacíos legales, trazaba las líneas de defensa e incluso escribía algunos alegatos. Hacía todo lo que había que hacer, salvo comparecer ante los tribunales para defender los intereses de sus clientes, ya que convenciones arcaicas e injustas se lo prohibían.

Eloisa ocultó los materiales que había seleccionado bajo el chal que llevaba, a pesar de que la temperatura lo hacía innecesario.

—Las mujeres núbiles ocultan bajo sus ropas novelas escabrosas, no prácticas jurídicas.

—Creo que es un error llamarme mujer núbil. —Le guiñó un ojo—. Cuando cumples treinta años, ganas automáticamente el rango de solterona.

—Cumplirás los treinta en otoño, por lo que hasta entonces no se te concederá ningún ascenso.

—Ahora tengo que marcharme corriendo —respondió poniéndose en pie de un salto—, muchas gracias, Edmondo.

—Soy yo quien te da las gracias a ti —se escudó él.

La asociación entre Ferro y su prima era perfecta: ella disfrutaba de un retazo de libertad clandestina, él ahorraba un tiempo que empleaba luego para leer novelas.

—Algún día encontraré la manera de pagarte mis deudas —continuó en cambio Eloisa—. Podría buscarte una esposa, tengo muchas amigas encantadoras.

—No te molestes, querida. —El abogado se rio—. Agradezco tus servicios como celestina, pero para mí son más valiosos los que me prestas como abogada.

En cuanto la puerta se cerró de nuevo, Ferro volvió a examinar sus casos y constató satisfecho que su prima se había llevado los más intrincados.

—Creo que puedo tomarme un descanso —se dijo, sacando *El rojo y el negro* de debajo de los documentos—. ¡Ah, de nuevo juntos tú y yo, mi pobre Julien Sorel! —murmuró con un temblor de alegría, y hundió la nariz entre las páginas.

Capítulo 5

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Amedea al entrar en el dormitorio que compartía con su hermana.

Sentada en la cama, Pia leía un volumen medio desvencijado a la luz de la lámpara de queroseno, *El martirio de santa Catalina*. De los libros que el sacerdote le había prestado, sin duda aquel era el mejor, porque contenía no solo oraciones, sino también una historia real, aunque muy triste y relatada de un modo bastante plano. Pia había releído aquel librito decenas de veces y a estas alturas ya no podía más, pero hacía ya un mes que el párroco no le prestaba nada nuevo. Quién sabe, tal vez se sintió ofendido cuando pasó a bendecir la casa y su padre no le dejó ni un céntimo de ofrenda.

—Mira esto —dijo Amedea, tendiéndole un volumen, no menos maltrecho que el que tenía en sus manos.

Pia lo aferró con avidez y leyó la portada: *Las deshonestas*, de Carolina Invernizio.

—¿Quién te lo ha dado? —le preguntó.

—Está claro que el párroco no —replicó su hermana con una risita.

—¿No habrá sido Beppe, el de la Ceresa, por casualidad?

—¿Beppe? —La risita de Amedea se convirtió en carcajada—. ¡Pero si ni siquiera sabe leer! No, me lo ha dado Berto.

—Berto tampoco sabe leer.

—Bueno, no es suyo. Era de Bardella, le pidió que lo tirara. Le ha dicho que alguien, hace algún tiempo, lo olvidó después de hacerse una fotografía. Vamos, léeme un trozo, mientras zurzo los calcetines de Carlin.

Desde que, esa misma mañana, su hermana había aceptado casarse con un desconocido argentino, Pia aún no había tenido ocasión de hablar con ella. Amedea parecía serena y alegre como siempre; ¿sería posible que la idea de irse a la otra punta del mundo, renunciando para siempre a ver a su familia, no la turbara? Cuando Angelina aceptó la proposición de matrimonio llegada desde Argentina, decisión que, al contrario de Amedea, había tomado sin que la presionara nadie, luego se puso melancólica y pasó los meses siguientes lloriqueando. Quién sabe, tal vez esto dependía del hecho de que la hermana mayor ya era una veinteañera, mientras que Amedea, con solo diecisiete años, no era capaz de comprender completamente lo que le estaba pasando.

Si en aquellas últimas horas Amedea se había comportado como siempre, no podía decirse lo mismo de sus padres. La madre no había hecho más que llorar con mansedumbre, elevando de vez en cuando súplicas al cielo para que no se llevaran a su favorita; su padre no dejaba de enumerar todas las reparaciones y las mejoras que podría permitirse gracias a las mil liras que Bardella le había ondeado delante de la cara.

—Vamos, empieza a leer —la apremió Amedea, acercando una silla a la lámpara.

—¿Estás contenta de ir a Argentina a casarte? —le preguntó Pia antes de que se sentara.

—Pero yo no voy a ir a Argentina. —Se echó a reír igual que antes.

—¿Qué quieres decir con que no vas a ir?

—En primer lugar, no es seguro que ese tipo de allí se quede conmigo —argumentó—, y creo que no lo hará, porque, cuando Bardella me sacó la fotografía para enviársela, yo hice una mueca. Así —añadió, torciendo la boca y bizqueando.

—¿Y si de todas formas le gustas?

—Podría ser —se encogió de hombros—, pero mamá está rezando tantas avemarías que tal vez la Virgen le conceda la gracia de dejar que me quede; además, *munsù* Bardella ha dicho que pasarían semanas antes de obtener una respuesta, y otras tantas para los documentos del matrimonio por pudientes.

—Por poderes —la corrigió Pia.

—Por poderes —repitió Amedea con el aire concentrado y algo ridículo que asumía cuando intentaba memorizar algo—. Pasarán tres o cuatro meses antes de que me suban al barco, y en todo ese tiempo pueden pasar cosas. —Sonrió con una mezcla de inocencia y malicia, la misma que hacía que todos los chicos del pueblo giraran la cabeza—. ¿Has visto la cara que puso papá cuando Bardella le dijo que obtendría el dinero solo después de la boda? —Sonrió burlona—. Vamos, empieza a leer —repitió por fin—. Un libro que se llama *Las deshonestas* promete ser mucho más divertido que las cosas que te endilga el párroco, y además lo ha escrito una señora, ¿has visto? Carolina Invernizio —deletréó, siguiendo las letras con el dedo—. ¿Quién iba a decir que a las mujeres las dejarían escribir libros?

Pia abrió el volumen y posó su mirada en él, para que su hermana no se diera cuenta de la aprensión que le producía toda aquella situación.

Mientras leía, sin ser capaz de concentrarse en las palabras que pronunciaba en voz alta, se le ocurrió que de niña había rezado mucho para que santa Lucía, patrona de los ojos, le concediera una mirada como la de su hermanita. Había dejado de rezarle a los catorce años, después de leer en uno de los libros recibidos del párroco que no era legítimo intentar satisfacer la propia vanidad mediante la intercesión de los santos. Ahora, sin embargo, se le pasaba por la cabeza que tal vez santa Lucía no le había concedido esa gracia no para castigar su vanidad, sino para hacerle el bien. Si hubiera tenido unos ojos tan hermosos como los de Amedea, quizá le hubiera tocado a ella marcharse a Argentina. «¡Nada de pedirle a la santa tener unos ojos tan rectos como mi hermana!», rumió. Debería haber rezado para que se quedara bizca ella también.

Abajo, en el patio, el viejo Bobi ladró un par de veces e inmediatamente el perro de la granja cercana se hizo eco de él; lo imitaron otro perro más lejos y otro más aún. En un momento, el campo resonó con los ladridos de docenas de perros. Pia se despertó de golpe; empezaba a amanecer fuera de la ventana.

La cama de su hermana estaba vacía, pero, antes de que pudiera hacerse preguntas al respecto, oyó la manija de la puerta.

—¿Dónde estabas? —preguntó con la voz pastosa de sueño.

—En el patio, en el retrete —respondió Amedea con obviedad—. Perdona si te he despertado, pero Bobi no me ha reconocido y se ha puesto a ladrar; está casi ciego, pobre animal.

Mientras tanto, los ladridos, que pasaban de perro en perro, se habían alejado hasta extinguirse.

—¿Por qué no has usado el orinal, en vez de cruzar el patio?

—Ahora ya hace calor, y el orinal apesta —la cortó Amedea, metiéndose de nuevo en la cama.

—Podías haberlo puesto en el balcón —murmuró Pia mientras volvía a quedarse dormida.

El sol del atardecer iluminaba oblicuamente las verdes colinas, haciéndolas resplandecer como añicos de botella. Pia se sentó en el banco de madera que había detrás de la casa, se colocó un trapo sobre las rodillas y comenzó a pelar las patatas para la cena. Le gustaba estar en la parte trasera de la casa mientras el sol se ponía, encendiendo las ventanas de las granjas como si fueran ojos llameantes: la Ceresa, el Arbra, la Merla, la Bela: cada una de aquellas viejas construcciones parecía cobrar vida a esa hora del día.

Qué agradable sería, pensó, quedarse allí sentada con un buen libro. Leer al aire libre, sin embargo, era algo que no se contemplaba de ninguna manera; solo podía hacerlo en su habitación antes de acostarse, y apenas durante unos minutos, para no molestar a sus padres por consumir demasiado queroseno con la lámpara. Con esa hermosa luz no habría tenido necesidad de desperdiciar ni una sola gota, pero las manos estaban hechas para la azada, el cucharón, la aguja o, como en ese caso, el cuchillo; no podían permanecer ociosas sosteniendo un libro, que, una vez terminado, permanecería tal cual, sin ser transformado en algo útil, vendible o comestible. El lado positivo era que, mientras tuviera las manos ocupadas, ni su madre ni su padre la reprendían; por eso, para que la dejaran en paz, había aprendido a mostrarse siempre atareada.

El viejo Bobi se había percatado de su presencia y se le acercó renqueante y esperanzado. Pia le colocó delante de su hocico negro la patata que estaba pelando y el perro gimoteó decepcionado, para tumbarse luego sobre sus pies.

—Esta noche te guardaré un poco de sopa —lo tranquilizó ella, rascándole la desgredada cabecita.

—¿Dónde está esa pobre chica? —oyó que preguntaban dentro de la casa. Esa era la forma en que su madre siempre hablaba de ella.

—Está en la parte de atrás, pelando patatas —respondió su hermana Amedea.

Desde que era una niña, todo aquel que la había conocido se había apiadado de su mirada bizca: «¡Oh, qué pena! —se lamentaban en voz alta, como si ella no estuviera presente—, ¡pobre chica y pobres ojitos!».

Aquellos comentarios no la afectaban absolutamente nada; habían empezado incluso antes de que pudiera recordar y la habían acompañado todos los días de su vida. Además, ella también sentía lástima por sus ojos, aunque por una razón totalmente distinta. Se compadecía de ellos porque hasta ese momento no habían tenido la oportunidad más que de ver una pequeña porción del mundo: las colinas, los viñedos que seguía sus suaves contornos, las granjas esparcidas aquí y allá como ovejas blancas pastando, la plaza del pueblo, los toscos frescos en la bóveda de la iglesia y... nada más.

Una sonora carcajada la hizo volver en sí. Amedea, en la cocina, probablemente se estaba

riendo de una metedura de pata de la señora Martinot. Amedea podía burlarse de su madre todo lo que quisiera porque era su favorita; además, que pronto se fuera a marchar para no volver nunca más hacía que su impunidad fuera total. A pesar de las muecas, el retrato de Bardella había quedado muy bien; así pues, en cuanto el argentino lo recibió, se apresuró a enviar un telegrama con la petición de matrimonio.

Pia suspiró: ¿cómo era posible que Amedea se lo pasara tan bien, a pesar de lo que estaba a punto de ocurrirle? De haberse encontrado en su lugar, ella se habría desesperado de inmediato; su hermana, en cambio, lo había aceptado todo con una sonrisa indiferente y apacible:

—¿La foto salió bien? ¡Se nota que soy demasiado guapa para engañar a la cámara! —dijo encogiéndose de hombros—. ¿El argentino ha pedido mi mano? Eso significa que, si no puedo evitarlo, tendré que casarme con él; de todos modos, tarde o temprano me iba a casar.

Las risas terminaron. El viejo Bobi, aún acurrucado a sus pies, se quejó.

—Tienes razón, Bobi —murmuró Pia, como si el viejo chucho le hubiera dado una explicación razonable—. Tú ya sabes cómo son las cosas en realidad: de día, nuestra Amedea se muestra alegre para no entristecernos, pero todas las noches sale de casa para llorar donde nadie pueda oírla. Pero tú, de todos modos, te das cuenta, ¿verdad?

Bobi se daba cuenta, y de qué manera, y ladraba: dos ladridos solo, para recordar a la familia que, si bien era viejo, aún no se podía hacer según qué delante de sus narices.

En la cocina, Amedea tarareaba una canción que hablaba de rosas y de pajaritos.

—¡Pia! —la llamó, incluyendo su nombre en la melodía—. ¿Vienen esas patatas o qué?

Capítulo 6

Después de tres páginas de lectura circunspecta, el abogado Ferro volvió a sentir que una mirada se posaba sobre él. No podía equivocarse, tenía una sensibilidad muy aguda para percibir las miradas, derivada de un largo entrenamiento que comenzó cuando aún era un crío y su niñera lo llevaba de paseo por el parque del Valentino. Caminaba aferrado a su mano, sobre sus piernecitas raquílicas y un tanto arqueadas, que asomaban por entre los cortos pantalones de los uniformes azul marino con los que su madre siempre lo vestía, y podía percibir las miradas de las otras niñeras, que rozaban sus enclenques hombros, su enorme cabeza mal disimulada por la gorrita y su nariz puntiaguda, que lo hacía parecerse a un gorrión caído del nido demasiado pronto.

—Qué pobre criatura alumbró madama Ferro —comentaban las miradas de lástima de las diversas tatas.

—¿Qué sentido tiene malgastar ropa principesca para un cuerpecito tan desgarrado? —sentenciaban las miradas furtivas de las modistillas, que disfrutaban de los últimos vestigios del sol vespertino, tras haber pasado todo el día encerradas en los talleres de sastrería.

Esto era lo que revelaban las miradas, aunque las bocas lo disimulaban con palabras bien distintas:

—¡Qué niño más simpático! —declaraban las nodrizas cuando se cruzaban con ellos y se detenían para charlar—. Parece muy despierto, ¡debe de ser muy inteligente!

Aquellas buenas mujeres, al menos, sorteaban su fealdad alabando otras virtudes, ya fueran reales o supuestas, pero cuando estaba con su madre, las otras madamas, por un sentido del deber o quizá por pura piedad, incluso llegaban a llamarle guapo. Él era muy consciente de que no decían la verdad, y eran sus miradas adornadas de *khol* las que se lo confirmaban.

Luego llegó la edad escolar y el joven Edmondo pronto se acostumbró a las miradas de sus compañeros, que se demoraban en su espalda encorvada y en el cuello de pollo desplumado que su escaso pelo dejaba al descubierto. ¡Cuánto pesaban esas miradas! Pero, más allá, nadie se atrevió a burlarse de él, porque incluso los niños, con su característica crueldad, tienen una ética. Los niños que eran demasiado bajos, demasiado gordos, demasiado buenos en clase o demasiado zopencos, aquellos «demasiado algo», en resumidas cuentas, eran objeto de burlas; pero él no, porque eso habría sido demasiado cruel.

Un enano podía crecer; un gordo podía adelgazar o ganar músculo tras músculo hasta convertirse en un forzudo de circo; en ocasiones, un empollón resultaba útil, cuando ponía sus conocimientos a disposición de la humanidad —haciendo los deberes a los compañeros menos diligentes, por ejemplo—; mientras que los zopencos, en la vida, a menudo acababan apañándose incluso mejor que los primeros de la clase. Sin embargo, un adefesio enfermizo como Edmondo Ferro, ¿qué podía hacer? La naturaleza ya había sido con él lo suficientemente

perversa como para que sus compañeros también lo fueran.

Luego llegaron las miradas femeninas; piadosas, en el mejor de los casos; despectivas, en el peor. Edmondo pronto se dio cuenta de que no podía agradar a las criaturas del sexo femenino, al menos no a primera vista. Tenía catorce años cuando se topó de frente con tal evidencia, de la que, sin embargo, ya había recibido algún anuncio en forma de malas miradas de algunas chicas de su misma edad.

Desde hacía algún tiempo, su madre le hablaba con insistencia de la hija de una amiga suya muy querida, una chiquilla encantadora, en su opinión, cuyas virtudes no perdía ocasión de alabar:

—¡Deberías verla, Edmondo! Es una chiquilla agraciada, inteligente y obsequiosa con todo el mundo. ¡Una carita y un corazón de ángel!

No es que su madre quisiera implicarlo en un prematuro compromiso matrimonial; los miembros de la familia Ferro eran raros en muchos aspectos y vivían según ciertas costumbres en uso un siglo antes, pero concertar matrimonios entre adolescentes era demasiado incluso para ellos. En cualquier caso, la esperanza de madama Ferro de que entre su hijo y la jovencita podría nacer lo que ella definía pudorosamente como «una simpatía» era innegable.

Un día, por fin, los dos chicos se conocieron.

—Ven al salón, querido Edmondo. —Su madre lo había ido a llamar a su pequeño dormitorio, donde él, fingiendo hacer los deberes, en realidad disfrutaba con la lectura de una novela—. La señora Tomatis ha venido a visitarnos y ha traído a su hija. Date prisa, cariño, que quiere presentártela.

Edmondo dejó la novela a regañadientes y siguió a su madre al salón.

—¡Mi hijo Edmondo! —lo anunció como un chambelán cortesano.

La chiquilla se levantó y se volvió hacia él. Era un poco más joven y realmente muy agraciada. En cuanto puso sus ojos en Edmondo, esbozó una sonrisa y una media reverencia, y luego rompió a llorar como una niña, lo que no estaba en absoluto fuera de lugar, pues la damisela tenía poco más de diez años. Desde que estaba en el mundo, Ferro había sido atravesado por miradas de desdén, de compasión, incluso de horror, ¡pero nunca por una mirada líquida!

La niña debía de haber sido sometida por su madre a las mismas presiones dulces e inoportunas que le habían infligido a él; probablemente había oído pronunciar los mismos elogios y, cuando se dio cuenta de que el apuesto príncipe no era más que un sapo tan horrible que ninguna princesa se atrevería jamás a besarle, rompió a llorar por su decepción.

En el fondo, Edmondo no se sintió demasiado mal; sus catorce años de vida lo habían preparado bien para una circunstancia semejante y aprovechó la ocasión para solicitar volver a su habitación a «estudiar». Dada la lamentable situación que se había generado, se le concedió el permiso inmediatamente.

Así pues, el sapo imbesable retomó el libro que estaba leyendo, con la certeza, no tan desagradable de todos modos, de que las únicas mujeres de su vida serían las que habitaban en las novelas.

En la literatura había abundantes mujeres seductoras, dispuestas a entregarse voluptuosamente al

lector, incluso a uno tan feo como él. En *El rojo y el negro*, que estaba leyendo ahora, aparecían la encantadora y madura *madame* de Rênal y la ingenua marquesita Mathilde, y él ni siquiera tenía que elegir entre las dos, podía tener a ambas, igual que el desaprensivo protagonista.

No obstante, cuando la lectura lo envolvió de nuevo en sus dulces cadenas de tinta, se encontró otra vez con la mirada que había percibido poco antes y que ahora se deslizaba suavemente por encima de su hombro como una hoja en otoño.

El abogado miró inquieto a su alrededor, constatando por enésima vez que estaba solo. Entonces, ¿desde dónde le llegaba esa mirada que percibía con tanta claridad? Movidito por una sospecha, se encaminó hacia la puerta a paso rápido, pero ligero, y la abrió de par en par: el pasillo estaba desierto, no había nadie espiándolo. Mientras se encerraba de nuevo en el despacho, sintió que la mirada fantasmal se posaba sobre su nuca.

—¡No te escondas, cobarde! —pronunció en un tono que quería ser imperativo, pero que en cambio delató su turbación.

Ahora la mirada apuntaba directamente a su cara, pero delante de él no había ni un alma. Edmondo Ferro nunca había creído en las manifestaciones espiritistas, que, sin embargo, le gustaban mucho cuando formaban parte de la trama de una novela. Sin embargo, en ese momento podría revisar sus convicciones.

—¡Manifiéstate, oh, espíritu inquieto!

A aquella melodramática invocación la siguió una carcajada; pero no mefistofélica, sino más bien desgarbada.

—¡Te arrastraré conmigo a los infiernos! —atronó una voz artificial, mientras que los postigos de la puertaventana se abrían de par en par, dejando entrar en la habitación a un joven apuesto, vestido con modesta elegancia.

—¡Deberías verte la cara! —se burló la aparición.

—Raniero, pero ¿qué maneras son estas? ¿Qué hacías plantado ahí en el balcón? —le preguntó el abogado en cuanto se recuperó del susto.

—He venido a verte, y la secretaria me ha dicho que me sentara aquí —respondió Raniero, iluminando la habitación con su hermosa sonrisa coronada por el negro bigote de lápiz que le confería el exótico aspecto de un bergante.

—Creo que Frida pretendía invitarte a que me esperaras en mi despacho, no en el balcón.

—Esa era mi intención, pero tú no venías y tenía miedo de que tu tío irrumpiera en la habitación, como suele hacer, y me soltara uno de sus sermones.

Raniero era uno de los pocos amigos de Ferro; se habían conocido en la Facultad de Derecho, cuando Edmondo estaba en el cuarto curso y él iba al primero. Raniero era uno de los estudiantes más brillantes, y el tío Eugenio le había cogido cariño: «¡Toma ejemplo de tu amigo Raniero! —le repetía a su sobrino—. Él sí que tiene todo lo necesario para convertirse en un excelente abogado».

El tío Eugenio lo invitaba a cenar, al teatro, hacía cualquier cosa para fomentar la amistad con su sobrino, pues sostenía que los beneficiaría a ambos:

—Tú tienes el legado, Edmondo, el prestigio de una larga tradición familiar; él posee encanto y habilidad.

Sin embargo, cuando Raniero abandonó de forma inesperada los estudios de Derecho para dedicarse al periodismo, toda aquella adoración se desvaneció, transformándose en rencor.

—¡Has lanzado por la borda una excelente carrera! —lo reprendía cada vez que se cruzaban sus caminos—. ¿No piensas en tu pobre padre y en los sacrificios que hizo para que cursaras tus estudios?

El padre de Raniero, en efecto, era un modesto funcionario que incluso había empeñado su reloj para que su hijo estudiara y pudiera hacer realidad, mediante persona interpuesta, su sueño personal de llegar a ser abogado.

—¡Un hijo desgraciado e ingrato, eso es lo que eres, Raniero! ¡Y tampoco has logrado hacer carrera en el periodismo, un ridículo sector en el que todo lo que necesitas para trabajar es saber el abecedario!

Edmondo siempre había sentido una gran admiración por cómo su amigo había decidido no someterse a la voluntad paterna y seguir sus propias inclinaciones. Sin embargo, por desgracia, aunque no estuviera de acuerdo con su tío sobre la simplicidad del oficio periodístico, que él consideraba bastante complejo, debía convenir en que su amigo no había logrado destacar en el campo que había elegido: ahora, para llegar a fin de mes, tenía que hacer juegos malabares con docenas de pequeños encargos en los periódicos más insignificantes. A pesar de su escaso éxito, Raniero nunca se había arrepentido de su elección, al menos hasta el año anterior, cuando el padre de la chica con la que salía había puesto fin a su relación debido a su precaria situación económica.

—Entiendo que no quisieras toparte con mi tío —convino el abogado Ferro—, pero ¿por qué no te has dejado ver cuando he llegado?

—Al principio era divertido observarte luchando con tu dilema ético habitual: ¿trabajar o leer una novela? ¡Este es el problema! —se burló de él—. Cuando el espectáculo que me estabas ofreciendo ya me había aburrido y estaba a punto de salir, entró tu prima, y ella me asusta más aún, si cabe, que su padre.

—¿Otra vez con esta historia? —resopló—. Eloisa y tú salisteis durante un mesecito, hace más de diez años, a estas alturas ya deberíais haber aprendido a estar juntos en la misma habitación.

—¡Díselo a tu prima, que todavía me odia! Y pensar que fue ella la que me dio boleto.

Las cosas, *grosso modo*, habían ido así: cuando Raniero empezó a relacionarse con su primo, Eloisa se enamoró perdidamente de él. Se embarcaron en un noviazgo hecho de paseos por el parque y tardes de cine. Sin embargo, cuando el tío Eugenio empezó a mostrar un gran aprecio por el jovencuelo, ella, que se desvivía por llevarle la contraria, lo dejó plantado. Hasta aquí, ningún problema, los jóvenes siguieron caminos distintos y sin mayores remordimientos; al menos hasta que Raniero abandonó la universidad, lo que le sentó fatal a su padre e hizo que volviera a ser atractivo a ojos de la chica. Eloisa volvió tras sus pasos, pero cuando ella llamó a su puerta no fue Raniero quien acudió a abrirla, sino una bailarina de variedades... ¿O tal vez era una maestra de escuela? Edmondo nunca había conseguido ponerse al día de las aventuras amorosas de su amigo.

Desde ese momento, en cualquier caso, Eloisa se juró a sí misma que odiaría a Raniero para siempre; porque si había tenido la suerte de no heredar los rasgos físicos de su familia, no podía decirse lo mismo del temperamentazo intransigente y vengativo que caracterizaba a la mayoría de los Ferro.

—Eloisa y tú estáis entre las personas a las que más aprecio en este mundo, Raniero —le dijo

el abogado—, y tengo la esperanza de que algún día encontraréis la manera de hacer las paces.

—Pues yo, en cambio, no tengo esa esperanza —admitió Raniero—. El hecho de que tu prima me mantenga a distancia es algo bueno. A pesar de que han pasado años, todavía siento debilidad por ella.

—A lo mejor tú tampoco le resultas del todo indiferente.

—¿Realmente crees eso?

—No es una deducción especialmente sutil: cada vez que os cruzáis, os fruncís el ceño como colegiales enamorados hasta las cachas.

—Bromeas, pero, aunque en tus palabras hubiera un fondo de verdad, una mujer de buena familia como ella nunca se casaría con un periodista sin blanca como yo.

—En esto estás equivocado. Eloisa tiene muchos defectos, pero no es codiciosa ni tiene en cuenta la posición social de las personas con las que se relaciona.

—Quizá no, pero su padre sí que la tiene en cuenta. —Se rio con amargura—. Y, además, encontrarse con Eugenio Ferro como tío, como te ocurrió a ti, es una desgracia, pero elegirlo como suegro sería una locura. —Se echó a reír.

—Vamos, Raniero, siéntate —intentó cortarlo Ferro—, te has enfrentado a un dragón iracundo y a una bruja vengativa para asaltar la fortaleza, así que imagino que tienes algo importante que decirme.

—Una cosa muy importante, en efecto —confirmó el amigo, tomando asiento—. Una cosa que podría convertirme por fin en un periodista respetado y acreditado.

—¡Eso es fantástico! —se alegró—. ¡Así por fin podrás casarte con tu Violetta!

—¡No, con quien quería casarme era con Luisa! Con Violetta no podría casarme, de todos modos, pues ya tiene marido; por lo demás, lo nuestro se ha acabado.

—¿Con cuál de las dos?

—Con ambas. Ahora estoy saliendo con una mecanógrafa que es un verdadero encanto; pero no es de ella de quien quiero hablarte, más bien de la investigación periodística que cambiará mi vida.

Raniero sacó una fotografía del bolsillo de su chaqueta y se la tendió a su amigo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ferro entre perplejo y divertido.

La foto lo reproducía sentado en un banco de los jardines Lamarmora; por detrás de él, se cernía un gran oso marrón.

—Pero ¿cómo..., cómo es posible?

El abogado recordaba haber sido fotografiado en aquel banco: había sucedido semanas atrás, cuando Raniero había comprado, en una subasta de objetos perdidos organizada por los ferrocarriles, una cámara fotográfica, con la esperanza de que aprender a manejarla pudiera serle útil para su trabajo. Por regla general, el abogado evitaba cuidadosamente que se inmortalizara su fealdad, pero esa vez accedió a posar por una buena causa: permitir que su amigo practicara. Sin embargo, lo que no entendía era cómo había aparecido esa bestia por detrás de él.

—Se trata de un truco fotográfico. —Raniero se apiadó de su perplejidad—. Cuando te saqué la fotografía, el oso no estaba allí; es un ejemplar disecado que fotografié en el Museo de Ciencias Naturales, y luego incluí tu imagen en el proceso de revelado. Es una técnica que se conoce como «sobreexposición fotográfica».

—Muy bien —dijo Ferro con poca convicción—. Pero no creo que truquitos como este

puedan ayudarte hacer carrera en el periodismo.

—Claro que no, pero intenta imaginar que en vez del oso hubiera incluido en la foto a esa alma cándida de tu abuela, ¿cómo habrías reaccionado?

—Más o menos de la misma manera —bromeó—, la expresión de ferocidad del oso no es muy diferente de la que solía tener mi abuela.

—Estoy hablando en serio —le rebatió Raniero—. ¿No te habría turbado ver la imagen de una difunta vivita y coleando a tu lado?

—Probablemente sí, pero siempre y cuando no me hubieras revelado con anterioridad que se trataba de un truco.

—Si hubiera querido enredarte, no te lo habría dicho, en efecto; ahora escúchame, por favor. —Se puso serio—. La técnica de la sobreexposición la utilizaba en Estados Unidos un fotógrafo llamado William Mumler ya a principios de los años sesenta del siglo pasado. Descubrió esta técnica por casualidad, superponiendo por error dos películas durante la impresión de una fotografía: se encontró entre sus manos un retrato suyo, detrás del cual se veía el rostro de su primo recientemente fallecido. Esa visión lo impresionó, pero solo por un momento; como experto en fotografía comprendió de inmediato tanto lo que había sucedido como el potencial de ese descubrimiento involuntario. A partir de ese momento, comenzó a producir las que él definía como «fotografías espiritistas». Las realizaba por encargo para clientes adinerados a los que daba a entender que podía captar la imagen de sus seres queridos fallecidos. Rápidamente se hizo famosísimo y muy rico, pero los problemas comenzaron unos años después, cuando un hombre completamente ajeno a los experimentos espiritistas se reconoció a sí mismo como fantasma en una fotografía publicada en una revista.

—¡Qué agradable sorpresa! —El abogado se echó a reír—. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?

—Como la demanda de fotografías espiritistas era alta y los «espíritus» empezaban a escasear, Mumler comenzó a utilizar retratos de sujetos que no estaban al tanto del asunto. Tras esa denuncia, lo acusaron de fraude y lo llevaron ante el juez, y mucha gente testificó sobre sus estafas. Al final, lo exoneraron por falta de pruebas, pero su credibilidad quedó hecha papilla. ¿Qué, qué te parece la historia?

—Disculpa que me permita decírtelo —Ferro negó con la cabeza, dubitativo—, pero no es con noticias con décadas de antigüedad como vas a hacer carrera.

—La noticia es antigua, pero el tema sigue siendo plenamente actual: si en Estados Unidos la fotografía espiritista fue desacreditada ya hace años, en Italia, y especialmente en Turín, se está poniendo de moda. Imagínate, la condesa Székely organiza con regularidad sesiones de espiritismo en su villa en la colina, con médiums y fotógrafos, en las que participa lo mejorcito de nuestra ciudad.

—La condesa Székely... —rumió el abogado— ¿no es esa que provocó un gran revuelo la temporada pasada al presentarse en el teatro Carignano con una serpiente enroscada alrededor del cuello como si fuera una bufanda?

—¡La misma! Una mujer que vive de excentricidades y de excesos. Se dice que fue amante de D'Annunzio.

—¿Y quién no lo ha sido? —Ferro se encogió de hombros.

—Ha tenido muchos otros amantes, incluso un *shōgun* japonés y un príncipe etíope.

—¿Y por qué el conde le permite a su esposa solazarse con poetas de renombre internacional

y amantes exóticos?

—El conde es un diplomático búlgaro mucho mayor que ella, y hace unos años tuvo la amabilidad de perder la cabeza, dejándola libre para disipar su riqueza en deliciosas extravagancias. Y mientras su esposa gasta y gasta, el viejo chochea y vive retirado (aunque lo mejor sería decir internado) en una villa a orillas del lago Maggiore. Ahora la última obsesión de la condesa es la fotografía de espíritus, con la que se deleita durante las sesiones que organiza regularmente en su villa.

—Imagino que estas reuniones son un receptáculo para grandes damas aburridas y dandis tan a la moda como ignorantes.

—Las ricas señoronas y sus galanes no faltan a la cita, pero te aseguro que hay abundantes científicos que están interesados en la fotografía de espíritus.

—¿Por ejemplo?

—Lombroso, por citar solo uno.

—¡Oh, Lombroso! —Ferro puso los ojos en blanco—. ¡Inclinémonos todos ante el gran sabio de la fisiognomía!

—¿Qué tienes en contra de la fisiognomía? Me parece una ciencia interesante.

—¿Ciencia? Teoría, en el mejor de los casos —afirmó entusiasmado—. Con el debido respeto al compromiso científico de Lombroso, me parece que la fisiognomía es una disciplina falaz, además de muy poco sutil: asociar la propensión al crimen con los rasgos físicos es un auténtico atrevimiento. Si la policía siguiera al pie de la letra sus teorías, a lo varones miembros de mi familia y a mí mismo deberían meternos de forma preventiva en una celda para no salir de ella hasta el día del juicio..., y me refiero al juicio final, no a la sentencia de un juez.

—Las teorías de Lombroso no sostienen que la fealdad sea un delito —objetó Raniero.

—¡Poco le falta! ¡Rasgos asimétricos, cejas hirsutas, frente baja, orejas enormes! ¡Ninguno de estos amables regalos de la naturaleza hacen del hombre un Adonis!

—Está bien, está bien —le dijo su amigo, intentando llevarlo de vuelta al tema central de la conversación—. De todos modos, la condesa Székely es la anfitriona de dos mujeres, madre e hija, que están en su casa. La señora es la viuda de un carbonero, mientras que la chica, que tendrá unos veinte años, es claramente una pobre chica alienada. Si la vieras, Edmondo, con esos ojos como platos y, pese a ello, ausentes, y una muñeca que siempre sujeta con fuerza contra el pecho.

—Pobre chiquilla.

—¡No tan pobre! La viuda hace pasar a su hija por una médium tan poderosa como Eusepia Palladino, y la condesa Székely, siempre ávida de novedades, hace que vivan ambas en su villa, colmándolas de regalos y dinero. Las dos mujeres organizan sesiones espiritistas durante las cuales un fotógrafo toma fotografías en las que, como bien puedes imaginarte, aparecen espectros.

—Ah, ya veo: el fotógrafo es su cómplice y hace que aparezcan los espíritus durante el revelado, utilizando la técnica de Mumler.

—Székely dice que no, es más, para evitar dudas, permite que los invitados revelen las fotografías con fotógrafos de su confianza.

—Así que los timadores tienen muchos contactos en el sector —dedujo el abogado—. Pero, tarde o temprano, alguien llevará a un fotógrafo desconocido para ellos, y entonces el truco

saldrá a la luz.

—Tengo razones para creer que la madre de la presunta médium invierte en sobornarlos parte del dinero que le dan la condesa y los participantes en las sesiones.

—¿Y tú deseas desenmascarar a las dos impostoras para luego vender la noticia a los periódicos?

—Exacto —confirmó Raniero—, y para ello quiero que me inviten a una sesión en calidad de fotógrafo.

—Una idea rocambolesca, pero brillante —concedió el abogado—. La única dificultad será encontrar a un miembro de la buena sociedad turinesa dispuesto a participar en las sesiones de espiritismo de la condesa y que te proponga como su fotógrafo de confianza.

—Pero es que yo ya he encontrado a la persona perfecta a la que pedirle el favor.

—Bien por ti, ¿y cuándo se lo pedirás?

—Ahora mismo. —Raniero le guiñó un ojo—. Edmondo, ¿te gustaría asistir a una sesión de espiritismo?

—¡Pero qué idea más absurda! —le soltó.

—¿Por qué dices eso? Eres la persona ideal: rica y de buena familia.

—Pero yo soy abogado —objetó—, y los timadores no miran con muy buenos ojos a los abogados.

—No son la médium y su madre las que eligen a quiénes admitir en las sesiones, sino la propia condesa en persona. Será suficiente con que le escribas una cartita, halagándola un poco, y es cosa hecha. Entonces ¿qué?, ¿me ayudarás?

La puerta del estudio se abrió antes de que Edmondo pudiera negarse.

Capítulo 7

—¿Quiere usted, Giacomo Perosino, representado aquí por Roberto Fassio, tomar como esposa a Amedea Martinot, aquí presente?

—Sí —respondió Berto tras tragarse parte de su emoción.

¡Se estaba casando con Amedea! Solo era el futuro esposo por poderes, eso lo tenía claro, pero mientras tanto él era quien estaba delante del altar, junto a su Amedea, la novia más guapa que había visto nunca, y eso a pesar de que vestía esa falda de seda arrugada que llevaba todos los domingos.

A esa hora de la mañana —el cielo ni siquiera había clareado— no había nadie en la iglesia, excepto los testigos, dos forasteros que muy probablemente estaban allí porque les habían pagado por ello, los Martinot, sentados en el primer banco, y Bardella, de guardia en la salida, por miedo a que la novia cambiara de opinión en el último momento y saliera huyendo. Había sucedido en otras ocasiones, según se lo había oído contar; incluso en cierta ocasión una listilla lo engañó fugándose por una salida lateral, razón por la cual desde entonces le ordenaba a su esposa que montara guardia en la puerta de la sacristía.

Sin embargo, esas precauciones eran inútiles, ya que Amedea no solo era hermosa, sino también dócil y obediente. Bardella no hacía otra cosa que cantar sus alabanzas, ¡ni que fuera su hija!

—¡Bella y modesta! —lo había oído repetir—. No tiene pretensiones, no hace preguntas sobre el aspecto del marido o acerca de su situación económica. ¡Hay chicas que incluso exigen saber el número de gallinas que hay en el corral!

—Esposos y testigos vengan por aquí conmigo —ordenó el cura al final de la brevísima ceremonia—. Rápido, que no tengo todo el día.

Los testigos estamparon sus firmas sin vacilar, cosa que confirmó a Berto que aquellos tipos eran profesionales; la novia firmó presionando la pluma contra el papel como si tuviera que grabar su nombre en vez de escribirlo; cuando le llegó el turno a él, se concentró cuanto pudo y trazó con lentitud su firma grande y panzuda, tal y como le había enseñado su maestra el primer año de primaria.

El cortejo nupcial se disolvió rápidamente y sin zalamerías: los testigos, tras pasar por Bardella para hacer caja, se marcharon a paso ligero, mientras el párroco se retiró a prepararse para la oración de maitines.

—Hoy mismo enviaré un telegrama a los Perosino para informarlos de que tienen una nueva hija —comunicó Bardella al señor Martinot—. Pasaré a recoger a la novia el primero de agosto y embarcaremos al día siguiente. Para entonces, consíganle algo decente para vestir —ordenó mientras le entregaba a Martinot las ansiadas mil liras, que este se metió en el bolsillo cual ave rapaz, mientras su esposa derramaba lágrimas que no eran de alegría, como correspondería a una

boda, sino de desesperación.

—No llores, mamá. —La recién casada se rio, parlanchina—. Me marcharé dentro de un mes largo, ya podrás llorar después, con toda tranquilidad.

Pia se esforzó por reírse ella también, pero incluso el idiota de Carlin, que había estado haciendo el tonto durante toda la ceremonia, levantándose y sentándose una y otra vez, se dio cuenta de que su risa era falsa y fue a acurrucarse junto a sus piernas para reconfortarla.

—Vosotros adelantaos —dijo Amedea una vez que Bardella se hubo despedido—, quiero ponerle una vela a la Virgen.

Después de resoplar, el padre le entregó de mala gana una monedita y se puso en marcha, instando al resto de la familia a hacer lo mismo.

En vez de salir con los Martinot, Berto se dirigió rápidamente al reclinatorio más cercano, el que quedaba delante de la estatua de san Expedito. Quería quedarse a solas con Amedea por primera y última vez. No es que pretendiera hablar con ella, se conformaba con quedarse arrodillado frente a la imagen del santo sabiendo que la chica se encontraba a pocos metros de distancia presentando sus respetos a la Santísima Virgen.

—Perdóname, señor santo —susurró Berto a la estatua—, prometo que tarde o temprano rezaré las oraciones de verdad.

Oyó el chisporroteo de la mecha de la vela votiva al encenderse. Al cabo de unos instantes, los pasos de Amedea resonaron de nuevo, deteniéndose inesperadamente a su espalda.

—Hola, Berto —lo sorprendió.

El chico se levantó del reclinatorio como un muelle y se volvió hacia ella sin ninguna consideración hacia san Expedito.

—Gracias por todo —le dijo.

El chico no encontró en su boca ni una sola palabra y se limitó a hacer un gesto con la mano como diciendo: «¿Por tan poco?».

—Has tenido que despertarte por lo menos dos horas antes de lo habitual, pobrecito —prosiguió la chica, abrazándolo y plantándole un beso en la mejilla.

Berto se quedó inerte, con la mirada atónita y los brazos caídos a lo largo de su cuerpo: ¡estaba petrificado de alegría!

Amedea aflojó el abrazo, él permaneció recto y tenso como un poste.

—Te prometo que cuando seas tú quien se case, asistiré a la ceremonia, sea a la hora que sea.

—Tú no vas a poder ver mi boda. —Aquellas palabras se habían deslizado de sus labios sin apenas darse cuenta.

—Pues claro que vendré a ver tu boda, te lo prometo —repitió ella, acercando su rostro al de él, de modo que sus narices casi se tocaron.

Berto asintió, extasiado y aterrado por aquella cercanía.

Capítulo 8

—¡Buenos días, sobrino! —saludó Eugenio Ferro mientras entraba en la habitación con la discreción de una avalancha—. Vaya, Raniero, ¿tú también estás aquí?

Ambos se pusieron en pie de un salto, atemorizados como escolares sorprendidos por el profesor en plena travesura.

—Raniero solo ha venido a saludarme —se apresuró a explicar Edmondo—. Pero estaba a punto de marcharse, ¿verdad?

—Sí, desde luego —le siguió la corriente su amigo—. Tengo un asunto urgente que atender.

—Has sido muy amable al encontrar tiempo para visitar a mi sobrino, a pesar de tus muchos compromisos. Edmondo es muy afortunado al tener un amigo como tú. —Le sonrió, jovial.

Raniero y Edmondo intercambiaron una mirada de desconcierto: ¿qué se había hecho del irascible abogado Eugenio y quién era ese hombre de modales afables que se había apoderado de sus rasgos?

—Vete, Raniero —lo apremió Ferro, muy intranquilo ante la buena disposición de su tío—, te arriesgas a llegar tarde.

—Tienes razón, hasta pronto. —Se apresuró a salir—. Mis respetos, abogado, salude a su esposa de mi parte —añadió con una especie de ridícula reverencia.

Mientras avanzaba por el pasillo, Raniero casi atropelló a un chico de baja estatura que había entrado después del abogado Eugenio.

—¿Puedo robarte unos minutos, Edmondo?

Sin esperar respuesta, Eugenio Ferro se colocó delante de su escritorio, seguido, a un par de respetuosos pasos, por su jovencísimo ayudante; luego se quedó ahí de pie, erguido y al acecho desde su extraordinaria altura. Una altura que, en realidad, solo podría calificarse de extraordinaria dentro de la familia Ferro, en la que Eugenio era el único que en la memoria de varias generaciones había ascendido a la vertiginosa altura del metro setenta. Ermete Ferro, hermano mayor de Eugenio y padre de Edmondo, había fallecido muchos años antes en trágicas circunstancias, y, sin embargo, cada vez que su tío Eugenio lo mencionaba, no podía evitar incluir en sus palabras que su estatura era muy inferior a la suya: «Mi hermano, ¡a quien el cielo tenga en su gloria!, era un abogado de gran talento y no se detenía ante nada; ni siquiera temía la confrontación física, a pesar de que apenas medía un metro sesenta».

El tío Eugenio estaba muy orgulloso de su récord de altura, por eso se rodeaba, incluso fuera del círculo familiar, de personas de baja estatura y de escaso atractivo. Con una cadencia aproximadamente anual, el tío Eugenio tomaba bajo su protección a un joven alumno, de quien acababa aburriéndose en cuanto adquiría la suficiente competencia y seguridad como para dejar de mirarlo con expresión de fervor. En ese momento, lo despedía sin contemplaciones y lo sustituía por un nuevo pasante con aire perdido y suplicante. Los protegidos del tío Eugenio

procedían de forma invariable de familias pequeñoburguesas, a veces incluso campesinas, todos ellos de baja estatura y de una fealdad inapelable. Edmondo, a menudo inclinado a ver lo bueno en la gente incluso donde no había ni rastro de ello, en un principio había supuesto que el tío quería ofrecerles a esos jóvenes humildes una oportunidad de redención; con la edad y la experiencia, sin embargo, había comprendido la triste verdad. Su tío nunca contrataría a un vástago de buena familia cuya herencia pudiera causarle problemas, ni a un atractivo coloso que disminuyera su lábil encanto.

Sin embargo, el pasante actual era un poco diferente a sus predecesores. Sí, procedía del campo y era bajito y medroso como los demás, pero desde luego no podía decirse que fuese feo. Los rasgos de su rostro, todavía un poco infantiles, eran agradablemente regulares y estaban iluminados por unos penetrantes ojos color avellana, mientras que su pelo era denso y rizado como el de un querubín de la época barroca. Sin embargo, el detalle más extraordinario del chico era su nombre: se llamaba Ernesto Ferro. Por mucho que sus ancestros habían intentado ennoblecerlo, el apellido Ferro, ciertamente, no podía decirse que fuera aristocrático o raro; de hecho, era de los más comunes del Piamonte. El hecho de que el joven Ernesto llevara ese apellido podía ser perfectamente una casualidad, pero lo cierto era que estaba emparentado con ellos, aunque en un grado muy remoto, lo que probablemente explicaba su hermoso rostro.

Varias veces Edmondo había intentado que el chico le explicara cuál era el parentesco que los unía, y él había satisfecho con docilidad la petición, organizando para ello un desfile de tíos, tíos abuelos y bisabuelos cuyos lazos de sangre se ramificaban y entrelazaban para formar una maraña que se parecía más a un zarzal que a un árbol genealógico.

—Buenos días, primo Edmondo —lo saludó el chico, venciendo la timidez que lo devoraba.

—Buenos días, Ernesto —le respondió, conteniéndose a duras penas para no despeinar sus rizos con una caricia: tanta ternura despertaba en él ese angelito a merced de su feroz tío.

—Ernesto, ¿no tienes nada que hacer? —le preguntó Eugenio con severidad.

—Sí —respondió con prontitud, pero no antes de que sus ojos color avellana brillaran con asombro—. Tengo mucho que hacer, en efecto, y con su permiso...

—¡Vamos chico, muévete! —le ordenó—. Y cierra la puerta, que tengo que hablar con mi sobrino.

La deplorable escena no era nueva para el abogado Ferro; de hecho, una de las horribles costumbres de su tío consistía en hacer que los pasantes lo siguieran sin necesidad alguna, por el mero placer de ahuyentarlos como a cachorros en cuanto su estado de ánimo se ensombrecía.

Henchido de arrogancia, pero sin dejar de sonreír, el tío ocupó con firmeza su lugar en la pequeña butaca de delante del escritorio.

El sobrino se sentó a su vez conteniendo la respiración, a la espera de una bronca que casi con seguridad su tío estaba a punto de infligirle a saber por qué razón. De eso se trataba: un arrebato de ira o, si el tío estaba de un humor no demasiado negro, como parecía presagiar su inquietante sonrisa, de un sermón. Entre las dos cosas, Edmondo prefería sin duda el primer escenario, porque, aunque más violento y humillante, los arrebatos de su tío duraban poco, mientras que sus sermones podían prolongarse durante horas.

El argumento básico era siempre el mismo y se manifestaba con mil variaciones. A la muerte de su padre, primogénito de la familia y socio mayoritario del bufete, Edmondo heredó sus acciones; pero, como en aquel momento todavía estaba en la escuela, el tío Eugenio se puso al

mando, posición que conservó incluso una vez que su sobrino comenzó la carrera de Derecho. Edmondo no tenía la más mínima intención de socavar la posición del tío: ni era tan ambicioso como él, ni tenía esa morbosa propensión a someter al prójimo. Prefería trabajar como subalterno, en la retaguardia, donde era más fácil sacar tiempo para la lectura. Para Edmondo, el trabajo no era más que un medio de subsistencia, un precio molesto que pagar por tener un techo sobre la cabeza y comida en la mesa. La riqueza y el prestigio que podían derivarse de ello no le interesaban.

El tío Eugenio había estado encantado de descubrir que su sobrino era tan poco ambicioso, pero el hecho de que, al menos sobre el papel, fuera el accionista mayoritario le reconcomía de una forma terrible; por eso se vengaba de su privilegio dinástico infligiéndole continuamente poderosas reprimendas con las que le reprochaba su falta de dignidad: «Cuando yo ya no esté, serás tú quien tenga que continuar con el negocio familiar, ¡y estoy seguro de que al cabo de pocos años harás saltar por los aires el trabajo de generaciones! —repetía una y otra vez—. ¡Ah, ojalá hubiera tenido un hijo varón capaz de servirte de apoyo con la misma abnegación con la que apoyé yo a tu padre!».

La de no haber tenido un hijo varón era la mayor de sus aflicciones. Por desgracia, la situación del linaje de los Ferro, junto con su falta de atractivo, se veía agravada con la tara de ser poco prolífica. Dos hijos era lo máximo que la naturaleza les había concedido a las parejas de la familia; pero, en la gran mayoría de los casos, los Ferro se quedaban en hijos únicos, exactamente como él y su prima Eloisa.

—¿Qué puedo hacer por ti, querido tío? —dijo Edmondo, para acabar con un eterno minuto de silencio—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—... No —titubeó, carente de su natural gallardía—, me gustaría hablar contigo sobre el pasante. ¿Qué opinas del muchacho?

Edmondo se quedó pasmado: su tío no solía pedirle su opinión, y mucho menos sobre sus desafortunados lacayos.

—Parece un buen chico —le respondió—, parece que se toma las cosas muy en serio.

—Tiene que tomárselas más en serio —respondió el tío buscando su malicia habitual—. No es, desde luego, una cumbre del ingenio.

—A veces, el compromiso compensa una escasa disposición.

—Eso es lo que espero —dijo, lanzando un sonido a medio camino entre un suspiro y un gruñido—. Me gustaría que trabajara con nosotros de forma estable, es alguien de la familia, lleva nuestro mismo apellido.

Pues claro: a falta de hijos varones y dudando de sus capacidades para darle un sobrino nieto, su tío estaba buscando lo que se define como «un reemplazo».

—Ernesto no es brillante en sus estudios —continuó el tío Eugenio—, pero a veces los pésimos estudiantes se convierten en óptimos abogados. Yo mismo no era el primero de la clase, como tu padre, pero cuando empecé a trabajar demostré que estaba más que a la altura de la situación.

—Ya verás como el muchacho te recompensará por tu confianza.

—Me está muy agradecido por haberlo salvado del destino mediocre al que estaba destinado, y creo que la gratitud lo empujará a llegar a ser un hombre de leyes pasable o, por lo menos, no un completo pelele.

Al abogado Ferro se le escapó una risita: el recién formulado por su tío era el peor cumplido que había oído en su vida, pero seguía siendo más generoso que cualquier otro juicio que hubiera hecho sobre él.

—Si no se convierte en un buen abogado, confío en que pueda ser al menos un buen marido —añadió el tío.

—Probablemente, algún día lo será —asintió el sobrino.

—No es un día demasiado lejano, de todas formas.

—¿De verdad? —se sorprendió Edmondo—. ¿Ya está oficialmente comprometido?

—No, pero pronto lo estará.

—¿No crees que es demasiado joven?

—Cumplió veintiún años, y con eso basta.

—Por supuesto, tiene los requisitos legales para elegir una esposa, pero si estuviera en tu lugar, querido tío, le aconsejaría que terminara los estudios.

—¡Al contrario! —objetó—. Mejor que se case ahora, para asegurar la prole.

—Podrá engendrar hijos durante las próximas tres o cuatro décadas —protestó Edmondo.

—Él sí, pero no su futura esposa, que es un poco mayor que él.

—¿Cuánto más? —inquirió.

—Nueve años.

—¡Entonces sí que hay que disuadir al chico!

—¿Por qué?

—¡Vamos, tío! ¿Qué haría una treintañera con ese colegial? Se cansaría de él al cabo de unos meses, tras lo cual, cuando este ya sea un hombre hecho y derecho, y ella, una mujer de mediana edad, será él quien ya no la quiera.

—No voy a negar que yo también lo he pensado —suspiró.

Edmondo sonrió con ternura: si se preocupaba por la felicidad de un pariente lejano, es que su tío en el fondo no era esa bestia brusca que quería aparentar.

—Tienes que ayudarme —le pidió por primera vez en su vida.

—Por supuesto, tío —respondió de inmediato—. ¿Quieres que hable con él?

—No tienes que hablar con él —lo corrigió—, sino con ella.

—¿Tengo que convencer a su prometida de que renuncie a casarse?

—¡Al contrario, melón! —Había abandonado ese tono suplicante tan poco suyo—. ¡Tienes que convencerla para que acepte casarse!

—Lo siento, tío, pero es que no lo entiendo.

—¡Ya ves tú, menuda novedad! —resopló.

—¿Por qué esa mujer a la que no conozco debería aceptar un consejo mío?

—¡La conoces, y muy bien, además! La futura novia es tu prima Eloisa.

El abogado Ferro entreabrió los labios en un intento de dar respuesta, pero ninguna sílaba acudió en su ayuda.

Casar a su hija era otra de las preocupaciones recurrentes de su tío; una preocupación no del todo irreal, ya que Eloisa había alcanzado la treintena sin tomar en consideración ni las proposiciones de los pretendientes que llegaban a su puerta por su propia iniciativa, ni las que eran alentadas por su padre. En este caso, Edmondo estaba tan perplejo como siempre: los candidatos a la boda de su tío solían ser hombres acomodados, con una muy buena posición y a

veces incluso un título nobiliario. El hecho de que ahora intentara endilgarle a un chavalote de campo mucho más joven que ella lo sorprendió hasta la estupefacción.

—¿Por qué? —logró articular por fin—. ¿Por qué deseas algo semejante?

—¡Nietos! —respondió lapidariamente el tío—. Nietos legítimos y que lleven nuestro apellido.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Edmondo casi para sus adentros.

—El joven Ernesto es la única esperanza para que nuestro linaje no se extinga.

El abogado asintió, convencido de que no era el momento oportuno para señalarle que, aunque quisiera excluir *a priori* su contribución personal a la dinastía, el apellido Ferro era tan común que seguiría floreciendo durante decenas de siglos, sin la ayuda de ese proyecto de matrimonio propio de una comedia.

—Eloisa aún no sabe nada —continuó el tío Eugenio—. Y el chico tampoco, pero él no me preocupa: a ese chavalote provinciano no le parecerá verdad que pueda alcanzar una posición tan elevada. Cuando lo encontré hace unos años, trabajaba como aprendiz en la lechería de un tío materno. Fui yo quien le pagó los estudios superiores (en un centro privado, para que recuperara el tiempo perdido acarreando leche), y sigo siendo yo quien financia su carrera. El chico me está tan agradecido que probablemente se casaría con la abuela del portero, si supiera que eso me hace feliz. No, con él no habrá ningún problema —reiteró—, es esa cabezona de tu prima la que me preocupa.

—Preocupación fundada. —Edmondo no pudo contenerse—. Eloisa nunca aceptará algo semejante.

—Pues ahí es donde debes echarme una mano: eres la persona que más quiere en este mundo (solo el cielo sabe por qué), y estoy seguro de que serás capaz de convencerla. Si fuera yo quien propone esta boda, diría que no por el mero hecho de que la idea procede de mí.

—Me temo que esta vez el gusto de llevarte la contraria no sería la única razón válida para negarse, por no mencionar que...

—Ahora escúchame con atención, Edmondo —cortó su tío su razonamiento—, no le digas enseguida cuál es nuestro propósito —dijo, incluyéndolo a su pesar en aquel grotesco proyecto—. Empieza cantando las alabanzas del chico, y solo cuando ella esté bien dispuesta con respecto a él, hazle ver las ventajas de esa unión.

—Me temo que a Eloisa no le importa mucho perpetuar el apellido de la familia.

—No me refiero a esa ventaja, sino al hecho de que ella es una gruñona indomable, mientras que él es un joven dócil al que podrá someter a su voluntad. Indícale que, al casarse con él, será ella la que llevará los pantalones, ya verás como esa idea le gusta.

—Perdóname, tío, pero de verdad que no quiero entrometerme en un asunto de esta clase.

—Te recuerdo que, desde que murió tu padre, soy yo quien se ha hecho cargo de todo el trabajo, ¡mientras tú seguías felizmente con tus estudios! Si nuestra familia prospera, no es por supuesto gracias a ti o a las novelas que lees a escondidas en vez de trabajar —declaró, levantando una carpeta del escritorio y desenterrando el ejemplar de Stendhal.

—De acuerdo, hablaré con Eloisa —capituló Edmondo, abrumado.

Su tío asintió con gravedad y salió de la habitación sin darle las gracias ni despedirse.

—Pues claro que hablaré con Eloisa —se dijo, mientras algo (¿indignación, tal vez?, ¿o quizá fuera repulsión?) se cocía a fuego lento en su pecho—. Hablaré con ella, querido tío, pero no

para persuadirla —añadió para sí, mientras el rebullir en el pecho se intensificaba, revelándole por fin su naturaleza: no era ni indignación ni repulsión, sino más bien una risa incontrolable y arrolladora, a la que se abandonó sin más reparos.

Capítulo 9

El sol de agosto brillaba despreocupadamente en el corral mientras la señora Martinot, acurrucada en el rincón más oscuro de la cocina, derramaba lágrimas que le quemaban las mejillas más que el calor del verano.

Siguiendo la regla sagrada de que mientras ella estuviera ocupada nadie interactuaría con ella, Pia permanecía sentada a la mesa, mondando con metódica lentitud las judías verdes, hasta el punto de que hacía pensar que el destino del mundo dependía del éxito de esa operación. Cuando los sollozos de la madre se hacían más fuertes, los dedos de Pia se movían con furiosas sacudidas, como si sintiera un placer sádico al mutilar las inermes verduras. El llanto de la madre habría compadecido a cualquier persona, pero a ella no, pues la hacía responsable de la inminente marcha de su hermana.

Había sido el señor Martinot quien tomó la decisión de enviar a Amedea a Argentina, pero su madre no había se había opuesto como podría y debería haber hecho, sino que se limitó a pasar el rosario para que la Virgen hiciera cambiar de opinión a su marido. ¡Tendría que haber sido ella la que intentara hacerle cambiar de opinión, y no delegar la tarea en la Virgen María! Podría haberse enfrentado a él a cara de perro, como la había visto hacer varias veces en el pasado por motivos mucho más pueriles. Al fin y al cabo, ¿a qué se arriesgaba, aparte de un revés que, por mucho daño que le hiciera, no podía infligirle un dolor mayor que la pérdida de una hija?

Pia, en cambio, había intentado —¡y de qué manera lo había intentado!— hacer entrar en razón a su padre. Al principio con estudiados razonamientos que él no se había dignado contestar. Luego cambió de estrategia dando pisotones y alzando la voz, segura de que semejante descaro llamaría al menos su atención; sin embargo, se limitó a reírse de ella en su cara y a marcharse a la viña, dejándola en medio del corral con los puños apretados y el rostro contraído en una mueca grotesca. ¡Qué difícil era adoptar una expresión furiosa teniendo un ojo estrábico! Por mucho que Pia arqueara las cejas y rechinara los dientes, su expresión se teñía con una dolorosa comicidad. Como no quería dejar de intentar cuanto estuviera a su alcance, se dirigió al párroco, quien, sin embargo, la decepcionó aún más que su padre. En opinión del sacerdote, de hecho, que una chica guapa y de talante alegre como su hermana —cualidades que atraían al mal como el azúcar atrae a las moscas— se casara con solo diecisiete años, antes de que el pecado se aprovechara de su frágil virtud, era algo bueno.

Bobi ladró roncamente en el patio.

—Han venido a buscarla —murmuró la señora Martinot, secándose con el delantal la cara, inundada de lágrimas—. ¡Pin, ya han llegado!

—¿Dónde está Amedea? —preguntó su padre, entrando a toda prisa en la cocina.

—Aún está en su habitación —le respondió su mujer.

—¿Por qué no ha bajado contigo esta mañana? —se dirigió con severidad a Pia, como si fuera

ella la que se hubiera demorado demasiado rato bajo las sábanas.

—Cuando me desperté, ella aún estaba durmiendo —se justificó—. Intenté llamarla, pero no se movió.

La verdad era que ni siquiera había intentado despertarla. Esa noche, como ya era costumbre, Amedea se había escapado de casa para pasear su dolor entre los viñedos y los campos, y debía de haber regresado más tarde de lo habitual, porque, a pesar de que Pia se había obligado a esperarla despierta para hablar con ella una última vez a solas, el sueño la había derrotado.

—¿Quién está en casa? —Mientras tanto, Bardella había entrado en el corral, seguido por el fiel Berto, que empujaba el carro de costumbre, esta vez vacío.

—¡*Bondì, munsù* Bardella! —saludó con alegría el señor Martinot, que había salido corriendo con su mujer y su hija mayor tras él.

—Buenos días, queridos, ¿dónde está la hermosa novia?

—En su habitación —contestó su padre—, esta mañana ha ganduleado.

—Le habrá costado coger el sueño —comentó—. Un poco de nerviosismo es comprensible.

—Pia, ve a llamar a tu hermana y dile que se dé prisa. Tú corre a buscar a Carlin —le dijo a su mujer—. Estará cerca del pantano, jugando con las ranas, o detrás de casa, con sus canicas. Dile que tiene que venir a despedirse de su hermana.

Aunque inestable sobre sus piernas, la señora Martinot se apresuró a obedecer, tambaleándose rauda en busca de su hijo; Pia, mientras tanto, ya había subido corriendo las escaleras.

—¿Amedea? —la llamó en voz baja, mientras se sumergía en la penumbra del dormitorio—. ¡Amedea! —repitió más fuerte, dirigiéndose hacia la ventana para abrir las celosías. La luz barrió la habitación—. Amedea, tienes que levantarte —dijo acercándose a la cama en la que su hermana yacía envuelta entre las sábanas como un bulto informe—. Te están esperando —insistió, tratando de domar el nudo que le apretaba la garganta y cogiendo con suavidad una punta de la sábana—. ¡Amedea! —le gritó por última vez al montón de mantas y sacos de yute colocados de forma artística bajo la sábana.

—¿Cómo que tu hermana no está en la habitación? —gritó el padre, levantando un brazo a modo de amenaza—. ¡Dime dónde está! —le ordenó, y dejó caer inesperadamente la mano sobre la cara de su hija con tal violencia que la lanzó al suelo.

—¡Maldita sea su estampa, Martinot! —El impropio de Bardella estalló en el corral, ahuyentando a las gallinas que escarbaban por allí—. ¿Su hija menor se la pega delante de sus narices y usted se desquita con la mayor, que está donde tiene que estar?

—¿Qué pasa? —La señora Martinot, que había oído aquel alboroto, se apresuró a unirse a ellos; llevaba de la mano a Carlin, quien, como le habían obligado a dejar las canicas, expresaba su enfado dejándose arrastrar como un peso muerto.

—¡Lo que pasa es que tu hija se ha escapado, eso es lo que pasa!

—Pero ¿cómo? —gimió la mujer—. ¡Es imposible!

—¿Dónde está el equipaje de la chica? —preguntó Bardella, preocupado porque el flamante baúl que la familia Perosino le había hecho comprar para la novia hubiera desaparecido con ella.

—Está en la sala de la planta baja —contestó Pia, aún aturdida por la bofetada.

—Berto, ve a buscar el baúl de la novia —ordenó al chico, que había presenciado atónito la

escena—, cárgalo en el carrito y llévalo a la plaza del pueblo, donde Nando nos recogerá con el carro.

—Pero si Amedea se ha largado —se atrevió a objetar—, ¿qué sentido tiene llevarse su baúl?

—Amedea no se ha largado —replicó secamente el casamentero—. Ha ido a visitar a sus vecinas para despedirse de ellas. Toma —dijo sacando un par de billetes del bolsillo y esbozando una sonrisa falsa—. Después de cargar el baúl en el carro, vete para casa, majo. Aquí está tu paga, más un pequeño extra, que te lo has ganado.

Aquel dinero era aproximadamente una vez y media más que la paga que habían acordado; Berto supo enseguida que esa generosa propina servía para pagarle por su silencio y se alegró al descubrir que se podía ganar tanta pasta con solo mantener la boca cerrada.

—Te quiero libre para después de Cuaresma, jovenzuelo —añadió Bardella—, será época de bodas y volveré a necesitar a mi ayudante.

Con esas palabras había sellado con lacre el acuerdo de confidencialidad: Berto comprendió perfectamente que no volvería a trabajar con el fotógrafo, si insinuaba siquiera a alguien la fuga de Amedea.

—Querida niña —se dirigió a Pia en cuanto Berto se alejó—, ¿tienes alguna idea de adónde podría haber ido tu hermana?

—No —respondió con sinceridad.

—¿Cuándo la viste por última vez? —Bardella sonreía, pero las comisuras de sus labios le vibraban bajo aquel bigote de manillar, dispuesto a transformar su rostro en una máscara de ira.

—Anoche, cuando se fue a la cama —respondió, sin añadir que luego, un par de horas después, la oyó salir de la habitación.

—Así que podría haberse largado ya esta noche —dedujo Bardella, levantando los brazos al cielo y luego dejándolos caer junto con imprecaciones dirigidas a media docena de santos.

—No se ha largado —objetó la señora Martinot—. Habrá ido a visitar a los vecinos, tal y como ha dicho usted.

—Solo lo dije para cerrarle la boca a Berto, pero está claro como el sol que, anoche, la chica se largó por piernas.

—No, esta noche no —protestó la mujer con una voz que se le rompía por el llanto—. Dile, Pia, que cuando tú despertaste Amedea estaba en su cama.

—Eso fue lo que creí —se encogió de hombros—, me pareció que dormía con las sábanas subidas hasta la cabeza, pero en cambio...

—En cambio, en su lugar, había dejado un buen fardo de trapos, ¡y tú caíste en la trampa! —soltó Bardella—. Habéis educado muy bien a vuestras hijas: una demasiado lista y la otra no lo bastante. Se trata de un asunto delicado, que debe tratarse con discreción. Entremos y hablemos del tema, para determinar qué podemos hacer.

Martinot condujo a Bardella hasta la cocina, Pia se apresuró a seguirlos para limpiar la mesa de las judías verdes que estaba mondando y servirles dos vasos de vino.

—Pia —la reprendió su madre con severidad en cuanto cruzó el umbral de la cocina—, nosotros nunca recibimos a los invitados en la cocina, ¿te das cuenta del papelón que estamos haciendo por tu culpa?

—¿Le parece que este es el papelón que están haciendo? —resopló Bardella, golpeando el vaso que ya había vaciado sobre la mesa—. Su hija, legalmente casada con un hombre

respetable, ha pasado la noche fuera, ¿y usted se preocupa por dónde es más apropiado recibir a los invitados?

Ante este cruel pero merecido reproche, Martinot dio rienda suelta a las lágrimas que acababa de lograr contener.

—Mamaíta... —Carlin tiró de la manga de su madre para llamar su atención, pero al no conseguirlo se acercó a su padre, que se lo sacó de encima incluso antes de que le tocara el brazo.

—Que quede claro que, si la chica no se sube hoy en el tren para Génova, no hay trato. —Bardella retomó las riendas de la conversación—. Anularemos el matrimonio y tendrán que devolvernos unas mil quinientas liras, más o menos.

—Pero es que nosotros solo recibimos mil —sollozó el señor Martinot—, y ya nos hemos gastado más de la mitad para reparar el tejado del granero y comprar cuatro vacas.

—Mil liras era la paga para ustedes, pero los Perosino tuvieron que correr con otros gastos: de entrada, el billete del barco de vapor, las alianzas y mis honorarios. Van a querer que se les devuelva todo, y ustedes se lo van a hacer, porque yo he hecho mi trabajo.

—Nadie va a devolver nada. —Martinot golpeó la mesa con los puños—. Amedea no puede haber ido muy lejos a pie y de noche. Usted y yo iremos a buscarla con el carro, y mientras tanto vosotras dos —dijo señalando a su mujer y a su hija— iréis por el pueblo y por las granjas de los alrededores a preguntar si alguien la ha visto.

—¡Muy bien, hombre! Que todo el mundo sepa que la esposa de Giacomo Perosino anoche no estaba en su cama.

—Papá... —Carlin se agarró a la manga de Martinot—, papáito...

—¡Ya te daré yo papáito como no te calles!

—Pero, papá, yo sé dónde está Amedea.

—¿De verdad lo sabes, chico? —Bardella rebuscó en sus bolsillos—. Si me dices dónde está tu hermana, te daré esto —le propuso, mostrándole un par de monedas—. ¿Sabes cuántos caramelos puedes comprarte con esto?

—¿Diez? —aventuró Carlin, como si le estuvieran examinando de aritmética.

—¡Oh, muchos más! Así pues, jovenzuelo, ¿sabes dónde está tu hermana?

Capítulo 10

Por fin había terminado la jornada laboral. El abogado Ferro salió del bufete con el ánimo renovado por el reconfortante pensamiento de poder pasar una agradable velada de lectura. El camino de vuelta le parecía siempre más corto que el de ida. El ejemplar de *El rojo y el negro* rebotaba en su bolsillo a cada paso, golpeándolo en el costado; aquellos golpecitos, sin embargo, ya no le parecían palmadas; era más bien como que iban picando espuelas alegremente para darse prisa.

El día había transcurrido como siempre, entre páginas picoteadas a escondidas y trabajos ejecutados de mala gana y que solía dejar a medias. Como de costumbre, no había concluido gran cosa: no había conseguido avanzar con su trabajo, ni había disfrutado de los momentos robados de lectura. Tenía que cambiar de registro, se repitió a sí mismo por enésima vez: ¡trabajar mejor para trabajar menos! ¿Tenía razón ese adagio popular? Tal vez aquel era el truco para vencer al tedio que lo atormentaba desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde.

Sin embargo, la jornada laboral que acababa de concluir había sido tan larga y debilitante como cualquier otra, aunque desde luego no aburrida. El ridículo plan de matrimonio de su tío lo había divertido mucho y ya saboreaba el momento en que se lo contaría a su prima: ¡cómo iban a reírse de todo aquello! No durante mucho tiempo, de todas formas. Eloisa no podía estar en absoluto de acuerdo con ese proyecto delirante, y su padre se enfurecería con ambos, pero especialmente con él, culpable de no haberla persuadido.

¿Y qué decir de la visita, o más bien de la aparición de Raniero, que pretendía involucrarlo en una sesión de espiritismo? El abogado Ferro detuvo el paso y soltó un largo suspiro: no tenía ningún deseo de lanzarse a tal hazaña, pero lo haría de todos modos, en nombre de la amistad, se dijo, emprendiendo de nuevo su trote hacia casa. Por tanto, era inútil negarse y ponerle pegas cuando ya sabía que se iba a ver sentado en compañía de aristócratas haraganes resueltos a vencer al aburrimiento de su condición privilegiada tonteando con falsos fantasmas.

El abogado avanzaba con rapidez y con la cabeza gacha por la vía Garibaldi; estaba bastante concurrida a esa hora y no quería arriesgarse a cruzar la mirada de algún conocido, quien, siguiendo las convenciones sociales, se habría sentido obligado a pararlo e intercambiar con él algunas atenciones. No se sentía culpable por esa misantropía: evitando el contacto visual y las conversaciones insustanciales, no solo se hacía un favor a sí mismo, sino también a sus potenciales interlocutores, que sin duda alguna no ardían en deseos de debatir con él acerca del buen tiempo. Como demostración de que los demás no deseaban hablar con él tanto como él no quería entretenerse con ellos, de vez en cuando percibía alguna mirada que lo interceptaba, para escabullirse enseguida. Sin embargo, cuando una mirada se detenía con más insistencia, el abogado tenía dos opciones: darse la vuelta y saludar con una apresurada inclinación de cabeza, con la esperanza de que esto fuera suficiente para librarlo del compromiso, o bien encogerse de

hombros como se hace con un insecto molesto, prosiguiendo su camino sin apartar los ojos de los adoquines.

Sin embargo, de pronto se topó con una mirada más tenaz que las demás. Había volado hacia él y le rondaba por la sien como una mosca odiosa. Era la misma mirada que había ignorado aquella mañana y que procedía del interior de una librería. ¡Así que el inoportuno había permanecido al acecho durante horas, como una bestia feroz pero paciente!

—No te rendirás, ¿verdad? —murmuró, dirigiéndose hacia la tienda—. Ya voy, querido, has ganado.

Recorrió con la mirada los libros expuestos en el escaparate, hasta que lo encontró: el origen de esas miradas punzantes era un libro con la tapa roja.

—Vamos a ver quién eres.

Entrecerró los párpados para concentrarse en el título, luego sacó del bolsillo interior de su chaqueta un pequeño cuaderno, acarició la tapa forrada de seda, a esas alturas ligeramente deshilachada en las esquinas, y la abrió: «*Teresa Raquin*, de Émile Zola», anotó en la primera página libre, casi al final del cuaderno.

—¿Ya estás satisfecho? —le musitó al libro—. He tomado nota de tu título y de tu autor, ahora ya puedes dejar de apuntarme como un experto tirador cada vez que paso por aquí delante.

El libro bajó la mirada invisible, o al menos eso le pareció.

Escondió el cuaderno en el bolsillo interior de su chaqueta y reanudó la marcha. Ahora ese cuaderno le parecía mucho más pesado que antes: era ese nuevo título el que aumentaba su peso de un modo desmesurado, el enésimo libro que tendría que esperar a que le llegara su turno. Por desgracia, no todos los libros esperaban con paciencia: algunos coceaban como caballos de carreras en la línea de salida, y la novela de Zola parecía ser uno de esos.

—Tendrás que aceptarlo, amigo mío —murmuró Ferro, dándose un golpecito a la altura del corazón, donde estaba el bolsillo en el que guardaba el cuaderno—, hay montones y montones de libros que me han mirado antes que tú.

El abogado Ferro sentía un gran afecto por el cuaderno de las miradas. Se lo había regalado Eloisa tras obtener su título, cuando ella aún era estudiante en el centro de enseñanza femenina. Lo había hecho ella misma en la escuela, reforzando la tapa con cartón grueso y forrándola con seda china. Eso era al menos lo que había contado inicialmente; años más tarde, sin embargo, resultó que había sido una compañera suya menos torpe quien lo había hecho, ya que el que ella había creado resultó ser una auténtica abominación, ¡pero poco le importaba a él! Cuando se trataba de regalos, lo importante era la intención, y la de Eloisa había sido encantadora y cariñosa.

—Puedes usarlo para tus notas de trabajo —le dijo su prima, pero a él le pareció que ensuciar las páginas de aquel hermoso cuaderno con asuntos legales suponía un despilfarro, así que decidió anotar allí los títulos no de los libros que quería leer —lo cierto es que no le daba tiempo para ponerlos en una lista, ya que los compraba de modo compulsivo en cuanto los veía—, sino de los que «querían» ser leídos.

Al principio había pocos libros que lo miraran, o quizá él aún no había afinado la sensibilidad necesaria para percibir esas miradas de papel y tinta; cuando ese pequeño milagro se manifestaba, anotaba la obra en su cuaderno, con una cursiva amplia y elegante, separando cada nuevo título del anterior. Con el paso de los años, las miradas se habían multiplicado, y, para que

el cuaderno no se le acabara, adquirió la costumbre de anotar los nuevos títulos con letra diminuta, pegando una línea a otra. A pesar de aquellas precauciones, las páginas casi se le habían terminado, y las lecturas en espera eran muy numerosas. Al poder dedicarles a sus amadas novelas solo las tardes y parte de las noches, tal vez en el cuaderno se amontonaban ya más libros de los que llegaría a leer en toda su vida, un pensamiento que lo aterraba. Para no adquirir compromisos de lectura que no estaba seguro de poder cumplir, había intentado varias veces, como aquella mañana, por ejemplo, ignorar los libros que lo llamaban. Pero aunque sus miradas nunca eran maliciosas ni se movían por meras convenciones sociales —no ocultaban, como las humanas, piedad o, peor aún, asco detrás de una máscara de cordialidad—, eran mucho más penetrantes e insistentes, descaradas a veces, y el abogado, por mucho que lo intentara, era incapaz de resistirse.

Mientras recorría el último tramo hasta su casa, el cuaderno de las miradas le pesaba en el pecho como una roca.

—Calma, amigos míos —susurró, acariciando la tela de la americana bajo la que palpitaba el cuaderno más que su corazón—. Os juro que os leeré a todos, encontraré la manera de hacerlo: cueste lo que cueste.

Capítulo 11

Amedea no había vagado de noche por los campos y viñedos dando rienda suelta a su desesperación; ¡Pia se sentía tan ingenua por haberlo pensado! Aquella noche, como probablemente todas las anteriores, la había pasado en el *ciabot* de la Longa, un cobertizo para herramientas que se alzaba entre las hileras de una viña vecina llamada «la Longa» por su extensión; y no se refugiaba allí para llorar, sino para encontrarse con Beppe, el temporero de la granja Ceresa.

Justo esa misma mañana, Carlin había visto a su hermana desde lo alto de un cerezo al que se había encaramado en busca de algún fruto tardío. Antes había podido ver cómo Beppe el de la Ceresa salía de la barraca, luego reconoció a Amedea, quien, en camisón, se asomó por la puerta y lo despidió con un beso, para luego volver a encerrarse.

—¡Voy a matar a ese Beppe! ¡Los mataré a los dos! —bramó Martinot, mientras su esposa, tras emitir un gemido parecido al aullido del anciano Bobi cuando lo torturaba el reumatismo, se desplomó exánime en una silla.

—¿Quién es Beppe? —preguntó Bardella, sin prestar atención al desmayo de la señora de la casa.

—¡Un inútil que con veinticinco años cumplidos sigue trabajando de temporero! ¡Uno que gana dos chavos y se los gasta en la taberna! —Martinot echaba espumarajos de rabia por la boca, como un caballo al que le han puesto el bocado por primera vez—. Cada año va detrás de una chica diferente; luego, terminada la vendimia, se vuelve a su pueblo ¡y si te he visto no me acuerdo!

Mientras su padre arremetía contra Beppe el de la Ceresa, Pia corrió a buscar vinagre para reanimar a su madre.

—¡Ven conmigo, Pia! —le ordenó Bardella, interrumpiendo sus maniobras de socorro—. Ahora tú y yo vamos a ver a tu hermana para hacerla entrar en razón; tú eres la única que puede convencerla de hacer lo correcto.

—La voy a convencer yo, faltaría más —declaró Martinot.

—Usted no va a hacer nada, no gritará ni le pondrá un solo dedo encima a la chica. No quiero subir en el barco de vapor a una novia que tenga los ojos morados, ¿entendido?

Así pues, Pia tuvo que encaminarse hacia el viñado con Bardella y su padre. Dejó a su madre allí, aún en pleno desmayo y ante la indiferencia de Carlin, quien, con sus monedas en las manos, se sentía un gran señor, a esas alturas ajeno a las penas de la gente pobre.

—Ese es el lugar —rugió Martinot, señalando el cobertizo incriminado.

—Martinot, no monte ningún espectáculo —le insistió Bardella por enésima vez—. Nuestro objetivo es convencer a la chica, no forzarla.

—Es mi hija y hará lo que yo le diga —murmuró él, engreído.

—Como padre puede que tenga razón, pero desde el punto de vista legal sería totalmente erróneo, así que tranquilícese, ¿entendido?

Martinot emitió un grito animal, que podía significar tanto sí como no.

—Pia, querida —la interpeló Bardella con estudiada dulzura—, ve a llamar a la puerta, dile que solo queremos hablar con ella para encontrar una solución y asegúrale que nadie le pegará ni la obligará a marcharse.

La chica dudó.

—Obedece —la amenazó su padre, levantando la mano con la que poco antes la había golpeado.

Pia se apresuró hacia la cabaña, pero no por las amenazas de su padre ni por las tranquilizadoras palabras de Bardella; sabía que si ella no la hacía salir por las buenas, los dos hombres lo harían por las malas.

—Amedea, ábreme, sé que estás aquí —la llamó tras dar dos toquitos en la puerta.

—¿Estás sola? —oyó que le respondían desde detrás de los tablones de madera.

—No, también están aquí papá y *munsù* Bardella, pero ábreme de todas formas: no van a pegarte ni te obligarán a marcharte a Argentina, si tú no quieres.

Silencio.

—Sal, hermana —insistió Pia—, *munsù* Bardella dice que encontraremos una solución.

—Pero es que yo ya la he encontrado —respondió ella con seguridad—. Ahora abro —anunció, levantando el pestillo.

La puerta se abrió y apareció Amedea despeinada y en camisón.

Ante aquella imagen, el padre sintió un escalofrío de ira, que Bardella consiguió calmar con una mirada torva.

—Ya no puedo casarme con el señor argentino —declaró con una sonrisa socarrona.

—Querida, tú ya estás casada —objetó Bardella con el tono más conciliador de su repertorio—. Nadie te obligó a tomar un marido.

—¡Nadie! —reiteró Martinot, que era incapaz de mantenerse al margen de la discusión.

—Es verdad, estoy casada —admitió Amedea, encogiéndose de hombros—. Pero ¿mi marido querrá a una esposa que se ha acostado con otro?

Pia observaba incrédula cómo su hermana, a la que había imaginado saliendo de su escondite temblorosa y asustada como una bestia atrapada, se enfrentaba a sus interlocutores cara a cara, insolente.

—Yo a ese Beppe lo voy a matar, juro que...

—¡Martinot, no es para tanto! —lo interrumpió el casamentero—. Somos hombres de mundo y sabemos que ciertas cosas pueden ocurrir. La chica es joven y quiso darse un capricho.

—¡No, lo ha hecho para fastidiarme!

—Por la razón que sea, hay cosas mucho peores en este mundo.

—Pero yo... —Amedea se sintió descolocada ante tanta indulgencia—. Yo ya no soy...

—¿Virgen? —Bardella encontró la palabra por ella—. Con lo que cuestan los billetes del barco de vapor, tu marido no te devolverá por tan poca cosa; es más, probablemente ni se dará cuenta. El chico es joven, estudió en un internado y las pocas mujeres que veía eran monjas; en resumen, bonita, si tú ya no eres pura, él casi seguro que lo es.

—¿Y ni siquiera le importará esto?

Con un gesto repentino, Amedea agarró el dobladillo de su camisón, que levantó hasta el ombligo, mostrando sus viejas bragas de lino, cuyos dobladillos deshilachados lamían sus rodillas.

—Mirad esto —dijo acariciándose el vientre un tanto prominente—, ¿mi marido ni siquiera notará esto?

Pia sintió que las lágrimas le punzaban los párpados: los encuentros nocturnos con Beppe no habían sido por despecho, como sostenía su padre, ni un capricho, según la hipótesis de Bardella, sino un intento deliberado de quedarse embarazada.

Por su cuenta y riesgo, Pia se volvió hacia su padre dispuesta a servirle de escudo a su hermana, pero el hombre no parecía estar pensando en arremeter contra ella: estaba inmóvil, con los ojos como platos y la mano con la que solía amenazar presionando sobre el pecho. Amedea, por su parte, lo miraba con los ojos entrecerrados, sonriendo satisfecha.

—¿De cuántos meses estás? —preguntó Bardella, rompiendo el silencio que se había hecho.

—De cuatro meses, casi —respondió con orgullo, empujando el vientre hacia adelante, para hacer más evidente su estado.

—Cuatro meses —repitió el fotógrafo—. Que se convertirán en cinco cuando llegues a Argentina. Si hubieras estado solo de dos, podrías haberles hecho creer a los Perosino que se trataba de un parto prematuro, pero así se darían cuenta, ¿lo entiendes, pedazo de inconsciente?

—Claro que lo entiendo —respondió ella con desenvoltura—. Lo he hecho a propósito.

—Debemos solicitar la nulidad del matrimonio —se volvió hacia Martinot—, y usted tendrá que atenerse a las consecuencias: vender la granja o ir a la cárcel.

—¿Cárcel? —preguntó asombrado.

—Sí, querido: a la cárcel por deudas.

—Pero si nosotros... —Martinot titubeó—. Hay una comadrona en el pueblo que ha ayudado a otras chicas a...

—¡Eso son cosas que hay que hacer a su debido tiempo! Estando en el cuarto mes, se iría al otro barrio y usted seguiría teniendo en todo caso que devolver el dinero a los Perosino, porque una novia muerta no vale más que una embarazada. Volvamos a su casa, Martinot, tenemos que echar cuentas.

Los tres se encaminaron en silencio a lo largo de las hileras de los viñedos.

—Beppe me ha dicho que en cuanto tenga mis papeles en regla se casará conmigo —gritó Amedea tras ellos, pero su voz se perdió entre los verdes pámpanos de la Longa, sin recibir respuesta.

—Pia, ve corriendo con tu madre —le ordenó Bardella cuando estaban a medio camino—. Dile que vaya donde está Amedea inmediatamente y que le lleve algo de ropa, no debemos arriesgarnos a que vuelva a casa en camisón.

—Por supuesto —convino Pia, apresurando el paso.

—Tú sí que eres una chica como Dios manda. —La voz de Bardella, que de nuevo se había vuelto melosa, la persiguió—. Tienes buen corazón, y eso vale mucho más que la belleza.

Pia aceleró el paso para alejarse de aquella inesperada adulación.

De manera que vistieron a Amedea y la llevaron de vuelta a casa con su madre; Pia las vio venir

del brazo por los campos, la primera sonriendo, la segunda hecha un mar de lágrimas.

—Señora, venga a hablar con nosotros —ordenó Bardella desde la cocina—. Vosotras, chicas, id a vuestra habitación.

—¿Lo ves, Pia? —le preguntó su hermana mientras se sentaba en su cama, donde aún se apelotonaba el fardo de mantas y sacos de yute con el que había simulado su propio cuerpo dormido—. Te dije que no me marcharía, y que en tres o cuatro meses podían suceder algunas cosas.

—¿Por qué no dijiste que no enseguida, cuando Bardella te propuso casarte con el argentino?

—¿Cómo iba a negarme? —Se encogió de hombros—. Papá se habría vuelto loco, se habría desquitado con mamá por mi rechazo y la habría hecho llorar.

—Mamá también está llorando ahora.

—Sí, mamá siempre llora, pero en cuanto me case con Beppe y le dé un nietecito dejará de hacerlo —dijo columpiando los pies en la cama como una niña—. Si hubiera dicho que no, cada vez que necesitáramos dinero, papá me lo habría echado en cara: ¿el ternero está enfermo y no podemos llamar al veterinario? Culpa tuya, por no casarte con el argentino... ¿El granizo ha arrasado la cosecha? ¡Ahora nos moriremos de hambre, porque tú no te casaste con el argentino!

—De todas maneras, te lo echará en cara.

—Ya no podrá, pronto seré una mujer casada y... —Amedea se interrumpió—. Ya soy una mujer casada —se rio—, pero pronto dejaré de serlo, y luego volveré a serlo.

—¿Y si Beppe no se casa contigo?

Amedea hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que esa opción estaba descartada.

—¿Y si papá va a la cárcel por deudas?

—No acabará en la cárcel. —Repitió el gesto despreocupado—. Solo los que tienen deudas muy grandes acaban allí; si todos los pobres con una deuda de unas pocas liras acabaran en la trena, ya no habría espacio para los ladrones y los asesinos.

Pia no contestó; al parecer, su hermana había pensado en todo. Amedea se puso a hacer su cama tarareando esa cancioncilla que tanto le gustaba, esa que hablaba de rosas y de pajaritos.

Una media hora más tarde, Bardella la llamó:

—Pia, por favor, baja. Pero tú sola, tenemos que hablar contigo.

Capítulo 12

¡Una velada idílica de lectura perdida, que nadie le devolvería jamás! Con toda la casa para él, ya que su madre estaba de vacaciones, el abogado Ferro habría podido leer a sus anchas y sin interrupciones, aligerando el cuaderno de las miradas al menos en un par de títulos. ¡Por desgracia, no fue así! En vez de bata y pantuflas, vestía un frac que le hacía parecer una urraca raquítica, y en vez de estar cómodamente hundido en un sillón, daba botes en el asiento medio roto de un landó, que Raniero y él habían alquilado para ir a la villa de la condesa Veronika Székely.

—Presentarnos con un coche de alquiler no hará que nos tomen en serio —se lamentó Raniero—. ¡No entiendo por qué tú, rico como eres, no tienes ya no te digo un automóvil, pero al menos sí un carruaje privado!

—¿Para qué lo necesitaría? —preguntó Edmondo Ferro, agarrándose a un asa—. ¿Adónde debería de ir yo con un carruaje?

—Al teatro, por ejemplo, a una recepción o de visita a la villa de una condesa, como estás haciendo ahora. Nos tomarán por dos mendigos cuando nos vean llegar a borde de este catafalco.

—He oído decir que una noche vieron a la condesa Székely deambulando por el parque del Valentino, vestida de punta en blanco, pero descalza, y a nadie se le ocurrió objetar nada al respecto.

—¿Y qué?

—Pues que haremos creer a ese conciliábulo de aristócratas que se desviven por parecer estafalarios que viajar en un carruaje alquilado es una muy esmerada elección estilística, una excentricidad personal.

—¡No digas tonterías, Edmondo! —Su amigo lo hizo callar con brusquedad.

—Pero ¿cómo te atreves? —reaccionó el abogado—. ¡No soy yo quien quiere participar en una sesión de fotografía espiritista! Durante los últimos diez días he tenido que bregar denodadamente para que me invitaran: hablar con Fulano, seducir a Zutano y visitar a Mengano.

—Perdóname, Edmondo —se disculpó Raniero—. Estoy muy nervioso; mi futuro depende de esta visita.

—Ahora eres tú el que dice tonterías. —Lo reprendió mientras descorría la cortina de la ventanilla y observaba la oscuridad nocturna más allá del cristal, tan denso en la colina turinesa—. Si una enfermedad rara me afligiera y estuviéramos yendo a ver a un especialista, entonces sí podrías decir que tu futuro depende de esa visita.

—Está bien, mi vida no corre peligro —Raniero soltó un largo suspiro para calmarse—, pero de lo que pase esta noche dependerá el destino de mi carrera periodística. Tú no puedes entender mi aprensión; careces totalmente de ambición y no te culpo por ello, yo tampoco la tendría si hubiera nacido rico como tú.

—¡Yo tengo ambiciones! —Edmondo cruzó los brazos sobre el pecho, sin dejar de dar botes con cada sacudida del carruaje.

—¿Desde cuándo?

—Si te soy sincero, llevo un tiempo pensando en darle un giro a mi vida y convertirme en un abogado como es debido —acalorado por la discusión, le entraron ganas de exagerar—, un abogado respetado y eminente, así al final le cerraría la boca al tío Eugenio.

—¡Eso es genial, querido amigo! La sesión espiritista de esta noche podría ser una buena oportunidad también para ti.

—¿Para mí? —preguntó Edmondo mientras las sacudidas del carruaje se hacían más intensas.

—Si esta noche tenemos la suerte de descubrir que la condesa está sustentando a dos tramposos, todos esos ricachones que la rodean querrán demandarla y obtener una indemnización, ¿y quién podría representarlos ante el tribunal mejor que el abogado que los ayudó a descubrir el engaño?

—Correcto... —murmuró Ferro para sí, saboreando anticipadamente la cara atónita de su tío cuando llevara al bufete de abogados nada menos que a un puñado de aristócratas estafados.

El cochero frenó los caballos con un sonoro «¡So!». Poco después se abrió la portezuela y el anciano cochero invitó a los dos amigos a bajarse con un ceremonioso gesto del brazo.

—¿Te encargas tú de pagar el viaje, por favor? —preguntó Raniero, incómodo—. Voy un poco justo de dinero, pero en cuanto venda la noticia a los periódicos, te prometo que...

—Sí, por supuesto, no hay problema.

Edmondo entregó el dinero al hombre, que llevaba un sombrero de copa abollado:

—¿Con esto llega para que nos espere aquí unas horas y llevarnos de vuelta a piazza Castello?

—Claro que sí, señor. —El cochero se metió en el bolsillo la generosa suma con una reverencia—. A sus órdenes, señor.

—Espéranos más adelante —le ordenó Raniero—. Después de la curva.

El hombre se inclinó perplejo y volvió a sentarse en el pescante.

—¿Por qué le has pedido que nos espere después de la curva?

—Porque no quiero que un carruaje público se pare delante de la villa de la condesa.

—¿Estropea el paisaje?

—Déjalo ya, Edmondo; por cierto, ¿y tú porque le has dado al cochero el dinero para la vuelta?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Ahora que tiene todo ese dinero en el bolsillo y sabe que no puede esperar que le demos más, tal vez decida dejarnos tirados.

—Si nos deja tirados, será por tu inoportuna petición de que fuera a esconderse.

Mientras discutían, caminaban por el sendero de entrada que iluminaban unas farolas, cuya luz producía sombras temblorosas y siniestras.

El sendero se ensanchó en una amplia explanada circular donde había unos cuantos carruajes —ninguno de ellos alquilado, tuvo que admitir Ferro para sus adentros— y un par de flamantes automóviles. En el centro brotaba una fuente ornamentada con tritones y nereidas.

—Qué sitio más sobrio —comentó sarcásticamente el abogado.

La Villa Székely era un edificio de inspiración dieciochesca, pero de reciente construcción,

con un macizo cuerpo central y dos alas arqueadas que seguían la forma circular de la explanada. A la villa se accedía por dos escalinatas curvas, que volvían a unirse en una terraza. Presidiendo cada una de las rampas había dos extrañas figuras, vestidas a la oriental, cada una con un farolillo en la mano.

—Los eunucos que custodian el serrallo de la sultana —comentó Ferro—. De hecho, si los miras mejor, parecen más bien unos guerreros egipcios.

—Cállate y finge que todo te resulta familiar —lo regañó Raniero—. Así es como funciona en estos ambientes: nunca hay que mostrar asombro.

—¿De qué le sirve a la anfitriona montar semejante circo si los invitados fingen que no se maravillan? Francamente, me parece una falta de consideración.

El abogado entregó a uno de los exóticos ujieres la invitación que la condesa Székely le había enviado. El hombre apenas movió la mirada, muy ribeteada de negro, hacia la tarjeta; sin alterar su expresión hierática, se hizo a un lado con un movimiento mecánico para dejarlos pasar.

—¿Te acuerdas de todo lo que tienes que decirle a la condesa? —le preguntó Raniero con aprensión.

—Palabra por palabra —lo tranquilizó Edmondo Ferro—. ¡Seré un actor sublime! Tras la representación, Eleonora Duse me escribirá para pedirme consejos.

—No seas payaso —le encareció con los dientes apretados mientras entraban en el atrio de la villa, una especie de espeso bosque de palmeras en macetas y orquídeas iluminado con velas.

—¿Yo soy el payaso? —preguntó el abogado mientras miraba a su alrededor—. Aquí hay más velas y flores que en un velatorio.

Una figura femenina emergió del palmeral, sus labios rojo fuego y la cara pintada de blanco; Raniero, que tanto se había propuesto a sí mismo mostrarse indiferente, ante esa repentina aparición dio un respingo.

—Raniero querido, ¿tienes miedo de una damisela japonesa? —Ferro contuvo una carcajada cuando la muchacha del largo kimono se acercó dando pequeños y gráciles pasos—. Puedo comprender tu perplejidad: los guardias del jardín eran de inspiración egipcia, y ahora hay una geisha para recibirnos: es como pasar de *Aida* a *Turandot*. Soy el abogado Edmondo Ferro y este es mi amigo, Raniero Basso —se presentó a la japonesita—. ¿Podría anunciarnos a la condesa, por favor? Siempre y cuando la condesa no sea usted —añadió, presa de la duda.

Ante esa afirmación la chica se llevó a la boquita roja una mano oculta por la seda y emitió una risita delicada como el canto de un pajarillo, tras lo que asintió y los condujo a una sala lateral, también tenuemente iluminada, donde con gestos mudos pero elegantes les pidió que esperaran.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir que esa sirvienta era la condesa? —le preguntó Raniero cuando se quedaron solos.

—La condesa podía perfectamente haberse escondido bajo ese maquillaje —se defendió—. Incluso podría haber sido un hombre.

—Venga, no exageres.

—No exagero en absoluto; en el teatro japonés es tradición que el papel de las mujeres lo interpreten hombres vestidos de mujer, deberías informarte al respecto.

—Y tú deberías saber que las condesas son así —le dijo mientras le señalaba el retrato de una hermosa mujer con un vestido de noche que colgaba en la habitación, y que a la suave luz de las

velas parecía palpar de vida.

—Pero... —dijo Ferro acercándose al cuadro— ¿es una obra de Boldini?

—Sí, fue uno de los últimos regalos del conde a su esposa: un retrato del pintor más célebre de nuestra época.

Mientras el abogado admiraba el cuadro, algo le rozó la pierna y se estremeció:

— ¿Y esto?

—Es un pavo real —respondió Raniero, como si toparse con un plumífero como ese en medio de una villa fuera lo más natural del mundo.

—Debe de haberse colado por el parque —dedujo el abogado—, hay que avisar al servicio para que lo saquen.

—¡No, hombre, no! Es un pavo real doméstico, mira a tu alrededor.

Oteando en la penumbra, el abogado pudo ver otra pareja de pavos reales que escarbaban, libres y juguetones, sobre las alfombras orientales.

—¿Quieres decir que las tienen aquí a propósito?

—Sí, querido amigo. La condesa quiere vivir en una arcadia doméstica.

—¡Pero qué arcadia, esto es un gallinero de lujo! Me parece extremadamente antihigiénico.

Un leve sonido de cascabeles hizo que dejaran de discutir. Los dos amigos se quedaron escuchando, y el sonido, al principio débil, se hizo cada vez más audible y cercano.

—Bienvenidos, estimados huéspedes.

Una mujer alta y esbelta envuelta en un balandrán de tela iridiscente, con la cabeza cubierta por un turbante de seda, apareció en la sala seguida de cuatro sirvientes, también vestidos con seda iridiscente. Las muñecas y los tobillos de los sirvientes estaban adornados con abalorios dorados de los que brotaba el tintineo que había anunciado la llegada de la anfitriona.

—Condesa, es un honor conocerla. Soy el abogado Edmondo Ferro. —La saludó con un galante besamanos, presentándose al instante como un vástago de la clase alta dispuesto a cualquier cosa con tal de ser admitido en el círculo aristocrático de la noble dama—. Permítame presentarle a mi amigo Raniero Basso, un fotógrafo de talento.

—Oh, ha traído un fotógrafo —dijo la condesa sin ni siquiera mirar a Raniero—. ¿Así que es usted de los escépticos?

Por un momento, el abogado no contestó, embelesado por los ojos de la condesa, tan negros que no podía distinguir el iris de la pupila.

—No, no soy escéptico, ni mucho menos —la tranquilizó—, espero, si acaso, que la presencia de mi amigo, un fotógrafo tan hábil como imparcial, pueda ofrecer por fin una prueba definitiva de la posibilidad de fotografiar a las almas fallecidas.

Tintineando, uno de los sirvientes se le acercó con un cofre abierto en las manos; el abogado captó inmediatamente la indirecta y, sin vacilar, introdujo en el interior quinientas liras.

—Gracias, abogado —le sonrió la condesa—, el suyo es un donativo muy generoso.

—¡La verdad no tiene precio! —le respondió pomposo—. Para mí es un placer contribuir al estudio del espiritismo, y espero poder hacer mucho más en un futuro.

—¡Estoy segura de que tendrá la oportunidad! El experimento de esta noche se celebrará en el primer piso —le informó, siempre ignorando a Raniero—, nuestra médium elige cada vez una habitación distinta, en función de las vibraciones del día.

—Me parece muy apropiado —asintió Ferro, intentando mantener una expresión de seriedad,

por muy difícil que le resultara secundar semejantes tonterías—, es a partir de estos detalles como se reconoce a una verdadera profesional de lo oculto.

—Por aquí, abogado.

La condesa se puso en camino seguida de sus sirvientes, y los dos amigos se unieron a aquella pintoresca procesión.

—¿Has visto qué ojos tan extraordinarios tiene la condesa? —susurró Edmondo.

—Belladona —susurró Raniero.

—Oh, sí, es una bella mujer.

—Sí, Edmondo, sí, pero me refería a las gotas de belladona que hacen que sus ojos parezcan tan negros y profundos: tiene las pupilas dilatadas.

—¿La belladona no es un veneno?

—Un veneno, una droga y un cosmético —explicó Raniero—, depende de cómo y cuánto la consumas. Hoy en día, está muy en boga entre las señoras que van a la moda; en París, todas las damas que quieren ser admiradas recurren a las gotas de belladona para dar intensidad a su mirada.

—Pensaba que tener volátiles en casa era antihigiénico —el abogado negó con la cabeza—, pero usar venenos como productos de belleza es mucho peor. Cuando nos vayamos, me disculparé con los pavos reales, los he juzgado con demasiada severidad.

—¿Por qué le has dado tanto dinero a la condesa? —Raniero cambió de tema—. Cien liras habrían sido suficientes.

—Lo sé, pero ahora se hará menos preguntas sobre mí; solo verá a un rico burgués propenso a despilfarrar el dinero de su familia, y no hay nada en estos círculos que sea más apreciado que un derrochador. Si ahora descubriera que hemos venido aquí en un carruaje público, lo consideraría una idea original. —Se rio entre dientes—. Además, tú, como te sentirás culpable por lo que he desembolsado esta noche, te lo pensarás dos veces antes de meterme de nuevo en una farsa semejante.

La pintoresca procesión llegó a una escalinata; la condesa comenzó a subir por ella, mientras los sirvientes se colocaban en dos filas a los lados de las balaustradas, dejando que avanzara ella sola.

—Edmondo, vamos tras ella —le instó Raniero al verlo dudar.

El abogado obedeció de mala gana. ¿A qué otras exóticas excentricidades lo expondrían? ¿Quizá al encuentro con un jaguar que acechara en el rellano? ¿O tal vez un águila real posada en una percha, lista para abalanzarse sobre él con sus afiladas garras?

Nada de eso, constató aliviado una vez que llegaron al primer piso. El amplio pasillo que iban recorriendo estaba bien iluminado por modernas lámparas de gas, y los ejemplares del servicio que pudo entrever llevaban sobrias libreas oscuras; toda la extravagancia d'annunziana parecía relegada a la planta baja.

—La sesión se celebrará en esta sala —anunció la condesa, deteniéndose ante una puerta de dos hojas—. Por favor, espéreme aquí, abogado; primero debo anunciarlos a la médium, es muy sensible a la presencia de extraños.

—Por supuesto, condesa, lejos de nosotros importunarla de algún modo.

La mujer llamó y las dos puertas se abrieron de forma simultánea para dejarla pasar; al cabo de un momento, se cerraron tras ella.

Capítulo 13

Pia mantenía los ojos cerrados, su cuerpo se sacudía inerte como si nada lo anclara al mundo, pero su mente inexorablemente alerta se retorció en mil pensamientos, ninguno de los cuales podía proporcionarle consuelo alguno.

—¡Sujétate bien, Pia! —le encareció la voz ronca pero cariñosa de Nerina—. De lo contrario, saldrás volando del carro. Y deja de llorar, que no vale la pena.

—Déjala en paz, Nerina —le ordenó Bardella, que estaba sentado en el pescante junto a Nando, el único carretero del pueblecito.

—¿Puedo preguntarle algo, *munsù* Bardella?

—Dime, Nerina —le concedió de mala gana.

—¿No era Amedea la que tenía que marcharse a Argentina?

—Al principio, sí —contestó con la máxima despreocupación—, luego, sin embargo, Amedea no se sentía con fuerzas y Pia ha ocupado su lugar.

—Pero ¿Amedea no se casó por poderes? —insistió—. Berto estaba tan contento de ser esposo por poderes que fue contándoselo a todo el mundo, como si se hubiera casado de verdad.

—Berto dijo que se casaría con Amedea, porque eso pensaba, pero al final se casó con Pia.

—Pero Berto me contó que...

—¡Ya basta, Nerina! Si no dejas de cotillear, te haré bajar del carro —la amenazó—, ¡y así podrás volver a casa de tu madre a cortar leña hasta que te partas el lomo por la mitad!

—No puedo volver ahí —dijo, mirando la alianza que adornaba su mano, fornida y algo callosa—, esta anillita de oro me lo impide: los maridos son como algunas enfermedades —sentenció—, solo la muerte te libra de ellos.

Al oír estas palabras, el carretero estalló en carcajadas.

—¡Eso ha estado bien, Nerina! —la felicitó—. De haber sabido que eras tan graciosa, no te habría dejado marchar a Argentina y me habría casado yo contigo.

—¡Ojalá te hubieras despertado a tiempo, Nando!

—Menudo negocio casarse con un carretero —objetó el casamentero—, ¡tu marido vale por diez tipos como este! Es un granjero con cientos de cabezas de ganado, ¡un hombre rico!

—Lo único que espero es que sea buena persona —suspiró—, porque rico sin duda alguna no lo es: los ricos no se quedan con las grandes y torpes como yo.

Pia, mientras tanto, no podía contener las lágrimas.

—¿Por qué llora así? —preguntó Nando—. ¿Es que no quiere ir a Argentina?

—¡No digas tonterías! —se exasperó Bardella—. Ella ha elegido libremente tomar un marido; de hecho, ¡ella misma lo propuso!

Al oír esas palabras, los sollozos de Pia cesaron por un instante; pero solo por el nudo que le cerraba la garganta.

—Si llora, es solo porque para una chica no resulta nada fácil despedirse de su madre.

—Depende de la madre —comentó Nerina, haciendo que el carretero se meara de risa otra vez.

—¡Ah, Nerina, tendría que haberme casado yo contigo! Puede que seas grande y torpe, ¡pero contigo me habría reído toda la vida!

—Haberte despertado a tiempo —repitió, esta vez con gran amargura.

—Sed valientes, queridas mías. —Visto que venían mal dadas para él, el carretero se apresuró a cambiar de tema—. Conozco a muchos hombres que no habrían tenido el coraje de hacer lo que estáis haciendo vosotras, y uno de ellos es el que conduce este carro —admitió con una risita—. No debe de ser nada fácil dejarlo todo atrás.

—No es fácil para quien tiene algo —respondió Nerina, sin rastro ya de risa en su voz—. Yo no dejo atrás nada bueno. Espero de corazón que mi marido sea un buen hombre, pero, aunque no lo fuera, mi situación no podría empeorar. ¿Que me hará trabajar como una mula? Eso es lo que mi madre me hacía siempre. ¿Que me pegará? Cada golpe me parecerá una caricia porque tengo callos en la espalda de tantas palizas como he recibido. Mamá me tuvo con ella todo el tiempo que me necesitó, pero, ahora que mis hermanitos empiezan a tener ya edad para trabajar, me ha echado con la esperanza de que, una vez instalada, le envíe dinero; ¡pero está apañada! Aunque mi marido tenga los bolsillos tan llenos que vaya perdiendo dinero mientras camina, no le enviaré ni un céntimo.

Pia se sorbió la nariz y se secó las lágrimas con la manga; su vida no había sido tan dura como la de Nerina, pero ella tampoco dejaba tras de sí gran cosa, y las últimas horas se lo habían demostrado.

Cuando bajó a la cocina, tras la llamada de Bardella, se encontró a su madre con los ojos hinchados por las lágrimas y a su padre con la mano apretada contra el pecho, como si temiera que el corazón pudiera caérsele al suelo.

—Los hechos son estos, Pia —comenzó a exponer Bardella—. Los Perosino querrán que se les devuelva todo lo que han gastado, y luego vendrán los honorarios del abogado por solicitar la nulidad del matrimonio de tu hermana. Tu familia se arruinará y como hermana mayor debes saberlo todo: perderá la granja y dentro de poco, además, habrá una boca más que alimentar —añadió, señalando con el dedo hacia el techo, para referirse a Amedea, que se había quedado en la habitación.

—Beppe se casará con ella —manifestó Pia con un hilo de voz.

—¿Realmente lo crees?

Pia dirigió su mirada estrábica hacia el suelo.

—Iré a servir a una familia de Asti, o incluso de Turín —se recobró—, y le daré a mi padre hasta el último céntimo de mi salario.

—Eres un ángel —sonrió el casamentero—. ¿Ya veis lo buena que es vuestra hija?

Los Martinot apenas asintieron, como marionetas privadas de la mano que las animaba.

—Las mujeres de servicio se parten el lomo de sol a sol y solo tienen medio día libre a la semana —le explicó—, las señoras a menudo las tratan mal (a veces incluso les pegan) y escatiman en su comida.

Pia asintió; unas cuantas chicas del pueblo habían servido en la ciudad, y las palabras de Bardella le habían sonado tristemente verídicas.

—Estoy dispuesta a cualquier sacrificio.

—¡Qué encanto de chica! Pero sería inútil —le dijo con una sonrisita piadosa—. La paga de una sirvienta es una miseria y, en cualquier caso, tu padre tendría que venderlo todo para evitar la cárcel. —Bardella cogió a Pia del brazo y la llevó hasta la ventana—. Lo mejor es que te quedes con tus padres para ayudarlos en el campo; pero, por supuesto, si prefieres irte, nadie puede impedírtelo: eres una chica libre, no como tu hermana, que ahora no tiene elección. Deberá quedarse aquí para criar a su hijo —dijo, señalando al corral, donde las gallinas se movían, ajenas al drama en curso—. O al menos se quedará ahí mientras pueda, porque vuestra granja está más que perdida.

Pia no pudo apartar la vista de una de las gallinas; era más oscura que las demás, casi negra, y caminaba rápida y obsesiva por el perímetro de un cuadrado imaginario, como si estuviera encerrada entre barrotes invisibles: «¡Venga, morena —le habría gustado gritarle—, vete a rascar a otra parte, que nada te lo prohíbe!».

—Y pensar que Giacomo Perosino quería llevarse a Amedea de viaje de luna de miel: Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe. Podría haber visto toda Argentina, esa estúpida, y en cambio... —Bardella dejó la frase en el aire.

Pia siguió mirando al exterior, donde ya no veía ni el corral ni la gallinita oscura, sino cada una de las imágenes que su mirada torcida había captado durante el curso de su vida: las colinas, los viñedos que seguían sus suaves contornos, las granjas esparcidas aquí y allá, la plaza del pueblo, los toscos frescos de iglesia y... nada más.

—Tú eres una chica libre —le oyó repetir a Bardella; sin embargo, quizá no era realmente su voz, sino su mente la que le reiteraba esas palabras.

Sí, era libre, en apariencia, aunque en realidad se moviera en una jaula invisible, como aquella en la que se había confinado voluntariamente la gallinita oscura. Su familia estaba arruinada y, aparte del pequeño Carlin, toda su familia era cómplice de aquella penosa situación cuyas consecuencias ella tendría que pagar, probablemente durante toda su vida, a pesar de que era la única que se había opuesto a ese nefasto matrimonio por poderes. Se vería abocada a trabajar, más de lo que lo había hecho hasta ese momento, para un padre que había creído buena idea resolver sus problemas económicos vendiendo a una hija; para una madre que, en vez de oponerse, se había limitado a llorar y a rezar, y para una hermana que se había descolgado del compromiso de la manera más temeraria, sin preocuparse por los efectos que sus acciones tendrían en el resto de la familia. Ahora Pia tendría que someter su existencia a esos bellacos, artífices de su propia ruina, en un vano intento de remendar desgarros irreparables. Si al menos tuviera la perspectiva de un agradecimiento o de un poco de afecto; pero por mucho que se esforzara, para ellos seguiría siendo la pobre chica a la que un travieso duende había lanzado su maldición y de quien nada podía esperarse, salvo que se partiera el lomo y callara.

—¿Y si me voy yo a Argentina? —dijo entonces, casi sin darse cuenta.

—¡Oh, esa sería una solución perfecta! —exclamó Bardella con fingido asombro, como si no hubiera sido él, con sus palabras afiladas como clavos, quien le había plantado esa idea en la cabeza.

Asustada por sus propias palabras, se volvió para buscar el rostro de su madre, sonriente por primera vez después de meses. Su padre, a su lado, ya no se presionaba el pecho, y en su rostro había una expresión ufana.

—Intercambiaremos los documentos de las hermanas —concluyó Bardella dirigiéndose a los Martinot, mientras Pia se daba cuenta de la astuta manipulación—. Una se convertirá en la otra: nada de devolver el dinero y nada de tramitar la nulidad.

Mientras estaba arriba con su hermana, el casamentero y sus padres ya habían ideado el plan para utilizarla como recambio. Había caído en la trampa. Ni siquiera habían tenido que pedirselo, se había ofrecido ella misma. ¡Si al menos se hubiera hecho de rogar! Pero no, consumaría su voluntad, dejándolos alegres el corazón, sin sombra alguna de sentimiento de culpa.

—¿Está usted seguro de que la cosa funcionará? —le preguntó el señor Martinot con renovada gallardía—. ¿No es posible que cuando los Perosino la vean nos la devuelvan y estemos como al principio?

—¡Qué va! Sus hijas se parecen un poco, y si los Perosino objetaran que la novia no es tan guapa como en la fotografía, les daré a entender que el largo viaje la ha estropeado; es algo habitual, que les ocurre a casi todas las chicas que viajan por mar.

—Pero ¿y su ojo? —le preguntó su madre.

—Cuando le saqué la fotografía a Amedea, a saber por qué, puso los ojos en blanco, de forma poco natural. Si se quejan del estrabismo de Pia, les señalaré que era claramente visible en su retrato.

Los tres estuvieron discutiendo unos minutos, como inmorales comerciantes que intentan colocar un lote de mercancías estropeadas. Luego, de repente, todo se aceleró: Bardella dijo que tenían que darse prisa, porque desde hacía un par de horas estaba esperando en la plaza a que aparecieran el carruaje que los llevaría a la estación de Asti, pero que el tren para Génova no haría lo mismo.

En el momento de las despedidas, Amedea lloró y gritó:

—¡No tenía que ser así! ¡No tenía que haberse sacrificado ella! ¡Perdona, hermana, perdona!

Al verla tan angustiada, Pia a punto estuvo de perdonarle su insensata conducta; hasta que su hermana se acordó del hermoso baúl tachonado con clavos dorados donde se guardaban todas sus posesiones, incluidos los pocos regalos de boda, y sobre el que Amedea preguntó si, ya que le quitaban una hermana, no podían al menos devolverle sus cosas. La escena llegó hasta el paroxismo cuando Bardella se vio obligado a arrancarle a Amedea la alianza de boda y el anillo de compromiso que —quién sabe por qué motivo— pensaba que no tendría que devolver.

La madre, en cambio, se arrojó a los pies de Pia, abrazándose a sus rodillas y dándole las gracias por haber salvado a su hija, como si ella misma no fuera hija suya, sino la estatua de una santa de la que se ha obtenido una gracia. Carlin, el pobrecillo, ni siquiera había entendido lo que estaba pasando, pero le dio un beso, tal y como se le había ordenado. El peor saludo, sin embargo, fue el de su padre:

—Haz que se queden contigo —le dijo con el rostro de nuevo coloreado de prepotencia—, y cuando seas una señora rica, acuérdate de nosotros, ¿entiendes?

Capítulo 14

—Estoy preocupado —murmuró Raniero dando saltitos nerviosos sobre un pie y otro—. Ya hace más de diez minutos que estamos esperando en este pasillo; ¿qué hacemos si la médium no da su consentimiento para nuestra presencia?

—En tal caso —contestó Edmondo—, nos iremos a nuestra casa y dejaremos atrás esta extraña velada.

—¿Y tus quinientas liras? Supongo que lograr que te las restituyan es imposible, y sin una buena historia que vender a los periódicos yo nunca podré devolvértelas.

—Amigo mío, cuando un hombre sensato mete unos billetes en un cofre sostenido por un sirviente vestido de Aladino, sabe perfectamente que no va a poder recuperarlos; y, además, no te preocupes, la condesa quiere tenernos un tiempo en ascuas, pero estoy bastante seguro de que todo forma parte de la gran representación.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Preocúpate más bien por lo que tendrás que hacer una vez que esté allí dentro; si es verdad que en estas sesiones participan de manera regular fotógrafos ajenos al mundo espiritista sin que ninguno de ellos haya desenmascarado aún a la médium, alguien podría acercársete para sobornarte, engañarte o, peor aún, amenazarte.

—No te preocupes por eso, tengo un plan.

—¿De qué tipo?

Algo se movió al otro lado de la puerta y los dos amigos se callaron. Tras unos minutos de silencio, las dos hojas de la puerta se abrieron. La habitación estaba bien iluminada; se trataba de un salón cuyos sillones se habían colocado contra las paredes para dejar espacio, en el centro, a una mesa redonda cubierta por una larga tela oscura y alrededor de la cual ya estaban sentados cuatro hombres —dos más bien ancianos y otros dos más bien jóvenes— y tres bellas damas de unos treinta años.

—Pueden pasar —los invitó jovialmente la condesa.

Los participantes en la sesión espiritista se volvieron hacia los recién llegados y esbozaron un saludo con la cabeza, sin levantarse; tenían un aspecto absolutamente corriente, sus ropas indicaban un estatus económico elevado, pero eran sobrias. El abogado pensó que, si las hubiera visto en otro lugar, no le habrían parecido personas que creyeran en el espiritismo. Al fondo de la habitación colgaba una gruesa cortina tras la cual estaba el «gabinete espiritista». Mientras observaba el terciopelo de la cortina, pensó que ninguna actividad con bases científicas necesitaba utilizar un telón como el de las representaciones teatrales.

A lo largo de las paredes, además de las butacas y los sofás, también habían colocado varias cámaras fotográficas, cada una sobre su propio caballete y conectadas entre sí mediante cables. Cada aparato lo manejaba un joven.

—Les presento a nuestro fotógrafo jefe. —La condesa señaló a un hombre de unos cincuenta años, cuya cabeza estaba coronada con una densa y ondulada fregona que le daba el aspecto de un científico loco.

—Señor Marchetti, este es el abogado Ferro, un verdadero defensor del espiritismo. El caballero que está con él es su fotógrafo de confianza.

—Raniero Basso —lo presentó el abogado, pues su amigo parecía bastante aturdido.

—¡Oh, qué bien, un nuevo colega! —se alegró el fotógrafo jefe—. Está a punto de vivir una experiencia electrizante, mi querido Raniero —afirmó, estrechándole la mano.

El hombre parecía muy satisfecho con la presencia de un fotógrafo más; tal vez incluso demasiado, juzgó Ferro, ocultando sus sospechas tras una sonrisa de circunstancias.

—Señor Marchetti, ¿sería tan amable de informar a los señores de su extraordinaria técnica para fotografiar a los espíritus?

—No es nada tan extraordinario —se explicó—. Lo extraordinario que esta noche pueda ocurrir será mérito exclusivo de nuestra médium; yo me limitaré a inmortalizarlo con los cinco dispositivos que ven aquí, colocados en varios ángulos y conectados entre sí para disparar al mismo tiempo.

—¿Por qué utiliza varios aparatos a la vez? —preguntó el abogado, que, a su pesar, empezaba a sentir una viva curiosidad.

—Para los escépticos —respondió el hombre—, para proporcionarles fotografías tomadas desde distintos ángulos, que demuestren que no hay ni trucos ni engaños.

Ni trucos ni engaños, se repitió el abogado para sus adentros: ese era el lema oficial de los ilusionistas de feria.

—La sesión se celebrará a oscuras —continuó explicando Marchetti, dirigiéndose a Raniero —, usted y yo podremos disparar solo cuando la médium nos dé la señal: ¡un disparo solo!

—¿Cómo van a fotografiar algo si la habitación está a oscuras? —preguntó el abogado.

—Con las lamparitas de magnesio —logró proferir por fin Raniero.

—Una única lámpara de magnesio —corrigió Marchetti—. No tendrá usted que montar una lámpara en su dispositivo, porque, cuando la médium dé la señal, uno de mis ayudantes —señaló hacia los jóvenes de alrededor— encenderá esa gran lámpara de ahí. La sala quedará iluminada como a pleno día y habrá que aprovechar ese preciso momento para disparar las cámaras. Tenga cuidado, colega, algún fotógrafo se quedó tan impresionado por lo que oyó durante la sesión que dejó pasar la oportunidad.

—Intenta prestar mucha atención, Raniero —le dijo Ferro, dándole a entender a la condesa que se refería al momento del disparo, pero dejándole claro a su amigo, con una mirada elocuente, que tenía que estar en guardia ante el fotógrafo jefe y ante todos sus ayudantes.

—Vamos, abogado. —La condesa lo tomó del brazo y lo condujo hacia el telón de terciopelo situado al fondo de la habitación—. La médium tiene muchas ganas de conocerlo.

—¿A mí? ¿En serio? —Fingió sorprenderse, a pesar de que adivinaba que tanto honor se debía a las quinientas liras que había deslizado en la caja de los donativos, asunto sobre el cual la médium ya debía de estar informada.

Mientras se encaminaba hacia el telón, el abogado se dio cuenta de que los ocupantes de la mesita todavía guardaban silencio y seguían en la misma posición en la que los había visto al entrar.

—¡Señora Garelli!

La condesa se volvió hacia alguien situado del otro lado del telón: ni siquiera a la anfitriona se le permitía violar la sacralidad del gabinete espiritista.

—El abogado Ferro está aquí.

—¡Oh, bien! Gilda, ¿has oído eso? Aquí está el caballero al que querías conocer, ven, querida.

Un rostro maquillado en exceso y con poca pericia asomó por la cortina.

—¡Aquí estamos, condesa! —La mujer se escabulló hacia fuera, sosteniendo de la mano a una chica, que sujetaba con el brazo libre una muñeca.

—La señora Armida Garelli y su hija Gilda —las presentó la condesa.

—Encantado, señora. —Ferro le besó la regordeta mano, adornada con anillos.

—Gilda, hija, saluda al abogado.

—Buenas noches, abogado —canturreó la chica en tono infantil, acunando a su muñeca.

A diferencia de su madre, Gilda era delgada como un junco y tenía una cara pequeña y agraciada, ocupada en su mayor parte dos grandes ojos azules e inexpresivos.

—¿Cómo está, señorita Gilda? —le preguntó el abogado, con amabilidad.

—¡Oh, muy bien! —Sonrió, abriendo aún más los ojos—. Tengo una muñeca nueva, mire qué guapa es: tiene el pelo negro, como el mío, ¿lo ve?

—Es muy bonita —respondió él, turbado por esa niña de cinco años encarcelada en el cuerpo de una veinteañera.

—Las muñecas casi siempre son rubias —se lamentó la chica—. Eso no es justo, en mi opinión.

Gilda Garelli era la peor alienada o la mejor actriz que había visto en toda su vida, concluyó Ferro.

—Tenemos que empezar la sesión —anunció Gilda, entregándole la muñeca a su madre, que inmediatamente se retiró al gabinete espiritista—. No dejes que Giovannino toque mi muñeca, ¿entendido? —ordenó con pueril severidad—. Rompe todo lo que toca —le explicó al abogado, que asintió confuso—. Ahora empecemos, los espíritus tienen prisa.

¿Prisa, los espíritus? ¿Por qué deberían tener prisa, teniendo toda la eternidad a su disposición?, se preguntó el abogado. Probablemente, la única que tenía prisa era la propia médium, ansiosa por acabar con la pantomima y quedarse sola para disfrutar de la nueva muñeca de pelo negro.

Hicieron que Ferro se sentara a la mesa redonda, entre la condesa y la médium, una posición muy halagüeña. Sobre el mantel no había nada, salvo una cucharilla; el abogado se preguntó si formaría parte del ritual o si se la habían olvidado allí después del café de la tarde.

Raniero se situaba en el lado opuesto de la habitación, junto a uno de los ayudantes, mirando hacia la cabina de la cámara fotográfica. Estaba pálido, algunas gotas de sudor le perlaban las sienes. El abogado esperaba que el amigo consiguiera conservar la lucidez necesaria para permitirle tomar la fotografía en el momento justo.

Raniero no era la única persona alterada en la sala: aparte de la médium, la condesa y los dos señores mayores, los demás participantes tenían rostros apagados y miradas asustadas. ¿Por qué, si tenían tanto miedo a los espíritus, se preguntó el abogado, no empleaban la tarde con pasatiempos menos inquietantes, tal vez leyendo una buena novela? Probablemente, el sublime

placer de sentir que iban a la moda merecía un pequeño tembleque.

—Recuerden, amigos —dijo la condesa—, que ninguno de nosotros podrá conversar con los espíritus, ni siquiera en el caso de que sean directamente preguntados, y cuando la señorita Garelli grite «fuego», todos ustedes deben darse la vuelta. —Señaló a la cámara fotográfica detrás de la cual estaba el fotógrafo jefe.

—La cadena —gritó la señorita Garelli.

A esa orden, todos los participantes pusieron las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo, separando los dedos para que los meñiques tocaban los de sus vecinos. Ferro se apresuró a imitarlos; a la derecha, el meñique de la condesa lo rozaba apenas con una larga uña felina; a la izquierda, en cambio, la punta del gélido dedito de la médium se adhería con decisión a la yema de su dedo.

—¡Luz! —gritó la médium.

El abogado vio que uno de los fotógrafos ayudantes corría para hacerla más débil. La habitación se sumió en la oscuridad. Ferro sentía únicamente la respiración acelerada de los invitados, el meñique helado de la médium y el unglado de la condesa. Aún no pasaba nada.

—Coronel, ¿está usted aquí? —interpeló la médium al silencio—. Coronel, sé que está aquí, ¿por qué no habla?

Una voz que quería sonar masculina, pero que no dejaba de ser la de la médium de pega, atronó en la sala:

—Estoy decepcionado.

—¿Quién lo ha decepcionado? —preguntó la médium con su voz natural.

Y se respondió a sí misma con la voz del coronel:

—Pronto lo sabrás. Tiene que irse. ¿Te encargarás de ello por mí?

Nadie respondió a esa pregunta, pero la mesa empezó a bailar y la cucharilla de café que descansaba sobre la misma saltaba y tintineaba. Sin duda era la médium, o tal vez uno de sus cómplices, los que estaban detrás de tales sacudidas, que de todos modos turbaron al abogado hasta la médula.

«No te dejes suggestionar, Edmondo —se repetía—, son trucos de feria, ¡mantén la lucidez!».

La médium estalló en sollozos.

—¡Vamos, no llores, cariño! —la consoló una voz femenina, también esta procedente de la úvula de la médium.

Tras estas palabras la mesa dejó de sacudirse y la cucharilla se calmó. La señorita Gilda y todas sus voces falsas se callaron. Era una farsa, y no de las más sofisticadas; el abogado lo sabía perfectamente, pero, a pesar de todo, sus manos parecían tener diferente opinión y no podían dejar de temblar.

—¡Fuego! —gritó la médium tras un largo y calculado silencio.

Un resplandor de magnesio estalló en la habitación; durante un instante, Edmondo vislumbró a su amigo Raniero, con la cámara fotográfica entre sus manos, luego volvieron la oscuridad y el silencio.

—¡Luz! —La voz de la médium se cernió de nuevo en la oscuridad, y se volvió a encender la luz.

El corazón del abogado, que se había acelerado a su pesar, relajó sus latidos: volvía a estar tranquilo... Tranquilo y un poco decepcionado por la pobreza de la puesta en escena. En ese

momento, Edmondo se dio cuenta de que, salto tras salto, la cucharilla había llegado al borde de la mesa y apuntaba directamente hacia una señora de melena rubia.

—El coronel no quiere a esta señora —dijo la chica mientras se levantaba—. Mandadla fuera de aquí, o él no volverá a visitarnos —añadió, antes de esconderse de nuevo detrás del telón.

«Ya ves tú qué casualidad», se burló el abogado, pero solo interiormente; el espíritu del coronel había desterrado a la única mujer cuyo pelo era del color que, en opinión de la médium, monopolizaba injustamente el mercado de las muñecas. La señorita Gilda había sido hábil al mover la cucharilla en dirección a la rubia, y para hacerlo no había utilizado las manos, eso estaba claro, o al menos no aquella cuyo gélido meñique había estado pegado al de Ferro todo el rato. Debía de haber utilizado algún truco más sofisticado, tal vez un sistema de imanes bajo la mesa.

La rubia rompió a llorar. La condesa intentó consolarla asegurándole que el destierro no dependía de ella, sino del carácter caprichoso e imprevisible del coronel. Edmondo miró al lado opuesto para buscar a su amigo y observó consternado que ya no estaba en la habitación, a diferencia del fotógrafo jefe y de sus ayudantes, que seguían en sus puestos, aparentemente ajenos a la desaparición de Raniero.

Capítulo 15

—¡Oh, bien, has dejado de llorar! —se felicitó Nerina con una gran sonrisa, mientras el carro se sacudía con cada aspereza de la carretera.

—Nerina, ¿tú no tienes miedo? —preguntó Pia al verla tan serena.

—Claro que sí —admitió—, pero he decidido hacer como con el maíz... ¿Sabes cuando tienes una gran pila de mazorcas que desgranar y crees que nunca acabarás? Pero luego, mazorca a mazorca, llegas al final. No sabemos qué nos espera cuando lleguemos, pero piensa en todas las cosas hermosas e interesantes que veremos antes. Dentro de poco veremos Asti y subiremos a un tren, ¿te das cuenta? Yo nunca he viajado en tren, ni siquiera he visto uno de cerca. Y después de Asti veremos Génova, ¡y el mar!

—Desde el barco de vapor verás tanto mar que se te pasarán las ganas —se inmiscuyó Bardella.

—¡No me lo puedo creer, Pia! —continuó Nerina, ignorándolo—. ¡Hoy subiré a un tren y mañana a un barco! En pocos días veré más cosas de las que he visto desde que estoy en este mundo; por eso, al menos de momento, he decidido no preocuparme por lo que encontraré al final del viaje.

—¿No tienes miedo de coger el barco? —le preguntó Pia.

—Si es por eso, también me da miedo coger el tren; pero una prima mía que sirve en casa de unos señores de Turín me explicó que su patrón coge el tren cada semana y el barco de vapor un par de veces al año. Es un hombre muy rico, y la gente rica no corre riesgos innecesarios. Los pobres a menudo se ven obligados a hacer cosas peligrosas para buscarse la vida, como los que van a trabajar bajo tierra en las minas o los que trepan a los tejados para deshollinar chimeneas; pero los ricos no, y si deciden embarcarse para América, entonces eso significa que no hay peligro.

—Probablemente tengas razón, pero...

—¡Nada de peros! —la regañó con buen humor—. Mira *munsù* Bardella. —Bajó la voz—. Ha ido tantas veces en barco a Argentina que ni él mismo sabe cuántas son, y cada primavera lo vemos volver al pueblo puntual como una golondrina, con esa carota blanca y roja y la barriga redonda como una sandía.

Pia, para su propia sorpresa, se echó a reír, algo que no había hecho desde hace mucho tiempo; mientras tanto, el carro se había desviado de la carretera principal para trepar por una colina.

—Muy bien, Pia, alégrate y piensa en las cosas que estás a punto de ver, esos dos espantapájaros vestidos de fiesta, para empezar —dijo señalándole a dos chicas de pie en el límite de la carretera con fardos de tela apoyados en el suelo. Se parecían, probablemente eran hermanas; la mayor debía de tener poco más de veinte años, la más joven, como máximo

dieciocho. Tenían el pelo de un rubio rojizo y la piel clarísima; habrían sido bonitas solo con que sus padres las hubieran alimentado suficientemente y vestido con ropa decente. De hecho, las hermanas iban arrebuajadas con ropa de corte urbano con unos cuantos lustros de antigüedad, y por debajo llevaban pesadas enaguas y corsés que conferían a sus desgarbadas figuras la forma de una frágil S.

—¡Detente! —ordenó Bardella al carretero, que inmediatamente tiró de las riendas—. ¡Hola, señoritas Cerrato!

—¡Señoras, por favor! —lo corrigió la mayor con tono enojado—. Yo soy la señora Lena Rosso y ella es la señora Secondina Poletto.

—¿Y van a explicármelo a mí? Fui yo quien les encontró maridos. ¡Vamos, súbanse, que tenemos prisa!

—No es culpa nuestra —intervino la menor—. ¡Han venido con tres horas de retraso!

—Aún llegaremos a tiempo para coger el tren —las tranquilizó el carretero, que entre tanto se había bajado para cargar los fardos de trapos que constituían su equipaje—. *Munsù* Bardella siempre hace las cosas con gran anticipación.

—¡Y una mierda de anticipación! —soltó Lena, subiéndose al carro, entorpecida por las largas enaguas—. Nuestros padres tenían muchas ganas de vernos partir, pero han tenido que marcharse para ocuparse de algunos asuntos.

—Los nabos no se cosechan solos —se burló Bardella.

—Pero ¿cómo se atreve? —se indignó—. ¡Nuestros padres no cosechan nabos!

—No, todavía no es la temporada —argumentó Secondina con ingenuidad, ganándose un codazo de su hermana.

—Hola —la saludó Nerina.

—Hola —la imitó Pia.

—Buenas tardes —respondió Lena por ambas, tras haberlas examinado de pies a cabeza y de haber decretado su inferioridad.

—Las condesas se dan aires —murmuró Nerina a la oreja de Pia—. ¿Qué te juegas a que estas servían en casa de algún rico y que lo que llevan son las ropas descartadas de su patrona? —Entonces se dirigió a las recién llegadas—: ¿No tienen ustedes calor tan ataviadas, queridas señoras?

—Esta es ropa de viaje —la informó Lena, condescendiente.

—Yo sí que tengo un poco de calor —admitió Secondina, sacando un abanico del bolso y empezando a agitarlo, imitada inmediatamente por su hermana.

—Ahora sí que se dan aires de verdad —se burló Nerina.

Cuando apareció la ciudad de Asti, Nerina gritó de asombro:

—¡Qué grande es! ¡Como seis o siete pueblos juntos!

—No me digas que nunca has estado en Asti —comentó Lena—. Mi hermana y yo hemos estado allí muchas veces.

—Pues claro que habéis estado allí, trabajando como esclavas, sirviendo casas.

Las caras de las chicas, ya congestionadas por el calor, se encendieron aún más.

—¡Campesina ignorante! —murmuró Lena, ocultando el púrpura de sus mejillas tras el abanico.

—¡Criada presuntuosa! —replicó Nerina.

—¿Vais a estar así todo el viaje? —se impacientó Bardella—. Dejemos las cosas claras: las cuatro sois unas pobretonas bendecidas por la fortuna que han encontrado buenos maridos, ¡así que dad gracias al cielo y callad!

—Me pregunto cómo Bardella habrá podido encontrarles marido a esas dos —murmuró Lena a su hermana, teniendo cuidado de no ser escuchada por el casamentero, pero de ser bien entendida por Pia y Nerina—. Una parece un mozo de establo, la otra es bizca. Realmente los ha timado bien a esos pobres tipos.

—¿Y si Bardella también os hubiera timado a vosotras? —insinuó Nerina—. ¿Quién os garantiza que vuestros maridos son realmente ricos?

—Nuestros maridos son muy ricos, ¡díselo, Lena! —saltó Secondina, agitada.

—¡Claro que son ricos, *munsù* Bardella nos enseñó la foto de sus granjas!

—Apuesto a que son las mismas fotografías que le enseñó a mi madre —replicó Nerina.

—Lena, ¿y si fuera verdad? —preguntó Secondina, asustada.

—¡No hagas caso a estas dos envidiosas! ¡Ya verás cómo sus maridos las envían de vuelta a casa en cuanto las vean, de lo feas que son!

Ese comentario, que ni siquiera rozó a Nerina, a Pia le llegó al alma: para ella las cosas sí que podían ir así. Nerina no era una belleza, pero al menos su marido había visto una fotografía suya y decidió que ya le estaba bien. Su marido, en cambio, esperaba a la bella Amedea y se encontraría con la hermana bizca. Justo en ese momento, el carro estaba entrando en la ciudad, y la visión de los hermosos edificios y de la gente bien vestida la distrajo de sus sombríos pensamientos.

—¡Para! —ordenó Bardella al carretero, haciendo que se detuviera delante de un edificio de tres plantas.

—¿Así que esto es una estación? —preguntó Nerina con perplejidad.

—Claro que no —contestó Lena—. Esta es una casa, una gran casa —añadió, como si Nerina no tuviera ojos para juzgar por sí misma.

—*Munsù*, ¿por qué nos paramos aquí? —le gritó Nerina a Bardella, quien se había bajado de un salto del carro.

—Tenemos que recoger a otra chica —respondió—. Es una persona distinguida, no una campesina como vosotras, así que comportaos como Dios manda.

Bardella desapareció por el portón del edificio; unos diez minutos después, reapareció junto con un hombre atractivo, que llevaba una levita gris y que le ofrecía su brazo a una morenita muy sonriente, vestida con elegante sencillez. Los seguían dos mujeres con ropa negra iluminada por delantales blancos y que llevaban las maletas.

—Mira qué blusa más bonita —murmuró Secondina a su hermana—. Y esa chaqueta ajustada en la cintura, ¿no es un encanto? Es una belleza, ¿verdad?

—Yo no diría que una belleza, tan regordeta y menuda, pero desde luego es guapa —concedió—. En cambio, él sí que es toda una belleza. Mira qué alto, me pregunto quién será.

—Es muy elegante, debe de ser rico. ¿Tú crees que está casado? —preguntó Secondina.

—A ti qué te importa. —Nerina se rio—. Aunque estuviera soltero, tú ahora eres la señora Polletti.

—Poletto —la corrigió, fastidiada.

—¿Dónde está mi sombrerera? —preguntó la que iba a convertirse en su compañera de viaje.

Una camarera se apresuró a entregarle una caja grande y redonda.

—Puedo ponerla con el resto del equipaje —propuso Bardella en tono obsequioso.

—No, gracias —se negó con una firmeza cortés—, esta viaja conmigo.

El hombre de la levita se despidió de la chica con un beso en la frente, luego la ayudó a subir al carro y le entregó la sombrerera, que ella se colocó sobre sus rodillas.

Las chicas observaron con curiosidad la gran caja que, a pesar de estar vieja y deteriorada —¡incluso tenía algunos agujeros en la tapa!—, debía de contener un sombrero valiosísimo, pues la chica no quería separarse de ella.

—Adiós, Giovanni —se despidió con la mano—, y otra vez gracias por todo.

—Esta es la señorita Anita Amerio —la presentó Bardella.

—Podéis llamarme Nita. —Se apresuró a acortar las distancias con una sonrisa amable que las halagó y paralizó al mismo tiempo.

Las condesitas habían abandonado sus abanicos y su altivez remilgada, conscientes de que la representación no estaría a la altura de una señorita de ciudad.

¿Por qué señorita y no señora?, se preguntaron todas, espionando sus suaves manitas, ajenas a la humillación de los callos y las grietas. Esas manos aún infantiles eran blancas como pétalos de jazmín, pero en ellas no se veía ninguna alianza.

—¿Vosotras cómo os llamáis? —preguntó la criatura superior, en el tono más afable del mundo.

—Yo soy Nerina —dijo Nerina, que fue la primera en animarse.

—Qué nombre tan encantador —se congratuló, haciendo que se derritiera como un azucarillo.

—Yo me llamo Pia.

—Es un placer conocerte.

—Yo soy la señora Lena Rosso, y esta es mi hermana, la señora Secondina Poletto. Es un honor para nosotros conocerla, señorita Amerio.

—Realmente preferiría que me llamarais Nita. Tendremos que pasar muchos días juntas, y sería bonito que todas nos llamáramos por nuestro nombre de pila y nos tuteáramos.

Las cuatro asintieron, honradas y asombradas por tanta magnanimidad.

Asti fluía sorprendente y magnífica a ambos lados del carro, pero las chicas solo tenían ojos para la señorita Amerio, para su sombrerito sin adornos y su blusa con cuello de lazo. La ropa de Nita estaba muy lejos de ser lujosa. Era la apropiada para una chica de ciudad de clase media, hija de un funcionario o un maestro de primaria; condición que era cualquier cosa menos acomodada y, pese a todo, inalcanzable para las cuatro campesinas.

—El señor Bardella me explicó que vosotras estáis todas casadas y que vais a reuniros con vuestros maridos. —Tal y como la señorita Amerio lo había dicho, su destino parecía de color de rosa, incluso afortunado—. Imagino que estaréis ansiosas por conocer a vuestros esposos —continuó—. Casarse con alguien a quien nunca has visto es, sin duda, una apuesta arriesgada, pero tiene algo de romántico. Sois un poco como aquellas princesas de antaño, que eran enviadas como esposas de herederos al trono de reinos lejanos.

—Solo que nosotras no encontraremos a ningún príncipe, sino a un campesino —comentó Nerina.

—¡Propietario de tierras! —corrigió Secondina.

—¿Y tú qué vas a hacer en Argentina? —preguntó Nerina, ahora ya más cómoda.

—He encontrado un trabajo en casa de unos señores de Buenos Aires. Son de origen piamontés, pero nacidos en Argentina; la madre es de esta zona y nunca ha aprendido español. Ahora es muy mayor y desea que la asista una chica que hable su dialecto.

—¿Vas a ser criada? —dijo Nerina, pasmada.

—¡Dama de compañía! —se apresuró a corregirla Lena—. Cuando una joven respetable pasa a formar parte del servicio, no se dice criada.

—Me temo que estaré en algún punto intermedio. —Nita se rio con un velo de amargura, sosteniendo con fuerza en su regazo esa sombrerera que parecía tan valiosa para ella—. Pero estoy de acuerdo y gracias doy al Cielo porque por fin haya encontrado un lugar donde estar.

—¿No te sentías bien donde vivías? —le preguntó Nerina, refiriéndose a aquel bonito edificio del que la habían visto salir.

Pia y las condesitas se estremecieron ante esa pregunta tan indiscreta, pero al igual que Nerina estaban ávidas de detalles.

—Esa no era mi casa, era huésped de mi primo —respondió Nita sin ningún reparo—. Vivo con él desde que murió mi padre. Fue mi primo quien me consiguió esa ocupación en Argentina y quien me paga el billete del barco de vapor. Incluso encargó al señor Bardella que me acompañara para que no viajara sola. ¿Verdad que ha sido amable?

—Lo hubiera sido más si te hubiera mantenido a su lado —Nerina no pudo contenerse—. En el fondo es tu pariente, habría sido su deber.

—Es un primo de cuarto grado —explicó—. No podía esperar más de él, ha sido incluso demasiado considerado al acogerme durante casi un año; tiene mujer y tres hijos, y no podía permitirse otra boca que alimentar.

—Pues yo creo que podía —objetó Nerina, recordando la elegante vestimenta del hombre.

—Por suerte, su esposa tiene parientes en Argentina que la han ayudado a encontrar una familia dispuesta a acogerme.

—Qué amabilidad —murmuró Nerina con un sarcasmo mal disimulado. En su opinión, la esposa del primo no había realizado un acto caritativo; si acaso, se había librado de una pariente a su cargo enviándola a la otra punta del mundo.

Por fin apareció la estación: un edificio bajo, coronado por un reloj, en cuya fachada se abrían arcos.

—Lo único que lamento es no haber terminado mis estudios —murmuró Nita, levantando a duras penas la tapa perforada de la sombrerera, para volver a bajarla inmediatamente—. Me habría gustado llegar a ser maestra.

Mientras estaban en el andén esperando el tren, Nerina se llevó aparte a Pia.

—Pia, hoy he visto otra cosa que nunca había visto y que ni siquiera imaginaba que existiera.

—¿Qué? —preguntó mirando a su alrededor, para localizar aquello de lo que hablaba.

—Un tipo diferente de miseria —respondió Nerina, señalando con la cabeza a la señorita Amerio, que estaba conversando junto a las condesitas—. Pensaba que la miseria era una y una solo, la de quienes se parten el lomo bajo el frío y bajo el sol para llevar el pan a la mesa; pero ahora he descubierto que hay otro tipo, y quién sabe de cuántas clases más habrá.

Las chicas charlaban amigablemente frente al andén, aún vacío; ese poco de respeto que las demás sentían hacia Nita había desterrado todas las riñas. Tan absortas estaban en su parloteo que no se habían dado cuenta de que Bardella se había alejado, para luego volver

inesperadamente del brazo de su procaz esposa. A la rosada luz de la puesta de sol, la Valenziana aún parecía más bella que de costumbre: los grandes ojos negros brillaban de salud y juventud, la piel morena aparecía lisa y uniforme como la piel de una fruta madura, y el cuerpo, enfundado en un ceñido vestido verde, parecía burlarse de toda la fealdad del mundo.

—Señorita Amerio, permítame presentarle a mi esposa: Dulce Inés María Bardella. Será mi mujer la que cuide de usted durante el viaje.

—Es un placer conocerla, señora —le dijo sin tenderle la mano, ocupada en sostener la sombrerera.

—¿Me permite que la ayude? —le preguntó la Valenziana, haciendo el gesto de liberarla de la voluminosa caja.

—No, gracias, ¡«ella» se queda conmigo! —respondió.

Cuando llegó el tren, separaron a las chicas: a la señorita Amerio la escoltaron hasta el vagón de cabeza, mientras que las demás siguieron a Bardella hasta uno de cola.

—No entiendo cómo la señorita Amerio puede aceptar la compañía de esa mujerona —comentó Lena en cuanto estuvo segura de que Bardella no podía oírla—. ¿Os habéis fijado en ese vestido tan ajustado? ¡Debajo no llevaba corsé!

—El corsé se lleva para tener una forma como la suya —observó Nerina—, pero, como ella esa forma ya la tiene, ¿por qué debería sufrirlo?

—¡Pues por decencia!

El humor de Lena se volvió aún más sombrío cuando Bardella las dejó en un desnudo vagón de tercera clase, para luego ir a reunirse a toda prisa con la señorita Amerio y su esposa, instaladas en primera.

—¡Esto es una injusticia! ¡Somos mujeres bien casadas, no deberíamos viajar como chachas! —se quejó.

—El billete de la señorita Amerio se lo compró el primo —intentó calmarla Pia—, y él es un hombre rico.

—¡Nuestros maridos también son ricos! —dijo Lena, empezando a agitarse, pues en ausencia de la señorita Amerio podía recobrar de nuevo sus afectaciones de gran dama—. En cuanto me reúna con el señor Rosso, le diré que su esposa se vio obligada a viajar en tercera clase como una pordiosera, ¡y ya veréis si le mete o no un buen rapapolvo a ese sinvergüenza! Me juego algo a que nuestros maridos le dieron a Bardella el dinero necesario para que viajáramos cómodamente, ¡pero él compró billetes de tercera clase y se embolsó la diferencia!

—En efecto, es probable —confirmó Pia.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Nerina, echándose a reír.

—Sí, lo creo —reiteró Pia seriamente—. Piensa en las mazorcas —le murmuró al oído—, deja que ellas también desgranen las mazorcas una a una. Si sus maridos son ricos o no, ya se enterarán a su debido tiempo.

Nerina asintió, pese a que renunciar a burlarse de aquellas dos intrigantes la fastidió un poco.

Capítulo 16

—¡Queridos amigos! —La condesa reclamó la atención de sus invitados—. Cuánto lamento que el experimento espiritista de esta noche haya durado tan poco.

Menuda estupidez enmendar la grosería de los espíritus, pensó el abogado Ferro, mientras con la mirada sondeaba en vano cada centímetro de la habitación en busca de Raniero.

—Los espíritus —continuó la anfitriona—, como nosotros los mortales, a veces no están por la labor.

—¡Todo es por mi culpa! —La rubia que había puesto de los nervios a los espectros estalló en unos sollozos teatrales.

¡Qué escena tan lamentable! La ira bullía en su interior: tenía que salir de aquella habitación y buscar a su amigo.

—Como la sesión ha sido inusualmente breve —continuó la condesa, ignorando la escena central de su invitada en lágrimas—, los invito a que se queden un rato conmigo en la sala de al lado, donde nos espera un refrigerio.

Al oír la palabra «refrigerio» se produjo entre los presentes una excitación igual, o probablemente superior, a la suscitada por el experimento espiritista. La condesa abandonó la sala, seguida por sus invitados, y el abogado aprovechó la trashumancia para escapar por piernas. Bajó los peldaños de las escaleras de tres en tres, cruzó la sala en penumbras por la que deambulaban los pavos reales y se encontró en el atrio, entre las hojas de las palmeras.

—Raniero, ¿estás aquí? —llamó.

Una risita lo sorprendió por detrás de él. Edmondo se dio la vuelta: la criada japonesa que menos de una hora antes los había anunciado a la condesa se reía con su boquita roja oculta por la manga del kimono.

—Señorita, ¿ha visto usted a mi amigo?

La chica volvió a reír, con gorjeo de ruiseñor.

—¿Entiende mi idioma? —le preguntó, sacando un billete del bolsillo y entregándoselo—. Si puede comprenderme, le ruego que abandone un momento su personaje y me diga si has visto a mi amigo Raniero.

—Ha pasado hace un rato a toda prisa —contestó la chica con un acento muy de la zona, que revelaba unos orígenes que eran cualquier cosa menos japoneses—. Ya sabe cómo va la cosa... —añadió mientras introducía el billete bajo el cinturón del kimono—. A veces, en estas veladas hay quien se asusta, y suelen ser hombres como catedrales. Imagínese, hace un par de semanas, un hombre gordo y calvo...

—Muchas gracias, señorita —se despidió ya sin escucharla.

Menos mal que su amigo había salido de la villa por su propio pie; aunque a saber si lo había hecho por propia voluntad o bien para huir de algún peligro. El abogado llegó el exterior, pasó

por delante de los guardias egipcios, que permanecían impasibles en sus poses estatuarias, enfiló a toda prisa el sendero y se dirigió hacia donde le habían ordenado al cochero que los esperase. A lo mejor Raniero ya estaba en el carruaje, pensó mientras avanzaba a tientas por el camino, una pequeña senda oscura bordeada por una densa vegetación. Una vez superada la curva, descubrió con disgusto que el carruaje no estaba donde habían acordado. Presa del nerviosismo, siguió ascendiendo, con la esperanza de encontrarlo pasada la siguiente curva.

—¡Raniero! —llamó—. Amigo mío, ¿dónde estás?

—¡Estoy aquí, no grites! —oyó que le respondía una voz desde el bosque.

—¡Oh, gracias a Dios! —Ferro levantó los brazos al cielo melodramáticamente, un gesto que por suerte su amigo no pudo ver debido a la oscuridad—. ¿Te han hecho algún daño, Raniero? —le preguntó al internarse en el bosque para llegar junto a él.

—Si alguien pretendía hacérmelo, no le he dado tiempo —lo tranquilizó—. Después de sacar la fotografía, en cuanto desapareció el resplandor del magnesio y la habitación volvió a quedar a oscuras, hui. No creo que fueran a intimidarme ni nada por el estilo, solo temía que aprovecharan la oscuridad para robarme la cámara fotográfica e hicieran desaparecer la placa con mi toma, quizá sustituyéndola por una fotografía previamente trucada.

—¡Entonces has conseguido disparar en el momento justo! —se regocijó—. Mientras hacías la toma, ¿qué viste?

—Nada de nada. Pasar de la oscuridad a esa gran explosión de magnesio para luego volver a sumergirte en la oscuridad no te permite ver nada. Los espíritus, como ya te expliqué, se añadirán a las fotografías durante el revelado.

El abogado entonces cambió de tema:

—Por desgracia, tenías razón: el carruaje nos ha dejado tirados —dijo, apoyándose en el árbol tras el que se había refugiado su amigo.

—No, no lo ha hecho, he sido yo quien le ha ordenado al cochero que se marchara.

—¿Cómo? —dijo, pasmado.

—Sí, pensé que si a alguien se le había pasado por la imaginación seguirnos, era preferible que corriera tras a un carruaje vacío.

—¡Ah, Raniero! —exclamó Edmondo, exasperado—. ¿Te das cuenta de que estamos en el corazón de la noche, y nosotros, aquí, inmovilizados? ¡Mira qué bien! —Intentó controlarse—. Bueno, es inútil discutir ahora, volvamos a la carretera y comencemos a bajar hacia la ciudad. Si caminamos a buen ritmo, llegaremos allí dentro de un par de horas.

—No podemos ir por la carretera —lo detuvo—. Si lo hiciéramos, pasaríamos por delante de la villa.

—¡Creo que ahora estás exagerando! —le espetó—. Admito que me asusté mucho en cuanto me di cuenta de que ya no estabas conmigo en aquella habitación; pero cuando me escabullí fuera de la villa nadie trató de detenerme, ni los fotógrafos, ni los criados vestidos de turcos, ni los guardias egipcios. En cuanto a la condesa y a los otros invitados, mientras tú y yo estamos aquí, a la intemperie, ellos están disfrutando de un agradable refrigerio, casi con toda seguridad ajenos por completo a nuestra ausencia.

—Probablemente no corremos ningún peligro real —concedió Raniero—, la médium y sus fotógrafos son solo un puñado de charlatanes que tienen en un puño a esos ricos lunáticos; pero haría lo que fuera por llevar mi cámara fotográfica sana y salva al laboratorio de revelado.

—¡Que así sea! —Ferro se rindió ante la determinación de su amigo—. Rodemos pues colina abajo como pequeñas avalanchas humanas, y luego deambulemos montaraces y perdidos por entre la espesura de la maleza; hasta que el amanecer, o antes, un lobo hambriento nos pille exhaustos e inermes.

—Una descripción muy impactante —se burló de él Raniero, iniciando el descenso hacia la ciudad—, podría introducirla en el reportaje que venderé a los periódicos.

A la mañana siguiente, el abogado era impermeable a cualquier mirada. Nadie, ni persona ni novela, podría haberlo distraído de su único objetivo: poner un pie delante del otro y llegar al bufete sin desplomarse por el camino. Estaba agotado y dolorido, había dormido menos de dos horas. En sí, esto no era tan inusual, pues a menudo se pasaba las horas nocturnas leyendo. Pero una cosa era estar despierto en un sillón o cómodamente echado bajo las mantas, en compañía de un buen libro, y otra muy distinta era vagar por el bosque de noche, tropezando y rodando a cada paso. Su deambular campestre con Raniero había durado hasta el amanecer, momento en el que, gracias a las primeras luces del día, por fin habían tomado la dirección correcta. Había regresado a casa con el frac desgarrado y hojas secas en el pelo, como un borracho caído en una zanja. Por suerte, su madre estaba de vacaciones; de lo contrario, al verlo llegar a casa de madrugada y tan maltrecho le habría dado un ataque. Sin embargo, la misión se había llevado a cabo: Raniero había rescatado su preciada instantánea fotográfica, con la que estaba seguro de que le daría un giro decisivo a su carrera periodística.

Con las pantorrillas gritando de dolor a cada peldaño, Ferro llegó al bufete, saludó a la señorita Frida, que ya llevaba un rato sentada tras su pequeño escritorio, y se encaminó hacia su despacho. ¡Qué acogedora le pareció la butaca de su escritorio, que por regla general le parecía una trampa de incomodidad! El dilema diario de trabajar o leer una novela no se le planteó, ya que aquella mañana, por primera vez en su vida, se había olvidado de llevar un libro consigo. Quizá fuera lo mejor, se dijo; al menos, para no sucumbir al cansancio, tendría que ponerse manos a la obra. El abogado sacó una carpeta del montón y la abrió. Se trataba de un litigio muy aburrido entre dos pequeños terratenientes, para definir el límite de sus parcelas.

Mientras observaba los mapas de los terrenos, intentando orientarse, su mente volvió a la noche anterior. Quizá a esas alturas Raniero ya había revelado la fotografía e iba en busca de un periódico al que vendérsela. Ya se imaginaba el artículo en el que sería citado: «El conocido abogado Edmondo Ferro [aún no era muy conocido, pero se ganaría el adjetivo sobre el terreno] desenmascara un fraude cuyas víctimas son la condesa Székely y los miembros de su círculo espiritista». Y luego, unos meses después: «¡El celeberrimo abogado Ferro gana la demanda contra los estafadores de la aristocracia turinesa!». Con semejante publicidad, le lloverían decenas de lucrativas demandas. Su tío le concedería subordinados para poder ocuparse mejor de la extraordinaria cantidad de trabajo; él los dirigiría hábilmente, confiándoles las tareas más pesadas y ahorrando mucho de su valioso tiempo para sus lecturas. Ante tan dulce perspectiva, ¡se habría puesto a saltar de alegría, si no fuera porque sus piernas le dolían mucho!

—¿Se puede? —La voz de su prima lo sacó de sus sueños de gloria.

—¡Ven, querida! —la invitó a entrar—. Perdona que no me levante para saludarte como es

debido con una señora, pero me duele todo el cuerpo.

Eloisa se dirigió a su escritorio, e inmediatamente silenció sus pesados pasos sentándose delante de su primo.

—¿Cómo es que estás tan achacoso? —le preguntó, mientras hacía aparecer por debajo del chal los trámites legales en los que había estado trabajando los días anteriores.

—He visto amanecer con Raniero, ¡si supieras la que montamos ayer!

—Sois unos juerguistas desvergonzados, ya me lo imagino, ¿qué otra cosa podrías haber montado con ese granuja?

El abogado se dio cuenta de que era conveniente cambiar de tema:

—Vamos a ver qué has estado haciendo tú, pues —declaró hojeando las carpetas que acababa de entregarle—. ¡Qué línea de defensa más original! ¿De dónde has sacado este precedente? ¡Esta es, por otro lado, una fantástica laguna legal! Ah, ojalá pudiera enviarte a los tribunales en mi lugar.

El abogado hojeaba los papeles y se felicitaba a cada página; Eloisa, orgullosa de sí misma, se regodeaba con cada cumplido.

—Necesito confesarte una pequeña preocupación —dijo en cuanto terminó de ver el papeleo—. Mi padre está muy alegre desde hace una semana.

—Entiendo que no es lo habitual, pero a veces el buen humor puede hacerle una visita incluso a gente como él.

—Esta mañana ha llegado a decirme que debería venir más a menudo al bufete, para visitarte.

—¿De verdad?

—Entonces tú no sabes nada al respecto —se lamentó.

—De hecho, sé algo. —Ferro sonrió de forma enigmática. Las recientes aventuras espiritistas le habían hecho olvidar temporalmente las tramas tejidas por su tío, pero ahora había llegado el momento de compartirlas con su prima y reírse del tema.

—¿Qué pasa, entonces?

—Que tienes un pretendiente.

El rostro lleno de hoyuelos de Eloisa palideció, pero el abogado no le prestó atención, demasiado absorto en la euforia del monólogo cómico que estaba a punto de escenificar.

—Pero cómo ha podido mi padre...

—¿Encontrar al pretendiente perfecto? —Le guiñó un ojo.

—¡Ah! —El rostro de Eloisa recobró color—. ¿Quieres decir que mi padre ha encontrado a otro yerno perfecto? —preguntó aliviada.

—No ha hecho otra cosa desde que eras pequeña, ¿por qué te sorprendes?

—Bueno —murmuró confusa—. La cosa es que lleva al menos un par de años que no intenta casarme con alguien.

—Y dentro de poco descubrirás el motivo. —Volvió a guiñarle un ojo—. Enseguida te lo revelaré: tu padre lleva mucho tiempo trabajando en esta unión, por eso había dejado de proponerte más candidatos.

—¿Y de quién estamos hablando? —La prima puso los ojos en blanco, exasperada.

—¡Oh, querida, este jovenzuelo es una auténtica obra maestra! Representa todo lo que tu padre siempre ha querido para ti. —Enseguida se corrigió—: Lo que quería para sí mismo y para el linaje de los Ferro.

—Vamos, dime quién es —preguntó resoplando—, ¿un diplomático, un industrial o tal vez un aristócrata rancio, lleno de arrogancia y de deudas?

—Oh, nada de eso. Ya te lo he dicho, esta vez tu padre se ha superado a sí mismo: ¡este pretendiente es la cuadratura del círculo!

—Va, venga, habla de una vez —le instó ella, intentando imponerse una actitud severa, pero paladeando por anticipado las divertidas revelaciones que su primo le iba a ofrecer.

—En primer lugar, es un provincianucho, hijo de campesinos o, en el mejor de los casos, de tenderos.

—Realmente es verdad que a partir de los veinticinco años hay que rebajar las pretensiones —dijo riendo.

—Y además es más joven que tú. Veintiún años mal contados, pero puedo asegurarte que parecen mucho menos.

—Vamos, no te burles de mí. —Se volvió a reír—. ¿Por qué querría papá que me casara con un chico del campo diez años más joven que yo?

—¡Por el apellido!

—¡Entonces lo había adivinado! —Golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Se trata del vástago de una familia ilustre pero decadente!

—Vas mal encaminada, querida, pero te ayudaré para que no te pierdas. —Al final se apiadó de su curiosidad. —El joven se llama Ferro, como nosotros.

—No entiendo...

—Es sencillo, querida prima, y al mismo tiempo muy ingenioso: tu padre recorrió los campos de todo el Piamonte hasta que encontró a un soltero, pariente nuestro, pero alejado de grado lo suficiente como para poder convertirse en tu marido, además de padre de sus nietos que (y aquí radica el golpe de genio) llevarán legítimamente nuestro apellido.

—¡Oh, Dios mío! —susurró, tapándose la cara con las manos.

—Incluso quiere convertirlo en su heredero aquí en el bufete.

—¿Es abogado?

—Aún no, solo tiene veintiún años, como te he dicho, pero dale tiempo y llegará a serlo: tu padre se está ocupando de sus estudios.

—¿Me estás hablando de ese nuevo pasante suyo? —Eloisa comprendió por fin.

—¡El joven Ernesto Ferro! —confirmó.

—¡Es tan enclenque y bajito que debería haber entendido al vuelo que era pariente nuestro!

—Te gusta, ¿a qué sí? —se burló de ella, mirando fijamente su hermoso y fresco rostro, que se debatía entre la indignación y la risa.

—Pues claro que me gusta, no podría pedir nada mejor. —Al final se decantó por la risa—. Nietos legítimos con nuestro apellido: papá ha conseguido por fin convertirme en el hijo que siempre quiso tener.

—¿Cuántos nietecitos piensas regalarle? Recuerda que a uno de ellos tendrás que ponerle mi nombre.

—Te prometo que después de darle al primogénito el nombre de mi padre, todos los demás llevarán el tuyo, ya sean varones o hembras.

—Edmonda no suena bien, pero aun así será un honor para mí ser su padrino.

—Eres muy amable, pero yo en tu lugar no me haría demasiadas ilusiones sobre las

capacidades de procreación de ese retaco de mi prometido.

—Ahora eres injusta; dale tiempo para cruzar el umbral de la pubertad, ¡y ya verás qué camada!

—Será mejor que me vaya —se determinó Eloisa—, antes de que mi padre venga a tu despacho para hacerme firmar un compromiso oficial de matrimonio.

—Podría haberlo redactado ya, ¡date prisa! Ah, se me olvidaba —la detuvo—, si a tu padre se le ocurre preguntarte, dile que estoy abogando fervientemente por la causa del joven Ernesto.

—Lo haré —prometió—. Ahora tengo cosas que hacer, pero volveré pronto, dado que mi padre quiere que te visite más a menudo.

—Sí, para que pueda cantar las alabanzas de tu prometido.

Eloisa hizo ademán de asir el picaporte, pero vaciló y volvió a darse la vuelta hacia su primo.

—Pensaba que cuando llegara a esta edad, ya no tendría que lidiar con las propuestas de matrimonio —negó con la cabeza—, pero, ya ves, mi padre no se rinde, ni tampoco los hombres en general. Desde principios de año, ya he recibido dos propuestas: una del hermano de una querida amiga mía y la otra de un cliente del bufete.

—Eres demasiado guapa y, lo que es peor, rica, para conseguir que tu edad desanime a los pretendientes. Los jovencitos correrán detrás de ti hasta los cuarenta años, después de lo cual darán un paso adelante los viudos.

—Qué perspectiva más halagüeña.

—Perdona que te lo diga, prima, pero quizá deberías mirar a tu alrededor con la mente abierta.

—¿Tú también crees que debería tomar un marido?

—Claro que no, si la cuestión no te gusta —se apresuró a rectificar—, pero hay muchos hombres interesantes y buenos, y tú nunca te darás cuenta si sigues teniendo tantos prejuicios contra el género masculino.

—Si tengo que decirte la verdad —bajó la voz y la mirada—, hace poco conocí a un hombre que... —Eloisa vaciló buscando las palabras más apropiadas— me causó una buena impresión.

—¿Una buena impresión? Ah, ¡qué apasionada eres, prima mía!

—Sabes que no soy propensa a dejarme llevar por las emociones.

—Por supuesto que no, pero no tienes que preocuparte por ello, es una tara genética de nuestra familia. Hábleme un poco de este hombre que ha tenido la suerte de causarte una buena impresión.

—Lo conocí en el club de esgrima. Tiene más o menos mi edad, viene de Nápoles y está en la Marina.

—Hasta aquí todo es muy novelesco, me gusta —se alegró el abogado—. ¿Y cómo se llama el caballero?

—Emiliano Ruspoli.

—¿El hijo del armador? —se sorprendió—. ¡Si tu padre lo supiera, podría enviar al joven Ernesto de vuelta al campo!

—Es su sobrino, en realidad.

—¿Y este sobrino tiene intenciones serias? ¿Ya te ha pedido la mano?

—No, y espero que no se atreva —respondió—. Ya sabes que el matrimonio no está hecho para mí.

—Probablemente sea verdad —asintió—, pero recuerda: no casarse para fastidiar a tu padre es tan equivocado como casarte para complacerlo.

—Hagamos una cosa: yo consideraré la posibilidad de casarme cuando tú también la consideres. —Eloisa sonrió.

—Yo podría considerar la posibilidad; son las jóvenes las que no me consideran a mí.

—El mundo está lleno de buenas chicas que harían cualquier cosa por casarse con un hombre bueno y honrado como tú.

—Pues yo nunca las he visto.

—¡Claro que no! —dijo Eloisa, aferrando por fin la manija de la puerta y girándolo—. No puedes verlas si entre tus ojos y el resto del mundo siempre interpones las páginas de una novela.

Capítulo 17

—Aunque tuviera que pasar el resto de mi vida en un campo de nabos, habría valido la pena por esto.

Eso fue lo que dijo Nerina cuando vio el mar desde el muelle del puerto; el sol lo hacía brillar con mil briznas doradas. Habían llegado a Génova en el corazón de la noche y no habían pegado ojo, pero el espectáculo del amanecer sobre el mar pareció borrar en ellas cualquier rastro de cansancio.

—¡Es tan grande que al mirarlo te marea!

—Yo también me mareé la primera vez que vi el mar —le confesó Nita, quien tras el viaje en tren había podido reunirse con sus compañeras—. Ahora, de todas formas, ya no me produce ese efecto —añadió, realizando el ya habitual gesto de levantar ligeramente la tapa de su inseparable sombrerera para echar un vistazo a su interior.

El muelle del puerto estaba lleno de gente que iba y venía, en su mayoría hombres con ropas harapientas, encorvados bajo el peso de maletas y cargas para las bodegas; sin embargo, también había algunas mujeres que se desplazaban con bebés en brazos y fardos a la espalda. Todo el mundo parecía frenético y agotado, y se movían empujándose unos a otros.

—¿Van todos a Argentina? —preguntó Secondina, asustada ante la idea de encontrarse con esos mendigos como vecinos.

—No solo Argentina —le explicó la señorita Amerio—, también van a Brasil, Uruguay y Estados Unidos: dondequiera que esta buena gente espere encontrar algo de suerte.

Conquistar un rincón para estar tranquilas sin que alguien los empujara era misión imposible, pero ver el mar las compensaba de que no dejaran de llevarse golpes.

—Cuando oía a las otras chicas en el lavadero hablando de los jóvenes que las hacían perder la cabeza —continuó Nerina—, yo también quería enamorarme para descubrir qué se siente, pero sabía que nunca ocurriría, porque los hombres se burlan de las mujeres feas como yo, y no puedes enamorarte de quien se burla de ti. Sin embargo, ahora que he visto el mar, por fin he comprendido lo que se siente al estar enamorada: ¡es como un vértigo de oro reluciente, algo tan bello que duele al mirarlo y, a pesar de todo, has de hacerlo, aunque te lloren los ojos!

—Me temo que lo que provoca que tus ojos lloren es la reverberación del sol en el agua —le explicó Nita—. Pero no pierdas la esperanza, a lo mejor, cuando conozcas a tu marido, te enamorarás de verdad.

—¡Oh, no lo creo, de ninguna manera! Aunque fuera el más bueno, el más guapo y amable esposo del mundo seguiría siendo un hombre, ¿y cómo puede una mujer enamorarse de un hombre después de haber visto el mar?

—Entonces, ¿cómo hacen las mujeres que han nacido cerca para enamorarse y casarse? —le preguntó Nita.

—Harán lo mismo que nosotras —se encogió de hombros—, que nos casamos cuando nuestros padres lo deciden.

—¿Eso de ahí son los barcos de vapor? —cambió de tema Pia, señalando unas naves con casco de madera.

—No, esos son bergantines —replicó Nita—. Los barcos de vapor están por allí —dijo, señalando unas enormes siluetas oscuras que se encontraban a varios cientos de metros—. ¿No son magníficos? —preguntó la señorita Amerio.

Las chicas exhalaban un asmático sí, puesto que aquellas enormes formas negras las intimidaban.

—Yo tengo miedo. —Secondina fue la única en admitirlo.

—Oh, no tienes por qué —la consoló Nita—. Los barcos de vapor son muy seguros, y en el que embarcaremos es una verdadera joya. El *Sirio* es el orgullo de la flota de la Navigazione Generale Italiana, tiene unos motores muy potentes y la iluminación es eléctrica.

—¿Iluminación eléctrica en un barco? —Nerina se maravilló—. ¿Quieres decir que hay postes de electricidad en el mar?

—No, supongo que es la propia nave la que produce la energía eléctrica que necesita, gracias a alguna maquinaria —especuló Nita.

La muchedumbre de inmigrantes se iba haciendo cada vez más densa. Bardella y su esposa, que se habían alejado para ocuparse de unos asuntos burocráticos, tardaban en regresar, y las chicas, solas y en medio de todo aquel barullo, empezaban a ponerse nerviosas.

—¿Qué más sabes del barco? —preguntó Pia a la señorita Amerio.

—Además de ser un barco rápido y seguro, el *Sirio* es muy elegante —respondió—. Mi primo me contó que los comedores son comparables a los restaurantes más lujosos, y los camarotes son dignos de un gran hotel.

—¿Qué son los camarotes? —preguntó Pia.

—Los dormitorios. En los barcos los llaman así, pero no sabría decirte por qué.

—Todo arreglado —anunció Bardella, triunfante, al reaparecer con la Valenziana del brazo—. Señorita Amerio —se dirigió a ella—, la pongo, como siempre, en manos de mi esposa: embarcarán juntas. La acompañará a primera clase, hasta su camarote, y la ayudará a instalarse, pero si más tarde aún la necesita, no dude en enviar a alguien para que la llame. Mi esposa y yo nos alojamos en segunda clase, pero tenemos un pase para reunirnos con usted siempre que lo necesite.

—Por supuesto, gracias —respondió Nita con su cortesía habitual, aunque disgustada por tener que separarse de sus nuevas amigas.

La Valenziana cogió a Nita del brazo y juntas desaparecieron entre el ir y venir de la gente.

—Las demás, venid conmigo —ordenó Bardella.

Cargando los fardos al hombro, las otras cuatro chicas lo siguieron, abriéndose paso entre la multitud con dificultades. La gente seguía amontonándose, la marcha era cada vez más lenta y difícil; al final se detuvieron delante de una aglomeración compacta e inmóvil. Por detrás de ellas se detuvieron otras personas y, sin que se dieran cuenta, las jóvenes viajeras se convirtieron en parte integrante de ese gran rebaño humano. Pia deslizó el brazo entre la maraña de existencias que la apretaban y alcanzó con la punta de los dedos el hombro de *munsù* Bardella:

—¿Por qué estamos parados? —le preguntó.

—Estamos en la cola —le respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

El sol ya estaba alto y su calor se intensificaba con la proximidad de los cuerpos.

—Me voy a desmayar ahora mismo —anunció Lena, quien por fin tenía una buena razón para abanicarse.

—No te conviene hacerlo —comentó Nerina—. Aquí no hay espacio suficiente para desmayarse y te quedarías de pie, con los ojos cerrados, igual que un asno dormido.

Tras una espera que pareció interminable, algo cambió: un temblor sacudió a aquel rebaño humano y las chicas se vieron empujadas hacia delante por una ola que hizo que se estrellaran contra un acantilado de cuerpos, luego las empujó una vez y otra vez hasta romperlas; la masa se estaba moviendo entre gritos, llantos de niños y palabrotas, y la única forma de no sucumbir era seguir la corriente. Las gigantescas siluetas negras de los barcos de vapor estaban cada vez más cerca, amenazantes. Aquellos gigantes de hierro aún intimidaban a las chicas, pero al menos la sombra que proyectaban prometía aliviarles el calor.

La multitud se fue estrechando como un líquido al pasar por un embudo; la cola enfilaba hacia un edificio situado frente a los vapores, en el que estaba escrito «COMISARÍA». Los emigrantes tenían que detenerse delante de una mesa donde un hombre uniformado examinaba los documentos de todo el mundo para luego pasárselos a un compañero que anotaba los datos en un registro. Bardella se encargó de entregar los documentos de las chicas, señalándolas una a una a medida que los examinaban. Cumplidas aquellas formalidades, las muchachas volvieron a emprender su marcha hacia los barcos, que se detuvo unos pasos más adelante, cerca de otra mesita detrás de la que estaban sentados dos hombres con el uniforme de marineros, dedicados a escrutar a los viajeros con actitud inquisitiva.

—El mayor es el oficial de Sanidad, seguid rectas sin mirarlo a la cara, pero si os detiene, obedecedle; su trabajo consiste en asegurarse de que no embarca nadie que esté enfermo —explicó Bardella.

—¿Qué les importa llevar a bordo a alguien enfermo? —preguntó Nerina—. Si estira la pata durante el viaje, será asunto suyo.

—¡Qué cretina! —la apostrofó el casamentero—. Quien está enfermo suele ser contagioso y podría causar una epidemia a bordo. ¿Quieres morir de cólera antes de tocar tierra? Cuando se embarcan, los simplones como tú tienen miedo de morir ahogados, pero el verdadero peligro de los viajes por mar no son los naufragios, sino las epidemias. Vamos, venga: pasos largos y cabezas gachas.

—Parad —ordenó el oficial de Sanidad cuando Lena y Secondina pasaron por delante de él—. Fuera esos guantes y enseñadme las manos, por arriba y por abajo, por favor.

—Doctor, le aseguro que estas dos chicas están sanas como los peces —intervino Bardella—, están un poco delgadas, es cierto, pero gozan de perfecta salud.

El hombre ignoró sus palabras y les pidió a las hermanas que abrieran bien la boca y le enseñaran la lengua, operación que hizo que sus mejillas se pusieran aún más rojas de lo que el sol ya las había teñido.

—Gracias, podéis seguir —las despidió—. La comida en este barco es abundante y de excelente calidad, tal y como exige el reglamento de inmigración. Intentad aprovecharla.

Las chicas se encontraron de nuevo bajo el sol abrasador, avanzando a pasos lentos; cuando el suelo dejó de ser llano y empezó a subir, casi no se dieron cuenta de que caminaban sobre una

pasarela suspendida sobre el agua.

—¡Venga, arriba! —las apremió Bardella en cuanto otro marinero verificó los billetes.

Las cuatro no tuvieron tiempo de disfrutar de la pequeña conquista de estar por fin a bordo, ya que el casamentero se había puesto a trotar como un potro, exigiendo que ellas siguieran su ritmo. El grupo enfiló las escaleras de una escotilla; a cada peldaño que bajaban la luz se atenuaba y la temperatura aumentaba.

—¿Por qué vamos al sótano? —preguntó Lena.

—Se dice ir bajo cubierta —la corrigió Bardella sin responder y avanzando por un estrecho y bajo pasillo—. Oh, pues no hay que esperar mucho —dijo, señalando a una veintena de mujeres y de niños apiñados delante de una puerta donde un hombre uniformado regulaba su entrada.

—A partir de aquí tendréis que seguir vosotras solas —declaró, entregándoles unos papeles—. Mostrad estos volantes al hombre de allí y él os dejará entrar.

—¿Entrar, dónde? —preguntó Nerina, con menos jactancia de lo habitual.

—En el dormitorio femenino. Si tenéis suerte..., suelen estar mucho menos llenos que los de hombres; si no fuera por los niños que lloran, estaríais tranquilas como en un hotel. En los volantes encontraréis los números de vuestros sitios, buscadlos y colocaos allí inmediatamente —les recomendó—, daos prisa, antes de que alguna los ocupe para estar cerca de parientes o de amigas, que luego desalojarlas es todo un problema. Ahora tengo que ir a primera clase, para ver si la señorita Amerio está bien instalada. Nos veremos más tarde, en la cubierta de proa.

—¿Dónde? —preguntó Pia, desconcertada.

—Ya lo encontraréis —replicó Bardella mientras se ponía en marcha—, es el único lugar donde podréis estar.

Las chicas se encontraron en una habitación enorme y débilmente iluminada, atravesada arriba y abajo por tres filas de literas que formaban una especie de gran estantería.

Mientras vacilaban, atemorizadas, otras mujeres, algunas de ellas con enjambres de niños pegados a sus faldas, se dirigían decididas a ocupar sus plazas, llamándose entre ellas en lenguas misteriosas.

—Movámonos —se recobró Nerina—, si no, tendremos que pelearnos por los sitios con gente a la que no se entiende cuando habla.

Las chicas siguieron a Nerina como pollitos asustados y colocaron sus pertenencias en las literas que solo ella tuvo la lucidez de localizar.

—No quiero dormir en este ataúd —gimoteó Secondina—. ¡Aquí hace calor y apesta! ¿Dónde están los hermosos camarotes de los que hablaba la señorita Amerio?

—En primera clase —suspiró Nerina—. Nosotras viajamos en tercera.

—*Munsù* Bardella es un canalla —soltó Lena—. Ya os lo he dicho y os lo repito: cogió el dinero de nuestros maridos y compró los billetes más baratos que pudo encontrar para embolsarse la diferencia. ¡Ahora voy a cantarle las cuarenta! Puedo tolerar viajar unas horas en un vagón de tercera clase, pero no pasaré días y días en este cuchitril.

—¡Detente, Lena! —la acalló Secondina. Al ver a la tímida y sumisa hermana pequeña tratarla tan bruscamente, Lena enmudeció estupefacta—. Abre los ojos —prosiguió—, nuestros maridos no son ricos en absoluto, por eso nos hacen viajar como ganado.

—No digas tonterías —le ordenó Lena con escasa energía—, es culpa de Bardella, que...

—¡Para ya, te he dicho! ¡Nuestros maridos son unos pobretones, unos andrajosos que han

gastado todos sus ahorros para conseguir que les mandaran unas novias de su país, porque las chicas de allí no los aceptaban!

—Secondina, eso no puedes saberlo —intervino Pia—, no hasta que te reúnas con tu marido.

—¡Pero míranos! —gritó señalándole la cara con el dedo índice—. Tú eres bizca, Nerina es grande como un mozo de cuerda, y mi hermana y yo somos unas raquílicas, sin pecho ni caderas. Si estamos aquí, en este barco, es porque en nuestros pueblos ni siquiera los jornaleros nos querían; ¿cómo es posible, entonces, que unos terratenientes nos quieran como esposas? Nos han timado, queridas, y nosotras bien felices que hemos dejado que nos timaran. Nos ha gustado dejar que nos engañaran, pero se acabó lo que se daba.

Capítulo 18

No era frecuente que tuviera toda la casa para él solo; la madre se había marchado hacía algún tiempo hacia las cumbres de las montañas, llevándose consigo a la camarera y a la cocinera, dos mujeres adorables, pero tan parlanchinas como un par de periquitos. De todas maneras, madama Ferro no lo había abandonado a su suerte —lo que, por otra parte, no lo habría disgustado—, sino que lo había dejado al cuidado de Lucio, el joven hijo de la cocinera, que llevaba unos años desempeñando el papel de manitas.

Edmondo adoraba a Lucio, un chico manso y taciturno que dominaba muchas artes: el mantenimiento de la casa, ante todo, pero también la cocina y las tareas domésticas. Su habilidad más obvia, y la más apreciada por el abogado, era de todas formas el ser capaz de desaparecer durante horas, dejándolo tranquilo. Aunque no se le viera durante días, el chico nunca faltaba a sus obligaciones, teniendo la mesa puesta cada noche, la cena caliente y su habitación limpia y con la cama hecha. Lucio, en resumen, hacía que lo encontrara todo preparado, menos a él mismo, y el abogado recompensaba esa invisible eficiencia con generosas propinas, que eran el combustible necesario para que el joven sirviente pudiera corretear feliz durante noches enteras.

Tras disfrutar de los frugales manjares preparados por Lucio, un poco dolorido aún por la incursión de la noche anterior, Ferro fue a sentarse al salón, donde, en una mesita junto a su sillón favorito, lo esperaban tres nuevas lecturas de su cuaderno de las miradas. Tres novelas en una sola noche era un objetivo ambicioso, pero el abogado no había hojeado un libro desde la mañana anterior y sabía que se tragaría las páginas con la misma voracidad que un niño glotón agota su provisión de caramelos. Si en las últimas treinta y seis horas había leído muy poco, menos aún había descansado; sin embargo, toda la somnolencia que le había afligido en el transcurso del día se había desvanecido ante la voluptuosa perspectiva de una noche de tinta y pasión.

Anticipándose a las delicias que lo aguardaban, tomó asiento en el sillón; en un bolsillo de su chaqueta de fumador, justo a la altura del corazón, reposaba el cuaderno de notas de las miradas en el que pronto tacharía los títulos que estaba a punto de leer. Empezaría con *Eugénie Grandet*.

Para Ferro, Honoré de Balzac era una garantía del más alto disfrute literario, pero, a juzgar por la mirada melancólica y resignada que le dirigió aquel libro desde el escaparate, sabía que no podía esperar un final demasiado feliz para la protagonista. Por eso, su segunda lectura de la noche sería *Persuasión*, de Jane Austen. La compañía de la señorita Austen era un bálsamo para el corazón; esa chica buena y generosa nunca negó a sus lectores la gracia de un final feliz. *Persuasión* era la última novela escrita por la dulce Jane antes de sucumbir por una muerte prematura; desgraciadamente, también era la única que el abogado Ferro aún no había leído de esa autora que tanto le gustaba. A saber si el ineludible y envolvente final feliz mitigaría el dolor del adiós a la señorita Austen. Aparte de lo que había leído en las novelas, el abogado no tenía

experiencia en el manejo de los asuntos amorosos, especialmente los desagradables, como despedirse de una mujer amada. Por lo tanto, al seleccionar las novelas para su noche de lectura, había decidido seguir la que según Raniero era una regla infalible: ¡clavo saca clavo! Para superar la pérdida de la señorita Austen, dirigiría de inmediato sus galanterías hacia una nueva pasión, eligiendo del cuaderno de las miradas *Cenizas*, de una autora que lo intrigaba desde hacía tiempo, pero con la que aún no había compartido la intimidad de la lectura: Grazia Deledda.

Hacia medianoche, cuando la amable prosa de Jane Austen estaba redimiendo su alma de las penas que el destino había infligido a la pobre Eugenia Grandet, dos golpes secos en la puerta disiparon el hechizo.

—¿Lucio, eres tú? —preguntó, sacudiéndose de encima a regañadientes las palabras de Austen—. ¿Por qué llamas a la puerta? ¿Has bebido tanto que ya no recuerdas cómo se utiliza una llave?

El abogado se levantó, molesto: tal vez debería haberle dado más dinero al criado, para que pudiera prolongar más tiempo sus juergas; o tal vez tendría que haberle dado menos, así no habría podido consumir más alcohol del que podía soportar.

Otros dos golpes más.

—¡Ya voy, pedazo de borracho!

Abrió la puerta, dispuesto a presenciar el indecoroso espectáculo de Lucio empapado en vino.

—¿Estás orgulloso de ti mismo, jovenzuelo?

Se estremeció: el hombre que tenía delante estaba, sí, empapado de alcohol como una cereza macerada, pero no era Lucio, sino su amigo Raniero.

—¿Molesto? —murmuró.

—Sí, pero supongo que tu estatus me obliga a poner a mal tiempo buena cara: pasa y siéntate.

Raniero siguió a su amigo por el pasillo, zigzagueando y tambaleándose.

—No te muevas —le ordenó Ferro tras dejarlo en una butaca—. Tengo café caliente.

—No me gusta el café, ¿y sabes por qué?

—Ya me lo explicarás cuando te hayas tomado un par de tazas.

Aunque nunca se había emborrachado, salvo una vez siendo niño por culpa de un atracón de pudín de ron, su amistad con Raniero le había enseñado a manejar una borrachera. Después de haber tomado café, tragado un poco de pan y bebido varios vasos de agua, Raniero por fin estuvo lo suficientemente lúcido como para disculparse por su intromisión.

—Son cosas que ocurren. —El abogado le restó importancia—. A mí nunca me suceden, pero sé que pueden ocurrirle al resto del mundo.

—Oh, Edmondo. —Raniero se inclinó hacia su amigo, que se había sentado en la butaca frente a la suya—. ¡Si tú supieras!

—Solo tienes que decírmelo y lo sabré.

—Mi carrera periodística está arruinada.

Por un instante, Edmondo estuvo tentado de aclararle que no podía estropear algo que nunca había existido, pero se limitó a mirarlo moviendo la cabeza, resignado ante la idea de que a esas alturas su noche de lectura estaba en peligro.

—La foto de la sesión espiritista —articuló Raniero con dificultad.

—¿No te ha quedado bien? —especuló Ferro—. ¿Disparaste demasiado pronto o demasiado tarde, respecto a la explosión de magnesio?

—No, la fotografía salió perfectamente, pero cuando la revelé... —Raniero se cogió la cabeza entre las manos—. ¡No podía creer lo que veían mis ojos, Edmondo!

—¡Basta ya de tonterías! —se impacientó—. ¡Enséñame esa fotografía y acabemos ya de una vez!

Raniero sacó la foto de su bolsillo y se la tendió temblando.

El disparo de Raniero había inmortalizado de un modo extremadamente nítido la mesa redonda rodeada por esa camarilla de lunáticos de la que él mismo había formado parte.

—Me parece una imagen muy lograda —lo felicitó, tras lo que encendió la lámpara situada junto a la butaca para admirar los detalles—. Oh, madre del amor hermoso... —murmuró, enfocando una figura femenina de contornos borrosos que se asomaba justo por detrás de él—. ¿Es uno de tus trucos, Raniero? —le preguntó—. ¿Esto es una sobreexposición? —añadió con un tono cercano a la súplica.

—No, Edmondo. —Respiró profundamente, para disipar los últimos restos de embriaguez—. La imagen apareció durante el revelado. Cuando vi a través del líquido fijador esa cara tan blanca como un trapo, estuve a un paso de desmayarme.

—¿Me dices la verdad?

—¿Cómo podría mentirte, cuando todas mis esperanzas se han hecho añicos? Quería darles a los periódicos la noticia de una estafa, ¡pero ese espectro demuestra que tal estafa no existe!

—¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó Edmondo mientras se ponía en pie y empezaba a pasearse por el salón—. No el haber estado a dos pasos de un...

—Fantasma —completó—. Espectro, aparición o ectoplasma, si quieres utilizar un término científico.

El ridículo juego de sinónimos de Raniero lo trajo de vuelta a la razón. El abogado detuvo ese ir y venir:

—No, no puede ser lo que parece. —Volvió a sentarse.

—Edmondo, ríndete a la evidencia: si la cámara fotográfica ha impreso esa imagen en la película, eso significa que esa figura estaba presente en la habitación, como tú y como yo.

—Claro que estaba allí —confirmó cogiendo de nuevo la fotografía y concentrando su atención en el rostro de la aparición.

La imagen era evanescente, el contorno del pelo rizado se mezclaba con el fondo; los ojos en cambio emergían negros y bien delineados sobre aquella cara blanca.

—No creo que se trate de un espectro —insistió el abogado, más para sí mismo que para su amigo.

—¿Cómo puedes no creerlo, si lo tienes delante de tus ojos!

—Hagamos una pausa y pensemos. ¿No crees que este fantasma va demasiado a la moda? Mira el pelo, rizado con esmero, y los ojos delineados con lápiz negro, como los de las actrices.

—Quizá sea el espíritu de una actriz —especuló Raniero.

—O tal vez sea la imagen de una actriz, proyectada como en el cinematógrafo —dijo, entregándole la fotografía para que la examinara—. Desde los tiempos de Mumler y de las sobreexposiciones fotográficas, se han hecho grandes avances en muchos otros campos de la ficción.

—Un proyector de cine es muy grande —objetó Raniero—. Lo habríamos visto.

—No si hubiera estado en la habitación de al lado y se hubiera proyectado a través de un

agujero en la pared. Esto también habría amortiguado gran parte del ruido producido por el proyector.

—Olvidas el destello de magnesio —objetó Raniero—. ¿Qué proyección cinematográfica sería visible con un resplandor semejante? ¿No te has dado cuenta de que las proyecciones cinematográficas exigen la oscuridad casi total?

—Si no es una proyección cinematográfica, entonces será una nueva técnica óptica que nosotros aún no conocemos.

—¿Y crees que la viuda de un carbonero y su hija alienada serían capaces de desarrollar una tecnología tan vanguardista?

—Ellas no, pero a lo mejor su fotógrafo sí. ¿Sabes que te digo? Volveremos a la sesión para descubrirlo.

—No hay nada que descubrir —dijo Raniero mientras se levantaba de su butaca—. Tenemos la verdad delante de nuestros ojos, y es algo más grande que nosotros. Buenas noches, Edmondo.

Raniero se echó a andar por el pasillo y el abogado lo acompañó, no tanto para cumplir con las normas a las que debe atenerse un buen anfitrión, sino más bien para asegurarse de que su andar fuera ya lo suficientemente firme como para llevarlo de vuelta a casa.

—¿Recuerdas cuando me escondí en el balconcito de tu despacho para sorprenderte? —murmuró su amigo en cuanto llegó a la puerta.

—Más que una sorpresa, yo lo llamaría una broma —lo corrigió Edmondo—, y de las pesadas, por cierto.

—Cuando te espiaba desde detrás de la cortina y vi a Eloisa entrar a visitarte, me pareció igual de guapa que cuando era una estudiante y la llevaba a pasear por el parque del Valentino. Luego, en cuanto empezasteis a hablar, recordé lo inteligente que era y cómo yo nunca estuve a su altura; pero estaba ese proyecto, entonces —dijo como si hablara de un acontecimiento ocurrido hacía diez años y no unos diez días atrás—. Ese proyecto loco pero ingenioso que podría haber potenciado mi carrera, haciéndome por fin digno de ella, mejor dicho —se apresuró a rectificar—, de alguien como ella, porque Eloisa, con ese carácter rencoroso, no me aceptaría ni aunque llegara yo a primer ministro. —Raniero esbozó una risa, que resonó tétrica en el pasillo—. Adiós, querido amigo.

Su amigo se marchó, dejando a Edmondo triste y un poco turbado, pero libre por fin para reanudar su lectura.

—Ya estoy de nuevo aquí, señorita Austen —cogió de la mesita el volumen de *Persuasión*—, disculpe la interrupción, pero, como ha podido ver, se trataba de una (¿cómo podría llamarla?) emergencia emocional —se disculpó—. ¿Cómo dice? —Se imaginó dialogando con la autora—. Tiene usted razón, señorita Austen, Raniero y Eloisa a mí también me recuerdan a Elizabeth Bennet y Mr. Darcy, pero en nuestro caso, aunque abunden tanto el orgullo como los prejuicios, los papeles se invierten: ella es la rica y codiciada Miss Darcy, mientras que él es un joven Mr. Bennet —Se rio, imaginando que desde las páginas del libro la señorita Austen se reía con él—. ¿Qué le parece esta historia? —preguntó, levantando la fotografía que Raniero había abandonado sobre la mesita, junto a sus libros—. ¿Cómo dice, querida mía? Por supuesto que he leído *La abadía de Northanger*; es más, le diré que de sus novelas que hasta ahora he leído es la que prefiero, y coincido con usted en la posibilidad de que se trate de un embrollo semejante al que narró en ella. La diferencia, sin embargo, radica en que su joven protagonista se engañaba a sí

misma, mientras que en nuestro caso son otros los que quieren engañarnos, o al menos eso es lo que creo. Pero ya pensaré en ello mañana, querida, ahora, si me lo permite, me gustaría disfrutar de *Persuasión*.

Capítulo 19

La cubierta de tercera clase, en la proa del barco, estaba abarrotada de pasajeros; en su mayoría eran hombres jóvenes, pero no faltaban las familias y unas cuantas chicas que, al igual que Pia y sus compañeras, viajaban por su cuenta.

—Ahora ya basta de estar enfurruñadas —ordenó Nerina a las condesitas—. Tú piensas que en Argentina te espera un marido rico —le dijo a Lena—, mientras que tú estás convencida de que encontrarás allí a un mendigo —se dirigió a Secondina—, pero mientras estemos en este barco, tenéis razón y no la tenéis, así que ¿a qué viene poner esa mala cara?

El sol de primera hora de la tarde era ardiente y los marineros habían extendido unos toldos para crear un poco de sombra. Hacía poco que acababan de servir el almuerzo, una comida sencilla pero sustanciosa, servida con cucharones y ollas enormes. Comprobar que en el barco se comía mejor y más abundantemente que en su casa había infundido tranquilidad y alegría a los pasajeros, que charlaban en decenas de lenguas y dialectos diferentes que estallaban, de vez en cuando, en ruidosas carcajadas.

—En todas partes se ríe de la misma manera —constató con satisfacción Nerina, quien contemplaba sin complejos cuanto la rodeaba, mientras sus compañeras de viaje, agazapadas detrás de ella, espían a los demás pasajeros a hurtadillas.

—¿Queréis otra razón para estar alegres? —Se dirigió de nuevo a las hermanas, quienes se abstuvieron de responderle—. ¿Habíais estado alguna vez dos días seguidos sin trabajar, a menos que estuvierais muy enfermas?

Secondina negó con la cabeza, sin dejar de estar enfurruñada.

—¡Pues bien, señoras mías, en este barco no hay tierra para arar, ni haces que cargar sobre los hombros, ni patatas que cosechar! El viaje durará más de dos semanas, ¿os lo imagináis? ¡Dos semanas para estar mano sobre mano, como señoras! Qué más da lo que encontremos en Argentina, disfrutemos mientras tanto del placer de no hacer nada por primera vez en la vida.

Muchas de las ropas de sus compañeros de viaje eran un gran desfile de remiendos y dobladillos deshilachados; no obstante, había pasajeros que se habían puesto la ropa de los días festivos para celebrar su partida.

—Es como estar en la plaza después de misa —comentó Nerina, mientras seguía haciendo piruetas con sus pupilas sobre cosas y personas sin el menor escrúpulo.

Algunos chicos a horcajadas sobre el parapeto interceptaron su mirada y la correspondieron con gestos de burla.

—Ahora esos caraduras vendrán aquí a molestarnos —musitó Lena, escondiéndose detrás de su abanico; a ese gesto melodramático, los chicos respondieron con muecas.

—Pero ¿qué van a molestarnos esos tipos? —se rio Nerina—. Se dan aires de hombres de mundo, pero tienen las mejillas aún calientes por las bofetadas de sus madres.

Los chicos empezaron a hablar entre sí, mirándolas fijamente y dándose codazos: estaba claro que se burlaban de ellas.

—No he oído lo que habéis dicho —gritó Nerina, apoyando las manos en sus robustas caderas—, si sois tan amables, venid aquí y repetidlo.

Los jóvenes apagaron sus burlas y miraron para otro lado.

—Mejor así —comentó Nerina—. No parecíais tener temas de conversación interesantes.

—¿Todo bien? —la sorprendió Bardella, que entre tanto había aprovechado su camarote de segunda clase para ponerse un elegante traje de color claro, que lo hacía parecer aún más bajo y rechoncho—. ¿Os habéis instalado bien?

—Nos hemos instalado —Nerina se encogió de hombros—, en cuanto a lo de bien, yo diría que no.

—¿Por qué estamos alojadas en tercera clase? —soltó Lena, emergiendo de su abanico—. ¿Nuestros maridos saben en qué condiciones nos obligan a viajar?

—Pero ¿de qué condiciones hablas? —Bardella se puso tenso.

—¿Por qué, si nuestros maridos son ricos —se sumó Secondina—, no nos han comprado un billete de primera clase, como el de la señorita Amerio?

—Porque son hombres con sentido común —replicó alterado— que no tiran su dinero para que podáis presumir. Pero ¿qué os pasa a vosotras, os ha dado demasiado el sol? Y pensar que había venido aquí para ofrecerle una buena oportunidad a una de las dos.

—¿Cuál? —preguntó Nerina.

—No sé si os lo he mencionado, pero aprovecho todas las travesías para trabajar como fotógrafo de a bordo. Hay una gran demanda de fotografías en los buques de vapor.

—¿Y qué? —lo apremió Nerina.

—Pues que necesito que una de vosotras sea mi ayudante —dijo dirigiéndose a las hermanas—. El trabajo no es ni complicado ni agotador, y quien se ofrezca voluntaria recibirá una pequeña remuneración.

—Si es un trabajo tan sencillo, ¿por qué no lo hace su esposa? —preguntó Lena en tono provocador, oliéndose la trampa.

—No es correcto que mi esposa sea mi ayudante, podría parecer que no puedo permitirme uno —argumentó—. ¡Ánimo! ¿No os seduce la idea de pasear por todo el barco conmigo?

—¿Incluso en primera clase, donde está la señorita Amerio? —preguntó Nerina.

—Incluso en el puente de mando.

—De acuerdo, yo quiero hacerlo —se propuso.

—No te lo estaba preguntando a ti, en realidad, sino a ellas dos, que han trabajado en el servicio doméstico y saben tratar con los señores; tú, Nerina, eres una chica bien dispuesta, pero tienes la costumbre de soltar todo lo que se te pasa por la cabeza, sin pensar en las consecuencias.

—Eso quiere decir que me quedaré aquí, donde no tengo que ver su fea cara todo el rato.

—Entonces —continuó Bardella—, ¿cuál de vosotras quiere ser mi ayudante?

Como toda respuesta, las chicas le dieron la espalda.

—Así que solo quedas tú. —Se volvió hacia Pia, con el tono arrogante de quien espera una aprobación entusiasta.

Pia, en cambio, lo decepcionó moviendo la cabeza en señal de negación.

—¡Tienes que ir! —Nerina la sacudió por un brazo—. ¡Nunca más tendrás la oportunidad de estar en el puente de mando o en primera clase, con todos esos señorones elegantes! Y a lo mejor ves también a la señorita Amerio, y podrás darle recuerdos de mi parte.

Pia dudó.

—¡Di que sí, Pia! —insistió—. Así podrás contarme todo lo que vas a ver, y si lo haces bien, será como si esas cosas tan bonitas las hubiera visto yo también.

—Entonces, ¿aceptas? —cortó Bardella.

—De acuerdo —aceptó al final.

Bardella le hizo un gesto para que lo siguiera.

—La chica no puede salir de la cubierta de tercera —dijo un marinero que les cerró el paso.

—Soy el fotógrafo de a bordo y ella es mi ayudante —respondió Bardella.

—Tienen que ir al comisario de inmigración y solicitar un pase que les permita moverse libremente.

—Estábamos a punto de ir allí.

Pia siguió a Bardella por un pasillo cubierto, luego subieron por unas escaleras y al final entraron en una pequeña habitación donde un hombre sentado detrás del escritorio intentaba zanjar la discusión entre dos pasajeros de tercera clase que hablaban un idioma desconocido para ella.

—Acérquense —los llamó, dejando que la riña entre aquellos dos continuara sin alteraciones.

—Podemos esperar —respondió Bardella.

—¿Esperar a qué, a que aprendan nuestra lengua? Dejaré que se desahoguen y luego los mandaré de vuelta a la proa.

—Su trabajo es complicado, señor comisario —comentó Bardella, intentando parecer simpático.

—Subcomisario —precisó el hombre—. Sí, el mío es lo que se dice un trabajo duro: además de todos los controles que tengo que hacer para garantizar que la comida, los espacios y el trato de los inmigrantes cumplan con el reglamento, he de velar por que los pasajeros de tercera se comporten y permanezcan tranquilos. Pero, como puede ver, algunos empiezan a pelearse incluso antes de que zarpe el barco.

Mientras el hombre iba enumerando las miserias de su trabajo, Bardella rellenó el formulario requerido.

—Aquí tiene el pase para su ayudante —el subcomisario le entregó un cartoncito—, pero no me la envíe a primera clase vestida así —le pidió, señalando el modesto vestido de Pia.

—Faltaría más, le pondré algo decoroso —añadió como si hablara de una muñeca.

—De acuerdo, buen viaje y buen trabajo —los despidió, volviendo su atención a los dos contendientes, quienes, asombrados por el elegante traje de Bardella, habían continuado en tono más tenue.

—Veamos, señores, permítanme al menos entender de dónde son, muéstrenme sus documentos de viaje.

Bardella y Pia dejaron al subcomisario con su babel y se dirigieron a la superestructura central del barco de vapor, donde se encontraban los camarotes de segunda clase.

—Tu actividad principal será la de pasarme las placas con la película nueva y volverlas a colocar después de disparar las fotos —le explicó—; no te preocupes, es más difícil decirlo que

hacerlo. —Le sonrió inesperadamente.

El hombre llamó a uno de los camarotes de segunda clase:

—Soy yo, querida, traigo Pia conmigo.

—Adelante.

El camarote era estrecho y largo, con dos literas adosadas a una pared y una mesita en la opuesta. Al fondo había un baúl vertical, dentro del cual estaba rebuscando la Valenziana.

—Al final he elegido a Pia, me ha parecido la más lista —le explicó sin mencionarle que las dos elegidas previamente habían rechazado el encargo, mientras la Valenziana observaba a la joven de los pies a la cabeza.

—*Bueno* —dijo en español, volviéndose hacia el baúl y sacando de él un vestido verde aguamarina muy sencillo que a Pia le pareció muy lujoso: tenía una falda larga que se ensanchaba un poco en la parte inferior, el corpiño sin adornos y las mangas ligeramente abultadas a la altura de los hombros—. Vete —le ordenó a su marido, que salió de inmediato del camarote—. Póntelo, *por favor* —le dijo, entregándole el vestido y unas enaguas de tela gruesa y rígida.

Pia titubeó con aquel fardo de ropa entre los brazos, le daba vergüenza desnudarse delante de una desconocida, que además era una hermosa y rolliza mujer, exhibiendo su menudo cuerpo y la ropa interior desgastada.

La Valenziana leyó esos miedos en su mirada y se volvió hacia la pared.

—El color te sienta bien —le dijo cuando la vio con la ropa puesta—, aunque el vestido te queda holgado.

La mujer cogió un cinturón de satén amarillo y se lo ató con firmeza alrededor de su cintura, luego drapeó el corpiño de modo que formara un abullonado.

—Mucho mejor —observó satisfecha.

Para finalizar le dio unos botines, que también le venían un poco grandes, inconveniente al que la Valenziana puso remedio de inmediato metiendo un poco de guata en las puntas.

—Ahora siéntate. —La invitó a ocupar la única silla.

Le desató la trenza que Pia llevaba sujeta a la nuca y la peinó.

—Presta atención —le dijo, señalándole el espejo de la pared—, a partir de mañana tendrás que hacerlo tú sola.

Con la ayuda de unas horquillas peinó a Pia con un moño suave, luego le dejó un mechón cayéndole sobre la frente, que sujetó detrás de la oreja, formando una onda que le tapaba a medias el ojo estrábico. Una chica con los ojos sanos tendría dificultades para ver más allá de esa cortina de pelo, pero su mirada ladeada encontraba el ángulo correcto de manera natural.

—Estás muy guapa así —se felicitó, dándole un inesperado beso en la mejilla, que la encendió de vergüenza y de afecto.

La Valenziana era una buena mujer, pensó Pia, aunque no llevaba corsé.

—¡*Ven!* —gritó en dirección a la puerta, que se abrió inmediatamente, revelando que Bardella había estado de guardia durante todo ese tiempo.

—¡Qué milagro has hecho! —Estaba encantado—. Con el pelo peinado de ese modo casi no se ve ese...

—Le queda perfectamente —le cortó su esposa.

—Claro, le queda perfectamente —se apresuró a confirmar el marido.

—Voy a dar un paseo —anunció la mujer, sacudiéndose de encima todo rastro de la ternura maternal que le había mostrado a Pia y retomando su habitual orgullo desatado.

—Muy bien, ve a entretenerte un rato, querida —la animó su marido, cuando ya estaba fuera del camarote—. Toma tus harapos y vámonos —le ordenó luego a Pia, frunciendo el ceño.

Ella siguió al hombre por el pasillo de segunda clase, hasta la puerta de un camarote esquinero ante el que se detuvo.

—No debes llevar ese vestido en el dormitorio, ¿entendido? Podrían robártelo, o podrían pegársele los piojos. Antes de retirarte a dormir te pondrás tu ropa y dejarás aquí la buena —le explicó, abriendo la puerta, que daba paso a una pequeña habitación desprovista de todo mobiliario, excepto por una larga mesa sobre la que descansaban recipientes metálicos de diversas formas y tamaños y una extraña maquinaria, cuya función no fue capaz de adivinar. El estrecho espacio estaba atravesado por cordones tendidos, similares a los de tender la colada—. Este es nuestro reino —anunció bromeando—. El laboratorio de revelado. Aquí es donde al anochecer me ayudarás a revelar e imprimir las fotografías. Será una experiencia emocionante, ya lo verás —la animó.

El hombre sonreía feliz mirando a su alrededor, mientras Pia colgó su vestido en un gancho y colocó los zuecos de campesina en una esquina. Desde que la había recogido de la cubierta de proa, Bardella había pasado de la arrogancia a la jovialidad al menos media docena de veces, pero Pia empezaba a intuir la dinámica de sus cambios de humor: aquel era un hombre rudo y aprovechado, pero cuando hablaba de fotografía mostraba su mejor cara y se convertía casi en una buena persona.

—¿Qué me dices? —le preguntó, señalando la mesa llena de cubetas—. Ya verás la magia que haremos ahí.

—Estoy muy contenta de trabajar con usted —respondió ella con absoluta sinceridad.

—Te prometo que te enseñaré muchas cosas interesantes —le dijo con una sonrisa.

Bardella estaba contento, y también lo estaba ella, con aquel bonito vestido y la perspectiva de muchas cosas nuevas que ver y aprender. Ahora ya no le importaba lo que iba a ocurrir al final del viaje; solo quería disfrutar del momento, tal y como Nerina le había recomendado.

—Ahora coge esa bolsa, por favor, y vámonos. Te queda muy bien ese peinado —se congratuló mientras se ponían en marcha—, le pediré a mi mujer que te haga el mismo peinado antes de abandonar el barco; así tu marido no tendrá motivos para quejarse.

Esas pocas palabras quebraron la frágil felicidad que Pia acababa de experimentar.

Capítulo 20

Estimadísima condesa Székely:

Es con infinita gratitud y la más profunda admiración como me dirijo de nuevo a usted, después de la encantadora velada que tuve el inmerecido privilegio de pasar en su villa.

El abogado Ferro despegó la pluma del papel. «Encantadora» era muy apropiado para un té vespertino o un baile de primavera, pero ¿era el adjetivo correcto para una velada de experimentos espiritistas? ¿«Interesante» podría ser más oportuno? No. «Interesante» era apropiado para un concierto de cámara o para un salón literario. Ah, ¡cómo habría preferido un salón literario a una sesión de espiritismo!

¿«Intrigante», tal vez? Sí, «intrigante» era perfecto, porque tenía una connotación estética positiva, pero también daba a entender cierta profundidad intelectual. Elegir las palabras perfectas era todo un reto, por eso prefería con diferencia disfrutar de las que las grandes autoras y los grandes autores habían seleccionado para sus lectores con amorosa atención.

—¿No estás de acuerdo, querida mía? —preguntó bromeando a la muñeca de porcelana que vivía en su estudio desde hacía unos días, sentada sobre un montón de papeles, a la espera de trasladarse a su hogar definitivo—. ¿No contestas, cariño? ¡Menudo cuento lo de la muñeca parlanchina! —se burló, mirando con sorna la boquita inexpresiva y las trenzas negras que caían inertes sobre su corpiño de encaje—. Lo único que haces es soltar ese gritito inarticulado que según el tendero significa «mamá», cuando alguien te agita; pero no me distraigas, cariñito, ¡estoy trabajando!

Retomó la escritura de la carta:

El experimento espiritista que me dio usted la oportunidad de presenciar fue el acontecimiento más extraordinario y emocionante de mi vida.

Dicho así, su existencia corría el riesgo de parecer más bien insípida; pero poco le importaba: con determinados personajes la adulación nunca está de más.

La fotografía que sacó mi fotógrafo de confianza es, como mínimo, inquietante, y creo que es suficiente por sí misma para demostrar, de una vez por todas, que los espíritus no solo están entre nosotros, sino que también es posible immortalizarlos en película.

—Y hay que añadir que son muy fotogénicos... —murmuró para sí mismo, recordando la bella aparición con los ojos maquillados y el peinado a la última moda.

Por eso le imploro, esperando no parecer importuno, que me conceda la gracia de una nueva invitación.

No, esta vez había ido demasiado lejos; hasta le pareció que la muñeca encaramada en la pila

de papeles lo miraba fijamente con desaprobación. La condesa quería encarnar la estética de D'Annunzio y convertirse en una obra de arte viviente, pero desde luego no pretendía llegar a ser una santa a la que se le piden gracias y se le ofrecen oblaciones.

Por eso le imploro, esperando no parecer importuno, que me honre de nuevo con una invitación suya.

Eso estaba mejor. Ahora solo tenía que añadir saludos y zalamerías varias, pasarlo todo a limpio y ensobrar esa obra maestra de la obsecuencia.

—¿Molesto? —preguntó el tío Eugenio mientras la puerta ya se estaba abriendo de par en par.

—Claro que no. —Se puso en pie de un brinco respetuosamente—. Me estaba poniendo un poco al día de la correspondencia.

—¿Tienes una nueva secretaria? —le preguntó con sorna, al ver la muñeca.

—¿Qué dices, tío? Esa muñeca...

—Intentaré ser breve —dijo, y lo libró de la carga de tener que inventar una explicación. Ocupó decididamente un sitio en la butaca frente a su escritorio—. No te quedes ahí plantado: ¡siéntate!

Edmondo obedeció encantado.

—¿Has tenido la oportunidad de hablar con tu prima? —Fue directo al grano.

—Por supuesto, tío.

—¿Y cómo se tomó nuestra idea?

«Nuestra»... ¿Por qué, se preguntó el abogado, su tío evitaba cuidadosamente compartir nada con él, salvo los planes más caprichosos?

—Yo diría que se lo tomó bastante bien —declaró, pensando en las carcajadas de Eloisa cuando le reveló que su padre quería casarla con el joven Ernesto Ferro.

—¿Así que está de acuerdo con la boda?

—Aún no hemos llegado a ese punto, tío —matizó—, hasta ahora me he limitado a cantar las alabanzas del chico y a señalarle lo afortunada que será la mujer que se case con él.

—¡Solo te he pedido una cosa! —gritó Eugenio, golpeando con el puño la superficie del escritorio y haciendo que una bandada de papeles levantara el vuelo—. ¡Solo quería que convencieras a tu prima para que aceptara a Ernesto como marido! Pero no, a ti no te gustan las cosas sencillas y rápidas, ¡tienes que irte por las ramas y perder el tiempo como el inútil que eres!

—Pero, tío —intentó justificarse—, no puedes arreglar un matrimonio en un dos por tres como en el siglo pasado: ¡estamos en 1908! Las mujeres del siglo XX son independientes y decididas.

—¡Seguro! —Asestó otro manotazo sobre el escritorio—. Entonces, puestos a ser modernos, ¡que decidan por sí solas, démosles también, qué sé yo, el derecho a voto!

—Hace años que se viene hablando mucho del sufragio universal masculino, pero con franqueza, creo que el concepto mismo de universal debería incluir también a las mujeres.

—¿Y por qué no también animales y vegetales? ¡Deja ya de decir sandeces! —gritó, y lo hizo callar.

El abogado soltó un largo suspiro para reordenar sus ideas y encontrar una buena réplica, sabiendo perfectamente que no existía ninguna que pudiera hacer cambiar de opinión a su tío.

—Disculpa, sobrino —dijo tras unos instantes de silencio. A Edmondo, esas palabras le

horrorizaron más que la bronca: su tío nunca le había pedido disculpas, en toda su vida—. Sé muy bien que yo mismo te sugerí que tuvieras cuidado con Eloisa y que no le revelaras de inmediato nuestras intenciones.

¡«Nuestras»! Otra vez esa palabra pequeña y punzante.

—Para convencer a una mujer de que haga algo se requiere mucho tiempo —continuó el tío—. Si, además, es una criatura testaruda como mi hija, necesitaremos aún más; pero, por desgracia, me temo que no nos queda mucho tiempo.

—No tienes por qué preocuparte, tío —el abogado Ferro intentó apaciguarlo—, unas semanas más no cambiarán nada.

—Lo harán, y de qué manera: tu prima está viéndose con un hombre.

—¿De verdad? —Fingió asombrarse—. ¿Y de quién se trata? —preguntó para averiguar si su tío conocía a Emiliano Ruspoli, el nuevo y bien situado pretendiente de Eloisa.

—No tengo ni idea —admitió—, pero, conociendo a tu prima, será un artista caído en desgracia, un intelectual con ideas políticas censurables o incluso un periodista de cuatro chavos como tu amigo Raniero. Esos son los hombres por los que se siente atraída, aunque sospecho que tal atracción surge sobre todo del perverso placer que experimenta al disgustarme.

—Tal vez esta vez sea un hombre de sólida posición y buena familia.

—¡No importa lo buena que sea su familia, en cualquier caso, no es la nuestra!

El abogado tenía muchas ganas de soltar que el pretendiente de Eloisa era nada más y nada menos que el sobrino de un armador. De haberlo sabido, el tío Eugenio por fin habría dejado de lado sus malsanas intrigas y habría aceptado la boda más que de buena gana; sin embargo, no podía traicionar la confianza de su prima, sobre todo teniendo en cuenta que Emiliano Ruspoli aún no había pedido su mano. Y, además, a saber si en tal caso Eloisa se la habría concedido.

—Estoy seguro de que Eloisa no está viendo a ningún hombre. —Elegió mentir.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Bien, porque si así fuera me lo habría dicho.

—¿Ella te confía estas cosas?

—Oh, sí, siempre —dijo, esta vez sin tener que mentir.

—¡Entonces sabrás dónde estuvo anoche! —Su tío se había vuelto a enfurecer—. Salió por la tarde y no volvió hasta las primeras luces del amanecer. Esa taimada se deslizó hasta su habitación pensando que se saldría con la suya, pero oí sus pasos en el pasillo.

¡Sus pasos!, pensó el abogado, levantando la vista al cielo. ¿Cómo podía pensar Eloisa que no la iban a pillar, con ese trote equino que tenía?

—Quería levantarme de la cama y arrancarle la verdad de la boca, como quien arranca un diente podrido, pero mi mujer estaba durmiendo y no quería que descubriera las hazañas de nuestra hija. Le habría dado un ataque de histeria, habría gritado hasta despertar al servicio y a todo el vecindario, y el escándalo habría sido inevitable.

Aunque tenía la máxima confianza en su prima y en su capacidad para apañárselas en cualquier situación, a Edmondo no le gustaba nada que se quedara fuera por la noche. Le daría una buena charla, pero mientras tanto tenía que protegerla de la furia paterna.

—Hiciste bien en contenerte —lo felicitó—, sobre todo teniendo en cuenta que anoche Eloisa estaba conmigo.

—¡No te burles de mí, Edmondo! —Se puso en pie de un brinco y se acercó

amenazadoramente hacia él—. Desde que eras un crío has intentado encubrir las fechorías de tu prima, y el asunto me cabreaba mucho, pero siempre lo dejaba correr en nombre del afecto que os une.

¿Lo había dejado correr?, pensó para sí. Ni una sola vez desde que tenía memoria su tío había renunciado a un pretexto para sulfurarse.

—Ahora es diferente, Edmondo. —La nariz puntiaguda de su tío estaba a pocos centímetros de la suya, solo el escritorio contenía su ira—. Aquí no estamos hablando de travesuras infantiles, de caramelos comidos a escondidas o de adornos hechos añicos; aquí está en juego el honor de una mujer soltera.

—Tienes toda la razón, tío —respondió, esforzándose para sostenerle la mirada—. No debería haberle permitido dormir en mi casa, pero el hecho es que, después de haber cenado, nos perdimos en la conversación y ella acabó quedándose dormida en el sofá. Debería haberla despertado y acompañarla de vuelta a casa, pero, en vez de eso, le puse una manta encima y la dejé dormir.

—¿Estuvisteis charlando hasta tarde? —dijo el tío, incrédulo.

—Oh, sí, hasta la una de la madrugada por lo menos. Tú lo has dicho: se requiere tiempo para persuadir a una mujer, sobre todo cuando es muy testaruda.

—Entiendo. —Su tío apartó la nariz de la suya, como echándose atrás—. Hablaste con ella hasta altas horas de la noche sobre nuestro proyecto.

—De nuestro proyecto, sí —articuló Edmondo con dificultad—. Cumplí tus órdenes lo mejor que pude.

—Si al final lograste que se quedara dormida, no debiste de ser muy elocuente —dijo, y salió de la habitación, dando un portazo, por supuesto.

Capítulo 21

El barco empezó a vibrar, la cubierta se movía bajo los pies de los pasajeros como si en su vientre hubiera algo vivo y ansioso por romper la coraza metálica que lo aprisionaba; entonces la gran bestia pareció calmarse un poco y el barco se movió por fin. Desde la cubierta de tercera clase se elevó un grito de alegría mezclada con miedo. Eran las cuatro de la tarde del 2 de agosto de 1906 y el sol brillaba benevolente sobre un mar levemente ondulado.

Pia estaba en la cubierta de popa con Bardella desde hacía una hora, y ya había tomado una docena de fotografías entre los pasajeros de primera clase. Rápidamente le entregaba las placas con la película que Bardella metía en la cámara y luego las recolocaba tras la toma. Algunas damas habían querido que las retrataran solas con sus hermosos vestidos; otras, junto a toda su familia.

—Las mujeres son nuestros mejores clientes —le explicó—, se preocupan mucho más que los hombres por inmortalizar sus recuerdos. Ya verás cómo algunas se hacen una fotografía cada vez que se ponen un vestido nuevo.

Lo bueno de hacer fotografías en el barco era que no se necesitaban los fondos pintados, bastaba con acercar a los sujetos al parapeto y el mar hacía el resto.

—El mejor momento es cuando el barco está parado, pero mientras el sol esté a nuestro favor y el mar esté tan tranquilo, como hoy, no tendremos problemas.

La mayor preocupación de Pia era comportarse de forma respetuosa pero desenvuelta, sin dejar que asomara la aprensión que sentía ante aquellos hombres bigotudos de traje oscuro y sus esposas, cuyos ricos vestidos hacían que su el suyo, verde aguamarina, pareciera un trapo para limpiar el polvo. Y pensar que cuando se lo puso, en el camarote de la Valenziana, le pareció digno de una princesa. Por suerte, la rapidez con la que tenía que entregar la placa para reponerla después de su uso no le daba tiempo a caer presa de la vergüenza.

El único momento, durante ese primer día, en que sintió que se le sonrojaban las mejillas y se le cortaba la respiración fue cuando Bardella inmortalizó a *dom* José de Camargo Barros, obispo de São Paulo, de Brasil, junto con su secretario.

Desde debajo del mechón de su peinado, Pia pudo observar a los dos hombres con todo detalle, para poder describírselos después a Nerina. El obispo era un hombre anciano y robusto que vestía una especie de abrigo ligero para protegerse del viento, bajo el cual podía verse la sotana. Sobre su pelo corto canoso no llevaba el pequeño tricornio que había visto a menudo en las cabezas de los sacerdotes, sino un sombrero de ala ancha que tenía una forma parecida a los que llevaban las señoras. El secretario iba vestido de la misma manera, excepto por los botones de la chaqueta, que eran negros en lugar de color vino. Era un joven muy alto, y sus rasgos resplandecían de belleza en el marco negro de su indumentaria religiosa.

Cuando se iban a marchar, el obispo se volvió hacia ella y lo bendijo dibujando una cruz en el

aire con los dedos índice y medio tendidos.

—¡Siempre sea alabado! —respondió Pia de forma impulsiva, haciendo que Bardella se partiera de risa—. ¿Cómo debería haber respondido?

—Bastaba con la voz un poco más baja; parecías una niña pequeña en catequesis, pero no importa: ahora tienes la bendición de un obispo.

El barco llevaba ya un par de horas navegando y la cubierta se había vaciado.

—Los pasajeros de primera clase se han retirado a cambiarse para la cena —le informó Bardella—. Volveremos a trabajar más tarde, cuando estén en el salón de baile.

—¿Solo trabajaremos en primera clase? —le preguntó Pia.

—No —Bardella negó con la cabeza—, iremos un poco por aquí y un poco por allí.

—¿Incluso en tercera clase?

—Pues claro, también allí hay quien quiere un recuerdo del viaje, a lo mejor para enviárselo a sus parientes en cuanto lleguen a su destino. Los pasajeros de tercera no se sacan tantas fotografías como las damas de primera clase, pero son veinte veces más numerosos. ¡Oh, señorita Amerio! —Bardella saludó a Nita, a la que vio venir desde lejos.

Por fin, la chica había abandonado la voluminosa sombrerera en algún sitio; en ese momento, sostenía entre sus manos lo que a Pia le parecieron calabacines de un color insólitamente amarillo. Llevaba un vestido casi tan blanco como su cara; estaba pálida, y su mirada se veía como bordeada de matices lívidos.

—¿Está usted bien instalada, señorita?

—Sí, gracias, señor Bardella. —Ella sonrió, incapaz de disimular su malestar—. Solo que me parece que estoy algo mareada.

—Lo siento —se lamentó Pia.

—Veo que ha ido al restaurante a por plátanos —observó Bardella, señalando a lo que Pia tomó ya como frutas exóticas que nunca había visto, pero de las que había oído hablar—. Leí en alguna parte que son buenos contra el dolor de estómago —continuó Bardella.

—Qué guapa estás vestida así —le dijo Nita a Pia, ignorando el comentario de Bardella sobre los plátanos—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡No me digas que eres fotógrafa!

—Por ahora es mi ayudante, pero, en el futuro, ¿quién sabe? ¿Puedo permitirme ofrecerle un retrato? —dijo Bardella, señalando la cámara montada en el trípode.

—Se lo agradezco, pero estoy muy pálida —se excusó.

—Los rostros pálidos son los más fotogénicos. —Bardella intercambió una mirada con Pia, como si quisiera que asimilara esa información—. Insisto, señorita Amerio, deme los plátanos y póngase allí, contra la barandilla del parapeto.

La chica accedió por pura cortesía.

—Le enviaré una copia a su querido primo —declaró, mientras tomaba una primera fotografía, para luego volverse hacia Pia, quien le entregó una nueva placa—. Intenta colocarla tú —le propuso.

Pia obedeció, imitando el movimiento firme pero suave que le había visto efectuar docenas de veces.

—Muy bien hecho. Ahora intenta disparar.

—¿De verdad? —preguntó, incrédula.

—¿Y por qué no? —le sonrió animándola.

Pia se agachó sobre el aparato y observó por el visor la imagen de la señorita Amerio: sonreía, aunque de todas maneras parecía triste, si bien por detrás de todo aquello le pareció ver un rayo de esperanza.

Con mano temblorosa, disparó: un escalofrío le recorrió la espalda y tuvo la impresión de que habían sido sus propios ojos, y no la cámara fotográfica, la que robaba ese instante al presente para entregárselo al futuro. Pia sintió que la invadía una sensación de fuerza, paz y euforia, parecida pero más intensa que la que sentía al tener un libro entre sus manos. Así es como se sentía Bardella cuando tomaba una fotografía, y por eso se volvía tan amable detrás del objetivo fotográfico: no había lugar para una pizca de animosidad cuando se sentía tan bien.

—¿Asistiré a la velada, señorita Amerio? —le preguntó Bardella, devolviéndole los plátanos—. Nosotros estaremos allí, también asistirá mi esposa.

—Intentaré participar. —Sonrió de esa manera tan dócil y dulce que Pia había inmortalizado poco antes—. Ahora, si me disculpan, tengo que ir a prepararme para la cena, aunque dudo que pueda tragar nada.

—No puede estar en ayunas, al menos cómase los plátanos —le aconsejó Bardella.

—¿Los plátanos? —preguntó Nita, pensativa—. Sí, por supuesto, haré un esfuerzo y me los comeré.

—¡Plátanos, Pia! —le dijo Bardella en cuanto la señorita Amerio se hubo alejado—. ¡Qué bien tratan a los pasajeros de primera clase! Tú también debes ir a comer —dijo, pues en ese momento se le pasó por la cabeza—. De lo contrario encontrarás las ollas vacías.

Pia asintió, pero con la mente aún se demoraba en aquella magnífica sensación que había experimentado al tomar esa primera y única fotografía.

—Por favor, cámbiate de ropa, no quiero tener una ayudante manchada de sopa. —Se rio—. Ahora vete, nos veremos a las ocho en punto en el salón de baile.

Capítulo 22

—Su tío no está en casa —le informó la criada, abriendo la puerta solo un poquito y hablándole a través de la rendija.

—Ya sé que no está en casa —respondió el abogado Ferro—, esta mañana ya he tenido el privilegio de verlo; no he venido por él.

—Las señoras están durmiendo —declaró sin ensanchar ni un centímetro la rendija por la que lo miraba con aire de fastidio.

—Necesito hablar con mi prima, déjeme entrar, es un asunto de la máxima importancia.

—Vuelva hacia el mediodía, cuando se haya despertado. —La mujer dio por terminada la conversación y cerró la puerta.

—¡Abra! —le ordenó él, dando un par de golpes no muy civilizados.

—¡Márchese! —La rendija volvió a abrirse, pero aún más estrecha e inexpugnable—. ¿Quiere usted despertar a las señoras?

—Solo quiero despertar a una: a mi prima —dijo, deslizándose cinco liras por la rendija, que desaparecieron de inmediato.

—Abogado —la criada suavizó el tono—, si despertara a su prima, me llevaría una buena reprimenda.

—Entonces deje que la despierte yo y asumiré las consecuencias.

—No puedo permitirle entrar en la habitación de la señorita, no sería correcto —explicó con fingida contrición.

—Pero yo soy su primo.

—Por supuesto, pero verá... —La mujer titubeó—. Usted es un hombre.

—Su perspicacia me sorprende —comentó Ferro, deslizándose otro billete por la rendija—. Soy un hombre, lo admito, y mi prima aún seguirá en camión, pero la conozco desde niña, creo que incluso le cambiaba los pañales.

—¿De verdad? —preguntó, embolsándose un tercer billete.

—En realidad, ocurrió en una circunstancia que yo llamaría de emergencia, y ni siquiera me las apañé lo que se dice demasiado bien: la pinché con un imperdible, pero en mi defensa he de decir que yo solo tenía ocho años.

—¡Oh, menudo jovencito estaría hecho! —Se rio, abriendo por fin la puerta.

Había invertido unas quince liras, pero la criada por fin lo encontraba simpático.

—Vaya, vaya, pero intente no despertar a la señora Elsa, y si la señorita Eloisa se enfada...

—Juraré y perjuraré que usted intentó detenerme con todas sus fuerzas.

El abogado Ferro llamó con cautela a la puerta de su prima, luego con más decisión; al final, recordando la exigencia de no despertar a su tía, empujó suavemente la puerta. Se movía a tientas; el sol de media mañana aún no había conseguido penetrar en ese rincón del mundo,

protegido por el pesado cortinaje.

—Buenos días —canturreó, descorriendo las cortinas con cuidadosa lentitud.

La habitación apareció en sus delicadas tonalidades de color malva.

—Agostina, ¿ya es mediodía? —oyó proferir a un amasijo de mantas.

—Qué vergüenza, holgazaneando hasta mediodía —comentó acercándose a la cama.

—Edmondo —farfulló su prima, más somnolienta que sorprendida—, ¿por qué tendría que despertarme muy temprano si de todos modos no tengo trabajo?

—¿Por mera decencia? Vamos, Eloisa, sal de debajo de las mantas, necesito hablar contigo y no tengo mucho tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, deshaciendo el fardo de sábanas que la envolvía y mostrando su rostro arrugado y coronado por la melena despeinada.

—Qué radiante se te ve por la mañana —bromeó.

—Sí, pero al menos mejoro a lo largo del día.

—Mientras que yo me mantengo coherente en mi fealdad.

—Y bien, ¿ha pasado algo?

—Pues claro que ha pasado algo —respondió, comenzando a impacientarse—. No entro en tu habitación desde hace un par de décadas, y si lo he hecho es por una buena razón: tu padre descubrió tu regreso al amanecer.

Todo rastro de somnolencia desapareció de su rostro.

—¡Oh, cielo santo!

—No molestes al cielo, le dije que pasaste la noche en mi casa.

—¿Y por qué iba yo a pasar la noche en tu casa?

—Eso es lo que también me preguntó tu padre, y yo le contesté que te invité a cenar para defender la causa de Ernesto, nos quedamos hasta tarde charlando, y te quedaste dormida en el sofá.

—Una excusa muy creíble —se felicitó aliviada—. Cuando empiezas a hablar, sabes cómo volverte soporífero.

—Buena forma de agradecerme que te haya librado de una buena —murmuró él mientras se dirigía a la puerta—. Me vuelvo al bufete; si tu padre te pregunta, recuerda que anoche estuviste conmigo.

—Edmondo, espera —lo detuvo—. ¿No me preguntas dónde estuve?

—Oh, no, ni se me ocurriría.

—Me gustaría contártelo.

—Me lo imagino.

—¿Qué te parece?

—No importa lo que yo piense, eres una mujer adulta; además, el hecho de no conocer en persona a la causa de tu regreso matutino implica que cualquier juicio por mi parte estaría fuera de lugar.

—Te aseguro que Emiliano es un hombre decente.

—Eso espero, pero, como mujer, sabes mejor que yo que a los bribones se les da muy bien hacerse pasar por caballeros; de lo contrario, ¿cómo iban a cometer sus bribonadas?

—No es un bribón —afirmó con seguridad.

—Mejor así. Ahora tengo que irme.

—¿No tienes nada más que añadir?

—Nada que no te haga enfadar.

—Vamos, habla.

—Bueno, ya no quiero volver a mentir por ti, no por cosas de esta clase, al menos.

—No seas mojigato, no he hecho nada malo.

—Si piensas eso, ¿por qué esta mañana al amanecer entraste con sigilo en tu habitación, como una ladrona?

—Ya sabes cómo es mi padre.

—Sí, y también sé cómo es el resto del mundo: una mujer soltera que pasa las noches fuera de casa no está bien vista.

—Un hombre, en cambio, puede hacerlo, ¿te parece justo?

—En absoluto, pero si quieres luchar contra una injusticia, hazlo abiertamente, no a escondidas. Si un día eres lo suficientemente valiente y autodestructiva como para decirle a tu padre lo que haces al ponerse el sol, te juro que te apoyaré, pero no volveré a mentir por ti.

El abogado agarró con decisión la manija de la puerta.

—Me has decepcionado, primo. Pensé que tu sentido de la justicia era más fuerte que el miedo.

—Tengo miedo, lo reconozco —se dirigió a ella con una dureza que los sorprendió a ambos—, pero no de tu padre, sino de lo que podría pasarte. La sociedad tiene reglas crueles y para las mujeres romperlas tiene consecuencias más graves que para los hombres. La reputación de una mujer puede quedar hecha añicos por muy poco, y nunca me perdonaría haber sido cómplice de tu destrucción.

—Estás siendo melodramático —resopló, dejándose caer de nuevo sobre las almohadas—. Tal vez deberías leer menos novelas.

—O quizá tú deberías leer más.

—Estoy seguro de que esta es lo que necesita usted: es una n.º 1 Folding Pocket Kodak modelo C, todo el mundo puede hacer hermosas fotografías con esta pequeña joya: ofrece la máxima ligereza, ya que está fabricada en aluminio y utiliza la película film 105.

—¿Qué significa película film? —preguntó el abogado Ferro, desorientado.

—Que no tendrá que cambiar la placa con cada disparo.

—¿Cómo es posible? —preguntó al dependiente de la óptica.

—Imagínese una película larga y estrecha, similar a las que se utilizan en el cinematógrafo.

—Pero yo tengo que hacer fotografías, no dedicarme al arte cinematográfico.

—El cine no tiene nada que ver con esto —sonrió el otro con una cierta condescendencia—, la película se enrolla en un soporte giratorio, el rollo, y después de cada toma solo tiene que girarlo aquí, ¿lo ve?, para tener una nueva porción de película lista para la siguiente toma.

—Entonces, ¿puede hacer varias fotos?

—Sí, ese es exactamente el propósito de la película film —replicó el vendedor, esta vez con manifiesta e inequívoca condescendencia—. ¡Las *pocket* son las cámaras fotográficas del futuro!

El abogado levantó con mucho cuidado la caja de cuero negro, en la que, al abrir una puertecita frontal, asomaba el aparato.

—¿Estará bien para un principiante como yo?

—Hay que cogerle el tranquillo, pero, sí, hasta un niño puede utilizarla.

—¿Y para revelar? No conozco el proceso de revelado de la película.

—¡Y no tendrá que aprenderlo! Cuando haya terminado la película, solo tendrá que traernos la cámara aquí y ya nos ocuparemos nosotros de todo.

—Pero ¿por qué, si existen aparatos tan cómodos, los profesionales siguen utilizando los modelos de placas?

—Primero, con la cámara de placas el fotógrafo no debe terminar el rollo antes de poder revelar las tomas; en segundo lugar, la calidad de las fotografías tomadas con cámaras *pocket* sigue siendo inferior, pero a estas alturas ya es muy poco, se lo aseguro.

—Está bien —respiró hondo—, me la quedo.

—No se arrepentirá. —Ahora la sonrisa del dependiente ya no mostraba ningún rastro de condescendencia, sino solo la satisfecha saciedad de quien se ha dado un atracón de pasteles, o ha hecho un buen negocio.

El abogado salió de la óptica eufórico y turbado al mismo tiempo: había gastado una cifra exorbitante en aquella cámara tan futurista que ni siquiera estaba seguro de saber manejar, y se tendría que gastar mucho más para asistir a una segunda sesión de espiritismo; no podía introducir en el cofre de los donativos una cantidad inferior a la de la vez anterior, no si quería conservar la benevolencia de la condesa. Edmondo Ferro era un hombre más que acomodado, pero solo sobre el papel. Cada año su tío le pagaba una pequeña parte de los dividendos del bufete y reinvertía el resto. No es que su retribución anual fuera insuficiente; al contrario, siempre le sobraba, y era porque, aparte de los libros, difícilmente podía llamarse a sí mismo un derrochador. Sin embargo, los gastos alocados del último periodo lo estaban dejando seco. Tenía que concluir ese asunto cuanto antes, de lo contrario, ¡ya ni siquiera tendría dinero suficiente en el bolsillo para sus asaltos a librerías! En el bolsillo interior, el cuaderno de las miradas tembló consternado.

—No temáis, queridos libros —murmuró, acariciando el cuaderno a través de la tela de su chaqueta—. Esta historia no prolongará vuestra espera; incluso si un día cayera yo en desgracia, siempre podría leerlos en la biblioteca.

El abogado sintió un nuevo temblor bajo la chaqueta.

—Últimamente os he descuidado —admitió en voz muy baja—, pero lo hago por mi amigo Raniero, y también por vosotros: si puedo probar que las sesiones espiritistas de la señorita Garelli son un fraude, adquiriré mucho prestigio, el tío Eugenio ya no se atreverá a mangonearme y seré libre para dedicaros más tiempo.

Capítulo 23

Cuando Pia llegó al comedor de tercera clase, sus compañeras ya habían cenado y las largas mesas se habían recogido. Nerina, sin embargo, estaba esperándola con una sopa, tibia aún, que había reservado para ella.

—Habrás visto cosas interesantes, ¿verdad? Vamos, quiero saberlo todo.

—Oh, sí, he visto caballeros de aspecto importante con esposas elegantísimas; había incluso un obispo brasileño acompañado de su secretario, el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—No deberías hablar de un obispo de ese modo —bromeó.

—Hablabas de su secretario, aunque, en efecto, era sacerdote él también, así que no debería haber dicho eso de todos modos.

—¿Has visto a la señorita Amerio?

—Sí, pobrecita, estaba mareada.

—Como nuestras condesitas, que se han quedado todo el tiempo refugiadas en sus literas.

—Te has quedado sola, lo siento.

—¿Sola? —Se rio—. ¡Si somos cientos en tercera clase! Yo también he conocido a mucha gente; quizá no eran señoras y obispos, pero te aseguro que en la cubierta de proa hay personajes muy curiosos. Imagínate —dijo mientras se acercaba y bajaba la voz—, he conocido a una chica que hace... «ese» trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El que no se puede nombrar sin decir una palabrota.

—¿Y hablaste con esa mujer? —le preguntó Pia, como reprochándoselo.

—¿Y por qué no? Es simpática y amable, y no veo qué hay de malo en su trabajo. Una chica sola, ¿a qué otra cosa puede dedicarse para ganarse la vida?

—Pues a ser criada —replicó Pia con sequedad—, es un trabajo agotador, pero honesto.

—El suyo también es bastante cansado, o eso creo, pues no tengo ninguna experiencia en ese campo —admitió Nerina—, pero sé que trabajar de criada es una desgracia: mira a Lena y a Secondina, qué buen montón de huesos se han ganado estando de servicio. Mi amiga Grazia, en cambio, es bastante rolliza y sus mejillas florecen como amapolas, y además, aparte de comer bien, puede ahorrar algo de dinero. Es la tercera vez que va a Argentina de gira (así lo llama ella), y las otras veces, a mitad del trayecto, ya se había pagado el billete.

—Pero ella... —Pia dudó, avergonzada—. ¿También trabaja aquí en el barco?

—Sí, pero a escondidas. Un camarero de segunda clase le ha proporcionado un rincón apartado, cerca de las despensas, y cuando ella se gana la vida, él monta guardia, evidentemente a cambio de un porcentaje de la recaudación. Esta, sin embargo, será la última gira de Grazia, porque, si en Buenos Aires le va tan bien como las veces anteriores, tendrá el dinero suficiente para abrir una tienda de comestibles en su pueblo. Tiene un contrato con una casa elegante, me

ha explicado, y, aunque no haya entendido muy bien lo que quería decir, parecía convencida de sus planes. Venga, acábate la sopa, en vez de mirarme con la cuchara en el aire, de lo contrario llegarás tarde.

Pia se tragó a cucharadas la sopa, que a esas alturas ya estaba fría, y se marchó a paso ligero.

—Esta noche mira bien a tu alrededor —le gritó Nerina por detrás de ella—, tienes que contármelo todo, ¡y con todo lujo de detalles!

El salón de baile estaba iluminado por brillantes arañas de cristal, listas para bañar de resplandores dorados a los invitados que pronto llegarían. Todo el barco estaba iluminado por lámparas eléctricas, pero su luz tenue y vacilante no podía compararse con la deslumbrante luminiscencia de aquellos candelabros de los que Pia era incapaz de apartar su mirada.

—¿Te has quedado encantada? —la increpó Bardella—. Vamos, sígueme. —Parecía de mal humor.

Atravesaron el salón, aún vacío, al final del cual había una tarima baja sobre la que habían colocado un piano; a lo largo de las paredes estaban dispuestas numerosas mesitas.

Se detuvieron en un rincón algo apartado donde había preparado un espacio para las fotografías, con bonitos sillones tapizados y columnas ornamentales rematadas por arreglos de flores artificiales. Uno habría dicho que era la sala de estar de cualquier hogar de clase media alta, de no haber sido por el ojo de buey, que revelaría a los futuros observadores de las fotografías que habían sido tomadas en un barco de vapor. Bardella montó el equipo sin que su humor mostrara ningún cambio. Pia decidió permanecer en silencio, a unos pasos de distancia, a la espera de tiempos mejores. Al cabo de unos minutos llegaron unos hombres vestidos con chaquetas negras idénticas encima de las mismas camisas blancas; lo más extraordinario de esos cuatro elegantes tipos eran las maletas, de formas extrañas. Pia los saludó esbozando una torpe reverencia.

—No te esfuerces —la regañó Bardella—, solo son los músicos.

—¿Hay músicos?

Bardella puso los ojos en blanco sin contestarle.

Los músicos, mientras tanto, habían subido a la tarima; uno de ellos había ocupado su lugar ante el piano, otro había sacado un violín de su estuche; Pia lo reconoció porque en su pueblo, los días de mercado, un vagabundo a veces se presentaba en la plaza para hacer chirriar uno a cambio de unas monedas. El tercero sacó de su maleta un tubo largo y oscuro que Pia, en cambio, no tenía ni idea de lo que era, mientras que el cuarto la sorprendió con un violín mucho, pero mucho más grande que el otro. El piano soltó algunas notas, el violín emitió chillidos agudos e inarticulados, y del tubo negro salieron graznidos de pato; sin embargo, el sonido más desagradable de todos fue el zumbido de insecto producido por el violín grande que su intérprete se veía obligado a tocar sentado, de tan engorroso como era. Esos sonidos se unieron en una sola nota aguda, para luego empezar una agradable melodía en la que cada uno de los instrumentos daba lo mejor de sí: el tubo negro había dejado de graznar, el chirrido del violín ya no erizaba la piel, e incluso el zumbido del gran violín había adquirido una extraña afabilidad. La pequeña orquesta tocaba un famoso vals, tan famoso que hasta Pia lo reconoció por haberlo oído interpretar con el acordeón en la fiesta de la vendimia. Reclamados por la música, los pasajeros

de primera clase se congregaron de forma simultánea en el salón, como elegantes bestias liberadas de un corral. Entre los hombres de negro destacaban los uniformes blancos de los oficiales; las mujeres, en cambio, vestían de colores variados y en sus escotes brillaban joyas más resplandecientes que las lámparas de cristal.

—Ten preparadas las placas —le ordenó Bardella.

Las damas y los caballeros se dispersaron por la sala; algunos se quedaron de pie, en pequeños grupos; otros ocuparon un sitio en las mesitas. Los camareros, que aparecieron de quién sabe dónde, revoloteaban aquí y allá ofreciendo copas de vino blanco, llevadas sobre bandejas de plata. Los músicos siguieron interpretando valeses, pero nadie aprovechó la oportunidad para bailar. ¡Y pensar que en la fiesta de la vendimia, ya desde las primeras notas del acordeón, todo el mundo había empezado a girar como almas en pena!

Tres elegantes jóvenes hicieron su tardía entrada en el salón; del brazo del más alto iba prendida la Valenziana, que conversaba y reía dichosa. El vestido que llevaba era rojo, muy escotado y con una falda que abrazaba su figura hasta las rodillas, para luego abrirse en voluminosos volantes. Ese vestido, pensó Pia, era demasiado descarado incluso para alguien como ella.

Al verla asediada por los tres petimetres, Bardella emitió un gruñido de fastidio.

—Deja de mirarla —le ordenó a Pia—, no creas que le gusta vestirse así y hacer lo que hace, pero es su trabajo.

Pia asintió confundida.

—Me gustaría hacer que lo dejara, pero el billete del barco de vapor es caro —se justificó.

Ella volvió a asentir, mientras un enjambre de pensamientos se agolpaba en su mente: así que la Valenziana ejercía esa profesión que no se puede pronunciar sin decir una palabrota, lo mismo que Grazia, la nueva amiga de Nerina... La diferencia era que Grazia lo ejercía en secreto, en un rincón apartado cerca de las despensas, mientras la Valenziana se vendía a plena luz, envuelta en rojo como un caramelo y a la vista de todo el mundo, incluido su marido. Por un instante, Pia sintió lástima por Bardella, pero pronto se percató de que había poco de que compadecerlo: él justificaba el comportamiento de su mujer, mejor dicho, lo alentaba, para compensar el coste del billete.

—¡Película!

Pia volvió en sí: Bardella estaba detrás de la cámara fotográfica mientras que delante del objetivo se había situado una rubia con un magnífico vestido turquesa. Pia le entregó inmediatamente la placa. La chica no era una bellezón, tenía la barbilla hundida y la nariz aguileña; su cuerpo, a pesar de todo, ceñido por el corsé en forma de S, tenía la sinuosidad del cuello de un cisne, semejanza reforzada por el peinado de vaporosas plumas blancas. Una señora bastante rolliza ocupó luego el lugar del cisne vestido de turquesa; debía de ser su madre, o tal vez una tía, y ella también lucía un vestido con un corpiño ajustado y una diadema de plumas que, sin embargo, en lugar de un cisne hacía que pareciera un pavo barrigón. Pia observó que los vestidos de baile eran encantadores cuando los llevaba la juventud, pero grotescos si los vestían las mujeres maduras. Los vestidos de fiesta que usaban las campesinas nunca se habrían permitido ridiculizar a las mujeres que los llevaban: las amplias faldas de seda oscura y las blusas adornadas con encajes, de hecho, les quedaban tan bien a las muchachas como a sus madres.

Las damas siguieron desfilando una a una delante del objetivo, mientras la música continuaba a ritmo de vals. Algunas, después de haber sido retratadas solas, les concedían a sus maridos el honor de acompañarlas; otras, en cambio, preferían ser immortalizadas junto a los oficiales, esplendorosos en sus uniformes blancos. Un par de damas tuvieron incluso el alto privilegio de que las retrataran del brazo del capitán, un hombre de edad bastante avanzada, con aspecto digno pero agotado.

—¡Cómo ha envejecido el capitán Piccone! —comentó Bardella—. Se dice que ha salido de una larga enfermedad de la que aún no se ha recuperado del todo.

Mientras pasaba y recogía las placas, Pia lanzaba miradas furtivas a la mesa donde la Valenziana retozaba con los petimetres, ya achispados y cada vez más impertinentes. Entre la fotografía de dos hermanas y el retrato de un hombre barbudo, Pia se percató con horror de que la señorita Amerio estaba sentada en aquella mesa; para ella, ni plumas ni joyas, solo un sencillo y escotado vestido malva, que la hacía parecer una pálida margarita en un parterre de exuberantes dalias. Lo que reconfortó a Pia, de todos modos, fue descubrirla de nuevo sana: su piel ya no parecía estirada y amarillenta, y los ojos habían recuperado su brillo habitual, aunque seguían marcados por el reciente malestar.

El vals se interrumpió; Pia supuso que la orquesta estaba cansada de tocar sin que nadie bailara o al menos aplaudiera de vez en cuando. La música, sin embargo, se reanudó de inmediato, mucho más rítmica, rápida y extraña. Ante aquellas notas exóticas, los invitados se volvieron hacia el centro del salón, donde ahora estaba la Valenziana con su vestido rojo y un abanico del mismo color. La mujer empezó a seguir la música con rápidos movimientos de sus brazos desnudos, y luego se convirtió ella misma en un instrumento musical gracias al taconeo de sus zapatos en el suelo. Los volantes de la parte inferior del vestido parecían ir siempre un poco por detrás de las sacudidas rítmicas y nerviosas de la mujer, que, cuando se daba la vuelta, daba un rápido golpecito con el tacón a la cola de su vestido, para que la siguiera. Las manos giraban rápidamente, los brazos parecían tallos barridos por el viento, y los dedos, pétalos listos para salir volando en la brisa; lo más extraordinario, de todas maneras, era cuando cruzaba la mirada con la de cada uno de los espectadores, agarrándola, para luego abandonarla y volver a atraparla.

Los invitados empezaron a seguir la música dando palmas; Pia, embelesada también por lo que estaba viendo, se encontró chocando las palmas de las manos sin darse cuenta. El ritmo y los movimientos de la bailarina la inundaban con un gozoso vértigo, pero también con punzante vergüenza: había supuesto que la Valenziana practicaba el deshonesto oficio de vender su cuerpo por dinero, cuando su trabajo era bailar.

—Esto es flamenco —le reveló Bardella.

—Flamenco —repitió ella lentamente, para imprimir esa palabra mágica y misteriosa en su memoria.

—No la juzgues; de donde ella viene, bailar no se considera algo malo.

—¿Algo malo? —preguntó sin apartar los ojos del baile—. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Nerina quería que Pia le contara todo con abundancia de detalles, pero ¿con qué palabras podría evocar el milagro del que sus ojos eran testigos?

—Tengo celos —le confió Bardella, mientras seguía los movimientos de su mujer—. Detesto

a los hombres que zumban a su alrededor cuando lleva el vestido rojo, pero entonces la veo bailar y pienso que vale la pena roerse un poco las entrañas a cambio de tanta belleza.

Capítulo 24

No le gustaban nada las aventuras, por lo menos las que había que vivir en primera persona. Este era uno de los principales motivos por los que al abogado Ferro le encantaban las novelas: la posibilidad de tomar parte en rocambolescas aventuras sentado cómodamente en un sillón. ¡Cuántos naufragios había presenciado sin mojarse siquiera el dobladillo de los pantalones! Eso por no hablar de las heroicas batallas de las que había salido ileso o de las innumerables investigaciones realizadas junto a Sherlock Holmes.

El carruaje de alquiler estaba subiendo la colina, sacudiéndose y balanceándose con cada curva. Con una mano, el abogado aferró firmemente el estuche de su nueva cámara fotográfica, temiendo que una sacudida pudiera hacerla caer, y con la otra mano descorrió la cortina lisa de la ventanilla, más allá de la cual despuntaban las siluetas fantasmales de los árboles aferrados a la ladera de la colina, ya inmersa en la oscuridad.

Habiendo pasado más tiempo entre las páginas de los libros que entre la gente, Edmondo Ferro se había preguntado alguna vez si una historia de amor real, libre de obstáculos insalvables, subterfugios y gestos extremos —en resumen, una historia sencilla y con pocos golpes de efecto— podría ser mejor que las narradas por los novelistas. Había llegado a la conclusión de que probablemente lo era; el amor genuino de una modista de carne y hueso debía de ser mucho más satisfactorio que el de una reina de tinta y papel. Pero en cuanto a las aventuras, no tenía ninguna duda: las de papel eran bastante mejores que aquellas en las que tocaba exponerse en primera persona.

¡Qué bueno era husmear en los barrios bajos londinenses, sin embarrarse los zapatos o, peor aún, sin arriesgarse a recibir un disparo o una puñalada! Esos peligros se los dejaba de buena gana al incomparable Sherlock, que sabía mejor que nadie cómo afrontarlos. En cuanto a él, ferozmente medroso, prefería saborear las investigaciones del prodigioso investigador mirando por encima de su hombro, mejor dicho, desde detrás del doctor Watson. Sí, si le hubieran obligado a ello, sin duda habría preferido interpretar el papel de Watson: prudente, racional y a veces un poco crítico. Lástima que su Sherlock Holmes personal había decidido retirarse de la investigación, para quedarse en su habitación amueblada, aturdido por remordimientos y el vino barato, dejándole a él la responsabilidad de la primera línea.

Su amigo Raniero, en efecto, después de involucrarlo a su pesar en ese fenomenal embrollo espiritista, se había rendido a lo que él llamaba la evidencia de los hechos, y de nada había servido explicarle el plan que había urdido. Nada especialmente sofisticado, una simple artimaña que estaba convencido de que Arthur Conan Doyle habría suscrito y aprobado.

El carruaje trazó la curva inclinándose y gimiendo; para entonces, ya había llegado a su destino, y dado que Raniero y sus caprichosas ideas se habían quedado en casa, le ordenó al cochero que entrara en el patio de la villa y detuviera el vehículo a la cola de los hermosos

carruajes y los relucientes coches de los otros invitados de la condesa.

—Lo que un hombre puede inventar, otro lo puede descubrir —murmuró al bajar del carruaje, mientras citaba a Sherlock Holmes en «Los bailarines».

—¿Podría repetirlo, señor? —preguntó el cochero, que esa noche era un joven con una melena de un rojo inusualmente encendido que le recordaba otro relato de Doyle, titulado *La liga de los pelirrojos*.

—Le estaba pidiendo que me esperara aquí, jovenzuelo —musitó mientras le tendía una propina—. Le pagaré por las molestias.

—¿Qué molestias, señor? —Sonrió—. Este patio está bastante bien iluminado, y aprovecharé la espera para leer —declaró, sacando un pequeño volumen del bolsillo de su levita de trabajo: *Ruy Blas*, un drama del señor Victor Hugo. A Edmondo le dio a tiempo de echar un vistazo a la portada; aquella era una lectura muy apropiada para un chico tan guapo, evidentemente de buen ingenio, ya que estaba leyendo un drama en vez del programa de las carreras.

—Me alegro por usted, jovenzuelo —le dijo con un ápice de envidia—. Disfrute de su drama.

Cuánto hubiera preferido disfrutar él también de un drama, en vez de tener que aventurarse en una especie de farsa granguñolesca.

Con el estuche de su cámara Kodak bajo el brazo, el abogado llegó a la escalinata, mostró la invitación a los pintorescos guardias que esa noche lucían tocados adornados con plumas de pavo real y se encaminó escaleras arriba.

—Qué payasadas más innobles.

Negó con la cabeza mientras cruzaba el umbral, más allá del cual lo esperaba una joven doncella adornada con plumas de avestruz, la misma que la vez anterior iba vestida de *geisha*. La chica lo hizo sentarse en la sala de la planta baja donde el gran cuadro de Boldini brillaba a la luz trémula de las velas y los pavos reales domésticos deambulaban por las alfombras persas, afortunadamente inconscientes del tocado que llevaban los lacayos de guardia, elaborados con plumas de sus parientes.

—Abogado Ferro, ¡sea de nuevo bienvenido!

La condesa se reunió con él al cabo de una media hora eterna, durante la cual poco faltó para que, debido al aburrimiento, empezara a conversar con los pavos reales.

—Gracias por haberme concedido una segunda invitación —dijo, inclinándose hacia delante para besarle la mano enguantada.

Los pájaros debían de ser el tema de la velada, dedujo al observar la llamativa diadema de plumas negras de la condesa y los loros que sus criados llevaban al hombro, como piratas de una novela decimonónica. «Quizá, para encajar con el tema, debería haberme puesto el sombrero de *bersagliere* de mi padre, con el penacho», pensó sonriendo.

Uno de los dos ayudas de cámara le entregó el cofre de los donativos, en el que el abogado metió setecientas liras con solemne lentitud, para que la condesa pudiera percatarse de su creciente generosidad.

—Sígueme, querido, esta noche la señorita Garelli ha decidido que la sesión se celebre en la biblioteca.

¡Ah, qué absurda era su suerte, hacerle pasar la velada en una biblioteca, sin darle la oportunidad de leer ni un solo libro!

—¿Esta noche no viene con usted su amigo fotógrafo? —le preguntó, cogiéndolo del brazo,

honor que evidentemente que se le concedía en virtud de las doscientas liras extra.

—No, condesa, y en este sentido tendría que pedirle un favor muy grande.

—Nada podría negarle a un defensor tan ardiente de la fotografía espiritista. —Se rio coquetamente, mirándolo con las pupilas languidecientes por las gotas de belladona.

—Esta noche preferiría no sentarme alrededor de la mesa, sino sacar yo mismo una fotografía —respondió, mostrándole el estuche de su cámara fotográfica.

—Oh, la señorita Garelli lo sentirá mucho, tenía muchas ganas de que volviera a sentarse a su lado; le gustó mucho la muñeca que le hizo llegar.

—Puedo entender el disgusto de la joven, pero, como estudioso de los fenómenos sobrenaturales, sería muy importante para mí poder tomar yo mismo una fotografía espiritista.

—¡Que así sea! —concedió magnánima—. Yo misma le explicaré a la señorita sus motivos.

Tras recorrer un corto pasillo, llegaron frente a una puerta de doble hoja, que los criados se apresuraron a abrir de par en par. Ferro casi se desmayó ante el impresionante espectáculo que se desplegó delante de él: una librería de cálido roble seguía todo el perímetro de un gran salón circular. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo a pegar la nariz contra los cristales protectores de los numerosísimos volúmenes.

—Qué lugar tan encantador —se limitó a murmurar.

—Es la sala más bonita de la villa —comentó la condesa—, fue mi marido quien quiso instalar en ella una biblioteca —dijo con un mal disimulado matiz de reproche—, a pesar de que el arquitecto la había concebido originalmente como un salón de baile.

¡Dios bendiga a su marido!, le habría gustado gritar a los cuatro vientos; sin embargo, se limitó a sonreír y asentir con la cabeza como un muñeco de muelle.

Una vez recuperado del éxtasis, el abogado pudo por fin distinguir el sistema montado para la sesión espiritista: la mesa redonda en el centro de la sala, donde ya estaban sentados cuatro caballeros con frac, dos de los cuales estaban presentes en la sesión anterior y, en posición algo atrasada, el gabinete de los espíritus. Al ser una sala circular, sin esquinas en las que izar el telón, lo habían colocado en algún tipo de andamio que tenía la forma de un pequeño circo.

—Buenas noches, caballeros. —Ferro saludó a los ocupantes de la mesa, recibiendo a cambio leves inclinaciones de cabeza y sonrisas muy comedidas.

Por indicación de la condesa, llegó junto al fotógrafo jefe, quien con la ayuda de sus ayudantes ya había situado las cámaras y la gran lámpara de filamento de magnesio.

—¡Qué placer volver a verlo! —lo saludó el fotógrafo, dedicándole una leve reverencia, al tiempo que agitaba su pintoresca cabellera blanca.

—Buenas noches, señor Marchetti.

—Oh, se acuerda usted de mi nombre. —Se iluminó con genuina gratitud.

A partir de esa reacción, el abogado dedujo que el fotógrafo probablemente iba de buena fe y no formaba parte de la estafa: al contrario, participaba en esas sesiones por el placer de frecuentar la alta sociedad.

Sherlock Holmes habría objetado que la expresión halagada del hombre no constituía, en modo alguno, una prueba, pero esa noche, a su pesar, el investigador era él, y solo a él le correspondían las deducciones.

Otros dos invitados, un hombre y una mujer vestidos con excéntrica elegancia, se sentaron alrededor de la mesa redonda, y la condesa al fin mandó llamar a la médium.

—¡Apagad la luz! —ordenó la chica, en cuanto los ocupantes de la mesa hubieron apoyado las manos sobre el mantel oscuro, formando la cadena.

La magnífica biblioteca desapareció en la oscuridad y el abogado, seguro de que nadie lo veía, sacó de su bolsillo su arma secreta: un par de gafas con los cristales ahumados.

—Gracias a estas lentes oscuras, mi querido Watson —representó para sí mismo el papel de Sherlock Holmes—, cuando la lámpara de magnesio ilumine de repente la habitación, yo no me deslumbraré, podré ver con claridad lo que pasará.

—Excelente idea, pero lo que pase cuando la lámpara se encienda —comentó Watson—, solo será lo que esos bribones querrán que veas; la misma imagen que será visible en las fotografías.

—Muy agudo, Watson, pero te olvidas de un detalle: el destello de magnesio tarda unos instantes en extinguirse por completo, y será en esa breve coyuntura y al tenue resplandor residual cuando yo podré ver algo invisible a los ojos deslumbrados de los que no llevan gafas oscuras.

El abogado siguió sumido en su ensoñación literaria, imaginándose las réplicas de Watson y las contrarréplicas de Sherlock, interpretado por él mismo, mientras la médium recurría ya a su repertorio de voces artificiosas, golpes que resonaban en la oscuridad y tintineo de cubiertos. Si la primera vez, sentado a la mesa junto a la médium, se había dejado sugestionar un poco, ahora no tenía dudas sobre la naturaleza exquisitamente patrañesca de lo que estaba ocurriendo.

—La idea de aprovechar el resplandor residual del magnesio es excelente, mi querido Sherlock —concedió el Watson que habitaba en sus fantasías—. Pero si esa tenue luz tal vez sea suficiente para que tus ojos vislumbren algo sospechoso, no lo será para que tu cámara fotográfica lo immortalice.

—Tienes razón, Watson, pero...

Sus fantasías se quedaron en silencio, de hecho, no había pensado en ese detalle, que no era nada desdeñable: su plan podría servirle para que pudiera comprender el truco que se ocultaba tras las apariciones de los espíritus, pero no para obtener la prueba tangible de una fotografía. ¿Por qué motivo, entonces, estaba allí, y por qué había adquirido esa cámara fotográfica tan cara?

—¡Realmente no tengo ni idea, Sherlock! —se mofó de él su Watson imaginario.

Vale, muy bien, se había equivocado, pero de todos modos aún podía llegar al fondo del misterio y más tarde intentar obtener las pruebas.

—¡Esto no justifica la compra de esa cámara fotográfica tan cara! —Watson se rio ruidosamente en su cabeza.

Mientras tanto, la voz de la médium se había vuelto más aguda y excitada; lo que describían como un «fenómeno mediúmnico» estaba a punto de alcanzar su clímax. Al igual que los demás fotógrafos, Ferro se preparó para disparar: «No hay razón para que no lo intentes», se dijo a sí mismo.

—¡Fuego! —gritó la médium tras un largo soliloquio atiborrado de gritos y voces artificiales.

Cuando el *flash* destelló, el abogado sintió que una mirada le picaba la sien como un mosquito; instintivamente, su dedo disparó mientras el objetivo enfocaba hacia la zona de la librería desde la que había partido aquella mirada. Para corregir la toma, giró rápidamente la rueda de rebobinado de la película y tomó una segunda foto en la dirección correcta, mientras el destello de magnesio empezaba desvanecerse.

—¡Mira tú por dónde! —se le escapó en un tono casi imperceptible, mientras la oscuridad volvía a reinar soberana—. Esto sí que no me lo esperaba.

Capítulo 25

El flamenco había incendiado el salón de rojo, morado y magenta; los contornos de las cosas y de las personas se habían vuelto claros, angulosos. Luego, no obstante, la Valenziana había cerrado el baile con un movimiento decidido que no admitía réplicas, y la pequeña orquesta había retomado sus suaves vales. El ardiente magenta se convirtió en oro pálido, los contornos se dulcificaron y todo se volvió calmo y decoroso. La Valenziana abandonó el salón rápida y orgullosa, como una reina que no permite que sus súbditos la vean agotada. Uno de los jovenzuelos de la mesa, el más alto, se apresuró a seguirla.

—¡Oh, maldita sea! —maldijo Bardella en voz baja—. Si alguien te pide una fotografía, encárgate tú —le ordenó dispuesto él también a abandonar el salón.

—Pero yo no soy capaz de hacerlo —protestó Pia inútilmente.

—La cámara está sobre el trípode con la placa ya insertada, solo tienes que mirar por el visor para asegurarte de que el sujeto esté entero en el encuadre; si no es así, mueve suavemente el fuelle, como me has visto hacer a mí.

Pia se quedó de pie junto al caballete, atemorizada y, al mismo tiempo, ansiosa de que se le acercara un cliente. Sin embargo, tras la actuación de la Valenziana, los pasajeros habían descubierto un irrefrenable deseo de bailar, aunque tuvieron que conformarse con los vales desvaídos que la orquesta les propinaba.

Un matrimonio joven abandonó la pista de baile y se dirigió hacia Pia. Ambos tenían los ojos y las mejillas encendidas por el baile; lástima que la película fotográfica no pudiera hacer justicia al florecimiento de aquel amor fresco.

—¿Nos haría una foto, señorita? —le preguntó el hombre.

—Por supuesto, siéntense.

Sin necesidad de ninguna indicación, la esposa joven tomó asiento en una butaquita y su marido se puso de pie a su lado. Eran la viva imagen de la alegría, pensó Pia, pero cuando los observó en el visor de la cámara cambió de idea: él tenía una expresión orgullosa pero no del todo satisfecha de quien ha cumplido con un deber ineludible; ella, el semblante perdido de quien teme haber tomado una decisión equivocada. Pia superó su asombro ante el extraño descubrimiento y disparó. Los filamentos de magnesio del *flash* destellaron deslumbrantes y, cuando esa forzada luminiscencia se desvaneció y ella levantó su mirada del encuadre, encontró en los rostros de los recién casados la expresión de pura alegría que la cámara había puesto en duda. Entonces, ¿quién decía la verdad? ¿Su mirada o la de la cámara fotográfica?

Pia sacó la placa e introdujo otra nueva. Una chica de unos dieciséis años se le acercó para que la fotografiara, su rostro era agraciado, si bien excesivamente regordete. Parecía más bien rolliza, a pesar de las galas de encaje cosidas por una hábil costurera a su corpiño con la precisa intención de disimular la anchura de su torso. A pesar de que su aspecto no fuera envidiable, la

chica parecía segura de sí misma, y delante del objetivo hizo alarde de una actitud lindante con la insensatez. Pia escrutó su imagen en el visor y en su rostro rubicundo leyó con claridad el miedo a no aparecer tan hermosa como se sentía en ese momento.

—¿Podrías levantar un poco la barbilla y abrir bien los ojos? —le pidió—. Tienes unos ojos muy bonitos.

La muchacha obedeció y el cumplido llevó a su rostro un atisbo de sonrisa que Pia captó de inmediato con un disparo. Salía muy hermosa en la toma; muy hermosa por un único y fugaz instante que ella había capturado.

Pia se quedó sola, de nuevo observando a los pasajeros de primera clase, que mientras tanto habían dejado de bailar y pasaban el rato en las mesas. El larguirucho que había seguido a la Valenziana regresó solo; sus compañeros, que para entonces ya estaban borrachos, lo saludaron entre gritos de burla y abucheos, a los que él respondió con una carcajada aflautada y gárrula, de timbre casi femenino. La señorita Amerio seguía sentada a la misma mesa y su rostro de incomodidad revelaba que se habría alejado de allí muy de buena gana, algo que sus buenos modales le impedían hacer.

—¿Has hecho alguna toma, querida? —la sorprendió Bardella cuando regresó de su misión de rescate.

—Dos —respondió—. Una a esa pareja y la otra a aquella chica de allí; espero que me hayan quedado bien.

—Seguro que sí, pero, en caso contrario, durante el viaje tendremos tiempo de sobra para ponernos al día ofreciéndoles una foto gratis —la tranquilizó.

—¿Ha visto a la señorita Amerio? —le preguntó, indicándosela con un ligero movimiento de cabeza.

—Oh, sigue aún con esos feos caraduras. —Bardella captó al vuelo lo que sucedía—. Por favor, Pia, ve con ella e invítala a sentarse contigo, entreténla un rato, si no te importa.

A Pia no le importó en absoluto y se dirigió hacia Nita, quien inmediatamente aprovechó la oportunidad para despedirse de sus compañeros de mesa —que ni siquiera prestaron atención a su saludo— y marcharse con ella.

—Háblame de tu trabajo como ayudante de fotógrafo —le preguntó sin preámbulos.

—No tengo mucho que decir; hoy ha sido mi primer día, pero me he divertido muchísimo.

—Hacer fotografías debe de ser un gran trabajo: la felicidad pasa en un instante, pero una fotografía la captura para siempre. Cuando veo las fotos de mis padres, revivo toda la alegría de los momentos vividos con ellos.

—¿Y tú, qué tal estás?

—Mucho mejor, gracias. En la vida hay que acostumbrarse a muchas cosas, el mar es una de ellas, y desde luego no es la peor.

Pia asintió, admirando lo bien que se le daba a su nueva amiga aceptar la adversidad con paciente dulzura.

—Ven, vamos a charlar un poquito —la invitó a tomar asiento en una mesa libre—, si el señor Bardella te lo permite, claro; no quiero que te caiga una reprimenda por mi culpa.

—No te preocupes —la tranquilizó—, cuando hace fotos, se vuelve casi amable.

—Todo el mundo se convierte en la mejor versión de sí mismo cuando puede hacer lo que le gusta. Afortunado el que puede permitirse un lujo semejante. —Nita le hizo una señal a un

camarero, que inmediatamente puso dos copas sobre su mesa—. Creo que es champán —dijo dando un sorbo—, pero no estoy segura, solo lo he bebido en un par de ocasiones.

—Está bueno —contestó Pia, arrugando la nariz por las cosquillas que le hacían las burbujas. Nita asintió y bebió otro sorbo.

—Tú y las demás sentís pena por mí —le soltó de golpe.

—¡No! —se apresuró a negar Pia—. Quiero decir... —recapacitó—, sentimos que tu padre haya muerto y hayas tenido que dejar los estudios.

—No es por esto por lo que me compadecéis, sino por el hecho que voy a trabajar de criada.

—Tú no vas a ser una criada —la corrigió—, vas a ser una dama de compañía.

—Es una forma florida de decir criada, pero me parece bien así —sonrió—, un trabajo siempre se puede cambiar, pero un marido no. Os deseo que os hayan tocado los mejores maridos del mundo, pero con toda probabilidad vosotras también acabaréis siendo criadas, además de campesinas, costureras y niñeras de tantos niños como el cielo querrá enviaros. Trabajaréis a las órdenes de un patrón que nunca os pagará un sueldo y del que no podréis despediros.

—Por lo que dices, no debería haber más matrimonios.

—No debería haber más matrimonios como los vuestros. ¿Sabes por qué nuestros compatriotas en Argentina quieren esposas?

—Por la misma razón que todos los hombres las quieren, me imagino.

—No solo. —Nita tomó otro sorbo—. A las parejas que están casadas, el Gobierno argentino les entrega un terreno en concesión. Os han trocado por un puñado de tierra, ¿te das cuenta?

—Han hecho un trueque con nosotras —admitió Pia—, digamos que nos han vendido, si quieres; puede que la cosa no nos guste, pero no podemos hacer nada al respecto.

—¡Claro que podéis, o al menos tú podrías! Lena y Secondina no podrían, esas dos son almas demasiado simples para poder apañárselas por su cuenta; en cuanto a Nerina, sabría mantener a raya a cualquier marido, incluso al mismísimo Barba Azul. Pero tú no, querida, tú no eres ni fuerte como Nerina ni tan simple como Lena y Secondina.

—Y entonces, ¿qué soy? —preguntó Pia, empezando a impacientarse.

—Eres una chica lo suficientemente despierta e inteligente como para encontrar tu propio camino. Quién sabe, a lo mejor ya lo has encontrado —dijo señalando la cámara, detrás de la cual Bardella se afanaba.

Pia contempló durante unos instantes la improbable y halagüeña perspectiva de una carrera como fotógrafa. ¡Qué bonito habría sido observar el mundo cada día a través del ojo desencantado y revelador del objetivo! ¡Cuánta belleza captaría, y cuántos secretos descubriría!

—Escúchame, Pia, bájate del barco en el primer puerto y lárgate: nada te lo impide.

—¡Pero estoy casada!

—Casada por poderes —especificó Nita—. Si dentro de un par de meses aún no te has reunido con tu marido, el matrimonio será nulo.

—¿No necesitaré un abogado?

—No. —Negó con la cabeza.

Pia se sonrojó de rabia: Bardella había mentido cuando amenazó con que anular el matrimonio de su hermana habría costado cientos de liras. Quién sabe, probablemente también había mentido sobre la cárcel por deudas y la posibilidad de perder la granja. ¡Qué mala bestia

era la ignorancia! Pero bestias aún más terribles eran las que se aprovechaban de los ignorantes. Si hasta entonces había podido repetirse a sí misma que había ocupado el lugar de su hermana por el bien de la familia, ahora sabía que lo había hecho en beneficio exclusivo de un casamentero sin escrúpulos. Un sollozo le subió por la garganta: Bardella la había engañado, era innegable; pero si quería ser completamente sincera, cuando se propuso como sustituta de Amedea, no lo había hecho por bondad y amor a su familia, sino más bien para alejarse lo más posible de ella.

Nita observó cómo la cara de Pia enrojecía, luego palidecía y volvía a enrojecerse, y pensó que sus palabras habían dado en el blanco.

—Hazme caso, Pia, bájate del barco y búscate una vida que sea tuya. Mañana nos detendremos en el puerto de Barcelona; es una ciudad muy bonita, muy grande. Seguro que encuentras trabajo como criada o camarera en alguna taberna. Más adelante, cuando te hayas familiarizado con el idioma, puedes buscar a un fotógrafo que te contrate para su taller y te enseñe el oficio.

—No creo que una mujer pueda ser fotógrafa.

—¿Por qué no? ¿Acaso una mujer no tiene ojos como un hombre?. —La mirada de Nita se había vuelto lánguida por el vino—. Mira, Pia, la mayoría de la gente viene al mundo con un trabajo, un papel, un camino ya trazado, y, salvo raras excepciones, estas pobres personas nunca descubrirán lo que podría hacerlos felices. Su destino es triste, pero tolerable, de todos modos, porque no saben lo que se pierden. A quienes hay que compadecer es a los que han descubierto lo que le gustaría hacer en la vida, pero tienen que renunciar a ello. Yo tuve que dejar los estudios de Magisterio, pero no quiero renunciar a ser maestra: en mis maletas llevo un montón de libros, y otros más me los enviarán mis compañeros de clase. Estudiaré en cada momento libre, incluso en mitad de la noche si es necesario, y en cuanto haya ahorrado dinero para el billete de vuelta, volveré a Italia y haré el examen.

—Te admiro mucho.

—No me admires: imítame. —Nita se puso en pie de un brinco, como si de repente se hubiera acordado de que tenía que hacer algo urgente. —Buenas noches, amiga mía. Piénsalo.

Al final de la velada, Pia siguió a Bardella a la salita dedicada al revelado.

—Antes de empezar, hay que prepararlo todo —explicó con la ya habitual amabilidad que lo invadía cuando se dedicaba a la fotografía—. En primer lugar, vertemos en estas cubetas el líquido de revelado y en esta otra el baño de fijación. Hasta aquí, ¿me sigues, querida?

Ahora aquella cortesía la disgustaba; la única razón por la que no le decía a la cara todo lo que pensaba de él era que las palabras de Nita la habían disgustado profundamente y una parte de ella, aunque muy pequeña, estaba considerando seriamente la idea de abandonar el barco. Era por no impedirse esta posibilidad por lo que se había impuesto a sí misma mantener la calma y actuar como si no hubiera descubierto nada.

—Todo lo que necesitaremos debe estar listo antes de empezar, porque el revelado de la película tendrá lugar en la oscuridad más completa.

Había otra razón por la que Pia había decidido tragarse su cólera y guardar silencio: aquella noche, Bardella le iba a enseñar los primeros rudimentos del revelado fotográfico, y por nada del

mundo iba a renunciar a semejante oportunidad.

—*Munsù* Bardella, ¿para qué sirve eso? —preguntó sobre una herramienta que desde esa mañana había despertado su curiosidad.

—Eso es una ampliadora. Verás, querida, si positivas una película tal cual, la fotografía tendrá el mismo tamaño; cuando quieras un formato mayor, tendrás que utilizar ese aparato. Luego te mostraré cómo usarlo, pero ahora mismo no te distraigas, porque pronto tendremos que jugar a la gallinita ciega. —Se rio alegremente—. Una vez apagada la luz, tendrás que abrir la placa, así, ¿ves?. Luego se debe extraer la película y sumergirla en esta cubeta en la que habremos vertido...

—El líquido del revelado.

—Muy bien —se congratuló Bardella—. Luego, seguiremos a oscuras y tendremos que lavar las películas con agua y vinagre, y sumergirlas aquí, en el...

—Baño de fijación.

—¡Perfecto! A partir de ese momento podremos trabajar con la luz roja y ver las imágenes impresas en la película.

Bardella apagó la luz y la cabina se sumió en una densa oscuridad. Pia buscó a tientas cada uno de los objetos que había dispuesto frente a él y comenzó a abrir las placas.

—¡Ahora vamos a tender la colada! —anunció Bardella tras el baño de fijación, encendiendo por fin la lámpara roja.

Las películas se sacaron una a una, se enjuagaron y se tendieron en unas cuerdecillas para que se secaran. Mientras las tendían, Bardella iba comentando las imágenes:

—Esta la hiciste tú —dijo señalando el retrato de los recién casados—. No está mal —la felicitó—. Tienes buena disposición, ¿sabes? ¡Mira, esta es la hija del coronel Venanzi! En la fotografía parece guapa, mientras que en la realidad parece una vaquilla cebada. ¿Posó ella misma o le diste indicaciones?

—Le pedí que levantara la barbilla y abriera bien los ojos.

—¡Muy bien! ¿Y ésta? —preguntó, señalando una imagen que solo representaba el parapeto del barco. Bardella se acarició la barbilla pensativo—. ¡Ah, claro! Es la fotografía que le tomaste a la señorita Amerio.

—Pero ¿por qué no está allí?

—Encuadraste mal la foto, debes de haber tocado el fuelle o golpeado el trípode. Son cosas que pasan; al fin y al cabo, era tu primera fotografía. ¿Sabes una cosa?, utilizarás esta toma para probar el proceso de impresión, luego podrás quedarte la foto como recuerdo. Yo también guardé mi primer disparo, ¿y sabes lo que inmortalicé?

—¿Qué?

—El trasero de un caballo —se rio—, aunque mi propósito, por supuesto, era fotografiar el caballo entero.

Pia salió del cuarto oscuro cuando Bardella se lo ordenó; estaba muy cansada, pero se habría quedado de buena gana esperando con él a que se secaran las fotografías, y luego pegarlas en esos preciosos cartoncillos de color ocre con las palabras «FOTOGRAFÍAS BARDELLA» escritas en el borde inferior.

En el dormitorio de tercera clase, el calor era agobiante; el olor, insoportable; pero lo más molesto era el ruido; el de los motores, en primer lugar; luego, los ronquidos de los pasajeros, sus

tosos a intervalos irregulares y el llanto persistente de los niños. Lo que mantenía despierta a Pia, sin embargo, eran las emociones fluctuantes que sentía tras su primer día de navegación. Por un lado, estaba el descubrimiento de la fotografía: la magia de observar cosas y personas a través del ojo artificial, pero infinitamente astuto, de la cámara fotográfica, así como el prodigio de capturar un instante para luego fijarlo sobre el papel, haciéndolo inmortal.

Por otra parte, en cambio, estaba el descubrimiento del engaño de Bardella y la terrible constatación de que no se había sacrificado en modo alguno por su familia, sino que había huido de ella. En su mente resonaban las palabras de la señorita Amerio: «Bájate del barco en el primer puerto y búscate la vida». Huir resultaba una idea aterradora, pero el miedo que despertaba en ella era menor que el de reunirse con un esposo desconocido, que no la esperaba a ella, sino a su hermosa hermanita. Abandonar el barco al día siguiente, sin embargo, significaría interrumpir su aprendizaje fotográfico.

«Pero ¿de qué me serviría aprender el arte de la fotografía, si en Argentina mi única ocupación será ser una esposa?», pensó antes de dormirse.

Capítulo 26

—Si uno descarta lo imposible, lo que queda, aunque sea improbable, debe de ser la verdad. — Tal y como sugería Sherlock Holmes, el abogado Ferro se había esforzado por eliminar lo imposible, pero la verdad que había descubierto quedaba lejos de ser improbable, es más, parecía muy banal—. ¡Siluetas de cartón! —le explicó a Raniero—. Simples recortes de carteles, envueltos en telas de tul para darles una apariencia evanescente. Vamos, quítate esa bata y espabila: ¡tienes una historia que escribir!

—Pero ¿qué historia? —resopló el amigo con la mirada soñolienta de quien ha bebido mucho y dormido poco.

—¡Observa mi fotografía! Por desgracia me ha salido un poco oscura, porque el destello de magnesio ya se estaba desvaneciendo, pero no me digas que no ves tú también que el espectro no es más que un recorte de cartón disfrazado con tela transparente.

Raniero se frotó los ojos, hinchados por el sueño; luego hizo un esfuerzo para observar la fotografía, que, de nuevo, había inmortalizado un espectro femenino con una densa cabellera morena sujeta sobre la frente por una diadema.

—¿Te apetece un café? —preguntó sin comentar la toma.

La habitación que Raniero tenía alquilada era pequeña y estaba mal amueblada, lo que, en opinión de Edmondo Ferro, podía ser tolerable, es más, tenía cierto encanto bohemio. Lo que le molestaba profundamente era la cama sin hacer desde tiempos inmemoriales, los platos sucios amontonados en el fregadero y la extensísima colección de telarañas que colgaban del techo como macabros festones.

—Entonces, ¿quieres café o no?

—No —rechazó, rotundo. Jamás se atrevería a consumir alimentos o bebidas producidos en ese antro de los horrores; por si fuera poco, también le molestaba la falta de interés de su amigo por la fotografía.

—¿No dices nada de mi obra? ¡Tú también ves perfectamente que el espectro es un fantoche fabricado con papel y trapos! —lo apremió.

—Ahora que me has revelado el truco, puedo intuirlo, pero esta imagen no es tan diferente de las numerosas fotografías de espíritus que circulan por ahí. Ningún periódico la compraría basándose en lo que han visto tus ojos con mayor claridad.

—¿Y qué te parece esta otra toma? —preguntó el abogado, tendiéndole una segunda fotografía.

—¿Qué es esto? —Raniero giró la foto entre sus manos para averiguar cuál era el lado correcto desde el que observarla.

—Lo sé, no es muy nítida, pero mira con atención: esa pequeña mancha es un niño que sostiene una silueta de cartón izada con un palo, como si fuera un cartel.

—Ahora puedo distinguirlo —empezó a interesarse a su pesar—, está escondido detrás de la silla de la médium: este es el perfil de la señorita Gilda, ¿verdad? Pero ¿cómo has podido obtener una imagen tan escorzada?

—Es un reflejo. Disparé a un lado de la habitación, donde había una biblioteca acristalada. ¡Oh, si la hubieras visto, Raniero, qué maravilla de biblioteca!

—Sí, me lo imagino —lo interrumpió su amigo mientras seguía estudiando la imagen—. Tuviste una intuición genial —concedió.

El abogado recibió el cumplido con una sonrisa, sin confesar que en realidad había hecho la fotografía por error. Lejos de él atribuirse méritos que no le correspondían, pero prefería no revelar que se había girado por culpa de la mirada de un libro que lo observaba de manera insistente desde una de las estanterías. De toda aquella historia, su único disgusto era que no había podido averiguar de qué libro se trataba: ese volumen le había prestado un gran servicio, y él sentía el deber de devolverle el favor leyéndolo.

A decir verdad, no conocer el título del misterioso libro no era su única aflicción: la médium era una estafadora, y como tal había que desenmascararla, pero se trataba de una pobre chica con el alma y el cerebro de una niña a la que una madre astuta y sin escrúpulos explotaba de manera vergonzosa. Pensándolo bien, quizá tampoco debería haber sido tan duro con la señora Garelli, se dijo; al fin y al cabo, era la viuda de un pobre carbonero con una hija que nunca sería capaz de ganarse el pan por sí misma. ¿Qué podía hacer una viuda con una hija alienada, aparte de encerrarla en un manicomio y olvidarse de ella? La señora Garelli al menos había encontrado un recurso para...

—¿Tienes idea de quién puede ser este niño? —preguntó Raniero, interrumpiendo el devenir de sus pensamientos.

—Un pariente de las Garelli, creo. Recuerdo cuando me presentaron a la médium, la oí pedirle a su madre que no dejara que un tal Giovannino tocara su muñeca; en cualquier caso, no tiene importancia quién es ese niño, lo fundamental es el servicio que presta a la médium.

—Por desgracia, ambas fotos son inservibles —concluyó Raniero, dejándolas caer sobre la superficie de la mesa, entre vasos sucios y tazas de café con incrustaciones—. La primera es un ejemplo perfecto de fotografía espiritista, y el hecho de que esté un poco oscura la hace aún más sugestiva; la segunda, en cambio, está desenfocada, y solo muestra siluetas casi indistinguibles.

—Porque fotografié un reflejo —se defendió Ferro.

—Lo sé, y fue una idea genial, pero si la prueba no resulta tangible, a los periódicos esas cosas les importan entre poco y nada.

—¿Y si a esas dos fotos les añadimos una tercera prueba?

El abogado abrió la carpeta de la que acababa de sacar las fotografías y extrajo una hoja de papel doblada en seis partes que le tendió a su amigo.

—¿De qué se trata? —Raniero hizo ademán de coger el papel, pero el abogado lo apartó.

Si Conan Doyle le había enseñado algo, era que Sherlock Holmes nunca mostraba la prueba decisiva sin antes haberse permitido una buena parrafada, y al abogado Ferro le gustaban mucho las parrafadas.

—Mientras miraba la fotografía de este hermoso fantasma, empezó a rondarme por la cabeza una pequeña melodía, o, mejor dicho, una marcha. —Se permitió una pausa efectista—. ¡Una marcha triunfal!

—¿La de la *Aida*? —preguntó Raniero, más para hacerlo continuar que por auténtico interés.

—¡La de *Aida*, en efecto! En ese momento me acordé de tu historia sobre el fotógrafo norteamericano, ese tal Mumler, al que desenmascararon por utilizar imágenes de incautos individuos para sus fotos espiritistas. ¿No te recuerda esta dama fantasmal a una antigua egipcia? —dijo, cambiando de tema.

—Sí, un poco —admitió Raniero—. Pero ¿qué tiene que ver el antiguo Egipto con Mumler?

—Fui a ver a un chamarilero que conozco, cuyo almacén se encuentra en el barrio de Porta Palazzo; principalmente recoge libros usados. ¡Ah, deberías ver ese almacén, Raniero! Es un bosque inexplorado, lleno de tesoros ocultos. Y tendrías que oler ese perfume celestial.

—Hedor a papel mohoso —soltó su amigo, impaciente—. ¡Sigue!

Raniero había sido brusco, pero en el fondo no se equivocaba del todo: Sherlock Holmes solía prodigarse en larguísimos monólogos, permitiéndose de vez en cuando algunas divagaciones, pero nunca se le habría ocurrido salirse por la tangente, como él había hecho.

—Bueno, pues este chamarilero también tiene la costumbre de despegar de las paredes los carteles de los espectáculos teatrales, de óperas, incluso los del circo, para luego revenderlos a los admiradores. Evidentemente, lo hace una vez que han finalizado las representaciones —aclaró—, es una persona como Dios manda.

—¿De verdad hay gente que tira su dinero comprando carteles despegados de las paredes?

—Ese es otro problema —dijo Ferro, feliz de ser él, por una vez, quien censurase una divagación—. Así que le enseñé la fotografía de nuestra chica fantasmagórica, y él, después de buscar y rebuscar un buen rato, encontró esto.

El abogado se puso a desdoblar con cuidado la gran hoja de papel, lamentando no haberlo enrollado, lo que le hubiera permitido desplegarlo de una sola vez con un efecto dramático mejor.

—¡Aquí está nuestro pequeño espíritu!

El cartel mostraba palmeras y pirámides al fondo, y, en primer plano, a *Aida*, con la diadema en la frente y los ojos profusamente maquillados.

—¡Es el fantasma! —jadeó Raniero.

—¡No es un fantasma, en modo alguno, sino una mujer vivita y coleando! Se llama Rosalinda de Gala, aunque en el Registro Civil consta como Rosetta Hen, una soprano más atractiva que talentosa, que en la última década del siglo pasado actuaba en escenarios de segunda categoría. Hoy es la feliz esposa de un comerciante textil: la localicé y me reuní con ella en la tienda de su marido, las cosas le van bien y no añora en absoluto su pasado como cantante sin voz y sin dinero, aunque se le hizo la boca agua cuando le enseñé el cartel y le pregunté si realmente se trataba de ella.

—¿La señora está dispuesta a declarar? —preguntó Raniero con la cara roja, esta vez no por el vino, sino por la excitación.

—¿Me preguntas si está dispuesta a testificar que está viva? —Se rio—. Pues sí, estará encantada de prestar cualquier declaración, siempre y cuando la menciones en tu artículo; sin embargo, te sugiero que no la describas como una soprano de tres al cuatro como he hecho yo. —Le guiñó un ojo—. Ya no es la criatura diáfana retratada en el cartel, ahora es una matrona corpulenta perfectamente capaz de liarse a bofetadas contigo. Hasta pronto, querido. —Ferro se despidió y se dirigió a la puerta—. Tú tienes una historia que escribir, yo... mucho papeleo que

despachar.

—¡Edmondo! —Su amigo corrió tras él—. Has hecho todo esto por mí, y yo te corresponderé poniéndote bajo la mejor luz posible. Cuando se publique mi historia, serás considerado el más astuto, honesto y hábil de los abogados; un paladín de la racionalidad, un campeón de la justicia, un...

—Reserva algunos adjetivos y sustantivos para el artículo.

—Te debo muchísimo, ¡pídeme lo que quieras! —exclamó Raniero, sujetándolo por el brazo.

—No quiero nada de ti, pero si realmente quieres pagarme esta deuda, prométeme que no beberás ni una gota más de alcohol hasta que estemos brindando por la publicación de tu artículo. Y, mientras tanto, limpia este tugurio, ningún periodista de éxito, ¿qué estoy diciendo?, ningún ser humano debería vivir de una manera tan indigna.

—¿Solo esto? Me parece poca cosa.

—¿Quieres algo más atrevido? Encuentra el modo de hacer las paces con Eloisa —declaró Ferro, y salió de la habitación.

Capítulo 27

—Cuando pasemos el ecuador, habrá fuegos artificiales —le anunció Nerina después del desayuno.

—¿Qué es el ecuador? —preguntó Pia.

—Una línea que corta la Tierra por la mitad.

—¿La corta?

—Es solo una manera de hablar, en realidad no se ve nada: es una línea imaginaria, me lo ha dicho alguien que trabaja en el comedor. Pero el capitán sabe cuándo pasamos por encima y disparan fuegos artificiales desde el barco. Primero tendremos que pasar por un estrecho, pero que solo es estrecho cuando se ve sobre el mapa, porque en realidad el barco pasa por él cómodamente; luego entraremos en el océano, que es lo mismo que el mar, pero mucho más grande, y tengo mucha curiosidad por verlo, porque la verdad es que no me imagino nada más grande que el mar; luego, al cabo de unos días de navegación, llegarán los fuegos artificiales.

—No los veré —soltó Pia de repente—. Hoy me bajo del barco.

—¿De verdad? —preguntó Nerina, sorprendida, pero no tanto como Pia se hubiera esperado.

—Sí, claro, pero no se lo digas a nadie.

—¡Claro que no!

—¿Quieres bajar conmigo? —le preguntó con la débil esperanza de no estar sola en esa aventura.

—No —negó con la cabeza—, quiero ver los fuegos artificiales —se rio—, y quiero ver a mi marido, no podría vivir sin quitarme la curiosidad de mirar a la cara al bobo ese que desembolsó una buena suma para casarse con una como yo.

—Todo lo contrario, es un hombre afortunado: eres una chica de buen carácter, ingeniosa y muy trabajadora.

—Pero él no lo sabe. —La abrazó riéndose aún, y la mantuvo entre sus brazos mientras su risa se desvanecía en la emoción—. Buena suerte, amiga mía.

—Adiós. —Pia le sopló un beso y se dirigió, también ella emocionada, hacia la segunda clase.

—¡Espera! —la retuvo Nerina—. Fue Amedea quien se casó por poderes, lo sé yo y también lo sabe el resto del pueblo, entonces, ¿por qué te fuiste tú?

—Bueno —Pia vaciló—, las cosas tomaron un rumbo diferente cuando...

—Déjalo —la interrumpió al verla tan afligida—, seguro que lo descubriré en la primera carta que reciba desde el pueblo.

—¡Hoy será un gran día! —le anunció Bardella—. Haremos escala en Barcelona y subirán a bordo unas personas muy importantes, entre ellas la soprano Dolores Millanes, a la que sus

admiradores llaman Lola. Esta noche en el salón se celebrará una fiesta aún mejor que la de ayer, ¡ya verás cuántos querrán fotografiarse con la señora Millanes! Es muy famosa, ha actuado en los mejores teatros europeos y sudamericanos. ¿Quién sabe?, quizá si está de buen humor cante algo. ¿Has escuchado alguna vez a una cantante de ópera?

Pia, quien hasta entonces nunca había oído las palabras «soprano» y «ópera», negó con la cabeza.

—¡Es como oír cantar a un ángel!

Pia y Bardella esperaron largo rato en la cubierta de primera clase sin que nadie que lo fotografieran; para compensar, de todas formas, un par de caballeros estaban tomando fotografías con pequeños dispositivos.

—¿Ellos también son fotógrafos? —preguntó Pia.

—En absoluto, solo son señores lo suficientemente ricos como para comprarse una cámara fotográfica portátil —respondió—. Son unos objetos bonitos, tienen en el interior una película larga que va enrollada en un soporte que les permite hacer una docena de disparos.

—¿Sin cambiar la placa? —dijo sorprendida—. ¿Y esto no le quitará el trabajo?

—No, todo lo contrario —sonrió—, con esos chismes pueden hacer fotos, pero, luego, ¿quién crees que las revelará? Me pagarán a mí para hacerlo. Esta noche te enseñaré a abrir una de esas maquinillas y a revelar la película. Es necesario familiarizarse con los rollos, porque en el futuro el revelado de las fotografías de los aficionados será una parte muy importante de nuestro trabajo como fotógrafos.

Pia sonrió, pero inmediatamente se apenó al pensar que al bajarse en Barcelona no habría forma de poder asistir a esa lección, ni ver a la famosa soprano y escuchar su voz angelical.

Mientras el fotógrafo seguía explicándole los secretos de la película, la Valenziana desfiló por delante de ellos con un vestido blanco que la piel morena y la reverberación del mar tornaba deslumbrante. La mujer iba acompañada de los jóvenes galanes de la noche anterior y caminaba junto al tipo más alto, ese que la había seguido fuera del salón de baile. El jovenzuelo le susurró algo al oído, luego prorrumpió en esa carcajada algo femenina en la que Pia ya se había fijado. Cuando su marido la vio, bajó la mirada sobre visor de la cámara, fingiendo no haberla visto; los ojos negros de Valenziana también se desviaron de inmediato. Pia pensó que lo más oportuno era fingir que no pasaba nada y dejó que su mirada se le cayera hacia los pies.

—¿Me equivoco o la cocina del comedor ya te ha hecho coger peso? —le preguntó Bardella, aunque solo fuera para cambiar de tema—. Me parece que hoy llenas mejor este bonito vestido.

Pia se ruborizó y mantuvo la mirada en la punta de sus botines.

—Perdóname, he sido un poco impertinente —se disculpó el hombre, sincero.

El rubor de Pia, sin embargo, no era el resultado de aquel cumplido demasiado atrevido de Bardella, sino de la verdadera razón que había detrás de aquellos rellenos que le habían hecho creer a él que había engordado, tras solo un día y medio de viaje. Aquella mañana, después de despedirse de Nerina, Pia hizo que un marinero la condujera a la bodega, donde pudo abrir el baúl de su hermana y coger todo lo que pensaba que podría serle útil una vez que se bajara del barco. Así, tomó el vestido de los domingos de Amedea e hizo acopio de su flamante ropa interior (camisolas, bragas, camisones); pero al tener que bajar del barco a hurtadillas y no poder hacerlo con un fardo al hombro, había resuelto ponerse toda la ropa que pudiera bajo su vestido verde aguamarina.

De forma imperceptible, el barco de vapor comenzaba a aproximarse a la costa; a medida que se hacía más y más visible, los pasajeros de tercera clase se apiñaron contra el parapeto, como el público de un desfile que da codazos y empujones para asegurarse un lugar en primera fila. Querían ver toda la España que pudieran, saciar sus ojos con toda esa tierra firme que les parecía que no iban a pisar durante meses, a pesar de que, en realidad, habían subido a bordo el día anterior. Los pasajeros de segunda y primera clase, por el contrario, no tenían que dar codazos; algunos porque eran pocos y tenían muchos más metros de parapeto de los que necesitaban; otros porque sabían perfectamente que no iban a ver mucho: solo una parte del puerto, los edificios a lo lejos y el ir y venir de mozos y estibadores por el muelle. Un espectáculo animado, si se observaba durante unos minutos, pero que se convertiría en monótono después de la primera media hora, y horas de espera las habría de sobra. De hecho, el barco no volvería a zarpar hasta las diez de la noche, después de que subieran nuevos pasajeros y de que estibaran más mercancías. En ese largo lapso de tiempo, Pia estaba segura de que encontraría el momento adecuado para escapar. El barco por fin entró en el puerto; en cuanto bajaron la pasarela, se sintió eufórica y aterrorizada al mismo tiempo. Sin embargo, ese no era el momento más adecuado para su fuga, había demasiado movimiento y los ojos de cientos de pasajeros estaban puestos en el puerto.

—Dentro de poco empezará el embarque de los pasajeros de primera clase —le informó Bardella—, instalaremos el trípode delante de la pasarela, de manera que podamos fotografiarlos a todos, especialmente a Lola Millanes.

La pasarela todavía no resultaba accesible, pero varios pasajeros de primera clase se habían ido reuniendo para ver a los recién llegados. Permanecían en pequeños grupitos y charlaban, fingiendo indiferencia, como si estuvieran en ese punto de la nave y no en otro lugar por pura casualidad.

—Señores, les ruego que nos perdonen —se disculpó Bardella—, pero necesitaríamos espacio para colocar el aparato.

Las damas y los caballeros se movieron a regañadientes y no más de medio metro, pero su forzada amabilidad permitió al fotógrafo colocar el equipo.

Pia oyó que una niña de unos doce años, con el rostro pálido y demacrado, exclamaba:

—Me muero de ganas de ver el vestido de Millanes. ¿Te acuerdas, mamita, qué magnífico el vestido que llevaba cuando la vimos actuar la temporada pasada en Buenos Aires?

—Sí, Agnese, un vestido propio de la realeza —contestó su madre con dulzura.

—Dudo que embarque vestida de Semíramis o de Turandot —objetó su padre—, llevará una bata de viaje, como cualquier mujer con sentido común.

—Pero seguro que para después de cenar se pondrá un bonito vestido de noche —la animó su madre, mientras lanzaba una mirada hostil a su marido.

—Por supuesto, Agnese —rectificó el hombre con rapidez—. ¿Sabes lo que te digo, querida? Cuando estemos en Buenos Aires iremos todos a la ópera y volveremos a escucharla —declaró, rodeando sus pequeños hombros y buscando la aprobación de su esposa con la mirada; ella le devolvió una sonrisa.

—Gracias, papaíto.

—Ya que tenemos que esperar y hay un fotógrafo aquí, ¿qué tal si nos hacemos un bonito retrato de familia? —propuso la mujer en tono alegre.

—A su disposición, señora —respondió Bardella, incluso antes que el marido—. Les sugiero a los señores que se coloquen allí, para que queden immortalizados con Barcelona de fondo; Pia, querida, ¿quieres ocuparte de ello?

—Por supuesto —dijo, sorprendida por que se lo pidiera.

La cámara estaba cargada, la pequeña familia posaba: los padres uno al lado del otro, cada uno con una mano apoyada amorosamente en un hombro de la grácil Agnes, que estaba erguida y posaba orgullosa delante de ellos. Estaban fantásticos, pensó Pia, contemplando una ternura familiar que nunca había saboreado.

—No estés tan rígida y seria, guapita de cara —bromeó Bardella—; de lo contrario, vas a parecer un soldadito de plomo.

La chiquilla emitió una risita divertida y por un momento sus mejillas regordetas se hincharon; Pia aprovechó ese instante para disparar.

—Haz una más —le sugirió Bardella en voz baja—, creo que la cría ha cerrado los ojos.

Pia cargó una nueva placa y se asomó al visor. La imagen que le devolvió la cámara no tenía nada de la serena dulzura que sus ojos percibían al mirar a esa pequeña familia: los rostros de los padres estaban ensombrecidos por la angustia y el de la niña revelaba un gran sufrimiento. Pia leyó en la imagen que aquel pobre matrimonio no se amaba desde hacía tiempo; la preocupación que les causaba el estado de salud de su hijita, gravemente enferma, había barrido su amor. Aquella niña jamás alcanzaría la edad adulta. A pesar de la insalvable distancia que separaba sus almas, la pareja estaba decidida a mostrarse unida y afectuosa ante su pobre Agnese. Pia tragó un sollozo de emoción y disparó.

—Esta sí que ha salido bien —dijo Bardella—. ¿A qué viene esa cara de tristeza? Mira, es algo muy normal tener que hacer más de una toma.

Aburridos por la espera, otros pasajeros pidieron también que los fotografieran. Pia se dio cuenta, con una mezcla de decepción y de alivio, que sus planes de fuga no serían factibles a corto plazo. Quizá podría intentarlo más tarde, cuando Bardella la dejara marchar para que fuera a cenar a tercera clase.

—Lola Millanes está tardando demasiado —le dijo un par de horas después—. La fotografiaremos esta noche, ahora será mejor que vayamos al cuarto oscuro a adelantar un poco de trabajo. Volveremos a tomar fotografías en la fiesta de esta noche.

—Pero ¿y la cena? —dijo Pia.

—Pediré que nos traigan algo.

Siguió a Bardella, ansiosa y feliz por ponerse manos a la obra, pero preocupada por el obstáculo adicional que se interponía entre ella y su fuga.

—Munsù Bardella —lo interpeló a la luz roja del cuarto oscuro—, ¿alguna vez ha tenido usted la impresión de que lo que ven sus ojos no es lo que ve la máquina?

—Siempre —le respondió con obviedad—. Tus ojos nunca podrán ver exactamente lo que ve la máquina; y su ojo no podrá ver lo que tú ves.

—¿Y quién ve realmente las cosas como son? ¿Quién se engaña?

—Creo que nadie se engaña, pero al mismo tiempo nadie ve realmente las cosas como son.

El barco se haría a la mar al cabo de dos horas. Pia, después de ayudar a Bardella durante toda la

tarde, se encontraba ahora en el salón de festejos a la espera de que comenzara la gran velada. No había tenido la más mínima oportunidad para poner en marcha su plan de fuga, pero había ideado una pequeña estratagema: mientras aún estaban en el cuarto oscuro, *munsù* Bardella le había ordenado que preparara muchas placas para la velada; ella obedeció, pero solo había colocado una pequeña parte en la bolsa, para así tener la excusa de tener que ir a buscarlas.

Alrededor de las nueve, alguien empezó a asomarse por el salón; eran los pasajeros que Bardella consideraba de grado menor, nuevos ricos que, si bien podían permitirse un billete de primera clase, aún no formaban parte realmente del gran mundo y no conocían la sagrada regla de no presentarse nunca pronto a una reunión mundana, para no delatar su impaciencia. Los *parvenu*, como los llamaba Bardella despectivamente, se sentaron atemorizados, pero vibrando de emoción en las mesas algo apartadas, donde permanecieron rígidos y pavoneándose.

—¡Míralos! Están cargados de dinero y se sienten intimidados como jóvenes criadas la primera vez que van al cine, pero no hay que despreciarlos —añadió con severidad, casi como si hubiera sido ella la que se hubiera burlado—. Los *parvenus* son óptimos clientes, porque quieren immortalizar cada aspecto de su nueva condición. Los ricos de verdad, en cambio, los que lo son de nacimiento, no sienten la necesidad de demostrar lo que todo el mundo ya sabe, es decir, que se lo pasan bien.

Pia no entendía por qué *munsù* Bardella hablaba con deferencia de los ricos de nacimiento y con desprecio de los que se habían enriquecido con sus propias manos. Estos últimos, en su opinión, eran los autores de sus propias fortunas, mientras que no había ningún mérito en nacer en el seno de una familia rica, del mismo modo que no había culpa alguna en encontrarse en una pobre, como le había ocurrido a ella. Si la única riqueza aceptable era la que ya aguardaba a unos pocos afortunados en este mundo, entonces ¿por qué Bardella, y tantos como él embarcados en ese mismo barco de vapor, bregaban por hacer fortuna? ¿Qué sentido tenía esforzarse para convertirse en algo deshonesto como un *parvenu*?

El tiempo pasaba, y demorarse en aquellos pensamientos ociosos no era suficiente para ahorrarle la ansiedad que sentía crecer en su interior minuto a minuto: ¿por qué uno de esos *parvenus* no pedía ser immortalizado junto a su riqueza recién estrenada, dándole la oportunidad de abrir la bolsa y decirle al fotógrafo que había olvidado las placas en el laboratorio fotográfico?

—¡Olvidé las placas! —se decidió finalmente a terminar con las dilaciones.

—¿No preparaste las placas? —le preguntó Bardella, preocupado.

—Las preparé —respondió, tratando de dominar la voz temblorosa—, pero me temo que las dejé sobre la mesa de revelado.

—No pasa nada, basta con que vayas a por ellas.

Pia no se lo hizo repetir, salió del salón y cruzó la cubierta a la carrera; habría seguido corriendo incluso abajo, por la pasarela, pues era la única forma de escapar sin seguir dándole más vueltas al asunto. En ese momento, no había nadie haciendo guardia en la pasarela, como constató cuando estuvo cerca de su objetivo; sin embargo, ya habían cerrado la valla, pero era un obstáculo bastante bajo que podría superar fácilmente, incluso embutida como iba. Pia agarró la parte de arriba de la valla y aprovechó el impulso para saltarla...

—¡Señora, deténgase inmediatamente! —oyó gritar.

Detrás de ella había un marinero furibundo. Atemorizada, Pia apartó la mirada de su expresión de enfado para llevarla de nuevo más allá de la valla que estaba superando: ¡la pasarela

ya no estaba allí!

—¿Qué iba a hacer? ¿Lanzarse al mar? —El marinero la aferró por la muñeca y la alejó del parapeto.

—No quería lanzarme. —Y no quería, pero en el fragor de la carrera podría haber acabado en el agua si aquel marinero no la hubiera detenido—. Me estaba asomando para ver... —vaciló— el mar.

—No hace falta asomarse, basta con que mire a su alrededor: tiene todo el mar que necesite sin tener que buscarlo más allá de la borda.

—No volveré a asomarme —prometió.

—Eso espero —respondió él, escrutando su rostro—. ¿Usted no es la ayudante del fotógrafo?

—Sí, en efecto.

—Debería estar trabajando en el salón, y no estar aquí en la cubierta, cometiendo imprudencias.

—Iba de camino a nuestro laboratorio fotográfico a buscar material.

—Permítame que la acompañe. —Las palabras del marinero eran amables, pero su tono no admitía réplica.

—¿Cómo es que ya no hay pasarela? —preguntó Pia después de recoger las placas, mientras el marinero la escoltaba hasta el salón.

—Porque volvemos a zarpar dentro de media hora.

—¿Y si todavía tiene que subirse alguien?

—Imposible: tomamos nota de quién baja o sube, y solo cuando estamos seguros de tener a todo el mundo a bordo, retiramos la pasarela. No se nos escapa nadie —dijo con orgullo, echando por tierra sus esperanzas.

Finalmente, en la entrada del salón, y con una sonrisa forzada, detrás de la cual Pia leyó claramente un mensaje: «A partir de ahora, te estaré vigilando, querida», le dijo:

—Buen trabajo, señorita.

—Has llegado justo a tiempo —se alegró Bardella—. Lola Millanes acaba de llegar —la informó, señalándole a una mujer asediada por un grupo de pasajeros.

La diva llevaba el pelo recogido en un elaborado peinado del que se escapaban algunos rizos, simulando un hábil efecto casual. Un *chignon à la grecque*, oyó que lo definía una de las pasajeras. El corte del vestido era aún más insólito: el corpiño no era entallado como exigía la moda del momento, sino que caía con holgura alrededor de los hombros; la falda, en cambio, caía recta a lo largo del cuerpo sin vuelos ni abultamientos, comenzando su descenso justo por debajo del pecho. Un conjunto austero y coqueto al mismo tiempo.

—Una diosa griega —oyó suspirar a un petimetre de primera clase.

—Yo diría más bien una reina bíblica —puntualizó uno de sus compañeros en tono afectado.

En la sala, no parecía haber rastro ni de la Valenziana ni de su acompañante larguirucho.

—¿Su esposa no participa en la velada? —preguntó Pia con indiferencia.

—No —respondió Bardella con igual indiferencia—. Como esta noche no está prevista su actuación, ha preferido quedarse en el camarote para descansar. Tampoco está aquí la señorita Amerio —le indicó—. Espero que no sea por culpa del mareo otra vez.

—¿No vamos a fotografiar a Millanes?

—Aún no —respondió—, sus admiradores la asedian; mira cómo la rodean.

Millanes saludaba con benevolencia, concediendo sus regias sonrisas a la pequeña multitud que la adoraba, en medio de la cual destacaba la palidez lunar de la joven Agnese, la niña enfermiza de aquella mañana.

Era de noche bien entrada cuando Pia se encaminó hacia su dormitorio; en la cubierta de tercera clase el aire era tan húmedo y denso que uno casi podría haber cogido un puñado y llevárselo a la boca para percibir su sabor salado. Estaba demasiado cansada para sentirse triste y decepcionada, así que decidió abandonarse durante unos minutos a ese aire pastoso y volver la cabeza hacia el cielo, que parecía mucho más lleno de estrellas de lo que se veía en su casa.

—¿Qué hace usted ahí? —le preguntó un marinero, no el mismo que unas horas antes había creído que se iba a arrojar al mar, aunque su expresión era igual de sombría y desconfiada.

—Soy la ayudante del fotógrafo del barco —respondió—. Hemos terminado de trabajar hace un rato y me voy a dormir.

—Entonces dese prisa —le ordenó—, los pasajeros de tercera clase tienen prohibido deambular por cubierta después del toque de queda.

En cuanto entró en el dormitorio, el sabor fresco y salobre de la noche se evaporó por efecto del calor y de los efluvios malolientes: ambas cosas habían aumentado con respecto a la noche anterior.

—Pia, ¿aún sigues aquí? —oyó murmurar a Nerina, desde su litera.

Pia escrutó la penumbra antes de contestarle; las condesitas dormían: Lena estaba acurrucada como una recién nacida, y Secondina, tumbada boca abajo, emitía un fino silbido por la nariz.

—Sí —le contestó, agachándose a la altura de su oreja—. No he podido bajar.

—¿Has tenido miedo?

—Mucho, pero no fue eso lo que me detuvo. Abandonar el barco no es tan fácil como pensaba.

—Puedes volver a intentarlo en el puerto de Cádiz.

—Nadie puede subir o bajar del barco de vapor sin que alguien de la tripulación tome nota.

—Tiene que haber una forma de hacerlo, y yo te ayudaré a encontrarla —susurró con el tono más tranquilizador que jamás había oído—. Mañana preguntaré por ahí. Yo creo que Grazia podría saber algo al respecto. Sin duda, alguien que es capaz de hacer ese trabajo en un barco abarrotado sin que la descubran también sabrá cómo escabullirse a tierra.

Pia le dio un beso en la mejilla y trepó a la litera superior, donde se quedó dormida inmediatamente: para ella, las palabras de Nerina tuvieron el efecto soporífero de una infusión de amapola.

Capítulo 28

El abogado Ferro estaba en el séptimo cielo, y eso a pesar de que se dirigía al bufete de abogados. Los días de las humillaciones estaban a punto de terminar: al cabo de unos días se publicaría el artículo de Raniero y su tío ya no podría tener para él más que palabras de admiración. Aunque nunca había sido generoso en cumplidos hacia sí mismo —si acaso, más bien tendía a culparse por encima de lo necesario—, esta vez Ferro se sintió realmente orgulloso de sus actos. Había forzado su carácter reservado y su renuencia innata a actuar y había triunfado en su propósito. Nunca lo habría conseguido, se repetía, sin sus muchas lecturas, que, a la vez que lo abstraían del mundo, le habían permitido vivir a sus treinta y siete años siglos de hazañas extraordinarias. Sí, los libros habían sido grandes maestros, y él, un alumno diligente y devoto, que al final había recibido su merecida recompensa.

El abogado atravesó el portón del edificio que albergaba el bufete de abogados y subió trotando las escaleras; a cada peldaño, el libro que guardaba en el bolsillo de la chaqueta rebotaba tan contento como él. Se trataba de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne: ¡cómo le habría gustado abismarse entre esas páginas, como el *Nautilus* entre las olas del mar! Aunque, en el fondo, ¿por qué no permitírsele? Su vida estaba a punto de cambiar, pronto ya no tendría que esconderse de su tío; así que, ¿por qué no disfrutar del placer de una última proeza?

Imbuido de la embriagadora euforia de quien está a punto de darse un capricho prohibido, Edmondo Ferro alcanzó la puerta que daba a la escalera de servicio y la cruzó con gran placer. El sol brillaba esa mañana con tal descaro que se colaba incluso por las diminutas ventanas de esos tramos en penumbra, creando acogedores charcos de luz sobre los escalones. El abogado ocupó su lugar en el charco más amplio y luminoso, y se sumergió en la lectura.

Tras unos minutos de puro cosquilleo, una voz le hizo dar un respingo.

—¡Abogado Ferro, compórtese! —lo amonestó una voz femenina, de timbre joven y fresco.

Miró a su alrededor: ¿quién era la que lo estaba regañando?

—Abogado, ¿sabe usted que un hombre decente no se comporta así? —trinó la voz de la muchacha, que luego estalló en una carcajada ligera y sutil que reverberó por las escaleras de forma siniestra.

¿Acaso su conciencia había cambiado de voz, renunciando al rugido de su tío, para adoptar el tono melodioso —pero mucho más inquietante— de una muchacha? En los días previos a la sesión de espiritismo, el abogado había intentado entrar en el papel de investigador intrépido leyendo, además de las aventuras de Sherlock Holmes, los relatos policíacos de Edgar Allan Poe; fascinado por ese extraordinario e inquietante autor, también se había aventurado en algunos de sus cuentos de terror, que le habían encantado, pero también turbado. *El corazón delator*, en especial, lo había impresionado mucho. Al igual que la conciencia del protagonista lo obligaba a

oír el latido del corazón de su víctima a través de las tablas del suelo, su conciencia tal vez lo estaba amonestando con la voz de chica.

Lo alcanzó una nueva carcajada, esta vez más estridente y más humana. No, no se trataba de su conciencia, el sonido venía de la planta de abajo.

—¡Abogado Ferro, le ordeno que se detenga!

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —murmuró, metiéndose el libro en el bolsillo y lanzándose escaleras abajo.

—¡Abogado, alguien viene! —dijo a la voz, un poco alarmada pero aún teñida de risa.

—¿Quién está viniendo? —preguntó mientras llegaba hasta el rellano.

—¡Primo Edmondo! —profirió entonces una voz masculina, pero tan aguda como la de la muchacha.

El abogado se quedó petrificado, con el pie derecho sobre un escalón y el izquierdo aún en el rellano: Carolina, la jovencísima criada al servicio de la familia Ferrati, del tercer piso, se zafó del abrazo del joven Ernesto Ferro y, tras volver a abrocharse la blusa, huyó hacia la planta de abajo.

—Así que Carolina —dijo volviendo la mirada hacia su joven primo, que se había quedado solo y atónito en la escalera—. No puedo culparte, querido Ernesto, es una chica muy intrigante.

—Es una buena chica —intentó decir aquel improbable amante, congestionado por la desazón.

—No en el sentido más común de la palabra —se burló Edmondo—. Pero no me malinterpretes; me gusta Carolina, me cae bien desde la primera vez que la vi, con esas trenzas de niña, sus astutos ojitos, al borde de la picardía, y esa naricita levantada hacia el cielo, altiva como una pequeña reina. ¡Una nueva Manon Lescaut ¡A una chiquita así, un novelista del siglo pasado le habría dedicado ríos de tinta!

Durante este soliloquio, Ernesto lo había estado mirando desconcertado, preguntándose si sería conveniente decir algo.

—Primo Edmondo —se decidió por fin a hablar—. Yo... Te ruego... —Al joven no le salían las palabras—. Te suplico, no le hables de Carolina a nuestro señor tío...

—Por supuesto que no —se apresuró a tranquilizarlo—, los caballeros se guardan los secretos mutuamente.

—Muchísimas gracias. Estoy convencido de que el tío se enfadaría mucho si lo supiera.

—¡Oh, pues claro que se enfadaría! —confirmó Ferro, conteniendo a duras penas una carcajada ante la idea de los planes de boda del tío Eugenio, que se tambaleaban por una sirvienta de *commedia dell'arte*.

—Vale, pues yo me vuelvo a mi escritorio —dijo Ernesto con un tono a medio camino entre la afirmación y la súplica.

—Venga, pero primero arréglate esa melena rizada —le sugirió—, tu jovencita te ha despeinado por completo.

Ernesto volvió a sonrojarse y se atusó el pelo con los dedos.

—Mucho mejor, ahora vete.

El joven no se lo hizo repetir y subió los peldaños de dos en dos.

—Una cosa más —Edmondo detuvo su huida—, he oído a Carolina llamarte abogado; ¿acaso le has hecho creer que ya estás habilitado para poder aprovecharte de ella?

—No —negó, con demasiado brío—, me llama así en broma, pero sabe que aún estoy estudiando, y además... —Ernesto bajó sus hermosos ojos, aún infantiles—, no pretendo aprovecharme de ella. Sé que por lo que has visto pudiera parecerlo, pero yo quiero casarme con ella. Eso solo después de que me gradúe, por supuesto —aclaró rápidamente.

—A pesar de que no la necesitas, tienes mi bendición. —Le sonrió—. Ahora vuelve al trabajo, «caballero», de lo contrario nuestro tío notará tu ausencia, y es muy hábil metiéndose en los asuntos ajenos. Ah, hablando de asuntos ajenos, tú también tendrás que guardar mi secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó desconcertado.

—Yo no te he visto y tú no me has visto.

—De acuerdo —aceptó, todavía un poco perplejo.

—¿Así que somos socios, tú y yo?

—¡Pues claro! —El chico volvió a subir las escaleras alegremente—. ¿Tú no vienes?

—Dentro de un minuto —respondió—, primero tengo que terminar una cosa.

El abogado Ferro se quedó escuchando los pasos del joven al alejarse y, una vez que se apagaron, eligió un nuevo peldaño soleado y se sentó en él:

—Capitán Nemo, ya estamos aquí otra vez.

Capítulo 29

Bardella montó el caballete en una esquina ligeramente apartada.

—No debemos molestar, al comandante Piccone no le gusta la presencia de extraños en el puente de mando. El tiempo justo para fotografiar a los dos suboficiales que nos han citado y no molestamos más.

—¿Dónde está el comandante? —preguntó Pia mientras miraba a su alrededor.

—Ahí dentro —le respondió Bardella, indicándole una puerta con un ojo de buey idéntica a todas las demás de la nave, que habían dejado abierta para que circulara el aire en la cabina de mando e impedir que el bochorno de aquella tarde soleada se quedara allí estancado.

—Son las cuatro menos veinte —dijo Bardella tras consultar su reloj—, esperemos que esos dos jovencitos no tarden demasiado.

Los jóvenes de los que hablaba eran dos hermanos, a los que habían nombrado suboficiales hacía muy poco, que querían una fotografía en el puente de mando para regalársela a su madre.

—¡Timonel, corrija medio grado a estribor! —ordenó alguien desde la cabina—. ¡Y nunca más vuelva a permitirse alterar el rumbo a su capricho!

—Comandante, fui yo quien le ordenó virar un grado a babor —contestó una voz más joven.

—¿Y por qué tenía que hacer eso?

—Navegamos demasiado pegados a la costa, comandante, hay bancos de arena frente al cabo de Palos y tengo miedo de que...

—Sé perfectamente que hay bancos de arena —lo interrumpió la voz ronca—. ¿Tiene usted idea de cuántas veces he seguido esta ruta?

—Sí, comandante, pero con el debido respeto...

Alguien cerró la puerta y las discusiones dejaron de oírse.

—¿Quién está en el puente de mando? —preguntó uno de los dos jóvenes suboficiales, que llegaron justo a tiempo para escuchar las notas más agudas de la disputa.

—El segundo oficial —le respondió su hermano mayor—, Gaetano Tarantino —añadió, para que Pia y Bardella supieran de quién hablaba.

—Señores, perdonen que les meta prisa, pero será mejor que nos pongamos manos a la obra —los apremió Bardella—, aquí el ambiente está muy cargado.

Los dos suboficiales eran muy jóvenes y lo parecían aún más por sus caras, perfectamente afeitadas, y sus cabellos, recién engominados. Más que suboficiales, pensó Pia, parecían dos chicos el día de su confirmación vestidos con trajes de marinero.

—Haremos una de los dos para su señora madre —sugirió Bardella—, y luego un retrato de cada uno para que se lo regalen a sus novias —añadió con malicia.

—No tenemos novias —dijo el más joven con una risita nerviosa.

—¡Oh, pero a saber cuántas chicas tendrán rondándolos, ahora que ya son suboficiales! —Los

marineros se rieron con agrado—. Y cuando encuentren una que merezca la pena, pueden regalarle una fotografía para que no los olviden mientras están en el mar.

—Me parece una buena idea —convino el mayor.

—Deberían tener más copias —sugirió—. ¡Cuántas más fotografías, más chicas los esperarán en cada puerto!

—Eso es —dijo el hermano menor con convicción.

Como hábil comerciante, Bardella los había engatusado la mar de bien.

—Les sugiero que se coloquen ahí, donde la luz es favorable.

La puerta de la cabina de mando se abrió de par en par, cortando las indicaciones del fotógrafo.

—Buenos días, señor —saludaron los jóvenes al unísono, poniéndose firmes.

—Buenos días, caballeros —respondió el hombre—. Señorita —añadió, dirigiendo un saludo rápido a Pia, que quedó encantada.

El hombre se apoyó contra el parapeto y encendió un cigarrillo. Tenía el pelo oscuro, fuertes rasgos mediterráneos contraídos en una expresión de ira contenida.

—Es el segundo oficial —le comentó en voz baja el suboficial más joven, orgulloso de poder darle esa información—, ha terminado su turno en el puente de mando y está esperando a que tomen el control.

Los cuatro permanecieron inmóviles, temerosos de que el menor movimiento hiciera estallar la ira que Tarantino estaba reprimiendo.

—Gaetano, buenas tardes —lo saludó otro oficial, cuya llegada hizo que los dos jóvenes se pusieran firmes otra vez.

—¡No, no son buenas tardes, de ninguna de las maneras! —negó el jefe Tarantino con la cabeza—. Hoy no hay forma humana de razonar con el comandante, ¡no hay manera de que cambie de opinión! Navegamos demasiado cerca de la costa, se puede ver incluso sin brújula, así que ordené al timonel que virara un grado a babor.

—Para alejarnos de los bajíos de las islas Hormigas —asintió el colega con comprensión.

—¡Así es! Pero, según él, virar un grado es una exageración, así que ha ordenado corregirlo medio grado —apagó exasperado el cigarrillo.

—Ese de ahí, en cambio, es el primer oficial, el capitán Augusto De Amezaga —añadió de nuevo el hermano más joven—. Imagínese, señorita, ¡es el hijo del famoso almirante Carlo De Amezaga, el primero en circunnavegar la Tierra! Empezó esa hazaña a bordo del *Caracciolo*, un excelente buque de la Marina Real Italiana, que...

Pero la mirada del vástago de la Marina Real, Augusto De Amezaga, se volvió severamente hacia los susurros del chico, que se calló de inmediato.

—Vámonos de aquí —ordenó Bardella entre dientes, tomándose incluso la libertad de tirar de la manga del hermano mayor—. Las fotografías en el puente de mando las haremos otro día.

—Sí, será lo mejor —el más joven se mostró de acuerdo—, aún nos quedan muchos días de navegación por delante.

Tras abandonar con rapidez el puente de mando, Bardella y Pia se dirigieron al de primera clase, donde el fotógrafo fingió no ver a su esposa, que estaba entretenida bromeando amablemente con su petimetre larguirucho.

—Vamos al tercer puente —espetó, para evitar aquel desagradable espectáculo—. Algunas

familias me han hecho saber que quieren un retrato.

—¿Os habéis cansado de estar entre señores? —les dijo Nerina, que salió a su encuentro en cuanto llegaron a la proa.

La cubierta estaba completamente abarrotada, sobre todo bajo los toldos tendidos para darle sombra; después de merodear por primera clase y sus elegantes pasajeros, los pobres emigrantes aparecieron ante Pia en toda su miseria.

—¿Dónde están Lena y Secondina? —preguntó Pia, mientras Bardella se encajonaba entre los pasajeros, a la búsqueda de sus clientes—. ¿Están bien?

—Perfectamente —le respondió Nerina—. Siguen sin hablarse, pero han hecho muchos amigos. Lena está allí, mírala, coqueteando con ese joven tan atractivo.

La ropa de la muchacha, que durante el viaje le había parecido ridícula, resplandecía entre los harapos de los demás pasajeros; Lena era consciente de ello y se hacía pasar por una joven de buena familia.

—Aquí, los viajeros son en su mayoría hombres —explicó Nerina—, y casi todos ellos, jóvenes y solteros; las pocas mujeres en edad de casarse causan estragos en sus corazones. Nuestras condesitas están disfrutando de su momento de gloria, y creo que no hay nada malo en ello.

—No, nada de nada —asintió Pia, pensando en lo que les esperaba a las chicas y también a ella misma si su próximo intento de fuga no salía bien.

—Un par de solteronas de veinticuatro años han encontrado a un amante —continuó Nerina—, con la escasez de chicas que hay, todas pueden encontrar uno, incluso una como yo. Deberíamos comunicárselo a las madres de esas chicas feúchas: para casarlas, en vez de ir lloriqueando al párroco para que les busque un viejo viudo desdentado que se las quede, tendrían que subirlas a un barco. Y tú, además, con ese vestido de gran señorita conseguirías hombres jóvenes a espuestas, ¿has visto cómo te miran? —dijo, señalándole a unos chicos que la miraban con el rabillo del ojo—. Aún no se te han acercado porque les intimidas tan ataviada, lástima nada más de esa bolsa de cartero.

—Están las placas con las películas —explicó Pia—, se utilizan para hacer las fotografías.

—Ah, se trata de eso, no te han puesto a repartir el correo —le guiñó un ojo.

—¿Dónde está Secondina?

—Está con el contable. —Nerina volvió a guiñar el ojo—. O al menos con alguien que presume de serlo, aunque probablemente con suerte sabrá sumar. Desde el momento en que la ha visto, ya no la ha soltado, dice que quiere casarse con ella.

—Pero ella ya está casada.

—Sí, pero el contable afirma que los matrimonios por poderes son nulos si los cónyuges no se reúnen en el plazo de un par de meses. Probablemente sea una trola para aprovecharse de ella, para llevarla a algún rincón bajo cubierta, no sé si me explico...

—Pues todo lo contrario, yo creo que es verdad, a mí me lo ha dicho también la señorita Amerio.

—Anda, mira, entonces el contable dice la verdad, y a lo mejor también sabe hasta restar.

Aunque Pia estaba encantada de charlar un rato con su amiga y escuchar los cotilleos de la cubierta de proa, se recordó a sí misma que estaba allí con el propósito muy concreto de ayudar a Bardella. Pero, justo cuando estaba a punto de despedirse de ella, la nave vibró bajo sus pies y se

detuvo con una sacudida. Un silbido agudo flotó en el aire; para no caerse, Nerina se agarró al brazo de Pia, quien se tambaleó hacia atrás. La proa se estaba levantando, inclinándose hacia la derecha. Nerina, que entre tanto había recuperado el equilibrio, la sostuvo e impidió que se cayera, cosa que no pudieron hacer muchos de los pasajeros, que rodaron por los suelos. Nerina se aferró al soporte del parapeto izquierdo, sin dejar de sujetar a Pia por la cintura; delante de sus pies vieron un fardo de trapos rodar y caer por la borda con un ruido sordo.

—¡Papá! —oyeron gritar a un chico, por lo visto el hijo del fardo que había caído al mar.

El grito rompió el silencio atónito de los emigrantes, que empezaron a llorar, a blasfemar y a pedir ayuda. Mientras tanto, el barco seguía zarandeándose e inclinándose; y más ruidos sordos y llamadas en vano a los que acababan en el agua; algunas mujeres gritaban desesperadas los nombres de sus hijos, a los que habían perdido de vista, mientras que algunos chicos, abriéndose paso a codazos y empujones entre la asustada multitud, empezaban a subir a las cubiertas superiores, los mástiles y los obenques al grito de:

—¡Nos hundimos, sálvese quien pueda!

Avanzando decidido y aferrándose donde podía, Bardella llegó junto a Pia y Nerina.

—Tómala —dijo jadeando mucho, mientras le entregaba a su ayudante la cámara fotográfica—, mantenla a salvo: si se pierde ella, yo también estaré perdido.

—¿Adónde va? —le preguntó Nerina, mientras el hombre se disponía a reanudar su tambaleante marcha.

—Mi esposa está en la cubierta de primera clase: la popa está hundiéndose, ¡debo salvarla!

—¿Salvarla? —Nerina intentó retenerlo—. ¡Si la popa se está hundiendo, allí todo el mundo estará ya en el agua, y así terminará usted también!

Pero Bardella ya se la había sacado de encima.

—Pia, cuida de la cámara —le gritó desde lejos—. ¡Te lo ruego!

—¡Ayuda, no sé nadar! —oyeron gritar a un hombre en el lado opuesto de la cubierta, aferrado a la parte exterior del parapeto, con las piernas pataleando en el vacío.

—Menudo descubrimiento —comentó Nerina—. Aquí todos somos especialistas en azadón, nadie sabe nadar, y el que acabe en el agua está perdido. Sujétate, Pia —le ordenó—. Voy a ayudar a ese pobre hombre.

Pia obedeció, aferrándose con más fuerza al parapeto con la mano libre, mientras que con la otra sujetaba el preciado equipo fotográfico.

—¡Tú! ¡Échame una mano! —le ordenó Nerina a un joven que parecía atontado por el terror y que la siguió como un perrito.

Pia los vio aferrar por los antebrazos al hombre que colgaba, al que laboriosamente consiguieron izar a bordo. El penetrante silbido que aún surcaba el aire por fin cesó. El barco había dejado de moverse y permanecía inmóvil en un precario equilibrio; los pasajeros, en cambio, no paraban de moverse, empujándose unos a otros. Avemarías y blasfemias se alternaban en el excitado bullicio.

—¡Los botes salvavidas! —oyó Pia gritar a unos hombres que se agolpaban alrededor de las pequeñas embarcaciones sujetas con gruesas cuerdas que nadie parecía capaz de desatar.

Alguien consiguió deshacer algunos nudos, pero la chalupa se precipitó directamente al mar, vacía de carga.

—Hay que arriarlas, antes de desatar los nudos —intervino un marinero, el primero que Pia

veía desde el momento de la colisión.

¿Dónde estaba la tripulación? ¿Sería posible que ya se hubieran ahogado todos? Muchas personas se subieron al bote salvavidas que el marinero y un pasajero con nervios de acero intentaban bajar al agua.

—¡Las mujeres y los niños primero! —gritaba a voz en cuello el marinero, pero los náufragos se peleaban entre sí para ganarse un sitio en aquella cáscara de nuez que se volcó incluso antes de tocar el agua, por culpa de la sobrecarga y del ajeteo.

A esas alturas, el puente estaba ya tan inclinado que Pia podía ver por debajo de ella la popa del barco completamente sumergida. Pocos minutos después llegó un grupo compuesto por marineros, fogoneros y maquinistas, capitaneados por un oficial. Esos hombres bajaron un bote salvavidas.

—¡Mantengan la calma! —gritaba el oficial a los náufragos que se agolpaban con la esperanza de que los rescataran—. ¡Permanezcan a bordo, la ayuda está en camino! —gritaba, repeliendo a los que intentaban subir a la embarcación de salvamento, que bajaron inmediatamente al agua y se hizo a la mar solo con los miembros de la tripulación.

Aquellos marineros estaban abandonando el barco, incluida Pia, sin importarles los pasajeros que dejaban atrás.

—¡Secondina! —oyó gritar—. Secondina, ¿dónde estás?

—Lena, ¿estás bien? —la interceptó Pia.

La pobre chica estaba angustiada, con el pelo despeinado, los ojos hinchados por el llanto y la falda empapada de agua.

—¿Has visto a mi hermana?

—No, lo siento.

—Tengo miedo de que se haya ahogado. Los dormitorios están inundados, he intentado bajar a cubierta para buscarla, pero a la mitad de las escaleras el agua estaba así de alta —dijo, señalando con mano la altura de su cintura—, he tenido que volver atrás, había pobrecitos que flotaban como peces muertos.

—¿Estás segura de que estaba en el dormitorio?

—No lo sé, estaba con el contable. Le dije que no se fuera sola con él, que no estaba bien para una mujer casada, pero ella... ¡Secundina! —gritó, alejándose hacia quién sabe dónde.

—¡La ayuda, que viene la ayuda!

A lo lejos, Pia vio la silueta de un barco que se encaminaba hacia el *Sirio* con las velas desplegadas. Los náufragos, Pia incluida, se echaron todos hacia el lado de la cubierta a la que se dirigía el bergantín.

—¡Ayuda, salvadnos! —gritaban.

El bergantín se acercó al *Sirio* con una lentitud exasperante, hasta que el bauprés lamió su costado como una nariz larga y puntiaguda. Un hombre alto y delgado, con la piel quemada por el sol de decenas de veranos, se subió en el mástil del bauprés empuñando una pistola y se dirigió a los náufragos con palabras incomprensibles.

—El capitán dice que subamos a bordo en orden —tradujo a los italianos un pasajero que sabía español—, dice que, si nos agolpamos, disparará.

Muchos náufragos no se lo hicieron repetir y se pusieron a salvo caminando en equilibrio sobre el bauprés. La pequeña tripulación del bergantín, mientras tanto, parecía protestar y

suplicar a su capitán; como toda respuesta, el hombre también los amenazó con la pistola.

—Los marineros le piden al capitán Vicente que se aleje del *Sirio* —continuó traduciendo el hombre que sabía español—, dicen que, si el barco de vapor se hunde precisamente ahora, también el *Joven Miguel* se irá a pique.

—¿Quién? —preguntó alguien en medio de la multitud de pasajeros que se tironeaban y se empujaban unos a otros, presas del pánico.

—*Joven Miguel* es el nombre del bergantín.

Mientras algunos náufragos se arrojaban al bauprés sin preocuparse de a quién dejaban atrás, otros —y entre ellos estaba Pia— tenían demasiado miedo para subirse y recorrer el delgado sendero que separaba el *Sirio* del *Joven Miguel*; nervioso por aquella vacilación, el capitán Vicente amenazó con el arma a los que titubeaban.

—¡Vamos, señorita!¹ —apremió a Pia, tendiéndole un brazo nervudo y de color bronce, que ella aferró con la mano libre, sin abandonar la cámara fotográfica.

Se encontró así a bordo del bergantín entre cientos de náufragos rescatados; tantos, o quizá más, permanecían en la cubierta del *Sirio*, suplicando que los rescataran mientras el bergantín ya se alejaba.

—¡Están viniendo más barcos! —gritó alguien desde el *Joven Miguel*, señalando unas manchas en el horizonte, para darles esperanzas a los que seguían a bordo.

El capitán Vicente, mientras tanto, seguía despotricando y agitando su pistola.

—Dice que la mitad de nosotros tiene que ir a la cubierta inferior —gritó el hombre que sabía español, también él a salvo en el bergantín—, de lo contrario vamos a zozobrar.

Sin embargo, los náufragos, sobre todo los que habían conseguido salir a flote de las bodegas inundadas, tenían miedo de bajar a la cubierta inferior; el capitán Vicente tuvo de nuevo que recurrir a la pistola para inducirles a aceptar un consejo más tranquilo.

Pia se encontró así en la bodega del bergantín, sentada en suelo y en la oscuridad, entre decenas de desconocidos aterrorizados. ¡Cuánto le habría gustado que estuviera con ella al menos una de sus compañeras de viaje! En aquella coyuntura, incluso la presencia de ese canalla de Bardella habría sido un consuelo. Sin embargo, lo único que le había quedado para hacerle compañía era la cámara fotográfica, que la chica estrechó contra su pecho, como si fuera un osito de peluche, para infundirse un poco de valor.

1. Tanto esta como las próximas intervenciones en cursivas, en español en el original. (N. del T.)

Capítulo 30

—¡Buenos días, abogado Ferro! —lo saludó con un ímpetu nada corriente el portero—. Mis más sinceras felicitaciones.

—Gracias, que tenga usted también un buen día —respondió, todavía un tanto confuso por la somnolencia tras la noche, que había pasado en su mayor parte entre las páginas de una novela.

El abogado salió por la puerta y se encaminó hacia el bufete.

—¡Muy bien hecho, abogado! —le gritó un transeúnte—. ¡Debería haber muchos como usted!

Ferro se tocó el sombrero, sonrió y continuó cada vez más desconcertado: ¿a qué venía tanta benevolencia? ¿Acaso habían instituido el día de la bondad para con los abogados? Sonrió para sus adentros.

—Les ha dado una lección a esos sinvergüenzas: ¡así se hace! —le felicitó otro desconocido al salir de una cafetería.

Al recibir ese tercer cumplido, el abogado se sacudió por fin toda duda de encima y comprendió lo que ocurría: ¡por fin se había publicado el artículo de Raniero! Para ambos, por tanto, estaba empezando una nueva vida, sus nombres serían pronunciados con respeto y deferencia.

—¡Héroe! —le gritó una señora, que se acercó a darle la mano y se la estrechó con entusiasmo—. ¡Es usted un verdadero héroe, abogado!

Embriagado con tantas atenciones, Ferro se desvió del camino habitual para dirigirse al quiosco frente al Tribunal de Apelación.

—Aquí tiene, abogado. —El quiosquero le entregó la *Gazzetta del Popolo* antes incluso de que la pidiera.

—Gracias —dijo hurgando en su bolsillo.

—Oh, no, hoy invita la casa. —El hombre rechazó el dinero—. Esta mañana estoy vendiendo el doble de ejemplares: no es frecuente tener a alguien del barrio en primera página.

—¿Primera página? —preguntó, maravillado.

—Bueno, en la portada solo hay una entradilla, pero el artículo continúa en la sección de noticias.

Después de darle las gracias, se dirigió con el periódico bajo el brazo a la cercana piazza della Consolata; no quería leer el artículo que cambiaría su existencia apoyado en la pared de un edificio, lo disfrutaría en el café de enfrente del Santuario, mientras disfrutaba de un *bicerin* —la deliciosa mezcla de café, chocolate y nata tan apreciada por Cavour—. Ferro solía concederse ese capricho solo cuando estaba muy feliz o, del mismo modo, muy triste. Fue su madre quien le inculcó ese hábito cuando aún era un niño; ella lo recompensaba con un *bicerin* cuando conseguía un objetivo, como un aprobado en la escuela, o se lo ofrecía como elixir si se

despellejaba la rodilla durante la hora de Educación Física.

«El abogado Ferro desentraña el misterio de los fantasmas fotogénicos», leyó con asombro, dando sorbos a su *bicerin* en una mesita. ¡Su nombre aparecía en el titular! Raniero no había mentido cuando había afirmado que haría todo lo posible por darle lustre.

El eficiente abogado Edmondo Ferro, socio del galardonado bufete Ferro - Abogados desde 1807, descubrió gracias a su gran perspicacia una estafa de tipo espiritista que desde hacía meses se venía perpetrando en perjuicio de la condesa Székely y de los asiduos de su salón. Entre los estafados figuran decenas de miembros de la alta sociedad turinesa.

El abogado buscó el artículo completo en las páginas de noticias, donde se publicaban las fotografías que había tomado e incluso un retrato suyo; esto explicaba por qué la gente lo reconocía por la calle aquella mañana, aunque aquello le disgustó un poco, pues odiaba ver su feo careto immortalizado en fotos.

Dejando a un lado su ligera contrariedad, el abogado leyó todo el artículo, saboreando cada palabra. Raniero había hecho un trabajo excelente: su artículo estaba bien construido, era rico en detalles intrigantes y fluía como una buena novela. Incluso había conseguido los nombres de los estafados: ¡eran cerca de unos treinta! El abogado se comprometió a escribir a cada una de las víctimas ofreciéndoles sus servicios legales; aunque quizá no sería necesario, probablemente serían ellos mismos quienes le escribirían para darle las gracias y solicitar su ayuda. ¡Ah, su tío tocaría el cielo con un dedo! ¡Treinta exponentes de las mejores familias de Turín como fieles clientes del bufete Ferro!

Colmado por el éxtasis, el abogado se encaminó —aunque sería más apropiado decir que fluctuó— hacia el despacho. Mientras subía las escaleras, el cuaderno de las miradas, en el bolsillo interior de la chaqueta, palpitaba de felicidad al unísono con su corazón, mientras que la novela, que como de costumbre había guardado en el bolsillo exterior, traqueteaba dándole alegres palmaditas de felicitación. El abogado se detuvo delante de la entrada, degustando de forma anticipada el entusiasmo de escribientes y oficinistas y, por último, la incrédula felicidad —quién sabe si incluso la conmoción— de su tío.

—¡Buenos días a todos! —saludó gárrulo al abrir la puerta.

Un archivero, que estaba recogiendo unos documentos de manos de Frida, la secretaria, se volvió hacia él con aire aterrorizado, como si hubiera entrado en el estudio un gigantesco oso pardo y no un hombrecillo de baja estatura como era él.

—Hola. —Ferro repitió el saludo.

El archivero respondió con una inclinación de cabeza y luego se escabulló a paso ligero, imitado por un escribiente y por el contable. Edmondo buscó una explicación en la cara de la secretaria, quien, sin embargo, había clavado los ojos en un documento a tal profundidad que ya no era capaz de despegarlos de allí.

—El abogado Eugenio lo espera en su despacho —se limitó a murmurar.

—¡Oh, bien, muy bien! —respondió Ferro, aún eufórico, a pesar de que el comportamiento extraño y cauteloso de los empleados lo confundía.

Su tío debía de haberles dado un buen repaso aquella mañana, pensó mientras caminaba por el pasillo, pero ciertamente esto habría ocurrido antes de que leyera el periódico y descubriera que ¡tenía por sobrino al paladín de la alta sociedad turinesa! Tampoco los empleados debían de

haber leído sobre sus hazañas todavía; de lo contrario, ¿cómo explicarse haberlos sorprendido con esas caras de consternación, en lugar de con expresiones alegres y festivas?

—Tiito—llamó al despacho—, ¿me buscabas?

La puerta se abrió de golpe y el joven Ernesto salió de la habitación llorando: ¡tal vez por eso los empleados estaban tan turbados! Para llevarlo hasta el llanto, su tío debía de haber vociferado y despotricado contra aquel chico como una bestia enfurecida, aterrorizando a todo el mundo.

—Primo Edmondo. —El chico lo abrazó, sollozando—. ¡Adiós, adiós para siempre! —Se despidió de él y luego echó a correr.

—Pero ¿qué pasa? —dijo, y estuvo a punto de salir tras él.

—Lo que pasa es que no ha aceptado casarse con Eloisa —rugió su tío desde el interior de la habitación—. Así que lo he enviado de vuelta a ser lechero.

—¡Ahora estás exagerando, tío! —El regocijo que aún sentía se convirtió en valor.

Entró en el despacho y se sorprendió al encontrar allí a su prima Eloisa. Estaba sentada delante del escritorio de su padre, pálida y agotada como nunca la había visto. Hacía casi dos semanas que no se veían, desde que se había presentado en su habitación para avisarla de las sospechas de su padre. ¿Qué le había ocurrido en ese tiempo, que era tan horrible como para sumirla en un estado semejante de postración?

—Buenos días, Eloisa —la saludó—. ¿Estás bien?

Ella esbozó una media sonrisa y asintió con la cabeza. Edmondo se volvió entonces hacia su tío; su rostro también era ceroso y los ojos aparecían marcados por lívidas sombras.

—¡No estoy de acuerdo con tu decisión de echar al primo Ernesto solo porque no haya aceptado tu ridículo plan dinástico! —le dijo sin rodeos—. Es un buen joven, y, como socio mayoritario, me veo obligado a pedirte que reconsideres tu decisión.

Edmondo guardó silencio a la espera de la inevitable reacción iracunda de su tío, y se prometió a sí mismo no retroceder. El hombre, sin embargo, no estalló.

—Aquí los «planes dinásticos» no tienen nada que ver. —Negó con la cabeza—. En cualquier caso, tendremos un heredero que llevará nuestro apellido.

Ante aquellas palabras, Eloisa se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar.

—Pero... Eloisa, tú...

—¡Sí, esta desgraciada está embarazada! —El tío Eugenio dio un puñetazo sobre la mesa—. ¡A sus treinta años se ha dejado burlar como una chiquilla ingenua! La única esperanza de salvar su honor y el de toda la familia Ferro era un matrimonio reparador.

—¿Con Ernesto? —El abogado intentó hacerse cargo de la situación.

—Con Ernesto, claro, porque el desgraciado que la ha metido en este lío ha salido por piernas. Lástima, de todas formas, que el querido primito no haya querido ni oír hablar del asunto, a pesar de que le he rogado y le he suplicado. Yo, ¿te das cuenta? —le dirigió una mirada lívida—. ¡Eugenio Ferro implorando a un lechero! Y me ha respondido que no podía satisfacerme, porque ya tenía novia; entonces le ofrecí dinero (mucho dinero), una participación en el bufete e incluso un apartamento, pero él ha dicho que era un hombre de honor, y que no iba a dejar a su prometida a ningún precio.

—¡De todas formas nunca me habría casado con él! —dijo Eloisa entre sollozos.

—¡Por supuesto que no se habría casado con él, tío! —reaccionó Edmondo Ferro—. Ella está enamorada de otro.

—¡Uno que no se va a casar con ella! —tronó el tío, demasiado alterado para darse cuenta de que su sobrino conocía detalles de la vida de Eloisa que a él se le habían ocultado.

—No adelantemos acontecimientos, es probable que el joven se haya quedado desconcertado por la noticia y haya reaccionado de una manera impulsiva, pero volverá sobre sus pasos; si no es por un sentimiento de deber al menos por el miedo a un escándalo. La familia Ruspoli es una de las más prominentes del sur de Italia y...

—¡Pero de qué familia hablas tú! —El tío dio otro manotazo sobre la mesa—. Su nombre es Ruspoli, es cierto, pero no está ni remotamente emparentado con el armador; su apellido no puede reportarle otra ventaja más que la de seducir a una tonta como tu prima.

—¡Eloisa no es de las que se dejan impresionar por el patrimonio! En cualquier caso, aunque nuestro Ruspoli no sea pariente del armador, sigue siendo un oficial de la Marina Real. Lo es, ¿verdad? —dijo, y le pidió confirmación a su prima, que lo confirmó con un movimiento de cabeza—. Hay peores partidos, tío, y los militares tienen un gran sentido del honor, estoy seguro de que, si hablaras con él e insistieras en ese sentido, lo convencerías para...

—¿Ser bígamo? —lo interrumpió su tío.

—¿Está casado? —Derrotado, Edmondo se desplomó sobre una silla, desprovisto de cualquier réplica.

—Sí, ya está casado. —Eloisa se puso en pie de un brinco, tras un largo y antinatural silencio—. He sido una idiota, lo admito, pero afrontaré las consecuencias de mis errores.

—Por supuesto que las afrontarás —confirmó el padre—. Te marcharás a Suiza antes de que el embarazo sea visible, darás a luz a tu hijo y se lo entregarás a una nodriza.

—¡Eso nunca! No abandonaré a mi hijo.

—¡Pero quién ha hablado de abandonar! Yo no he dicho que vayamos a dejarlo en la escalinata de una iglesia; en cuanto tenga la edad, lo enviaremos a un excelente internado, satisfaremos todas sus necesidades de la mejor manera posible.

—¡Me niego! —El rostro de Eloisa ya no mostraba ningún rastro de llanto—. Mi hijo se quedará conmigo.

—Está bien, pero tú no te quedarás con nosotros.

—¡Pero, tío! —Edmondo también se puso en pie—. ¿Cómo puedes echar de casa a tu hija en una coyuntura como esta?

—Edmondo, ahora estás tan conmocionado por la noticia como yo me quedé cuando me he enterado de la historia —le dijo en tono tranquilo—. Pero, en cuanto lo pienses con calma, comprenderás que criar al niño lejos de la familia es la mejor opción para todos.

—No, no voy a hacerlo. —Su prima se dirigió resuelta, pero tambaleándose un poco, hacia la puerta—. Trabajaré para mantenerme a mí y a mi hijo, trabajaré de secretaria, de escribiente, incluso de criada si no encuentro a nadie dispuesto a contratar como empleada a una madre soltera; pero no dejaré que mi hijo crezca solo —concluyó, y dio un portazo.

Edmondo intentó correr tras ella, pero su tío se lo impidió:

—Deja que se vaya, necesita reflexionar sobre lo que ha hecho.

El abogado Ferro no estaba de acuerdo; su prima sabía bien lo que había hecho, y no necesitaba pensar al respecto. En todo caso, tenía que reflexionar sobre qué hacer y por eso se resolvió a no ir tras ella.

Capítulo 31

Desembarcaron pasada la medianoche. El puerto estaba lleno de buena gente dispuesta a ponerles mantas sobre los hombros, probablemente las de sus propias camas, y regalarles el pan y la fruta que había sacado de sus propias mesas.

Aquella noche nadie les pidió sus datos personales, sino que se limitaron a preguntarles si estaban heridos y necesitaban que los curaran. Muchos náufragos lloraban, sobre todo las mujeres, que gritaban los nombres de sus hijos con la desesperada esperanza de encontrarlos; algunas buenas señoras del lugar se desvivían por consolarlas, abrazándolas y hablándoles en su lengua, que tenía un sonido tan dulce. Al ver tanta bondad envolviendo todo aquel dolor, Pia hizo algo que hasta entonces no había conseguido hacer por su angustia desmedida: lloró.

Al ver sus lágrimas, una mujercita dejó la cesta que llevaba y la abrazó con fuerza:

—*¡Mi pobre hija! ¡Mi pobre hija!* —canturreó.

Pia se abandonó a ese abrazo y esas palabras de consuelo que no entendía.

—*¡Tómalo cariño, tómalo!* —dijo la mujer, cogiendo de su cesta una hogaza de pan.

Todavía estaba caliente: la buena mujer había preparado aquellos bocadillos al ver su desembarco.

De repente, en medio de la desesperación general, se levantaron gritos de júbilo:

—*¡Viva el capitán! ¡Viva Vicente Buigues Ferrando! ¡Viva el Joven Miguel y sus héroes!*

Tras comprobar que todos sus huéspedes habían desembarcado, el capitán Vicente, llevando en brazos a un niño de seis o siete años medio dormido, se bajó por fin del bergantín, seguido por sus marineros. La multitud de gente que estaba prestando auxilio se olvidó por un momento de los náufragos y se agolpó a su alrededor para agasajarlo. El capitán les dio las gracias con sonrisas apenas esbozadas; aquellas atenciones parecían incomodarlo. La buena mujer de los bocadillos acarició la cabeza del niño que llevaba en brazos:

—*¡Tu padre es un santo!* —le dijo, entregándole una hogaza, que el pequeño, aunque embobado por el sueño, aferró con rapidez.

En el barco iba su hijo, y pese a ello el capitán Vicente no había dudado en rescatar a los pasajeros del *Sirio*, aunque conocía los peligros que conllevaba.

Cuando, al cabo de un par de minutos, Vicente se cansó de toda esa adoración y lo dejó claro a todo el mundo, las atenciones se volvieron a los náufragos, que fueron escoltados hasta el ayuntamiento, donde habían preparado un dormitorio improvisado. Cada uno de ellos tuvo una cama y una sopa caliente para entrar en calor.

Un hombre bigotudo y bien vestido tomó la palabra y anunció, primero en español y luego en un italiano chapurreado, pero comprensible, que muchos barcos habían ido a rescatar a los náufragos para luego desembarcarlos en otros puntos de la costa española, donde estaban recibiendo ayuda igual que ellos. La noticia consoló a quienes habían perdido de vista a sus seres

queridos, pero no a quienes habían tenido la desgracia de verlos perecer entre las olas.

—¿Dónde estaba tu hija la última vez que la viste? —oyó que un náufrago le preguntaba en dialecto piamontés a una mujer que lloraba desesperadamente.

—Estaba en cubierta, pero no subió al barco con nosotros.

—Si la viste en cubierta y estaba bien, eso seguramente significa que se subió a otro barco. Mañana preguntaremos por ella.

Esas palabras también reconfortaron a Pia: Lena y Nerina habían sobrevivido al choque, no habían caído por la borda ni se habían ahogado en los dormitorios. Hasta que se demostrara lo contrario, también había esperanzas para Secondina, Nita y el matrimonio Bardella. Ese pensamiento tranquilizador, unido a un gran cansancio, la persuadió de tumbarse en el catre, donde se quedó dormida, sujetando todavía la cámara fotográfica.

Pia estaba inmersa en un sueño pesado y sin sueños cuando una voz la despertó: era el bigotudo orador de la noche que acababa de pasar; los informaba sobre el comedor que acababan de preparar para ellos y donde recibirían el desayuno, durante el cual recopilarían sus nombres para elaborar una lista de supervivientes y reunirlos con los familiares y amigos que habían encontrado refugio en otros lugares. El hombre también añadió que al cabo de unos días se pondrían barcos a disposición de los náufragos para continuar el viaje hacia Argentina, o para volver a Génova por si alguien se sentía incapaz de proseguir.

Pia se levantó de la cama, dobló con cuidado la manta que había recibido en el puerto, luego se puso la bolsa de las placas en bandolera y cogió la cámara fotográfica.

—Oiga, señorita, a pesar de que seamos pobres, no se la vamos a robar —dijo despectivamente la náufrega del catre contiguo al suyo.

—No es mía —se apresuró a justificarse—. Tengo que devolvérsela a su dueño, él me la confió; tal vez lo encuentre hoy mismo.

—El dueño de semejante negocio debía de viajar en primera clase, y toda esa gente la ha palmado, o mejor dicho; casi todos, porque usted está aquí —le dijo, observando su vestido verde aguamarina.

—Pero yo no estaba en... Perdón, tengo que irme —se despidió, tras darse cuenta de que la mujer desahogaba su dolor desquitándose con ella, o más bien con quien creía que era: una señorita de primera clase que se había salvado de milagro. Una gracia que probablemente el cielo no le había concedido a alguno de sus seres queridos.

Pia llegó hasta el comedor, que olía a café y a pan recién hecho, y se puso a la cola para obtener su ración. En largas mesas improvisadas, hechas con tablones de madera apoyados sobre caballetes, los náufragos se refocilaban, mientras algunos hombres bien vestidos pasaban entre ellos armados con plumas y libros de registro para recoger sus nombres. A la chica le dio un vuelco el corazón: en aquel momento nadie sabía quién era, era solo una náufrega anónima, pero, en cuanto diera sus datos, o más bien los de su hermana, volvería a ser la esposa de un extranjero de ultramar y la embarcarían, probablemente incluso por la fuerza, en otro barco de vapor para entregarla a su marido, con muchas disculpas por el lamentable retraso.

Mientras estaba sumida en esos pensamientos, un chico le dijo:

—Señorita, una palabra, por favor.

Pia miró al chico; parecía correcto e iba vestido con el modesto decoro de un oficinista. Al principio pensó que se trataba de uno de los que recopilaban los nombres, pero se dio cuenta de

que no llevaba consigo el libro de registro.

—¿Puede tomar fotos para mí, señorita?

—Perdone, pero no le entiendo.

—Fotos, por favor —repitió señalando la cámara fotográfica.

—No es mía —se justificó por segunda vez aquella mañana.

—No. —Negó con la cabeza, imitando el gesto de hacer fotografías.

—¿Quiere que le haga una fotografía ahora? —le preguntó, sorprendida.

El chico se alejó, derrotado, pero volvió poco tiempo después acompañado por una mujer de unos sesenta años cuyo delantal sobre un vestido oscuro revelaba su condición de viuda rica.

—Hablo un poco de italiano —le dijo—. Mi segundo marido era italiano. El *chico* —dijo señalando al muchacho —trabaja para *el periódico*, y te pide que hagas *fotos* para él. *Dice que te paga.*

Pia se quedó perpleja. La cámara no era de su propiedad y no estaba bien que la utilizara en su propio beneficio; pero el chico parecía muy interesado, y ella podía entregarle las ganancias a Bardella en cuanto lo encontrara. No podía olvidar los engaños y las maquinaciones que aquel hombre había ejecutado en su contra, pero el naufragio en cierto sentido había lavado sus culpas, convirtiéndolo en un pobre diablo como ella y todos los demás. Casi seguro que había perdido todo el equipo y las fotos reveladas en el cuarto oscuro. Pia consideró que era su deber aceptar el encargo en su nombre.

—De acuerdo —aceptó.

—¡Oh, bueno! —se alegró la viuda, informando al chico y volviendo inmediatamente a sus quehaceres.

—Me llamo Pablo Allende, ¿y usted?

Pia intuyó que quería saber su nombre, pero un periodista era la última persona a la que se lo habría querido revelar, así que fingió no entenderlo. Ambos salieron del ayuntamiento y caminaron en dirección al puerto. A medida que se acercaban al mar, Pia pudo distinguir con creciente claridad el derrelicto que era el *Sirio*, que emergía de las aguas como el cadáver de un enorme monstruo acuático. Probablemente, el joven periodista quería que ella lo fotografiara.

—¿Eso? —le preguntó señalándoselo.

—No. —Negó con la cabeza, sacando un periódico recién impreso de debajo de su chaqueta y mostrándole la foto del barco de vapor en la portada.

Debían de haber tomado la fotografía pocas horas después del naufragio, cuando la luz aún lo permitía. Aunque no sabía español, Pia se permitió unos instantes para echar un vistazo al artículo y reconoció entre las palabras incomprensibles el nombre del capitán Vicente y de los primeros oficiales Tarantino y De Amezaga. El artículo también mencionaba a un tal marinero Vizzica y otros nombres desconocidos para ella.

—¿Están a salvo? —le preguntó al periodista, señalando los nombres.

—Sí —le contestó, pues parecía haberla entendido—. *Ellos son los héroes del naufragio.*

Pia también lo entendió y se alegró al pensar que los dos oficiales y muchos otros miembros de la tripulación se habían comportado con heroísmo, en lugar de salir pitando en una balsa de salvamento como había visto hacer a aquel grupo de marineros.

—Vamos, por favor —la apremió el periodista, que parecía tener prisa.

Si no quería immortalizar el derrelicto, pensaba Pia mientras lo seguía, ¿qué quería que

fotografiara? Se adentraron en el puerto; al llegar a cierta altura, un policía, o tal vez un vigilante del puerto, les cerró el paso.

—*Pablo Allende, periodista* —se presentó el joven, mostrando una identificación.

El agente se hizo a un lado y los dejó pasar. Pia sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho al darse cuenta de lo que Pablo quería que fotografiara: en el muelle, uno al lado del otro, había docenas de cuerpos sin vida. Los habían colocado sobre lonas blancas, probablemente viejas velas, y los habían cubierto con la misma tela hasta la barbilla: aquellos eran los pasajeros que el mar había devuelto durante la noche.

Pablo le hizo un gesto con el brazo, indicándole que era ese despliegue de cuerpos inertes lo que tenía que fotografiar. Pia titubeó: ¿era correcto retratar esos miserables restos mortales? ¿No era mejor dejarlos descansar en paz, sin exhibirlos en las páginas de un periódico? Probablemente sí, pero también era correcto contar su historia, para que la gente supiera que muchas de esas pobres personas podrían haberse salvado si las cosas hubieran ido diferente.

Pia se armó de valor y disparó. Con gestos, el periodista le hizo saber que quería más, así que desfilaron delante de los cadáveres, deteniéndose cada vez que él le pedía otra toma. Pia estaba enfocando la enésima fotografía, cuando algo hizo que se estremeciera. En el visor de la cámara fotográfica, entre los muchos rostros anónimos que se asomaban de las telas blancas, reconoció uno que le resultaba familiar: la señorita Anita Amerio.

La pobre chica tenía el rostro tan magullado e hinchado que de entrada no la había reconocido, pero era ella, estaba claro, no cabía duda. A Pia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—*¿Es esta Dolores Millanes?* —le preguntó el periodista con tono esperanzado.

—No —negó. Fue así como se enteró de que la diva Lola no se encontraba entre los afortunados que habían sido rescatados—. *¿La conoces?* —le preguntó Pablo, sacando la pluma y la libreta.

Mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, Pia pensó en el merecido sentimiento de culpa que los familiares de la chica habrían de experimentar cuando se enteraran de que su interés por deshacerse de ella la había llevado a la muerte; luego, no obstante, se le ocurrió pensar que, tras unas lágrimas de cocodrilo, la buena vida reanudaría su curso y sabían que Nita no volvería a molestarlos con su presencia. Mejor dejarlos con la duda; que vivieran con el sutil pero persistente temor de que un día la señorita Amerio encontraría el camino de vuelta a casa y llamaría a su puerta, exigiendo esa hospitalidad que una familia acomodada está obligada a ofrecer a un familiar necesitado.

—La conocí en el barco —mintió, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—, pero no recuerdo su nombre.

Tal vez porque se había creído su mentira, o más probablemente porque no había entendido ni una palabra, el periodista guardó su libreta.

—*Tenemos que ir a la redacción inmediatamente* —dijo.

Pia solo entendió que tenía prisa por ir a algún lugar y lo siguió hasta un edificio no muy alejado del puerto. Subieron un tramo de escaleras y, tras atravesar una puerta en cuyos cristales estaban pintadas unas palabras que no entendió, se encontraron en una gran sala donde habían colocado una docena de escritorios, uno al lado del otro, como los pupitres de una clase. En esas mesas uno escribía, otro dibujaba y otro más allá recortaba y yuxtaponía trozos de papel siguiendo una lógica misteriosa. Pablo saludó a sus compañeros y añadió un puñado de palabras

que causaron cierta impresión. Todos se levantaron saludando, sonriendo y pronunciando palabras que sonaban amables.

Siguiendo un pasillo, Pablo y ella llegaron a otra puerta, que él abrió. La habitación estaba a oscuras, Pablo accionó un interruptor y una lámpara roja la iluminó débilmente. Era un laboratorio fotográfico, muy parecido al que Bardella había montado en el barco.

Un chico bastante joven se acercó, sosteniendo una bandeja con una cafetera y unos bocadillos.

—*Para usted, señorita fotógrafa* —dijo sin aliento.

—Gracias.

El chico debía de haber corrido bastante para conseguir aquellos víveres, pero lo que más valoró ella fue cómo la había llamado: señorita fotógrafa. El periodista cogió la bandeja y dispensó una sonrisa de aprobación al muchacho, que se alejó hinchado de orgullo.

—*Vamos, por favor.*

Pablo entró en la habitación y colocó la bandeja sobre la mesa. Pia se imaginó que quería que lo ayudara con el revelado fotográfico, pero, cuando él se marchó, cerrando la puerta, se dio cuenta de cuál era la situación: la moderna y costosa cámara fotográfica de Bardella le había hecho creer que ella era una profesional, capaz tanto de tomar como de revelar fotografías.

Con la poca experiencia adquirida en los días anteriores, Pia no se sentía capacitada para enfrentarse por sí sola al proceso de revelado e impresión, pero las fotografías parecían de suma importancia para aquellos amables periodistas que confiaban en ella, así que decidió intentarlo.

Abrió la bolsa y sacó las placas. Al hacerlo, una fotografía cayó al suelo. Pia la recogió; era la primera que había tomado, la que debería haber retratado a la señorita Amerio, pero que, en cambio, reproducía únicamente el parapeto del barco. Qué reconfortante habría sido para ella que aquella fotografía le mostrara el dulce y bondadoso rostro de la querida Nita. Aquel plano vacío adquiriría ahora perfiles proféticos e inquietantes, mostrando la ausencia de una chica que ya no estaba.

Pia dejó la foto sobre la mesa y se esforzó por alejar de sí la tristeza, para concentrarse. Miró a su alrededor para familiarizarse con el entorno en el que luego se movería con la luz apagada, tras lo cual cogió los frascos con los líquidos de revelado y de fijación; no fue capaces de distinguirlos por las etiquetas, escritas en español: tuvo que identificarlos desenroscando los tapones y oliendo su contenido.

—*Ánimo, señorita fotógrafa* —murmuró para sus adentros, tras lo que apagó la luz roja y se encontró sumida en la oscuridad.

Buscó a tientas las placas que había dejado sobre la mesa, extrajo las películas y las puso en remojo en el líquido de revelado; mientras esperaba a que la química hiciera su magia, bebió un poco de café para reponerse. Sorbía el líquido tibio con los ojos cerrados, aunque mantenerlos abiertos en el cuarto oscuro no habría supuesto ninguna diferencia, esforzándose por hacer que cada palabra de *munsù* Bardella volviera a su mente. Sacó las fotos del líquido de revelado, las lavó y las metió en el baño de fijación. Ahora por fin podía encender la luz roja y ver los frutos de su trabajo. La primera fotografía, con los cadáveres tendidos en fila en el muelle, le produjo escalofríos: la escena era casi tan dramática como vista en directo. Al ver esa imagen tan lograda la invadió un resplandor de orgullo.

—Qué pena, *señorita fotógrafa*. —Suspiró—. Te alegras por una foto en la que aparecen

decenas de víctimas inocentes.

La segunda y la tercera toma eran muy parecidas a la primera; a partir de la cuarta, sin embargo, comenzaron las fotografías de detalle; retrataban unos pocos cuerpos a la vez y a tan corta distancia que se podían distinguir sus rostros con claridad. No son apropiadas para un periódico, pensó mientras las enjuagaba para tenderlas luego sobre los cordajes; son demasiado cruentas, se repetía, temiendo el instante en que recuperara del baño fijador la última fotografía, la que retrataba la cara hinchada y tumefacta de la señorita Amerio.

Pia enjuagó la última película sin mirarla, pero, cuando llegó el momento de tenderla se dio cuenta, con una mezcla de asombro y de alivio, que solo retrataba el muelle desnudo. Cuando había reconocido a su amiga en el visor de la cámara fotográfica, se había estremecido, y ese movimiento inconsciente había afectado al encuadre, justo como le sucedió cuando tomó su primera fotografía... No haber sido capaz de retratar a Nita ni viva ni muerta quizá fuera cosa del destino, pensaba mientras se le hacía un doloroso nudo en la garganta.

Tras terminar el trabajo de impresión, Pia constató que se habían perdido muchas fotografías, debido a su escasa experiencia en el encuadre de los temas y en el proceso de revelado, pero otras estaban bien impresas sobre sus cartones. Fue a la buscar la bolsa, con la esperanza de encontrar en su interior un sobre en las que meterlas antes de entregárselas a Pablo. Mientras rebuscaba en todos los compartimentos y en cada uno de los bolsillos, el ojo estrábico se volvió hacia la fotografía del parapeto del *Sirio* que había colocado en la esquina de la mesa. Pia enderezó la mirada llevándola hacia sus propias manos mientras hurgaban en la bolsa, pero el ojo desobediente volvió a girarse y se detuvo unos instantes más en esa imagen. Incredula, Pia cogió la foto entre sus manos y la acercó a la lámpara roja: delante del parapeto se recortaba la grácil figura de Anita Amerio. Su rostro, sin embargo, no mostraba la sonrisa dulce y melancólica desplegada delante del objetivo, sino una amplia sonrisa de satisfacción, velada por un guiño teñido de malicia.

Un golpe seco hizo que su corazón saltara en su pecho; luego, un segundo golpe le reveló que estaban llamando a la puerta.

—Señorita fotógrafa, ¿terminó?

—Sí, he acabado —respondió sin apenas darse cuenta.

La puerta se abrió, y Pia aún no había encontrado fuerzas para apartar la mirada estrábica de aquel guiño de la señorita Amerio; pero en cuanto la luz del pasillo penetró en la habitación, la imagen se reveló como lo que era, es decir, el desnudo parapeto de un barco. Solo se había dejado suggestionar, se tranquilizó a sí misma; su corazón, pese a ser consciente de lo que había pasado, no daba muestras de desacelerar los latidos.

El periodista miró las fotos.

—Bueno —repetía con satisfacción al examinar cada una de las tomas.

—Espere —se animó Pia—, hay una que no es buena.

El chico no entendió y siguió ojeando las fotografías. Pia se quedó a su lado esperando a la última instantánea, la que reproducía solo el muelle desnudo y que —ni siquiera ella sabía por qué— había decidido revelar de todos modos.

—Oh, pobre chica —comentó el joven, observando la cara lívida de Nita, retratada en la última fotografía—. ¡Qué pena, pobrecita!

—¿No sabes escribir, *cariño*?

Pia vacilaba con la pluma en la mano, mientras la viuda que esa misma mañana la había ayudado a comprender lo que Pablo le pedía la miraba con piadosa benevolencia.

—Sé escribir, claro que sí —respondió, a pesar de sentirse algo resentida.

—Oh, perdóname —se disculpó la buena mujer.

Tras haber revelado las fotografías en la redacción, Pablo Allende la acompañó de nuevo al centro de acogida del ayuntamiento para que completara los trámites de identificación y de registro que había conseguido evitar por la mañana. La muchacha soltó un largo suspiro y por fin puso la pluma sobre el papel: estaba a punto de escribir su nombre en el registro de supervivientes, unas letras que le arrebatarían su libertad.

No, no podía hacerlo.

No quería.

Pero era necesario que lo hiciera.

La mano se movió por fin y la pluma dibujó una marca negra e indeleble sobre el papel.

—¡*Oh, bueno!* —Sonrió la viuda, recogiendo el registro.

«¡No, espere! —le habría gustado gritar a Pia, inmediatamente arrepentida de lo que había hecho—. ¡Me he equivocado al escribir!»

Sin embargo, no dijo nada.

¿Quién se equivocaba al escribir su propio nombre? Ni siquiera los que, como ella, solo habían estudiado hasta segundo curso de primaria.

La suerte estaba echada, se dijo a sí misma. Lo único que le quedaba era prepararse para las consecuencias.

Capítulo 32

QUERIDÍSIMA MADRE STOP

ME DIRIJO A USTED PARA HACERLE UNA PETICIÓN DE TODO CORAZÓN STOP

LE RUEGO QUE INVITE A ELOISA A PASAR UNOS DÍAS DE VACACIONES CON USTED STOP

SEA TODO LO PERSUASIVA QUE SOLO USTED SABE SER STOP

SU AMADA SOBRINA NECESITA TRANQUILIDAD STOP

SU DEVOTO HIJO STOP

El abogado releyó el borrador por tercera vez, el texto era minúsculo en comparación con la magnitud del mensaje original, aunque probablemente demasiado largo para ser un telegrama. Madama Ferro, sin embargo, sabría leer entre líneas y entender todo lo que le hervía en la mente: «Queridísima madre, necesito desesperadamente su ayuda. Le ruego que ordene a Eloisa que se reúna con usted de manera inmediata en el campo. Oblíguela a que ponga objeciones y a que se ponga en marcha sin dilaciones, ¡invéntese un pretexto, finja estar enferma, incluso moribunda, si es necesario! Su pobre sobrina se ha metido en un buen lío y tenemos que ponerla a salvo de la ira de su padre. Con el inmenso afecto de su devoto hijo, que una vez más la necesita para protegerse de una tormenta familiar».

El abogado buscó un sobre nuevo entre los papeles que infestaban su escritorio como las malas hierbas. Había pasado ya más de una hora desde la escena principal del tío Eugenio y la dramática huida primero de Ernesto, luego de Eloisa, y desde entonces no se oía en el bufete ni el vuelo de una mosca.

En el bolsillo interior de su americana, el cuaderno de las miradas palpitó afectuoso.

—Lo sé, queridos míos —se acarició la chaqueta—, siempre podré contar con vosotros; sabréis reconfortarme y darme consuelo como nadie más, pero ahora no, amigos míos, estoy demasiado abrumado incluso para leer.

El cuaderno vibró con dolorido asombro, y luego se calmó, solidario y resignado.

—¡Pobre Eloisa, pero también pobre el joven Ernesto! —suspiró el abogado.

Ahora que se había ocupado de encontrar un refugio temporal pero seguro para su prima, tenía que pensar también en él, se dijo; no podía dejar que volviera a su pueblo con la cola entre las piernas, como un perro apaleado.

En una hoja de papel un poco arrugada pero limpia escribió:

Querido Lucio, dirígete lo más pronto posible al internado de la universidad y dile a mi primo Ernesto Ferro que haga las maletas y se mude a nuestra casa.

—¿Dónde está el héroe del día? —dijo alguien en aquel silencio antinatural—. Tengo que

verle, señorita, déjeme pasar, sea usted tan amable. —Oyó la voz que se acercaba.

—Por favor, señor —suplicaba la voz de la secretaria, con el volumen más moderado—. ¡No es el mejor momento para una visita!

—¡Claro que lo es! ¡Es el mejor momento de toda mi vida!

La puerta se abrió de par en par y Raniero apareció en plena euforia, obstaculizado por la preocupadísima señorita Frida.

—Raniero, pasa —se apresuró a decirle Ferro para que se sentara.

—Pero, abogado Edmondo —objetó Frida con voz angustiada—, su tío nos ha ordenado que no permitamos pasar a nadie.

—Estoy seguro de que se refería a los clientes, no a los amigos.

—Pero yo... —La mujer estaba al borde de una crisis de llanto.

—Tengo un trabajo que puedo confiarle solo a usted, señorita —dijo, cambiando de tema—. Debe ir inmediatamente a la oficina de correos para poner un telegrama de la mayor urgencia —le ordenó, tendiéndole el papelito, al que no había logrado ofrecerle el refugio de un sobre—. Quiero que vaya usted en persona.

—Por supuesto, abogado —respondió ella, incapaz de disimular, tras la máscara habitual de seria eficiencia, el alivio de poder alejarse un rato del bufete.

—Luego tiene que ir a mi casa para entregarle esta otra nota a mi criado y, de regreso, si no es mucho pedirle —decidió darle la oportunidad de prolongar su excursión—, me gustaría que se dirigiera a esa bonita papelería de via Corte d'Appello a buscarme tinta Minerva —le dijo, a pesar de que en su escritorio se erguía un gran frasco de tinta negro e intacto.

—¡A sus órdenes, abogado! —aceptó con gratitud.

—¿Por qué estás aquí, Raniero? —le preguntó con involuntaria aspereza en cuanto se quedaron solos.

—¡Qué modales, amigo mío! Ahora que eres un héroe, ¿acaso ya no puedo acudir a ti sin necesidad de concertar una cita?

—Perdona, Raniero —se disculpó—. Y gracias por ponerme tan bien en el artículo.

—Era lo mínimo que podía hacer —se justificó—. Ese artículo no existiría de no haber sido por ti y por tu tenacidad.

El abogado hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Vamos? —le preguntó su amigo a bocajarro.

—¿Adónde?

—A brindar, ¿recuerdas? Me pediste que no probara el alcohol hasta que brindáramos por la publicación del artículo.

—¡Son las diez de la mañana!

—Son las diez, ¡eso digo yo! El artículo lleva ya varias horas en la calle y aún no me he tomado ni una copita. ¡Vamos, Edmondo, quiero brindar! Ya he recibido dos propuestas de trabajo, ¿sabes? Una de la *Gazzetta del Popolo* y la otra de *La Stampa*.

—Me alegro mucho por ti.

—Nadie lo diría —dijo Raniero con una mueca.

—En general, no estoy muy alegre —admitió el abogado—. Pero me alegro sinceramente por ti.

—¿No te ha gustado el artículo? —le dijo, preocupado—. ¿He escrito algo que te haya

contrariado? ¿Acaso no le ha gustado a tu tío?

—El artículo es estupendo —lo tranquilizó—. Me has pintado como un héroe de la patria; en cuanto a mi tío, no creo que sepa nada todavía, hoy tiene otras cosas en la cabeza. —Suspiró.

—Edmondo, ¿qué pasa? —le preguntó su amigo, algo alarmado.

—¡Si tú supieras!

—Basta con que me lo digas y entonces lo sabré —bromeó, proponiéndole de nuevo la fórmula que Edmondo había utilizado a menudo para hacer que confiara en él.

—Por desgracia, no puedo hacerlo, es un asunto que no me concierne a mí, sino a alguien muy cercano.

—Lo entiendo —asintió—, pero si ni siquiera puedes expresarlo con palabras, sal conmigo y bebe para olvidarlo. Conozco un pequeño local, a unos pasos de aquí, donde sirven un vermú verdaderamente especial que...

—¿Es este entonces el día en que he de morir? —La voz de Eugenio Ferro vibró en el pasillo, haciendo callar a Raniero y tornando la cara de Edmondo aún más mortecina—. ¿Dónde estaba Frida cuando han llamado?

—No lo sé, abogado —respondió un escribiente—. Habrá salido para hacer algún recado.

—¿Y quién le ha dado permiso?

—Ay... —se le escapó por debajo del bigote negro a Raniero, mientras los pasos del hombre resonaban en el pasillo.

Los dos amigos se volvieron hacia la puerta, esperando con miedo y resignación a verla abrirse de par en par; los pasos, sin embargo, continuaron hacia el vestíbulo.

—¡Que pasen ya y se pongan cómodos! —oyeron que ordenaba.

—Pero es que se han marchado, les dijimos que hoy no quería recibir a nadie —se justificó el escribiente.

—¿A nadie? ¿Los abogados Perròn y Caramagna te parecen a ti unos don nadie? ¿A qué esperas? ¡Corre tras ellos, alcánzalos y llámalos! ¡Id todos corriendo, rápido! ¡Frida! —llamó sin acordarse de su ausencia—. ¡Ah, ya, qué demonios!

Escucharon un portazo en su despacho, seguido de una multitud de pasos por el pasillo, como un torrente en una avenida que al poco se precipitaba en una cascada escaleras abajo.

—Quizá sea mejor que desaparezca —se atrevió a decir Raniero, en cuanto el bufete se sumió en un precario y cauteloso silencio.

—Yo también me voy —lo sorprendió Ferro—. Al fin y al cabo, un brindis matutino tampoco es una idea tan insalubre.

—La salida es por ahí. —Raniero le tiró de la chaqueta cuando vio que tomaba la dirección contraria.

—Estaría loco si pasara por el vestíbulo. —Edmondo lo guio hasta una habitación que quedaba al final del pasillo y estaba inmersa en un manto de polvo y oscuridad—. Aquí es donde guardamos la documentación de los casos más viejos y menos importantes —le explicó mientras recorrían a tientas un laberinto de estanterías y cajas.

Un crujido de papeles les hizo dar un respingo.

—¿Ratones? —preguntó Raniero.

—Casi —le respondió a duras penas—. Señor Franti, ¿es usted? —se dirigió al supuesto ratón.

—No, soy Poretti —oyó que le respondía una voz tenue—. Estoy buscando un documento que...

—¿Busca en la oscuridad? —preguntó Raniero en voz baja.

—Buen trabajo, Poretti —dijo el abogado, ignorando a su amigo—. Vamos, Raniero, esto no es solo un depósito de papeles viejos —le explicó—, también es el lugar donde se esconden los empleados cuando mi tío se pone hecho un basilisco. Mira, ya estamos.

El abogado tanteó la pared, buscando algo.

—¿Buscas el resorte de un pasadizo secreto? —preguntó Raniero en broma, aunque no le habría sorprendido encontrar un artefacto medieval en aquel oscuro antro.

—No, ningún resorte, solo un simple tirador —respondió Ferro al abrirlo. La puerta dejó entrar lo que, tras estar en la oscuridad, le pareció a Raniero una luz deslumbrante, pero que al cabo de pocos instantes resultó ser bastante débil—. Estamos en la escalera de servicio —le informó Edmondo, que cerró la puerta tras de sí.

—Apuesto a que te escapas por aquí cuando quieres leer sin que te molesten.

—En realidad, no me escapo por aquí, sino que entro, siempre que llego tarde por haber perdido la noción del tiempo leyendo a escondidas. —Se rio.

—Tu tío es un tirano, pero cuando se mete contigo no le falta algo de razón: eres un auténtico haragán —comentó Raniero mientras empezaba a bajar las escaleras—, los que sí son dignos de lástima son vuestros pobres empleados, quienes, a pesar de trabajar duramente, no hay día en que no sean maltratados. Me pregunto por qué no se van a trabajar a otro sitio.

—Mi tío tiene muchos defectos, pero la racanería no es uno de ellos. Los salarios del bufete Ferro son superiores a la media, por eso nuestros empleados no huyen al primer arrebató; en cuanto a mí, no soy un haragán, para nada —objetó dolido—, vengo a leer aquí muy pocas veces —mintió.

—Disculpa, pero es que no puedo creerte.

—¡Pues deberías fiarte de mi palabra!

—¡Abogado Ferro! —Una chica les cerró inesperadamente el paso—. ¡Sabía que lo encontraría aquí a estas horas!

Ante esa afirmación, Raniero se echó a reír y al mismo instante la chica rompió a llorar.

—Pequeña, ¿por qué te desesperas? —le preguntó Raniero, tragándose al instante su alegría.

—Ernesto se va de aquí —sollozó—, interrumpe sus estudios y se vuelve a su pueblo.

—¿Ernesto? —preguntó desconcertado.

—Sí, mi primo Ernesto, el pasante —le aclaró Ferro.

—¿Esta es su novia? Vaya con el primito —comentó Raniero.

—Cálmate, Carolina —el abogado se dirigió a la chica—, lo solucionaremos todo, ya verás.

—Ernesto ha dicho que, como su tío ya no le paga sus estudios, tendrá que volver a trabajar en la lechería de su familia. ¡Hable usted con él, por favor, dígame que a mí no me importa si se hace abogado o no! Puede perfectamente trabajar como lechero, pero no es necesario que se marche, en Turín también hay muchas lecherías.

—Carolina, cálmate te he dicho, tu Ernesto vivirá conmigo durante un tiempo, luego ya veremos qué se puede hacer.

—¿De verdad? —Los ojos llenos de lágrimas de Carolina se iluminaron de alegría—. ¿Podré visitarlo?

—Por supuesto, querida, serás bienvenida —aceptó—, puedes visitarle siempre que... —Se interrumpió—. Siempre que esté yo allí presente, para controlar.

—Perfecto —dijo la chica con una sonrisa de agradecimiento, difuminada apenas por la decepción.

—Vuelve a tus quehaceres, Carolina, o tu patrona te regañará.

—Es verdad, abogado, me voy corriendo. —Se lanzó precipitadamente escaleras abajo.

—Es demasiado guapa para tu primo —juzgó Raniero, que la siguió con la mirada.

—Y también es una buena chica.

—¿Tú crees? A primera vista, nadie lo diría.

—Tenía miedo de que fuera a darle pasaporte a mi primo para buscarse un marido abogado; en cambio, ya le parece bien, aunque sea un lechero.

—Ah, antes decías buena chica en ese sentido. —Su amigo se rio, volviendo a descender los peldaños—. De todas formas, ¡eres un auténtico aguafiestas! —lo regañó, divertido—. ¿Por qué no permites que tu primito disfrute de la compañía de su bella novia sin tener que estar tú por en medio? No te hacía yo tan mojigato.

—No lo soy en absoluto —negó, molesto—, pero pienso en las consecuencias —añadió, poniéndose serio por unos instantes—. Venga, vamos a brindar con ese vermú tan especial —dijo, sacándose de encima los pensamientos que lo angustiaban.

—Bienvenido, querido sobrino, te estaba esperando ansioso.

De vuelta del extemporáneo brindis con Raniero, el abogado Ferro se encontró a su tío en su despacho, firmemente plantado en la butaca que había frente a su escritorio.

—¿Por qué te quedas ahí en la puerta? —Le sonrió—. Este es tu despacho, no necesitas mi permiso para entrar.

—Claro, claro —asintió Ferro, confundido por tanta benevolencia y por los vermús a los que lo habían invitado en el bar, no solo Raniero, sino también clientes desconocidos, quienes lo habían reconocido por la fotografía del periódico—. ¿Querías hablar conmigo, tío? —le preguntó, ganando con rapidez la silla detrás del escritorio, ya que se sentía demasiado ebrio de vermú y de cumplidos para afrontar la conversación de pie.

—Quería hablar contigo, sí, pero solo si tienes algo de tiempo para mí. —Volvió a sonreírle—. Ahora eres un héroe —añadió, sacando de debajo de la chaqueta un ejemplar doblado de la *Gazzetta*.

—Gracias, tío —se iluminó con una gratitud genuina—, pero no creo que sea un héroe.

—¡No, claro que no lo eres! —De repente, el humor del tío dio un vuelco: gritaba y golpeaba el ejemplar de la *Gazzetta* sobre el escritorio, que no emitió el ruido sordo que ambos habrían esperado debido a los papeles que amortiguaron el impacto—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—He sacado a la luz una estafa —respondió Ferro, confuso.

—No, has roto el juguete de la condesa Székely.

—¿El juguete?

—¡Sí, sus paparruchas espiritistas! ¡Estaba orgullosísima de haber encontrado una médium con talento, y tú la has hecho quedar en ridículo! Y no solo a ella, sino a todos aquellos cuyos

nombres han aparecido en el periódico entre los estafados.

—Pero esos pobrecitos estaban tirando su dinero.

—No son pobrecitos y tienen mucho dinero; pero solo tienen una cara, como todo el mundo, ¡y se las has partido!

—Pero... no lo entiendo...

—¡Ese es el problema, que no lo entiendes! ¡Has hecho que la condesa y todos sus amigos parecieran un montón de simplones! Algunos eran clientes nuestros.

—¿«Eran» clientes nuestros? —repitió como un loro.

—¡Sí, lo eran! Esta mañana, mientras tú te ibas de parranda con tu compadre (y no me pongas esa expresión pasmada, ¡apestas como una vieja taberna!), por aquí han desfilado una procesión de abogados de primera clase, la mayoría de los cuales nos han informado, como exige nuestra deontología, de que algunos de nuestros mejores clientes han decidido marcharse del bufete Ferro para ponerse en sus manos. En cambio, una parte menos sustancial, pero mucho más aguerrida, nos ha comunicado la intención de sus clientes de demandarnos por exponerlos al escarnio público.

—Pero no pueden hacerlo, ¡sus nombres han salido publicados en el periódico por la libertad de prensa!

—¡Eso ya lo sé, gracias! —El rostro del tío había adquirido un inquietante color amaranto—. ¡Y esos abogados también lo saben, pero eso no nos ahorrará un largo y costoso derroche de papel timbrado! —El rubor se desvaneció ahora en una palidez lechosa—. ¿Por qué me has hecho esto justo ahora, Edmondo, cuando mis nervios y mi reputación ya están al límite? —Sus ojos se humedecieron inesperadamente; por primera vez, el abogado Ferro sintió lástima por él.

—Pero, tío, cuando emprendí la investigación, no podía saber que Eloisa... —se perdió—, además, sinceramente, pensaba que lo que estaba haciendo ayudaría a mi carrera y, en consecuencia, al prestigio del bufete.

—Podrías habérmelo consultado —objetó con un hilo de voz.

No, no podía haberlo hecho, se dijo Edmondo. Tal vez lo habría conseguido con ese hombre postrado que tenía delante de él en esos momentos, pero con el auténtico Eugenio Ferro no se consultaba: se obedecía.

—¡El buen nombre del bufete, el lustre ganado con el sudor de tres generaciones quedará mancillado! La aristocracia y la alta burguesía turinesa nos rechazarán.

—No puede ser tan grave —consiguió articular Ferro—. Conseguiremos recuperarnos; tú lo conseguirás, con tus grandes dotes diplomáticas —pronunció esas palabras no para amansarlo, sino porque en ese momento las creía reales: su tío era una persona horrible, refractaria a cualquier forma de arrepentimiento, pero era un buen abogado, es más, uno de los mejores, que sabía moverse en el terreno resbaladizo de la diplomacia, sin perder nunca el equilibrio.

—Quizá lo consiga —aceptó—, pero tú tienes que marcharte.

—¿Quieres que deje el bufete? —le preguntó con voz temblorosa—. ¿Que venda mis participaciones?

—¡No, en modo alguno! —se reanimó el tío—. ¡Alejar a mi sobrino de la empresa familiar, inducirle a renunciar a sus derechos hereditarios, destrozaría la poca credibilidad que me queda! Solo tienes que irte por un tiempo, desaparecer hasta que las aguas se calmen de nuevo.

—Está bien —aceptó—, me reuniré con mi madre en vacaciones, y me quedaré allí hasta que

me envíes un aviso para que regrese.

—¿Vacaciones? —Los ojos de su tío lanzaron dardos de rabia—. ¿Primero pones al bufete en esta situación, y luego, para recompensarte, te vas a holgazanear a las montañas con tu mamita? No, querido, te marcharás, pero tu ausencia debe ser fructífera. Hace unas semanas se puso en contacto conmigo un caballero de Asti —continuó explicando—, un hombre muy rico con un complicado contencioso de seguros. No sabía si aceptar la demanda porque me parecía que quedaba fuera de nuestras competencias, pero, dada la hemorragia de clientes que has provocado y tus inclinaciones como investigador, te harás cargo del caso.

—Por supuesto, tío, haré todo lo que consideres necesario —aceptó con entusiasmo, sin importarle el tono sarcástico que había empleado su tío—. Explícame de qué va todo esto.

—El caballero se llama Giovanni Amerio. Su familia ha prosperado durante varias generaciones gracias a la producción y el comercio de vinos apreciados. Hace unos tres años, el señor Amerio tuvo que hacerse cargo de una pariente lejana que se había quedado huérfana, una niña llamada Anita Amerio, que hoy tendría unos veinte años.

—¿La pobre chica pasó a mejor vida? —preguntó el abogado Ferro.

—Es lo que afirma el señor Amerio, pero la compañía de seguros con la que contrató una póliza de vida sostiene que sobrevivió.

—¿Sobrevivió a qué?

—Al naufragio del *Sirio*, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, ¡cómo iba a olvidar una tragedia de tal magnitud! Ocurrió hace un par de años, ¿no? En agosto de 1906.

—Si tuvieras esa misma prodigiosa memoria para los artículos legales, entonces sí que serías un buen abogado.

—Explícame lo de esta chica —dijo, intentando volver al tema anterior.

—Se explica rápido: como la niña, tras la muerte del padre, mostraba signos de depresión severa, el señor Giovanni le ofreció un bonito viaje a Argentina con billete de primera clase, para que pudiera distraerse y recuperarse.

—Muy generoso por su parte.

—Se preocupaba mucho por la chica —convino—, aunque era un pariente lejano; y de hecho, antes de partir, contrató un seguro que la protegiera de cualquier peligro, desde el simple robo del equipaje hasta cualquier tipo de accidente más grave. La aseguradora lo convenció para que extendiera la cobertura también al desafortunado caso de fallecimiento de la chica, nombrándose a sí mismo beneficiario. Oh, al principio, aquel admirable hombre no quería saber nada de aquello, le parecía estar haciendo una macabra apuesta sobre la vida de su joven pariente —eso fue exactamente lo que dijo: ¡«una macabra apuesta»!— y atrayendo la desgracia sobre ella.

—¡Pero esto no tiene sentido! —protestó Edmondo.

—Eso es lo que le dijo el asegurador, quien acabó convenciéndolo para que suscribiera la póliza.

—Pero la chica sobrevivió al naufragio, ¿verdad?

—Según los documentos oficiales se diría que sí. Dicen que desembarcó en el cabo de Palos desde un bergantín de cabotaje, pero después del desembarco se perdió todo rastro de ella. Aquí es donde entrará en juego tu «perspicacia de Sherlock Holmes», como la ha definido tu amigo Raniero en el artículo que nos está arruinando.

—Entiendo —afirmó el abogado Ferro— que, según las actas, la chica desembarcó por su propio pie, para luego desaparecer de inmediato. El señor Amerio teme que esté vagando quién sabe por dónde en estado de *shock*, quizá completamente privada de memoria, como la protagonista de una novela de folletín.

—Ese es tu problema, sobrino —exclamó su tío—, ¡lee tantas novelas que ya no sabes distinguir la realidad de la ficción! Si el señor Amerio estuviera de acuerdo con los registros oficiales que dicen que su pariente está viva, ¿por qué iba a demandar a la compañía de seguros?

El abogado bajó la mirada, ruborizándose.

—El señor Giovanni Amerio sostiene que su prima murió en el naufragio, y que la compañía de seguros con la que contrató la póliza, que casualmente resulta que es la que aseguraba todo el barco, falsificó los documentos.

—La suya, sin embargo, es solo una suposición infundada —dijo, tratando de recuperar terreno.

—No, ni mucho menos. ¿Recuerda las terribles fotografías que publicaron los periódicos en los días siguientes al naufragio? Filas interminables de pobres cuerpos, tendidos en el muelle del puerto.

—¡Quién podría olvidarlas! —respondió Ferro.

—Bueno, entre esos cadáveres desfigurados por el mar, el señor Amerio reconoció el de su prima.

—¿Y esto no basta para aclarar el malentendido?

—La aseguradora sostiene que no; al contrario, afirma que el reconocimiento de las víctimas de ahogamiento es muy complicado, incluso cuando se realiza en persona, y ha aportado ejemplos de muchos casos en los que los familiares de un náufrago reconocieron a su ser querido en los restos de un desconocido. En los dos últimos años, el señor Amerio ha puesto en marcha muchas investigaciones, incluso contrató a un detective privado del lugar, pero no se ha llegado a ninguna conclusión. Ahora, no queriendo rendirse aún, ha acudido a nosotros por sugerencia de un conocido suyo de Turín, un antiguo cliente nuestro al que le resolvimos un gran litigio de seguros.

—Este no es exactamente un litigio de seguros —replicó Edmondo—. ¿Qué quieres que haga, tío? A una chica viva tendría alguna posibilidad de localizarla, pero a una pobre muerta, que yace en el fondo del mar o en quién sabe qué fosa común...

—No te estoy diciendo que exhumes un cadáver, sino que encuentres una persona, preferiblemente dos, que atestigüen que murió en el naufragio. Irás a Génova, hablarás con los funcionarios de la Navegazione Generale Italiana, comprobarás los registros de la comisaría y buscarás entre los supervivientes a alguien que sepa algo de la señorita Anita Amerio.

—Sí, eso puedo hacerlo —comentó el abogado Ferro.

—Tienes que hacerlo —lo corrigió el tío Eugenio, levantándose y saliendo del despacho.

Capítulo 33

—La chica no viajaba sola —le explicó Raniero entre un sorbo de café y el siguiente—, con ella iba un tal señor Palmiro Bardella, cuya ocupación oficial era la de fotógrafo ambulante, pero completaba sus ingresos como casamentero.

—¿Casamentero? —se sorprendió el abogado Ferro, apoyando sobre la repisa de mármol el *bicerin* que esta vez que había pedido no para celebrar, sino para que le levantara un poco el humor. Lástima que no se tratase del verdadero *bicerin* del café de la piazza della Consolata, sino el sucedáneo aproximado que servían en el bar de la estación—. Pensaba que era una profesión que había desaparecido.

—En el campo, no, y de manera más general, tampoco allí donde hay miseria —le explicó su amigo—. Además, en las últimas décadas, con las migraciones a Sudamérica, es una profesión que vuelve a estar en auge. Hace un tiempo, un compañero mío de la *Gazzetta* publicó un informe muy interesante: los inmigrantes son en su mayoría agricultores solteros que, tras establecerse, piden que se les envíe una esposa desde Italia.

—¿Piden que se las envíen? —preguntó Ferro, contrariado—. ¿Estamos hablando de bodas o de ventas por correspondencia?

—Por desgracia, tu comparación no está lejos de definir bien lo que sucede. —Raniero levantó ligeramente la voz para que destacara en el bullicio del abarrotado bar de la estación—. El Gobierno argentino concede parcelas a las parejas jóvenes, y nuestros emigrantes tienen serias dificultades para encontrar señoritas argentinas dispuestas a quedarse con ellos; así que se ponen en contacto con un casamentero para ver su catálogo de fotografías.

—Qué miseria —murmuró Ferro, sorbiendo otro trago consolatorio de *bicerin*—. Pero ¿por qué la señorita Anita Amerio viajaba con un casamentero? ¿Acaso iba a casarse con un emigrante? Si es así, su primo ha omitido decírnoslo.

—No, una chica de su clase social, por muchas privaciones económicas que pasara, no era desde luego una esposa al alcance de un campesino semianalfabeto. Pero admito que yo también tuve esta duda, así que investigué para averiguar si antes de su partida había contraído matrimonio por poderes.

—¿Así que las chicas se van de Italia ya casadas?

—Así es, de lo contrario existiría el riesgo de que alguien, una vez que conoce a su media naranja, decida hacer saltar la boda por los aires. Los casamenteros suelen utilizar fotos retocadas o incluso falsas para que las novias parezcan más jóvenes y atractivas de lo que son en realidad.

—Así que los novios son engatusados. —Edmondo hizo una mueca—. De hecho, es como suele ocurrir con los que compran por correspondencia.

—También a las chicas se las engaña; a menudo sus maridos resultan ser veinte años mayores y veinte veces más pobres. Casi todas las novias parten con la convicción de que se convertirán

en dueñas de una gran finca que, sin embargo, no existe más que en las fotografías y en las palabras de los casamenteros.

—Lamento enterarme de este deplorable mercadeo de muchachas, pero aún no me has aclarado por qué la señorita Amerio viajaba con un casamentero.

—Como te estaba diciendo, tuve que husmear mucho para llegar al fondo del asunto; por suerte, las redacciones de los periódicos están repletas de sabuesos profesionales. Me puse en contacto con uno de nuestros corresponsales de Asti, quien en pocas horas descubrió que el señor Amerio y Bardella se conocían desde hacía tiempo, no sé muy bien por qué razón.

—¿Quizá Bardella es su fotógrafo de cabecera?

—Sí, es la hipótesis más probable —convino Raniero—. O bien tenían amistades en común. En cualquier caso, el señor Amerio sabía que Bardella acostumbraba a embarcarse un par de veces al año como fotógrafo de a bordo, llevándose consigo a las novias para trasladarlas a su destino. El señor Amerio debió de pensar, ya que viajaba con otras jóvenes, que le podía confiar también a su prima, para quedarse más tranquilo.

—¡Menuda tranquilidad: confiar una pariente joven a un traficante de esposas!

—Cálmate, Edmondo —resopló Raniero—. Las cuestionables decisiones del señor Amerio no tienen ninguna importancia para tus propósitos. En cambio, lo que puede serte útil, es esto —le dijo, entregándole una nota.

—Nerina Bosco, Lena Cerrato —el abogado Ferro leyó a media voz—, Secondina Cerrato y Amedea Martinot.

—Son las chicas que viajaban con Bardella en el *Sirio* —le explicó su amigo—. Esos eran sus nombres de soltera.

—¿Sobrevivieron al naufragio?

—No he tenido tiempo material para averiguarlo, pero, una vez que estés en Génova, puedes consultar los registros de la Navegazione Generale Italiana y enterarte. En la comisaría, en cambio, deberías encontrar sus direcciones de destino en Argentina, así podrás enviarles un telegrama para pedirles noticias sobre la señorita Amerio.

—Gracias infinitas, Raniero.

—Oh, es realmente poco en comparación con lo que tú hiciste por mí —dijo—. ¡Me has cambiado la vida, querido amigo! Nuestra cuenta sigue abierta, y si necesitas algo más, estaré encantado de ayudarte.

—De hecho, tengo que pedirte otro favor —el abogado bajó la mirada—, estoy a punto de marcharme de Turín con una pesada carga sobre el corazón.

—¿Puedo aliviarlo de alguna manera?

—Tú eres la persona más indicada para hacerlo y, a la vez, la menos, querido amigo, pero te agradecería que lo intentaras. ¿Recuerdas cuando me prometiste que encontrarías la manera de volver a acercarte a Eloisa?

—Sí, lo recuerdo —sonrió—, esperaba que te hubieras olvidado tú.

—Mi prima está pasando por una época horrible; no puedo explicarte los detalles, ya lo hará ella, si quiere.

—No creo que quiera hacerlo. —Se encogió de hombros.

—Yo tampoco —convino—, pero aun así te pido que estés a su lado, o al menos que lo intentes. Si todo va como espero, pronto se reunirá con mi madre en su lugar de veraneo. Tú

conoces la dirección de nuestra residencia estival, estuviste allí varias veces cuando éramos más jóvenes; por eso te pido, por favor, que le escribas y, si ella te lo permite, que vayas a visitarla. Intenta ser el apoyo que no puedo ser yo debido a mi marcha. Haz esto por mí y estaremos en paz.

—¡Ah, no, querido! —Le guiñó un ojo—. Después de una prueba de valor semejante no solo habré saldado mis deudas, sino que aumentarás tú las tuyas.

Edmondo sonrió animadamente, y el cuaderno de las miradas vibró de impaciencia bajo el borde de su chaqueta. Era algo que siempre hacía al acercarse un viaje en tren.

—Mi tren sale dentro de poco —dijo mientras se levantaba.

—Te acompaño al andén —se ofreció—, déjame que te ayude con la maleta.

Raniero agarró despreocupadamente el asa de cuero, pero la maleta no se movió; volvió a intentarlo con más fuerza y la levantó.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera? —le preguntó mientras se ponían en marcha—. ¿Seis o siete meses?

—¡Seis o siete días, espero!

—Entonces, ¿por qué llevas metida aquí ropa para al menos dos estaciones?

El cuaderno de las miradas se sacudió en su pecho y el abogado se echó a reír.

—Ya entiendo: llevas dos pares de calcetines y toda una biblioteca de viaje.

—Ya que me voy al exilio, déjame al menos que lea.

—Claro, pero recuerda que no vas a Génova de vacaciones, no olvides por qué te marchas.

—El motivo es muy simple: desaparecer del campo visual de mi tío hasta que se haya tragado el sapo.

Para el abogado, leer en el tren era una auténtica delicia. Dejarse acunar por el movimiento rítmico, levantar de vez en cuando la mirada de las páginas para disfrutar de un retazo de paisaje; los viajes que a todo el mundo le parecían largos y agotadores para él siempre duraban demasiado poco. Uno de sus proyectos era tomarse unas largas vacaciones en tren: viajar durante el día en compañía de un buen libro y bajar por la noche a un hotel. Porque si leer a bordo era una delicia, comer y dormir en los vagones, por muy bien preparados que estuvieran, no era lo mismo. El abogado apoyó con cariño la mano en la pequeña pila de libros que había sobre el asiento vacío junto al suyo, eligió uno y empezó a leer. Su mente, sin embargo, parecía negarse a adherirse a las páginas; de nada servía el ligero palpitar del cuaderno de las miradas, que, siguiendo el movimiento del tren, le latía sobre el pecho, incitándolo a proseguir.

Tal vez realmente podría llevar a cabo su proyecto de unas largas vacaciones en tren, pensó: si lograba llegar con rapidez al fondo de ese asunto, en vez de regresar a casa, podría continuar su viaje unos días más, mejor dicho, unas semanas más. Su tío se alegraría de no verlo reaparecer inmediatamente delante de él.

El cuaderno de las miradas le dio un golpecito más decidido.

—Sí, lo sé —murmuró, sin prestar atención a la única pasajera que estaba en su mismo compartimento, una anciana dedicada a tejer—, no llevo libros suficientes para un largo viaje, pero nada me impediría comprarlos por el camino. ¡Imaginaos, queridos libros —se acarició el pecho—, que os comprara a cada uno en una ciudad diferente! ¡Un *grand tour* por las librerías

italianas!

La anciana que se sentaba delante de él dejó la labor de punto sobre sus rodillas y lo observó, levantando una recelosa ceja gris por encima de la montura de sus quevedos.

—Perdóneme, madama —se disculpó el abogado Ferro—. A veces, sin darme cuenta, me sorprendo leyendo a media voz.

La señora asintió, y volvió a tejer. Era una labor de punto extremadamente complicada, utilizaba nada menos que cuatro agujas de tricotar. El abogado se quedó observando los hilos que se entrelazaban en una trama ordenada y multicolor como las vidas de otros tantos personajes literarios guiados por la pluma del autor a través de recorridos solo en apariencia tortuosos. Un orden superior, eso es lo que movía las vidas literarias y, sin duda alguna, también las humanas. Tenía que ser así necesariamente, ya que las novelas eran obras humanas. Eso era lo que debería haber hecho para desentrañar el misterio que se le había encomendado: seguir los hilos de la existencia de Anita Amerio y de sus compañeras de viaje, hasta llegar a...

Una de las agujas, en su movimiento rápido y repetitivo, no acertó en el ojal de lana donde debería haberse introducido, pero la anciana no se dio cuenta y continuó con su labor de punto. ¿Debía decírselo? Al sentirse observada, la mujer frunció de nuevo el ceño y lo fulminó con la mirada. El abogado volvió a meter la nariz entre las páginas; la dama no parecía dispuesta a recibir indicaciones sobre su trabajo, peor para ella, en su fina labor quedaría un agujero.

Ese era el problema de la vida humana: los agujeros. Los novelistas —unos más, otros menos— tejían sus tramas permitiendo que sus lectores siguieran los hilos con facilidad; el orden universal, al contrario que el narrativo, entrelazaba y superponía destinos sin preocuparse por la claridad de la exposición ni por los posibles agujeros que pudieran surgir durante la creación de la obra. ¿Por qué lo llamaba orden universal, si no tenía nada de orden? Aunque, tal vez, se equivocaba; quizá existía un orden, solo que no estaba al alcance del intelecto humano. El orden universal era un libro tan sumamente articulado que solo su propio creador era capaz de leerlo. El abogado sonrió burlón, divertido ante la imagen melodramática que su mente había elaborado.

—¿Tan gracioso es ese libro? —le preguntó la señora, arqueando esas cejas grises que tanto lo intimidaban.

—No, yo diría todo lo contrario —respondió desconcertado.

—Puedo imaginármelo —afirmó apuntando con su barbilla puntiaguda la tapa del libro—, está leyendo *El noventa y tres*, de Victor Hugo, que, si no me equivoco, está ambientado en esa época de la Revolución francesa que los historiadores denominan «el Terror».

—¡Así es! —Se alegró al descubrir que, detrás de toda aquella labor de punto, había una lectora preparada—. ¿Le gusta Victor Hugo? —le preguntó.

—He leído todas sus obras —respondió—, por lo que yo diría que sí, aunque no figure entre aquellos autores de los que lamento no tener nuevos títulos que leer, no sé si puede usted entenderme.

—¡Claro que sí! —contestó el abogado con entusiasmo—. Si me permite la pregunta, ¿qué está leyendo en estos días?

—Nada. —Negó con la cabeza—. Ahora solo me dedico a tejer.

—¿Y por qué? —se le escapó en un tono descaradamente indignado.

Las cejas adoptaron la forma de dos acentos circunflejos, pero el abogado no se sorprendió; había sido algo más que indiscreto y se disgustó por ello.

La mujer agarró una de las agujas con la energía con la que se blande un estilete, haciendo que Ferro diera un respingo sobre su asiento: ¡el delito de entrometido era demasiado leve para ser castigado con el filo de la espada! La anciana, sin embargo, no tenía intenciones tan implacables y, de hecho, solo utilizó la aguja para señalar las gafitas que le atenazaban la nariz.

—El problema son los ojos, querido señor.

El abogado observó los iris claros y velados por el tiempo tras las gruesas lentes.

—Soy capaz de tejer porque mis dedos cooperan con la poca vista que me queda —respondió a la pregunta que Edmondo nunca se habría atrevido a formular.

¡Qué trágico destino, para una lectora, perder el don de la vista!

—Lo siento, señora —se lamentó con el tono de quien transmite su más sentido pésame—. Lo siento infinitamente.

—No es tan terrible —dijo retomando su labor.

—¿De verdad? —preguntó con la mayor incredulidad.

—No mientras mis nietas lean para mí.

—Qué niñas más bondadosas. —En la imaginación del abogado, las nietecitas de la mujer adquirieron el luminoso aspecto de los ángeles.

—Oh, sí, es una delicia escuchar sus vocecitas frescas que deletrean cada palabra poniéndose serias para que pueda entenderlas —sonrió—, y, mientras escucho, puedo seguir tejiendo.

—Una gran ventaja —comentó el abogado, aunque con poca convicción—, la lectura convencional no se lo permitiría.

—Digamos que es un magro consuelo. —Suspiró—. La lectura es un asunto íntimo, que puede ser agradable compartir, pero que muy a menudo queremos hacer a solas; es un momento todo para nosotros en el que nos encontramos a nosotros mismos en las palabras ajenas. Mis sobrinas, además, tienen diez y doce años, y no puedo pedirles que me lean todo lo que me gustaría. Un libro tan sangriento como el que está usted leyendo, por ejemplo, las turbaría, y lo mismo ocurre con determinados libros un poco demasiado atrevidos.

—Así que nada de libros sangrientos o atrevidos —reflexionó Ferro—. Puede que yo no posea la voz angelical de sus nietecitas, pero si quiere podría leer durante este viaje.

—¡Oh, no! —exclamó—. No son solo las niñas quienes se dejan turbar por las lecturas sangrientas, a veces también les sucede a las ancianitas.

—¿Prefiere entonces una atrevida? —le preguntó con la complicidad que se establece inmediatamente entre lectores de peso, tomando de su pila de libros de viaje *Las amistades peligrosas*, de Choderlos de Laclos.

—No sé si puedo permitirle que me entretenga con una historia tan escandalosa. —Se rio, ocultando sus labios con mano, como una colegiala—. Ni siquiera nos conocemos.

—Permítanme ponerle remedio: abogado Edmondo Ferro, para servirle.

—Prosperina Parella, encantada.

Antes de cerrar el volumen de *El noventa y tres*, Edmondo buscó en sus bolsillos un trocito de papel que pudiera servirle de marcapáginas; en el bolsillo de su chaqueta encontró una fotografía de pequeño formato en la que aparecía en primer plano la señorita Amerio. Se la había dado su tío para que pudiera mostrarla a quienes eventualmente la habían conocido.

—¿Me permite verla?

Por educación, Edmondo le entregó el retrato, que la mujer acercó a los cristales de los

quevedos.

—Qué cara más bonita —comentó—, ¿es su hija?

—¡Oh, no!

—Perdóneme. —Se inclinó hacia adelante para verla mejor—. Es usted demasiado joven para tener una hija tan mayor. ¿Así que es su esposa?

—Sería demasiado viejo para eso. —Sonrió—. En esta fotografía la chica tenía unos diecisiete años.

—¿Ahora cuántos tiene?

—Habría cumplido veinte —respondió colocando la foto entre las páginas de *El noventa y tres* y volviendo a cerrar el volumen—. Pero murió hace dos años en trágicas circunstancias.

—Oh, reciba usted mi pésame.

—Gracias, pero no la conocía, solo soy el abogado al que la familia ha recurrido para dirimir un litigio de seguros.

—En cualquier caso, sigue siendo una historia muy triste.

Las lentes de los quevedos agrandaron de forma desmesurada dos lágrimas: qué sensibles eran a veces las ancianas, pensó el abogado mientras se apresuraba a abrir el ejemplar de *Las amistades peligrosas*. En cuanto empezó a leer, la señora se recobró: su labor de punto avanzaba a un ritmo medio durante las partes descriptivas, pero se aceleraba a medida que lo hacía también la trama, para luego interrumpirse por completo durante los giros en la trama.

Un aspecto intrigante del *tour* ferroviario-literario que tanto le habría gustado emprender era la oportunidad de conocer a otros lectores, se le ocurrió. Pero resultaba inútil hacerse demasiadas ilusiones: aunque encontrara a Anita Amerio esperándolo en la estación sana y salva, no habría podido permitirse un viaje mientras su amada prima estuviera pasando por un periodo tan delicado y horrible. «Dulce espera», lo llamaban, pero la dulzura estaba reservada solo a las mujeres legítimamente casadas. Entonces, ¿qué eran los maridos: compañeros de vida o engorrosos azucareros?

—¿Por qué ha dejado de leer? —le preguntó madama Parella.

—Se me ha venido una idea a la cabeza, señora. —Pasó la página.

—¿Le apetece compartirla?

—Verá, señora, leer esta novela escrita en el siglo XVIII, en la que las protagonistas pagan con su honor el precio de amar, me ha recordado lo poco que ha cambiado la condición femenina hoy en día.

—Tiene usted razón, abogado —convino Prosperina Parella—. El mundo está cambiando y los hombres luchan por mantener el ritmo, mientras que a las mujeres les toca quedarse atrás. Mire usted la educación: las escuelas masculinas tienen como objetivo abrir la mente de los niños a cualquier novedad técnica o científica, mientras que las femeninas enseñan a las jóvenes a mantenerse inocentes e ignorantes, al igual que sus madres y sus abuelas. Probablemente me equivoco al proteger a mis nietas de las novelas atrevidas —concluyó, antes de volver a su labor de punto.

Capítulo 34

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas! —gritaba la fotógrafa—. ¡Recuerdos de viaje!

Aquella mañana, en el muelle del puerto de Génova había menos gente de lo habitual; no faltaban ni los estibadores ni los otros trabajadores del puerto, pero a esa gente no les importaba nada sacarse una fotografía.

—¡Recuerdos de viaje! —volvió a gritar la fotógrafa.

Viajeros, eso era lo que necesitaba: caballeros y damas que se aprestaban a realizar un viaje que estaban ansiosos por documentar.

—Nita, no te quedes escondida ahí detrás —llamó en dirección al entoldado que montaba todas las mañanas, para esas almas simples que preferían retratarse delante de un jardín ficticio, en vez de tener como fondo el mar.

Le había costado bastante dinero aquel pequeño telón de fondo, pero había valido la pena: recién casados, confirmandos y reclutas se plantaban orgullosos y se pavoneaban delante de las falsas arborescencias y de las columnas blancas por las que trepaban enormes rosas, trazadas con pinceladas toscas. Los viajeros, en cambio, preferían hacerse fotos con el puerto como fondo, frente a las siluetas lejanas e imponentes de los barcos de vapor. Parecía que adoraran sentirse diminutos en presencia de aquellos monstruos de metal que, casi dos años después, aún seguían atemorizando a la fotógrafa.

La mirada torcida de la chica se deslizó sobre la silla con los reposabrazos acolchados que había comprado a un chamarilero y que utilizaba no solo para retratar a las novias, sino también para reposar cuando estaba cansada. En el asiento forrado de cuero verde descansaba un libro, cuyo título en la portada ya casi no se veía, pero las palabras del interior seguían siendo perfectamente legibles, y lo cierto era que las había leído una y otra vez, hasta el punto de desgastarlas en los dos últimos años. Había sido ese libro, junto con los otros pocos que el mar le había regalado después del naufragio, los que le habían hecho compañía en esos primeros años de libertad mezclada con soledad; ¡y también había estado allí la dulce Nita, obviamente! Por un momento acarició la idea de sentarse a leer, pero algo, o más bien alguien, se lo impidió.

—Nita, que viene un caballero, ¡ven! —llamó.

Nita había sido de gran ayuda en su trabajo: nadie sabía llamar la atención de los clientes como ella. Esa mañana, sin embargo, no estaba de humor y permanecía a la sombra tras el telón de fondo, sentada en el carro donde, cada noche, cargaban el equipo para llevárselo de vuelta a casa.

El hombre, mientras tanto, avanzaba hacia ellas:

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas, recuerdos de viaje! —Intentó llamar su atención, pero aún

estaba bastante lejos y probablemente ni siquiera se había percatado de su presencia.

Era un hombrecillo bajo, de una edad incierta, con el rostro demacrado y la nariz puntiaguda; la naturaleza no había sido generosa con él, pero el destino sí, porque llevaba un traje de alta costura que se adaptaba a la perfección a su cuerpo menudo, y por el dobladillo de sus pantalones asomaban unos zapatos de un bonito marrón brillante, como el de las castañas.

Tras dos años en el oficio, Pia había aprendido a leer en la ropa, en las posturas y en las expresiones de las personas con las que coincidía cuál era su lugar en la sociedad. Aquel caballero que se acercaba con un libro bajo el brazo tenía el andar levemente encorvado de alguien que trabaja en una oficina, aunque a juzgar por su indumentaria no era un simple empleado. Podía ser un arquitecto o un ingeniero naval; no, mejor dicho: ¡era abogado! Pia lo dedujo por la palidez de su rostro, por la expresión grave y cautelosa.

Nita por fin salió al aire libre, frotándose los ojos soñolientos: se la veía tan pequeña y tan bonita con su vestidito blanco que parecía una niña pequeña.

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas, recuerdos de viaje! —gritó Pia—. ¡Vamos, Nita, sal a su encuentro!

Pero el hombre cambió rápidamente de dirección y se alejó.

—Olvidalo, Nita, se ha marchado.

—La monita de feria se rascó la cabeza con un gesto de aburrimiento y volvió a meterse detrás del telón de fondo.

Mientras avanzaba por el muelle, el abogado Ferro sintió que una mirada se cernía sobre él. El asunto no le preocupó; en el puerto no había nadie que lo conociera, ni se encontraba en las inmediaciones de ninguna librería, por lo que la mirada que lo había captado solo podía pertenecer a un vulgar entrometido por el que no valía la pena preocuparse. Era una extraña mirada, que se posaba sobre su rostro de forma oblicua, es más, ladeada; esta inédita extrañeza lo intrigaba un poco, pero no lo suficiente como para inducirlo a investigar.

Tenía problemas bastante más graves que esas miradas importunas. Llevaba ya dos días en Génova y había hecho casi todo lo posible para conseguir noticias de la señorita Amerio, pero nada. En primer lugar, fue a la comisaría y consultó los registros donde se recopilaban los nombres de los inmigrantes y sus direcciones de destino. Descubrió que de las cuatro chicas que habían embarcado con el señor Bardella tres habían sobrevivido, mientras que la cuarta, una tal Amedea Martinot, constaba como desaparecida y, con toda probabilidad, fallecida. El propio Bardella había muerto, al igual que su esposa, una mujer de nacionalidad española; el mar devolvió ambos cadáveres un par de días después del naufragio. El abogado Ferro escribió un telegrama a cada una de las tres supervivientes, preguntándoles si tenían noticias de Nita Amerio, y prometiéndoles un giro de treinta liras por la respuesta, fuera positiva o negativa. Después de esa parada en correos, fue a la sede de la Navigazione Generale Italiana, donde, gracias a un funcionario un poco demasiado charlatán, descubrió cosas reprobables, pero absolutamente inútiles para su propósito; por ejemplo, llegó hasta sus oídos el hecho de que, gracias a una artimaña, los náufragos no habían recibido otra indemnización que el reembolso del billete o la posibilidad de continuar el viaje en otro barco de vapor.

—Nadie puede abandonar el barco hasta que el capitán no declara «el abandono del barco»; quien lo hace comete un delito y no se lleva nada —le explicó sonriente el desagradable charlatán.

—¿Aunque el barco se esté hundiendo?

—Claro, es la ley —respondió el tipo, satisfecho de sí mismo.

—¿Y cuándo se declaró «el abandono del barco»?

—Dos días después del incidente —contestó, con una sonrisa socarrona.

La mirada ladeada que lo había rozado poco antes volvió a atraparlo. Si alguien tenía el pésimo gusto de contemplar con tanta insistencia su feo rostro, bueno, ese era su problema, pensaba el abogado mientras seguía por su camino. Le habían hablado de una taberna cuyo cocinero había servido en las cocinas del *Sirio*. El hombre dimitió inmediatamente después del naufragio, y había optado por seguir su carrera cocinando en tierra firme.

Ferro aminoró el paso: ahora las miradas que lo cosquilleaban se habían convertido en dos; la segunda pertenecía a un libro, estaba seguro. Miró a su alrededor: estibadores y mozos de cuerda iban y venían transportando fardos sobre sus hombros, pero ninguno de aquellos bultos parecía contener libros. Un momento..., ¿sería posible que ahora las miradas que percibía se hubieran convertido en tres? Había una mirada humana, otra libresca y una..., una más que no era capaz de identificar.

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas, recuerdos de viaje! —oyó gritar a una voz femenina.

Una fotógrafa ambulante: era ella quien lo estaba observando. ¡No, nada de fotografías, por el amor de Dios! No era culpa suya haber nacido feo, pero impedir que su fealdad se multiplicara a través de las fotos y que luego se extendiera por el mundo sí que era su responsabilidad. El abogado se permitió observar a la fotógrafa con el rabillo del ojo, mientras cambiaba rápidamente de dirección: tenía el pelo castaño recogido en un moño del que se escapaba, con un estudiado efecto casual, un mechón que le caía a un lado de la cara, por eso su mirada era oblicua: la chica tenía que avistar por debajo de ese mechón. Mientras continuaba con su retirada, el abogado apenas tuvo tiempo de fijarse en que, junto a la chica, había una criaturita diminuta, que llevaba un vestidito blanco lleno de encajes y atavíos.

—Esa es la niña más fea que he visto en mi vida —murmuró, acelerando el paso—. Ni siquiera en mi familia se ha visto nunca un mocoso tan poco agraciado.

—No, nunca la he visto —declaró el tabernero al devolverle la fotografía.

El abogado volvió a meter el retrato de Anita Amerio en el volumen de *El noventa y tres*, del que aún le faltaban por leer algunas páginas.

—Qué mala suerte —suspiró.

Era temprano para el almuerzo y en la taberna aún no había ningún cliente, pero de la cocina salía un hechizante olor a sopa de pescado.

—Lo siento —se lamentó el cocinero, sirviéndole un vaso de vino para animarlo—, pero yo trabajaba en las cocinas de tercera clase, en la proa, mientras que los pasajeros de primera clase como esa chica se alojaban en el extremo opuesto del barco de vapor.

La taberna en la que el abogado Ferro se encontraba era un lugar exquisitamente literario: un

antro oscuro al que se accedía bajando unos escalones, con las paredes adornadas con redes de pescar, cañas y viejos remos desgastados por el mar. Su interlocutor era también una delicia literaria: piel reseca por el sol y la salmuera, pelo canoso recogido en la nuca con una coleta e incluso un diente de oro que brillaba con cada una de sus palabras.

—¿Le dicen algo los nombres que hay en este papel? —preguntó la voz del abogado, mientras su mente completaba la frase con un piratesco: «¡Por las barbas de Neptuno!».

Se sentía perfectamente cómodo sentado a aquella mesa decorada con multitud de inscripciones —en su mayoría, nombres y fechas— talladas con la punta de un cuchillo; en el fondo, ya había visitado tugurios similares y hablado con docenas de lobos marinos cuando se encontró en la posada del Chorro entre las páginas de *Moby Dick*, por ejemplo, o al Almirante Benbow desde el primer capítulo de *La isla del tesoro*. El abogado empezó a recordar mientras el tabernero examinaba el papelito: «Hace algunos años mi padre era dueño de una posada... Se llamaba Almirante Benbow. Un día apareció un hombre extraño. Era un feo y viejo marinero. Llevaba un viejo cofre de marinero consigo. “Este es un lugar solitario —le dijo el viejo marinero a mi padre—. Quisiera una habitación”».

—Al señor Bardella lo conocí, pobre hombre —el tabernero lo despertó de sus pensamientos—, hacía un par de travesías al año como fotógrafo de a bordo, llevando consigo grupitos de chicas que iba allí como esposas de emigrantes. Al principio lo llamábamos «el mercader de potrancas», luego pasó a ser «el alegre cornudo».

—¿Cómo dice? —preguntó el abogado, pasmado.

—Hace unos años, se casó con una chica muy guapa, una bailarina de flamenco que actuaba durante el periplo entre Barcelona y Cádiz. Era mucho más joven que él y de una belleza sin parangón; Bardella la convenció para que se casara con él, prometiéndole que la convertiría en una señora, y en cambio...

—Los casamenteros son especialistas en engañar a las chiquillas —comentó el abogado—, es su trabajo.

—Esa rara belleza se encontró vagabundeando con él por pueblos y ferias, y también siguió bailando en los barcos cada vez que se embarcaban. A veces, cuando se encontraban muy apurados y sin blanca —bajó la voz mientras se inclinaba hacia él—, Bardella incluso la exhibía en la cubierta de tercera, entre los emigrantes que gritaban obscenidades, y luego pasaba a recoger las monedas con el sombrero.

—¡Pobre señora Bardella!

—Ah, pero ella se vengaba. —Se rio, burlón—. Corría detrás de los caballeros de primera clase, uno distinto en cada travesía. Claramente, su propósito era encontrar un amante rico que la mantuviera. Bardella intentaba salvar la cara todo lo que podía montando un numerito de vez en cuando, pero al final se salía con la suya, porque sabía que los ricachones con los que se divertía su esposa se olvidarían de ella en cuanto pisaran tierra firme.

—Y de ahí el apodo de «alegre cornudo» —dijo Edmondo.

—La señora siempre elegía el mejor partido de la travesía; el de la última era hijo de un conde, y no uno de esos nobles de medio pelo sin dinero que piden prestado a todo el mundo y nunca devuelven lo que adeudan, sino uno que había hecho no sé qué negocios con el petróleo americano, y tanto el dinero viejo como el nuevo le salía por las orejas. Quién sabe quién se llevará todo ese dineral, ahora que el heredero ha muerto.

—¿Él también murió?

—Algunos dicen —se inclinó más aún hacia Edmondo— que en el momento del naufragio los dos se habían retirado a su camarote, por lo que fueron de los primeros en estirar la pata.

—Oh, pobrecitos.

—El alegre cornudo, en cambio, estaba en la cubierta de tercera en el momento de encallar y aún seguiría entre nosotros si no se hubiera lanzado a salvar a su esposa.

Los cotilleos del barco de vapor eran intrigantes, pero absolutamente inútiles para su investigación.

—De las jóvenes novias, ¿sabría decirme algo? —preguntó, intentando reconducir la conversación—. ¿Las conoció?

—De Nerina me acuerdo bien —confirmó—. Era espantosamente fea, pero hacía que lo olvidaras de lo bromista y listilla que era.

—¿Era amiga de la señorita Amerio?

—Veamos... —rebuscó en su memoria—, Nerina me habló de una desafortunada señorita de primera clase que se había quedado huérfana, a la que sus parientes, ricos pero tacaños, enviaban a Argentina como criada; tal vez se refería a la señorita Amerio.

—¿Criada? No. —Ferro lo descartó—. Los señores Amerio la enviaron de viaje para que se recuperara de la muerte de su padre.

—También me acuerdo de estas dos —continuó el tabernero, señalando los nombres de las hermanas Cerrato—. Llevaban vestidos de señoras ricas, pero viejos, con veinte años encima, y se daban muchos aires. Con esos harapos llenos de encajes y cintas parecían dos muñecas polvorientas.

—¿Y ellas conocían a la señorita Amerio? ¿Le hablaron de ella alguna vez?

—Esas dos no se rebajarían nunca a hablar con quien les servía la sopa —se rio, haciendo brillar el diente de oro—, estaban convencidas de que se habían casado con ricos terratenientes. A esta Amedea Martinot, por otro lado, creo que nunca la vi. A Nerina, en cambio... ¡Eso es! —Dio una palmada sobre la mesa—. Nerina me dijo que Bardella se había llevado como fotógrafa ayudante a la cuarta chica que viajaba con él, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo en primera clase. ¡Ella sí que podría darle información sobre la joven que busca!

—Por desgracia, la pobre chica se encuentra entre los desaparecidos —dijo el abogado negando con la cabeza.

—¡Oh, diablos! ¡A cuántos se llevó el mar aquel día! —El hombre volvió a golpear la mesa con un manotazo—. ¡Pero a mí ya no me atraparé! La paga en el barco era buena, pero muchas gracias, y adiós: prefiero cocinar en dique seco el doble de tiempo por la mitad del sueldo.

—Por favor, tráigame una buena sopa de pescado —Ferro había captado la indirecta—, y quédese con el cambio como compensación por el tiempo que le he hecho perder —añadió, entregándole un billete.

Capítulo 35

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, recuerdos de viaje! —gritaba desgañitándose Pia en el muelle del puerto—. ¡Mira, Nita, está volviendo el abogado de esta mañana! No dejes que se te escape esta vez.

Con el ejemplar de *El noventa y tres* bajo el brazo, cuyas últimas páginas había leído mientras sorbía su sopa de pescado, Edmondo avanzaba lento y desanimado. La Lanterna, el faro de la ciudad, dominaba el puerto en toda su antigua y admirable soberbia; tenía el aire de sabelotodo, esa vieja larguirucha, pensó el abogado lamentando lo poco que sabía por su parte. Había llamado a todas las puertas y preguntado a cualquiera que pudiera tener información. Ya no le quedaba nada más que hacer, salvo volver a guarecerse en el hotel a la espera, en compañía de otro buen libro, de que las novias del *Sirio* respondieran a sus telegramas.

—Si alguna de sus compañeros de viaje la vio en la cubierta después de embarrancar —le había dicho el tabernero en el momento de la despedida—, entonces significa que la chica no cayó por la borda y que probablemente está viva.

El libro que sostenía bajo el brazo se le resbaló de golpe; el abogado se volvió rápidamente para atraparlo al vuelo, pero vio con sorpresa que no se le había caído, sino que dos pequeñas manos peludas se lo habían arrebatado. ¡La horrible niña que había entrevistado esa mañana junto a la fotografía era en realidad una monita con un vestidito blanco y una cofia de recién nacido!

—Pero qué diablos...

Edmondo se sacó de encima su aturdimiento y se lanzó a perseguir a aquel animal, los volantes de su vestidito blanco revoloteando alegremente.

—¡Detente, ladronzuela! —le ordenó, pero de nada le sirvió: con un par de saltos, la monita alcanzó a la fotografía y saltó a sus brazos.

—Perdóneme —se disculpó la chica, cogiendo el libro de las manos del animalillo, que, liberado de su carga, enseguida trepó a sus hombros.

—Señorita, el suyo es un método muy original de atraer a la clientela —dijo el abogado Ferro entre jadeos.

—Pero no, yo nunca me atrevería a... —La chica bajó la mirada, avergonzada.

A pesar de todo, el abogado se percató de que sus ojos no apuntaban al suelo como los de quienes se avergüenzan, sino que examinaban la portada del libro, con la avaricia propia de los lectores codiciosos.

—¿Lo ha leído? —le preguntó, no pudo resistirse.

—No. —Levantó la cara, regalándole una sonrisa melancólica.

El abogado le devolvió la sonrisa y vio que el ojo medio escondido por el mechón que le caía a un lado de la cara era estrábico. Por eso aquella mañana había sentido esa mirada torcida.

—¿Quiere una fotografía, señor? —preguntó la chica, ya sin vacilar.

No era de Génova, se dio cuenta por la entonación de la pregunta: tenía acento piamontés.

—Puede que quiera una fotografía, señorita, pero solo si admite que el ataque de su monita era una refinada técnica comercial; y no intente convencerme de que a la joven aquí presente le gustan tanto los novelistas franceses que es capaz de llegar a secuestrarlos.

La fotógrafa se echó a reír, su ojo estrábico vibró en la órbita, pero de forma graciosa. Era guapa, se sorprendió pensando el abogado, y ese ojito bizco le daba un no sé qué de guiño.

—¡Nita, el señor te ha desenmascarado! ¡Haced las paces!

La monita, que seguía encaramada en el hombro de la chica, le tendió la manita a Edmondo, quien se la estrechó con ternura:

—Abogado Edmondo Ferro —se presentó a la monita, bromeando.

El animal ladeó la cabeza y le mostró la dentadura, en un artificioso esbozo de sonrisa.

—¡Muy bien, hagamos esa fotografía! —exclamó, rindiéndose y abrumado.

—¿Quiere hacérsela con Nita?

—¡Pues claro! Mi madre sabrá apreciar la rara circunstancia de una fotografía en la que aparezco junto a una bella señorita.

El abogado se movió de modo que la Lanterna fuera claramente visible a sus espaldas; en cuanto lo vio ponerse rígido en una pose estática, la monita saltó a sus brazos.

—Conoces bien tu oficio, ¿verdad, amiguita?

—También puede dar besos, ¿sabe? —le explicó la fotógrafa, colocando el trípode.

—Gracias, pero no sería apropiado, nos acaban de presentar, y la señorita Nita, aparte de robar libros, parece una buena chica.

Pia hundió la mirada en el visor fotográfico se llevó un sobresalto.

—¿Con la cámara fotográfica se me ve aún más feo de lo que soy? —bromeó el abogado—. No pensé que fuera posible.

—No, al contrario. —Le sonrió con una dulzura que él rara vez había saboreado.

—No me va a hacer creer que soy fotogénico, tengo docenas de fotos que pueden atestiguar lo contrario.

La chica volvió a clavar su mirada en el visor y se demoró unos instantes, observándolo. A través del objetivo de la cámara fotográfica, la mirada de la chica le llegaba multiplicada, cargada de una intensa pasión que lo turbó y halagó al mismo tiempo. Por un instante infinitesimal, tuvo la impresión de que le gustaba, pero enseguida se sacó de encima una idea tan caprichosa: el calor que sus ojos emanaban no era más que el reflejo del amor que sentía por el arte de la fotografía.

La muchacha disparó al final y la monita saltó al suelo. Por un momento, el abogado y la fotógrafa se quedaron uno frente a otro, mirándose fijamente sin hablar.

—¿Puedo conseguir cuatro copias? —preguntó Edmondo, que se animó—. Además de la de mi madre, me gustaría una para mí, una para mi prima Eloisa y la otra para mi querido amigo Raniero.

Se dio cuenta de que no era necesario dar explicaciones, y mucho menos soltar los nombres de amigos y familiares, pero sentía la necesidad de llenar ese extraño y embriagador silencio que los separaba con cualquier palabra que acudiera en su ayuda.

—Las tendrá mañana por la mañana —respondió la chica.

El abogado buscó su cartera, pero ella lo detuvo.

—Ya me las pagará mañana —le dijo—, sé que puedo fiarme de usted.

—¿De verdad? —susurró en un tono tan bajo que no se le pudo entender.

De repente, el cuaderno de las miradas vibró bajo su chaqueta; en una silla, junto a un telón de fondo pintado de forma un tanto cuestionable, un libro lo estaba observando. Con un gesto automático, Edmondo alcanzó la silla y recogió el volumen: *Los miserables*.

—Qué casualidad, usted también está leyendo a Victor Hugo —dijo, tratando de dominar una sensación de aturdimiento—. ¿Le está gustando?

—Lo he terminado —respondió la fotógrafa—, y ahora lo estoy releendo.

—Ah, así que es usted una relectora, una de esas personas que vuelven a las lecturas que les gustaron —dedujo, mirando con benevolencia la gastada cubierta, a la que incluso parecía haberle caído agua encima.

—No, yo no diría eso —se lamentó ella—, es que no tengo la oportunidad de comprar más libros —respondió con un tono que habría querido ser irónico, pero que en cambio sonó patético y desgarró el alma del abogado.

Solo en ese momento se percató de que la ropa de la chica, aunque digna, estaba tan desgastada como la tapa del volumen que tenía en la mano.

—¿Ha leído usted *Los miserables*? —le preguntó.

—Le parecerá absurdo, ya que es una obra famosísima, pero no, aún no la he leído —respondió Edmondo.

En realidad, a Pia no le pareció absurdo: ella solo había leído y releído muy pocos libros, sin saber si alguno de ellos era famoso o no.

—Hagamos un cambio —le propuso el abogado, tendiéndole *El noventa y tres*.

—No me parece de recibo —rechazó ella—. Su libro es nuevo, el mío está muy estropeado.

—¿Qué importa eso? No es el aspecto del volumen lo importante, sino su contenido.

La fotógrafa pareció reflexionar sobre aquella afirmación.

—Entonces, ¿cerramos el trato? —la apremió Edmondo.

—Está bien —aceptó ella.

—Hasta mañana, pues. —Se despidió rápidamente, como suele hacerse tras cerrar una operación dolorosa.

—Hasta mañana.

Ferro se marchó con mil emociones hirviendo en su pecho: se sentía ligerísimo y pesado al mismo tiempo.

—El volumen no es gran cosa, Nita —murmuró Pia a la monita mientras el abogado se alejaba—, pero el contenido es maravilloso.

El animalillo ladeó la cabeza y enseñó los dientes, en esa imitación de sonrisa que, inexplicablemente, tanto divertía a los humanos.

—Créeme, Nita —añadió ella, sin prestar atención a aquella divertida sonrisa—, por dentro es espléndido, lo vi con mis propios ojos, mientras lo fotografiaba.

Capítulo 36

—Abogado Ferro, hay telegramas para usted —anunció el conserje mientras se dirigía a desayunar con *Los miserables* bajo el brazo.

—Oh, qué buena noticia, muchas gracias.

Llegó al comedor y tomó asiento ante lo que, a esas alturas, ya era su mesa habitual. Un camarero le sirvió al momento un poco de café.

—¿Qué quiere que le traiga?

—Las dos tostadas de siempre, por favor.

—Sin mantequilla ni mermelada, ¿verdad?

—Como siempre.

—El chef acaba de hornear unas deliciosas pastas rellenas de crema, ¿le gustaría probarlas?

—¿Crema? ¡No, por el amor de Dios!

Como el abogado leía en la mesa —una costumbre deplorable que, no obstante, se permitía, al no tener casi ningún otro vicio— había aprendido a elegir alimentos sencillos y, sobre todo, secos, para que no se le pringaran los dedos y, en consecuencia, las páginas de los libros.

—¿No tendría, por casualidad, un plátano, si es tan amable?

—Por supuesto, abogado —respondió el camarero con el orgullo de quien siempre es capaz de ofrecer a sus huéspedes alimentos raros y muy buscados.

—Me gustaría con la piel, por favor —especificó—. No se moleste en cortarlo en rodajas y colocarlo en un platito.

—Como desee. —Con una reverencia, el camarero escondió la decepción que aquella extravagante petición le había provocado.

Edmondo abrió el primer telegrama; era de su madre:

ELOISA ESTÁ AQUÍ CONMIGO STOP
TODO BIEN STOP
TU AMIGO RANIERO SE REUNIÓ CON NOSOTRAS STOP
NO DEBERÍA HABERLO HECHO STOP
PERO AHORA TODO CORRECTO STOP
CON AFECTO STOP

Edmondo sonrió divertido ante tan escueto mensaje, que, sin embargo, su mente logró completar con facilidad. Madama Ferro era una mujer de muy pocas palabras, y, aparte de los «stop» al final de cada frase, ese texto no sonaba demasiado diferente de cualquier comunicación verbal suya.

En síntesis, el telegrama lo informaba de que su prima se había reunido con su madre en la

sierra sin problemas y que todo iba bastante bien, hasta la llegada inesperada de Raniero, a la que había seguido una gran trifulca con la que madama Ferro, como la enérgica mujer que era, había acabado de inmediato. Eloisa y Raniero ahora convivían bajo el mismo techo y, por algún misterioso sortilegio de su madre, se habían reconciliado.

El abogado dobló el telegrama y suspiró aliviado: mientras Eloisa permaneciera bajo la jurisdicción de su madre, el tío Eugenio no podría obligarla a renunciar a su hijo. En cambio, la presencia de Raniero le reportaría el afecto y el apoyo moral que él, pobre exiliado, no podía brindarle en ese momento.

Después de mordisquear media rebanada de pan tostado, el abogado abrió el segundo telegrama, que enviaba la señora Nerina Bosco de Penna:

CUANDO LA NAVE CHOCÓ, NITA NO ESTABA CONMIGO STOP
LUEGO NO VOLVÍ A VERLA STOP
SI HABLA CON ELLA O CON PIA, DÍGALE QUE MI MARIDO ES FEO
PERO BUENA PERSONA STOP
Y QUE TAMBIÉN TIENE BUENOS DINEROS STOP
QUERÍA UNA ESPOSA FUERTE, PERO NO PARA HACERLA TRABAJAR COMO UN BURRO, STOP
SINO PORQUE SU ANTERIOR ESPOSA SIEMPRE ESTABA ENFERMA Y SE LE MURIÓ STOP
Y QUERÍA UNA FUERTE QUE YA HABÍA SUFRIDO MUCHO STOP
NO ME ENVÍE DINERO, QUE NO LO NECESITO STOP
PERO NO SE LO DIGA A MI MADRE, QUE NO LE ENVÍO NADA A ESA BRUJA STOP

El señor Penna debía de tener realmente sus buenos dineros, pensó el abogado, sonriendo; el telegrama era muy largo y sin duda había costado un ojo de la cara. Además de alegrarse de que esa desconocida Cenicienta hubiera encontrado a su príncipe azul, el mensaje no le daba ninguna información útil. Releyó el texto más atentamente, buscando alguna pista: Nerina llamaba Nita a la señorita Amerio, y ese era el nombre de la monita de la fotografía, pensó divertido ante aquella coincidencia. Pero aquello, aparte de informarle de que entre las dos chicas había cierta confianza, no lo ayudaba en nada. Además, mencionaba a una tal Pia, tal vez una pasajera que había conocido en el barco de vapor, que también era amiga de Amerio; sin el apellido, esa información no le servía de nada, aunque siempre podía preguntárselo con un nuevo telegrama, se dijo mientras se metía el plátano en el bolsillo de la chaqueta y se levantaba de la mesa.

—Buenos días, enseguida estoy con usted.

—Tómese su tiempo, señorita —le sonrió embobado.

Tras su encuentro del día anterior, enseguida el abogado había logrado sacarse de encima el embrujo de aquella agradable hechicera de mirada oblicua: le había bastado lanzarse de cabeza a la lectura de *Los miserables*, que sin duda era una obra maestra de la literatura, pero que desde luego no fomentaba el romanticismo. Sin embargo, ahora que la veía moviéndose grácilmente alrededor de su cámara fotográfica, sintió que su pecho se estremecía y, por una vez, la causa no era el cuaderno de las miradas. La joven fotógrafa se disponía a inmortalizar a un muchacho con uniforme de infantería listo para partir al servicio militar. La pequeña Nita, en cambio, dormitaba en un carrito detrás del telón de fondo.

—Si quiere dos copias, le haré un descuento —le propuso al muchacho, volviendo a meter la placa en la bolsa.

—Solo necesito una, para regalársela a mi madre —respondió él, que declinó la oferta cortésmente.

—¿Y no piensa en su novia?

—No tengo novia... —vaciló—, es decir..., todavía no.

—Pero apuesto a que hay una chica que le gusta y también a que si le regalara su fotografía antes de marcharse al servicio militar la haría feliz y pensaría en usted todo el tiempo en que estén separados.

—¡Qué diablos, de acuerdo! —aceptó—. ¡Hágame dos copias!

—Ha sido usted muy hábil con ese chico —le dijo el abogado en cuanto el soldadito se hubo alejado—. Cómo sabía usted que le gustaba una chica.

—Lo he visto —respondió instintivamente—. Bueno, no, quería decir que me lo he imaginado —se corrigió—. Un chico de dieciocho años siempre tiene una chica en la cabeza, ¿no le parece?

—Pues claro —afirmó con fingida convicción, ya que él, en sus treinta y siete años de vida, no había tenido muchas chicas en la cabeza, y por ninguna de esas poquísimas desafortunadas había experimentado la suave perturbación que esa joven fotógrafa suscitaba en él.

La palabra «joven» resonó en su mente igual que un trueno: la fotógrafa debía de tener unos quince años menos que él.

«¡Qué vergüenza, Edmondo! —se reprochó a sí mismo—. Ella es una dulce chiquilla y tú eres un viejo mamarracho que se engaña al pensar que puede gustarle.»

—Aquí están sus cuatro fotografías. —Se las entregó en un sobre.

Para recobrase de ese estado, lo abrió inmediatamente; nada como la contemplación de su fea jeta sería más eficaz para apagar cualquier ardor.

—¡Es usted una maga, reconózcalo! —exclamó al observar la fotografía, en la que, si no exactamente guapo, al menos aparecía aceptable—. Nunca me había visto así...

—¿Así, cómo? —Sonrió—. El de la foto es usted.

—Soy yo, claro, pero... ¡mejor, eso es!

—Algunos clientes me han acusado de afearlos, pero nunca ninguno de que lo haya mejorado. —Se rio.

Tal vez atraída por la hilaridad de su dueña, Nita se despertó de su siesta y se acercó al abogado; estaba a sus pies y lo miraba inquisitivo.

—Aquí tiene. —Le entregó un billete a la chica—. ¿Es suficiente?

—De sobra, espere a que le traiga el cambio.

—Quédese.

—No —respondió, con tal firmeza que no dudó en guardarse en el bolsillo el puñado de monedas que la chica ya había derramado sobre la palma de su mano.

—Oh, se me olvidaba —dijo, sacando un plátano de su bolsillo—. Un *hommage à vous, mademoiselle*. —Se inclinó hacia la monita, ofreciéndole la fruta, que Nita agarró con entusiasmo.

—Es usted un hombre muy amable. —La muchacha le sonrió con un destello de emoción en la mirada oblicua.

Ambos permanecieron mirándose en silencio, como ya había ocurrido el día anterior, mientras Nita disfrutaba del plátano sin preocuparse por las enervantes emociones con las que los humanos, quién sabe por qué, siempre conseguían estropear la vida.

—¿Ha empezado ya *El noventa y tres*? —le preguntó Ferro al cabo de unos instantes.

—Sí, anoche.

—¿Y qué le parece?

—Es difícil —admitió sin azorarse—, hay muchas palabras que no conozco, pero por suerte tengo un diccionario.

Era admirable, pensó el abogado, admirable y encantadora: no había tenido la oportunidad de estudiar, eso resultaba evidente, pero se empeñaba en disfrutar del placer de la lectura, algo que muchos, de condición más acomodada, no se tomaban la molestia de hacer.

—¿Y usted, ha empezado *Los miserables*?

—Oh, sí, ya voy por la mitad.

El abogado se arrepintió al instante de aquella afirmación, que podría sonar condescendiente para alguien que necesitaba un diccionario para leer.

—¡Por la mitad! —Ella sonrió, en cambio, con una admiración genuina—. ¿Le está gustando?

—Muchísimo.

—La primera vez que lo leí, no me gustó —admitió ella con candor—, la miseria no es algo bonito, especialmente para quien la conoce.

—No, no lo es en absoluto —convino Ferro, percibiendo lo vacua e incluso hipócrita que sonaba su afirmación, ya que la miseria él solo la había leído en los libros, mientras que esa chica debía de haberla vivido y, hasta cierto punto, aún seguía viviéndola—. La mona —se apresuró a cambiar de tema— es india, ¿verdad?

—Tal vez. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me parecía que era de raza india, aunque, verás, no soy ningún experto en monos —se rio nerviosamente—, y además tiene un nombre indio.

—No sabía que Nita era un nombre indio —se sorprendió—, le puse ese nombre en homenaje a la persona que me lo dio.

—¿Cómo se llamaba antes, ese encantador animal?

—No lo sé, no me lo dijo.

El ojo estrábico se desvió hacia un lado, como para huir de una visión aterradora, y la cara de la chica se veló en una máscara de tristeza.

—Nita, ¿cómo te llamabas antes? —le preguntó Edmondo en tono bromista a la monita, para alejar a la chica del pensamiento que la turbaba—. Vamos, no seas tímida, mi bien.

La monita, que se sintió interpelada, hizo una mueca que a un humano podría parecerle de perplejidad.

—Lo lamenta, pero, por desgracia, lo ha olvidado —tradujo el abogado, serio.

Eso hizo que la sonrisa volviera a la cara de la chica.

—Es usted un hombre extraordinario —dijo Pia.

—¿Por qué hablo el monés? —preguntó, para seguirle el juego—. No es nada extraordinario, se trata de una lengua muy fácil de aprender.

Las palabras los abandonaron de nuevo, dejando en sus rostros una sonrisa de desconcierto.

—¿Me haría el honor de almorzar conmigo, señorita? —preguntó Edmondo de golpe.

La chica borró la sonrisa.

—No me parece correcto.

—Por supuesto, perdóneme —se disculpó el abogado—, la mía ha sido una proposición inoportuna. Es correcto que una chica no acepte la invitación del primero que llega.

—No es usted en absoluto el primero que llega —respondió con un tono enigmático.

—Me gustaría dejar claro que mi invitación no tenía segundas intenciones —aclaró—. Quería almorzar con usted por el puro placer de conversar.

—Lo sé —dijo con seguridad—. Usted es un hombre honesto, lo vi.

—¿Cómo dice?

—Quería decir que puede verse —titubeó—. Tiene usted el aspecto de un hombre decente, a eso me refiero.

—Se lo agradezco, pero...

—Con mucho gusto almorzaría con usted, pero no puedo dejar mi equipo aquí sin vigilancia. Aunque podríamos cenar juntos.

—No pido nada mejor. —El rostro se le iluminó—. ¿Dónde desea que pase a recogerla? Podríamos cenar en mi hotel, que tiene un restaurante estupendo, o bien...

—No, en un hotel Nita no sería bienvenida, y nunca la dejo sola. Podríamos cenar aquí, en una taberna del puerto.

—Ayer almorcé en un lugar delicioso —le dijo—, quizá un poco demasiado rústico, pero muy literario; está junto a un almacén de jarcias y sirven una exquisita sopa de pescado que...

—No, ahí no. —Se negó con firmeza—. Si a usted le parece bien, nos vemos a las siete, al final de la carretera Carlo Alberto, en la embocadura de la piazza Caricamento; allí hay muchas tabernas, y todas son muy buenas.

—Señorita —la llamó una voz femenina—, mi hijo quiere hacerse una fotografía con la monita.

Una señora con un vestido de paseo malva llevaba de la mano a un niño con la cara hinchada por la rabieta.

—¡Será un placer, señora! Nita, ven, tenemos a un joven que quiere conocerte. Perdóneme —se volvió hacia el abogado—, ahora tengo que trabajar, nos vemos a las siete.

—Al fondo de la carretera Carlo Alberto, en la embocadura de piazza Caricamento —repitió el abogado como un loro.

¿Qué estaba tramando?, se preguntó mientras se alejaba congestionado por el desasosiego. Había invitado a cenar a una chica muy joven y de baja condición social. No es que este último aspecto le preocupara, evidentemente, pero si a ello se le unía la corta edad de la fotógrafa, entonces sí que lo hacía, y bastante. En su círculo social, llamaban granujas a quienes salían con chicas jóvenes y pobres.

—Pero yo soy un hombre honrado —dijo, dando una cariñosa palmada al cuaderno de las miradas, bajo la tela de la chaqueta—. Lo ha dicho ella misma.

La vista de la oficina de correos le hizo poner de nuevo los pies en el suelo. Tenía que enviar un telegrama; además, también quería mandar las copias de su fotografía con la pequeña Nita a su madre, Eloisa y Raniero. Todos se iban a reír con ganas al verlo con una monita en brazos, y Eloisa, en particular, lo necesitaba mucho.

Metió las fotografías en tres sobres diferentes, escribió una nota para cada uno de sus seres

queridos, tras lo cual se guardó la cuarta copia en el bolsillo y se dedicó al telegrama.

GENTIL SEÑORA PENNA NERINA STOP

MUCHÍSIMAS GRACIAS POR SU RESPUESTA STOP

¿PUEDO MOLESTARLA PREGUNTANDO QUIÉN ES LA PIA QUE USTED MENCIONA Y SI CONOCE
SU APELLIDO? STOP

—¡El nombre! —se dijo a media voz mientras la pluma se le escapaba de los dedos.

¡Había invitado a una mujer a cenar con él y ni siquiera se había molestado en preguntarle cómo se llamaba!

—¡Ah, menudo papelón, qué mezquino! —murmuró, completando el telegrama con los cumplidos de rigor.

Capítulo 37

—¿Puedo saber su nombre, señorita?

Pia se encogió de hombros. No era una casualidad que no se hubiera presentado: no le gustaba revelar su nombre, pues no se correspondía con lo que estaba escrito en sus documentos. Pronunciar su nombre, el de pila, como le había sido impuesto, le recordaba a su familia, y ese pensamiento siempre venía seguido de un doloroso sentimiento de culpa. Su lugar no estaba en Génova, se repetía entonces, sino en los campos, poniendo de su parte para sacar adelante la granja. Entonces, ¿qué hacía todavía allí? ¿Por qué no escribía una carta a su familia y les decía, de una vez por todas, que estaba viva? Porque tendría que haberlo hecho a su debido tiempo, se contestaba a sí misma, hacía dos años, y, sobre todo, porque le gustaba mucho más su vida en Génova, por muy precaria y atada a los caprichos de los transeúntes que estuviera, que la que llevaba bajo el yugo de sus padres.

—¿Puedo saber su nombre, señorita? —repitió el abogado, que creyó que no lo había oído.

La muchacha escrutó su rostro; la monita, sentada sobre su hombro, le dio una palmadita en la sien, como para incitarla a contestar. En Génova, nadie sabía su nombre, aparte de su casera, que de todas formas lo había olvidado en cuanto terminó de rellenar el contrato de alquiler. Cuando alguien se lo preguntaba, y ella no podía hacer otra cosa que no fuera responder, entonces decía que se llamaba Maria. No era mentira, pues aquel era su primer nombre; además, era tan común que pasaba desapercibido. Al abogado Ferro, sin embargo, no quería soltarle una verdad a medias: su alma resplandecía de bondad, honradez y belleza. Belleza, sí, aunque desde fuera no es que pudiera decirse que fuera bello.

—Me llamo Maria Pia Martinot —se presentó por fin. Decir su nombre completo después de casi dos años, le produjo una sensación de alivio mezclada con malestar.

—Martinot... —repitió Edmondo casi para sí mismo—, creo que conocí a alguien con este apellido. Un cliente de nuestro bufete, tal vez... —rumió—. Ya me vendrá a la cabeza.

—Perdóneme que no me presentara —se disculpó ella, apoyándose en el brazo que él le ofreció galantemente.

—Yo tampoco me presenté, y me correspondía a mí haberlo hecho —se corrigió.

—En realidad, usted ya se presentó; de lo contrario, ¿cómo iba yo a saber que se llama Edmondo Ferro y que es abogado?

—Que usted lo sepa no implica que yo me haya presentado; sí, me presenté, pero no a usted, sino a Nita.

Pia se rio de todo corazón y, casi sin darse cuenta, se aferró con más fuerza a su brazo. Piazza Caricamento, o Ciassa Caregamento, como la llamaban los genoveses, era frecuentada por una multitud numerosa y variada: marineros, estibadores, empleados del astillero, pero también hombres vestidos con elegancia, en contadas ocasiones en compañía de señoras.

El conserje del hotel había desalentado al abogado Ferro de ir a cenar a una de las tabernas del Caregamento; la zona era poco recomendable, aunque la cocina, tuvo que admitirlo, era de las mejores de la ciudad.

—Taberna de las Mujeres. —El abogado leyó el letrero—. Qué nombre más curioso. ¿Es un lugar que frecuentan sobre todo señoras?

—No —negó ella, moviendo la cabeza—. Aquí, en el puerto, las mujeres somos pocas, y todas trabajadoras, de una forma u otra —dijo con un orgullo que le resultó adorable—. Los nombres femeninos que quizá oiga mencionar a sus vecinos de mesa durante la cena serán los de los barcos.

Pia lo condujo hasta una taberna algo menos concurrida que la otras, que se parecía mucho a aquella en la que el abogado había estado el día anterior y que tanto le había recordado a las posadas de las novelas marineras. Pidieron bacalao *accomodato*, *focaccia* y anchoas fritas, mientras que Nita recibió una generosa cesta de fruta como obsequio personal del tabernero, que bebía los vientos por el animal.

—Es usted del Piamonte, ¿verdad?

Pia asintió de un modo imperceptible.

—¿Y cómo es que dejó el Piamonte para venir a Génova?

—Por trabajo —respondió de forma concisa y solo en parte sincera.

—¿Vive aquí todo el año o solo durante la temporada de verano?

—Todo el año, aunque en invierno no hay mucho trabajo —se lamentó—, a veces es realmente duro —añadió lentamente, como si sintiera la necesidad de confesárselo, pero en realidad temiera que la escuchara.

—¿Cómo se hizo fotógrafa, si no soy demasiado indiscreto? ¿Era la profesión de su padre?

—No. Me acerqué a la fotografía por casualidad —respondió, otra vez con la verdad y evitando detalles incómodos—. Desde la primera fotografía que hice, supe que quería ser fotógrafa.

—Debe de ser muy bonito encontrar una vocación. —Edmondo suspiró.

—Es muy bonito, sí —confirmó ella—, pero también es una maldición porque cualquier otro trabajo se vuelve imposible.

—Solo puedo imaginármelo.

—¿Ser abogado no es su vocación?

—Me temo que no —admitió enseguida—, es la profesión de la familia desde hace generaciones, y yo tuve que continuar la tradición; pero sé que he tenido suerte —añadió, pues no quería parecer desagradecido con el destino, que le había proporcionado una condición muy privilegiada.

—Tengo que volver a casa —dijo Pia de repente—. Mañana por la mañana he de revelar unas fotografías.

—¿Hace fotografías por la mañana y las revela por la noche? —preguntó él, impresionado.

—Mi trabajo es así.

—¿Y piensa ser fotógrafa ambulante para siempre? —le preguntó mientras caminaban en dirección a la casa de ella—. ¿O acaso tiene otros proyectos? Tal vez un pequeño negocio en otra ciudad, en Turín, por ejemplo —dijo, para nada de forma desinteresada.

—De momento me quedaré aquí —dijo, para decepción del abogado—. ¿Y usted cuánto

tiempo se quedará en Génova?

—Un par de días más —respondió—, tres como mucho. Vine aquí por un asunto legal, una investigación —especificó sin dejar de ser impreciso—, aunque no estoy avanzando nada.

—Lo siento —dijo Pia, que enseguida se quedó callada.

Siguieron caminando en silencio, mientras la Lanterna cortaba la oscuridad del puerto con su luz clara y tranquilizadora. Saciada de fruta, Nita dormía en los brazos de la chica, sin preocuparse por el silencio que afligía a esos dos pobres humanos.

—Tengo un proyecto —soltó Pia de repente—. Hace dos años conocí a un periodista que me pidió que hiciera fotografías para su periódico. Era un momento muy difícil para mí, pero él y su esposa me alojaron en su casa durante varias semanas.

—Qué buena gente —comentó el abogado, agradecido por cualquier palabra que pudiera romper el silencio.

—Hace algún tiempo, este periodista se trasladó a Nueva York con su mujer, para trabajar como corresponsal en el extranjero. Hace cosa de un mes me escribió, pidiéndome que me reuniera con él para trabajar juntos.

—¿Así que piensa marcharse a los Estados Unidos? —preguntó, tratando de disimular el abatimiento en que lo había sumido la perspectiva de imaginarla tan lejos.

—Me encantaría: vería y aprendería muchas cosas, y me pagaría bien.

—Entonces tendría que ir —dijo él tras una larga pausa, mientras su corazón le latía con tanta fuerza que hacía dar saltos al cuaderno de las miradas en el bolsillo de su chaqueta—. Ocasiones como esta solo se dan una vez en la vida, y únicamente se le presentan a unos pocos elegidos. —Se obligó a sí mismo a animarla, aunque cada fibra de su cuerpo le sugiriera que la desanimara, porque así podría mantenerla cerca.

—Ya lo sé —suspiró—, pero veré, yo no puedo ir... a América: el mar me da miedo.

—Pero si lo tiene delante de sus ojos todo el día —intentó bromear, con escaso éxito.

—Me gusta verlo —confirmó con una risita nerviosa—, pero solo desde tierra firme. —Se detuvo—. A partir de aquí sigo yo sola.

—No puedo permitírselo —objetó el abogado.

—Seguiré sola —reiteró ella en un tono cortés que no admitía réplica.

El abogado asintió: tal vez la chica se avergonzaba de mostrarle dónde vivía o tal vez —¡el cielo no lo quisiera!— tenía miedo de que pretendiera aprovecharse de ella.

—¿Puedo albergar la esperanza de volver a verla? —preguntó con una inclinación suplicante de la que enseguida se avergonzó.

Ante aquellas palabras, Pia se acercó hacia él y lo besó rápidamente en los labios.

—Venga a verme mañana por la mañana al sitio de costumbre —exclamó, y echó a correr con Nita, que, medio dormida, se aferraba a ella para no caerse.

El abogado se quedó mirándola en su carrera, hasta que ella desapareció de su vista. Era justo como siempre había sospechado: el afecto de una chica de carne y hueso era mucho más emocionante que el de las heroínas de las novelas.

—Más emocionante y más peligroso —se dijo de vuelta a su hotel.

Capítulo 38

Con paso ligero pero inseguro, el abogado llegó a su hotel, se metió en su habitación y se quitó la chaqueta. De uno de sus bolsillos cayó el sobre que contenía la copia de la fotografía que había guardado para sí.

Se sentó en la cama para mirarla, lleno de la ternura de quien contempla el rostro del ser amado. Por desgracia, en la fotografía no aparecía su señorita fotógrafa, sino su feo rostro — aunque un poco menos feo de lo habitual— junto al de una simpática monita; pero, de todos modos, era en cualquier caso una obra de ella y, por tanto, le sería para siempre querida. Los ojos se le empañaron de lágrimas, la imagen de la fotografía tenía los contornos borrosos. El abogado cerró los ojos un momento para reprimir el llanto, luego volvió a abrirlos:

—Pero ¿qué diablos...?

La voz se le apagó en la garganta y su respiración se hizo entrecortada: la monita ya no estaba entre sus brazos, sino en los de una chica de rostro agradablemente regordete, que estaba de pie junto a él en la foto.

—Pero esta parece... —la voz esta vez brotó de su garganta de forma disruptiva e incontrolada— ¡la señorita Amerio!

La chica era, en efecto, Anita Amerio, tal y como se la veía en la fotografía que le había entregado su tío.

—¡Ya basta! —se ordenó a sí mismo, enjugándose los ojos con la manga de la camisa.

La habitación dejó de dar vueltas y los latidos del corazón se desaceleraron:

—¿Has visto eso, zopenco, que no eres más que un zopenco? Solo te has dejado sugestionar.

En efecto, la fotografía volvía a ser la de antes, con él, la monita y ni rastro alguno de ninguna chica muerta.

—Han sido esas sesiones de espiritismo las que te han vuelto loco —se explicó a sí mismo en un tono más conciliador—, pero te has dado cuenta a tiempo, y es esto lo que diferencia a los locos auténticos de los presuntos: ¡la consciencia! ¡Tú eres un hombre sano y lúcido!

El hombre sano y lúcido, sin embargo, no podía prescindir de recorrer arriba y abajo la habitación, como si fuera un ratón en una caja, balbuciendo palabras tranquilizadoras para sí mismo.

—La fotografía de la señorita Amerio —dijo, y se detuvo de golpe, reconcomido por una duda.

Comprobó todos los bolsillos; aparecieron monedas, notas y un par de telegramas, pero ninguna fotografía. Todavía inquieto por la alucinación, cogió su chaqueta y la sacudió como se hace con el mantel después de comer, para limpiarlo de migas. El cuaderno de las miradas cayó al suelo, emitiendo un pequeño golpe sordo de disgusto.

—*El noventa y tres* —articuló en voz baja.

¡El retrato de la señorita Amerio se había quedado en el libro que le había regalado a su señorita fotógrafa! Se lo pediría al día siguiente, se dijo. Dueño, por fin, de sí mismo, se preparó para la noche y se metió en la cama.

—Espero que mi señorita fotógrafa, al ver aquella fotografía, no piense que la señorita Amerio es mi prometida o, peor aún, no infiera que tengo por costumbre cortejar a jovencitas —murmuró, removiéndose en la cama—. Si llegara a pensar eso de mí, qué le vamos a hacer —suspiró—, de todos modos, pronto se marchará para Estados Unidos. —Se volvió a girar—. Sí, tendrá que hacerlo —afirmó con convicción, encontrando por fin una posición cómoda.

Pia entró en su habitación con la respiración entrecortada y las mejillas palpitando por la carrera y la emoción de aquel beso fugaz. Se sentía feliz y, al mismo tiempo, avergonzada: ¿qué iba a pensar, ahora, Edmondo de ella? Encendió la lámpara de queroseno; Nita, aún aferrada a ella, saltó al suelo y llegó a una sombrerera destartada y sin tapa en la que se acurrucó.

—Dichosa tú, que puedes dormir, amiga mía.

No tenía tiempo para darle vueltas a lo que el abogado pensaría de ella, aún le quedaba trabajo que realizar. La habitación en la que vivía era un semisótano, al que se accedía bajando cuatro escalones. Era pequeño, húmedo y muy oscuro, característica, esta última, que lo hacía apto para ser utilizado como cámara oscura. El pequeño espacio estaba surcado por cuerdecillas de las que Pia solía servirse para colgar en ellas tanto las fotografías como la colada. El mobiliario era escaso, pero ocupaba casi toda la habitación: había un catre, una palangana desportillada, una mesa en la que no podía comer ya que estaba ocupado por las cubetas para los líquidos de revelado y por su valiosa ampliadora. Junto a la puerta estaba, por último, el carro que utilizaba para transportar su equipo fotográfico, y en una esquina había una maleta grande, antaño lujosa, que ahora no era más que un trasto abollado dentro del cual guardaba sus escasos bienes. A decir verdad, aquellos no eran «sus» bienes: la ropa estropeada por la humedad y los libros corroídos por el salitre habían pertenecido a Nita. Pero no la Nita que ahora dormía en la sombrerera; ella también formaba parte de la pequeña herencia que le había tocado en suerte.

Pia cogió la bolsa de trabajo, sacó de ella las placas —no muchas, por desgracia, el negocio había sido magro ese día— y apagó la luz. Una vez terminado el baño de fijación, sustituyó la barriguda pantalla de cristal con otra idéntica, pero pintada de rojo, volvió a encender la mecha y pescó las fotografías de la cubeta. Después de enjuagarlas las colgó de las cuerdas y, mientras esperaba a que se secaran, cogió el volumen de *El noventa y tres* y se acercó a la lámpara para poder leer unas páginas. Era una costumbre que tenía, la de leer mientras se secaban las fotografías, y a esas alturas sus ojos habían aprendido a distinguir las palabras bajo la tenue luz roja. Disponer de un libro nuevo era un gran lujo: había leído ya varias veces los de la maleta, doce en total, cuatro de los cuales eran textos escolares de la Escuela de Magisterio; otro era un diccionario. Pia abrió el volumen donde lo había dejado la noche anterior y empezó a leer. Aquella noche las palabras discurrían fluidas y claras desde sus ojos a la mente, sin que tuviera que recurrir al diccionario. Una página, dos, tres; cada vez que apoyaba la yema del dedo en la esquina inferior del papel para darle la vuelta, se sentía impregnada de un sentimiento de orgullo. A esas alturas ya leía rápido; desde luego no como Edmondo, al menos todavía no, pero había dado pasos de gigante en comparación con cuando solía entretenerse con las vidas de los santos

que solía brindarle el párroco, recorriendo cada palabra con el dedo índice para no perder el hilo.

Cuatro páginas, cinco, seis..., una fotografía.

Intrigada, Pia la acercó a la lámpara.

—¡Nita! —gritó.

O al menos eso creyó, porque su boca solo emitió un débil susurro. La monita, al oír pronunciar su nombre, se despertó, pero, tras examinar la situación con ojos somnolientos, decidió echarse a dormir de nuevo. Esa humana hablaba sola algunas veces. Según su experiencia, muchos humanos lo hacían y no había remedio, ¡solo cargarse de paciencia!

Pia se acercó el pequeño retrato a los ojos, luego lo apartó, lo giró una y otra vez, al final cerró los párpados y volvió a abrirlos. Nita la miraba desde la fotografía, como antes. No era una alucinación, como aquella que tanto la había asustado en España, mientras estaba revelando las fotografías que reproducían a los pobres naufragos, sino de una fotografía auténtica de Anita Amerio, tomada probablemente uno o dos años antes del naufragio.

Edmondo era abogado, reflexionó, y le había dicho que estaba en Génova para una investigación. Ahora tenía claro lo que estaba buscando: ¡la mujer que había sustituido a la señorita Amerio, escribiendo su nombre, en lugar del suyo, en el registro de supervivientes del naufragio del *Sirio*!

Aquella noche, durante la cena, él le había preguntado cómo se llamaba y ella había dudado antes de responderle, cuando sin duda él ya sabía quién era; ¡lo sabía desde el principio! Era abogado, ¡y quién sabe de qué medios disponía para descubrir lo que le interesaba!

¿Acabaría en la cárcel? Tal vez no, pero tendría que devolver el importe del billete de primera clase que había recibido como reembolso. Lástima que ya se hubiese gastado todo ese dinero en pagar el viaje en tren desde España, comprar el equipo fotográfico e ir tirando hasta que estuvo en condiciones de mantenerse por sí misma. El miedo se apoderó de ella, pero aún la afligía más su decepción: ¿cómo había podido llegar a creer que un caballero tan distinguido como Edmondo Ferro se interesara por una chica como ella, bizca, y que vivía en un tugurio que a duras penas podía permitirse? ¡Menos mal que, por la vergüenza de enseñarle dónde vivía, no se había dejado acompañar hasta la puerta!

—Nita, tendremos que quedarnos aquí escondidas en casa durante un tiempo —le dijo al final a la monita, que seguía durmiendo tan tranquila—. No será mucho tiempo, ha dicho que se marchará dentro de unos días.

Pero ¿realmente se marcharía si ella desapareciera? ¿No pondría, por el contrario, la ciudad patas arriba hasta lograr sacarla de su escondrijo?

—Y, sin embargo, cuando lo fotografié, ¡su alma me pareció tan buena! —murmuró—. Su corazón, el más honesto y generoso que jamás había visto.

Lo más triste de todo aquel horrible asunto fue que por primera vez el ojo de la cámara la había engañado.

Capítulo 39

NO SÉ NADA DE LA SEÑORITA AMERIO STOP
ME ENGAÑARON STOP
USTED QUE ES ABOGADO HAGA QUE ENCIERREN A BARDELLA STOP
ENCONTRÓ UN MARIDO RICO PARA NERINA Y TAMBIÉN PARA PIA STOP
EL DE PIA ERA EN EFECTO MUY RICO PERO NO IMPORTA PORQUE DE TODOS MODOS ELLA SE
AHOGÓ POBRECITA STOP
MI MARIDO ES UN POBRE HOMBRE STOP
TRABAJO MUCHO MÁS QUE EN MI CASA STOP
MI HERMANA HIZO BIEN EN ESCAPARSE A MONTEVIDEO CON EL CONTABLE STOP
ENVÍEME EL GIRO POSTAL TAN PRONTO COMO PUEDA STOP
SALUDOS STOP
LENA CERRATO EN ROJO

—Pobre chica —suspiró el abogado Ferro, mordiendo su tostada sin mantequilla ni mermelada.

El camarero apoyó triunfalmente en su mesa un plátano, encima de una bandeja de plata; el abogado le dio las gracias y se metió la fruta en el bolsillo, cosa que provocó el desprecio poco disimulado de aquel tipo. Releyó el telegrama: no eran buenas noticias para su investigación, al contrario. Lena Cerrato le comunicaba la muerte de la misma mujer que había nombrado Nerina, en quien había depositado sus esperanzas, en el caso de que lograra localizarla, para poder hacerle preguntas. Esa Pia también debía de estar entre las chicas cuyo matrimonio había concertado Bardella, dedujo de las palabras de Lena, aunque su nombre no aparecía en la lista que Raniero le había proporcionado.

El telegrama también revelaba que la hermana de Lena, Secondina, había huido —¡bien por ella!— a Montevideo con cierto contable, y que, por lo tanto, el telegrama que el abogado le había mandado a Argentina no le había llegado.

En resumidas cuentas, su investigación había llegado a un punto muerto, pero no lo lamentaba: su único pensamiento era ir corriendo al puerto para volver a ver a su adorable señorita fotógrafa. Durante la noche no había podido evitar fantasear sobre su futuro juntos: ¡qué familia tan deliciosamente bizarra formarían ellos dos y la pequeña Nita! Pero la chica era demasiado joven para él, y se le había presentado una oportunidad que no podía dejar escapar. No podía obligarla a renunciar a su carrera de fotógrafa de prensa internacional para casarse con un mediocre abogado. En este punto no iba a transigir; su fotógrafa se marcharía a Estados Unidos, él mismo la embarcaría si fuera necesario, porque era lo correcto, lo que debía hacerse.

—¿Por qué lo correcto tiene que ser tan doloroso?

—¿Perdone? —le preguntó el camarero que estaba pasando junto a su mesa.

—Más café, por favor —musitó, incómodo.

—Se lo sirvo enseguida —contestó fingiendo no darse cuenta de que su taza aún estaba llena.

Sin embargo, antes de salir corriendo a ver a su señorita fotógrafa, tenía que leer unas cartas que el conserje le había entregado aquella mañana, junto con el telegrama de Lena.

Empezó con la de su madre, que era ciertamente breve e incisiva.

Adorado hijo mío:

Reúnete con nosotros tan pronto como sea posible en la sierra, no sé cuánto tiempo voy a ser capaz de resistir. Esto es un auténtico manicomio: tu amigo va y viene a su antojo, y Eloisa a veces lo recibe con los brazos abiertos, a veces a cara de perro. En un momento dado se adoran, al siguiente se tiran de los pelos; entonces Raniero se marcha de aquí furioso y ella se desmorona de nostalgia y arrepentimiento. ¡Pero entonces él regresa y el circo vuelve a empezar! Puedo entender a tu prima, querido hijo, el embarazo a veces provoca cambios de humor, pero ese Raniero, ¿qué excusa puede aducir para justificar su locura?

—¡El amor, querida madre! —suspiró el abogado como un colegial.

Cuando le había rogado a su amigo que estuviera cerca de su prima, ¡no podía imaginar que se acercaría tanto a ella! Estaba encantado con aquel inesperado y alegre giro de los acontecimientos, pero obviamente sentía pena por su madre; ella, tan amante de la tranquilidad y del decoro, obligada a pasar sus vacaciones entre las escaramuzas infantiles de dos treintañeros enamorados.

Empezó a leer la siguiente carta, que le había enviado Raniero.

Mi querido amigo:

¿Cómo estás? ¿Tu investigación está dando algún resultado? ¡Tu prima es un demonio de mujer, y él o la que lleva en su vientre es sin duda la descendencia del Maligno!

El abogado soltó una carcajada, justo cuando el camarero depositaba en su mesa una taza de café junto a la que aún estaba llena.

Eloisa primero me llevó hasta las estrellas, jurándome amor eterno; luego me arrojó al abismo, rechazando mi propuesta de matrimonio.

«¡Eh, no, cálmate!» Dio un respingo sobre la silla. Ahora, para su gusto, ¡corrían demasiado!

Tu prima insinuó que nunca le habría pedido la mano si no se encontrara en su estado. Yo le contesté que no quería casarme con ella «por su estado», sino, en todo caso, «a pesar de su estado». ¡Entonces montó en cólera como una de las furias!

—Me pregunto por qué... —Edmondo negó con la cabeza, contrariado.

Su amigo Raniero tenía muchas virtudes, pero, por desgracia, la diplomacia no era una de ellas.

Edmondo, amigo mío, ¡vuelve pronto y hazla entrar en razón!

Hasta poco antes, el abogado temía que, una vez que dejara Génova y se hubiera despedido de su señorita fotógrafa, pasaría una época muy infeliz; ahora, sin embargo, veía muy claramente que sus seres queridos no le dejarían tiempo para añoranzas amorosas. Pasó a la última carta, escrita por Eloisa.

Querido primo:

¡Tu amigo Raniero es un hombre imposible! Imagínate, ¡quiere casarse conmigo y reconocer a mi hijo!

—¡Oh, qué despreciable canalla! —El abogado Edmondo levantó los ojos al cielo—. ¡Es un sinvergüenza de primera categoría!

Pero yo no quiero casarme con él, o, mejor dicho, lo deseo muchísimo, pero no tengo intención de hacerlo ahora. No puedo permitir que el nuestro sea un matrimonio reparador. Tendré a mi niño sola porque creo que no hay nada malo en ello y, por lo tanto, no debo avergonzarme. No es necesario que me extienda en tediosas explicaciones, tú sabes muy bien qué es lo que quiero decir, porque fuiste tú quien me hizo llegar a esta conclusión.

El abogado entornó los ojos, desconcertado.

¿Te acuerdas de cuando irrumpiste en mi habitación para avisarme de que mi padre se había dado cuenta de que había pasado la noche fuera? Te dije que estaba en mi derecho de hacer lo que me pareciera, pero tú sabiamente me hiciste considerar que, si realmente pensaba que mis acciones eran legítimas, entonces no debería hacerlas a escondidas, sino a plena luz del día. ¡Gracias, Edmondo, por haberme convencido de tener a mi hijo sola, a plena luz del día!

—¡Oh, no, no! —exclamó en voz alta, sin importarle la presencia de los huéspedes sentados a las mesas de alrededor, ni del camarero ceñudo que seguía sin perder de vista al extraño hombrecillo que se metía los plátanos en el bolsillo y hablaba solo—. ¡Maldita sea mi manía de sermonear! ¡Ah, qué criatura petulante soy! ¡Cuánta razón tiene el tío Eugenio cuando afirma que lo estropeo todo!

¡Ya se imaginaba cómo reaccionaría su tío al enterarse de que su hija, embarazada, había rechazado una propuesta de matrimonio por culpa del incauto consejo de su estúpido primo! No, definitivamente su familia no le habría dado la oportunidad de entretenerse en sus penas de amor.

Después de enviar el giro postal a Lena Cerrato, dándole las gracias por las molestias e informándola de que a Bardella ya no podían llevarlo a juicio puesto que ahora estaba sometido al de Dios, el abogado respondió brevemente a las tres cartas que había recibido, invitando a cada uno de los destinatarios a que mantuviera la calma y a ejercer el noble arte de la paciencia.

Escribió además un telegrama al joven Ernesto, que vivía desde hacía unas semanas en su casa, instándolo a no moverse y a evitar la presencia de su tío hasta que él no regresara de Génova para arreglar las cosas. Por último, envió también un telegrama a Lucio, su criado, recordándole —ya que le había dado instrucciones claras antes de partir— que no perdiera de vista a su joven primo y vigilara sus encuentros con la bella y emprendedora Carolina.

Terminadas estas pequeñas tareas, por fin era libre para ir corriendo a ver a su adorada fotógrafa.

Estaba decidido a disfrutar de su encantadora presencia, durante el poco tiempo del que aún disponía. Habiendo entrevistado a esas alturas a todos los testigos vivos, ya no quedaba nadie que pudiera afirmar haber visto a la señorita Amerio perecer entre las olas; ¿qué sentido tenía, pues, quedarse más tiempo en Génova? Si Anita Amerio no estaba muerta, y en aras de la aventura o del deseo de empezar de nuevo, había decidido aprovechar el naufragio para desaparecer, entonces no había muchas posibilidades de encontrarla. Quien desaparecía voluntariamente lo hacía con la clara intención de no ser encontrado, teniendo mucho cuidado de

no dejar ninguna huella a sus espaldas; algo así como algunos libros quisquillosos, que, cuando uno volvía a cogerlos después de interrumpir su lectura durante un tiempo, carecían de marcapáginas. El abogado nunca cerraba un volumen sin antes haber puesto un marcador en la última página leída, por lo que la única explicación, por muy irracional que fuera, era que aquellos libros, ofendidos por los había abandonado, lo habían expulsado fuera de sus páginas. Había libros de buen carácter que se reabrían en el punto exacto en cuanto los tocaba; mientras que los quisquillosos no querían que encontrara su marca, y exigían en todo caso que volviera a leerlos desde el principio. Pero las personas eran más complicadas que los libros, ¡uno no podía empezarlos de nuevo desde la primera página!

Elucubrando símiles librescos, el abogado llegó al muelle del puerto y se dirigió adonde su señorita fotógrafa solía izar aquel feo telón de fondo con el jardín, que ahora ya le era tan querido que le parecía de exquisita factura. Sin embargo, el telón no estaba allí, ni tampoco el carrito, ni el trípode con la cámara fotográfica, ni la pequeña Nita, ni su encantadora dueña.

¿Dónde estaba su fotógrafa?, se preguntó sintiendo que se le encogía el corazón. Miró el reloj; eran casi las once, y en los días anteriores la había visto trabajar desde primeras horas de la mañana. Quizá se había permitido dormir un poco más, intentó tranquilizarse. La noche anterior, cuando se separaron después de la cena, ella aún tenía trabajo que hacer, ¡y a saber cuándo había conseguido irse a la cama, ese pobre ángel trabajador!

Las explicaciones que se estaba dando a sí mismo eran razonables, pero no suficientes para liberarlo de la sensación de desconcierto que le causaba su ausencia. El cuaderno de las miradas llamó su atención con un temblor. Aceptó la sugerencia, la esperaría leyendo alguna cosilla. Antes de salir, se había metido en el bolsillo precisamente un librito; era una obra recién impresa, sorprendentemente adecuada para leer en el muelle de un puerto: *Cartas de una viajera*, de Matilde Serao.

Como no había bancos, el abogado se acomodó sobre un bolardo y emprendió la lectura lanzando de vez en cuando miradas esperanzadas en la dirección por la que esperaba ver llegar a la señorita fotógrafa.

Las cartas de viaje de la señora Serao se agotaron al cabo de un par de horas, pero la chica no apareció. Los horribles pensamientos que la lectura había mantenido embridados galopaban ahora salvajes por su mente: tal vez la querida muchacha estaba enferma, o tal vez había tenido un accidente... ¡Ah, si la noche anterior hubiera insistido en acompañarla a casa, ahora sabría dónde acudir para prestarle auxilio!

Un ligero temblor volvió a sacudirlo; no era obra del cuaderno de las miradas, sino de su estómago, que, sin atender al drama en curso, había decidido de forma prosaica empezar a refunfuñar. Quizá, pese a todo, no fuera tan mala idea ir a comer algo: la única forma de localizar a su fotógrafa era preguntar a gente de allí si sabía su dirección. Pero no podía empezar a interrogar a los transeúntes al azar, por el puerto; en una taberna, en cambio, le sería más fácil entablar conversación.

Decidió ir a la rústica pero muy literaria taberna que quedaba cerca del depósito de aparejos; ya conocía al tabernero. Cuando bajó los escalones, comprobó decepcionado que ya todas las mesas estaban ocupadas, por trabajadores del puerto y marineros.

—¡Abogado, ha vuelto, qué alegría! —lo saludó el tabernero, especialista en atender bien a sus clientes—. Entre, tome asiento —le dijo haciéndole un gesto imperioso a los ocupantes de

una larga mesa, que inmediatamente se apretujaron para hacerle sitio.

El abogado se sentó tímidamente en el extremo del banco. En otras circunstancias le habría encantado compartir la comida con auténticos lobos de mar, como ocurría en las novelas marineras.

—*Panissa* y anchoas fritas —anunció el tabernero, colocándole un plato delante—. Espero que le vaya bien —añadió al notar su expresión de sorpresa.

—Pues claro, me parece perfecto —se apresuró a responder Ferro.

—Bueno, ¿eh? —le preguntó el comensal que tenía enfrente, un anciano con una barba blanca garibaldina que resplandecía sobre su rostro bronceado.

—¡Oh, exquisito, querido señor!

Al oír que lo trataba de señor, el barbudo se echó a reír y toda la mesa lo imitó. A esto siguieron golpes de manos sobre la mesa y violentas, pero amistosas, palmadas sobre sus hombros.

—¡Vino para toda la mesa! —le pidió Ferro al tabernero, llevado por la camaradería que se había creado.

—¡A la salud del abogado! —Los brindis florecieron por doquier.

—¿Conocéis a la fotógrafa que trabaja aquí en el puerto? —preguntó, animado por la benevolencia general.

—¿La piamontesa? —respondió un joven vestido con una casaca de marinero—. Al salir de aquí, sigue recto y la encontrarás.

—Lo sé, pero esta mañana no estaba, y me preguntaría si ustedes, señores —el abogado se vio interrumpido por otro estallido de risas—, saben dónde vive.

Las risas cesaron y todos volvieron a centrar su atención en sus platos.

—No —respondió el marinero garibaldino en nombre de todo ellos—, no lo sabemos, abogado.

El énfasis en la palabra «abogado» le hizo darse cuenta de que no recibiría más detalles. Según su experiencia, cuando un abogado buscaba a alguien, había problemas a la vista. Los trabajadores de puerto se conocían todos; puede que no se saludaran o no supieran sus respectivos nombres, pero se observaban y se protegían mutuamente.

—No importa —musitó—. Tabernero, más vino —ordenó, para disculparse por su indiscreción.

Capítulo 40

—Su tostada sin mantequilla ni mermelada, señor —le sirvió el camarero—. ¿Le traigo también un plátano?

—No, gracias, hoy no lo necesito —replicó el abogado Ferro en un tono tan apesadumbrado que hizo añicos la imperturbabilidad del camarero.

Abrió el volumen que había llevado consigo y el cuaderno de las miradas vibró de indignación en su bolsillo.

—Tratad de ser comprensivos, queridos libros —murmuró—, sé que muchos de vosotros lleváis siglos esperando vuestro turno de lectura, pero no os toméis a mal si leo una vez más *Los miserables*; ¡este destartelado volumen es todo lo que me queda de ella!

El día anterior, tras el disparo al aire en la taberna, el abogado había recorrido toda la ciudad sin ningún resultado, para regresar a su hotel a última hora de la tarde, agotado y decidido a marcharse al día siguiente. Había conocido a una chica de la que se había encaprichado, había pasado unas horas agradables y, sí, ella incluso le había dado un beso, pero ninguna de esas razones era suficiente para retenerlo en Génova, ni siquiera ese «Venga a verme mañana por la mañana al lugar de costumbre», que le había gritado con entusiasmo infantil corriendo hacia casa. Tal vez, en cuanto se quedó sola, su joven fotógrafa se había arrepentido de aquel beso concedido con demasiada ligereza, y había decidido no presentarse en el muelle para evitar el penoso desasosiego que podría suponer retractarse de lo que había hecho. Pero también cabía la posibilidad de que detrás de su ausencia hubiera razones de orden exquisitamente práctico que no tenían nada que ver con besos, desasosiegos ni arrepentimientos: una simple migraña, un resfriado, o tal vez es que habían requerido sus servicios como fotógrafa en otro lugar, en una boda o en un bautizo, por ejemplo. La parábola de sus pensamientos acababa llevando a Ferro a la misma conclusión: estaba exagerando y tenía que marcharse antes de volverse completamente loco.

—Hay un telegrama para usted de Argentina, señor. —El camarero se lo entregó en una pequeña bandeja de plata, idéntica a aquella en la que en los días anteriores le había servido los plátanos—. ¿No es asombroso que estos papeles viajen en tan poco tiempo de una punta a otra del mundo?

Si hubiera estado de humor para charlar, Edmondo le habría revelado que no eran exactamente los papeles los que cruzaban el océano, sino más bien las ondas de radio del telégrafo sin hilos.

—Gracias —se limitó a responder.

La remitente era Nerina Bosco de Penna, y le informaba de los datos personales de la misteriosa pasajera:

—¿Le traigo agua fría? ¿Otro café? —preguntó el camarero al verlo palidecer como un trapo—. ¿Un licor, quizá?

El abogado lo miró fijamente sin hablar, luego hizo ademán de levantarse..., pero se repantigó sobre la silla; el libro cayó contra el suelo, y se abrió por la hoja de cubierta.

—Por favor.

El hombre enseguida lo recogió y se lo entregó, aún abierto. En ese instante, el abogado se fijó en el borde superior de la hoja de cubierta, en un pequeño escrito a lápiz, con los contornos aguados.

—¿Qué lee usted aquí? —le preguntó al camarero, nervioso.

—Veamos —se dispuso a obedecer, si bien un tanto perplejo: —Rita Amenio, creo..., la letra está descolorida. No, espere, esta es una «n», y esta, tal vez una «r»: Nita Amerio.

—Gracias —exhaló con un hilo de voz—, tráigame ese licor, si es tan amable.

El comedor recuperó poco a poco sus contornos; también los pensamientos del abogado empezaron a aclararse, pero desde luego no gracias a la desagradablemente amarga y bastante alcohólica poción que el camarero le había dado, parloteando sobre hierbas medicinales y monjes trapenses.

—Tu fotografía estaba en el *Sirio* —escuchó proferir a la voz de su imaginario Watson, que había permanecido en silencio largo tiempo—. Era una de las chicas de Bardella y deberías haber llegado por tu cuenta a esta conclusión cuando te dijo que de apellido se llamaba Martinot, igual que la Amedea de tu lista.

—¡Oh, cállate! ¡Tú tampoco habías llegado a esa conclusión!

Ahora que se había recuperado de su vahído, el camarero reaccionó a su solitaria cháchara con su habitual expresión de reproche.

—¿Quiere que le llame a un médico? —le preguntó, no obstante, solícito.

—¿Por un mareo? No, no hace falta, ¡muchas gracias! Solo tenga usted la bondad de dejarme tranquilo un rato —le soltó, como si aún siguiera dirigiéndose a su Watson imaginario.

—Como desee. —El camarero se alejó humillado, mientras el abogado ya se arrepentía de su descortesía.

Maria Pia Martinot y Amedea Martinot podrían ser dos chicas distintas, hermanas o primas, ambas pasajeras del *Sirio*, o bien la misma persona y, en tal caso, debía de haber ocurrido un error de transcripción en los registros de embarque. Pero resultaba inútil seguir cavilando: el descubrimiento verdaderamente notable era que su fotografía se encontraba entre los pasajeros del último viaje del *Sirio*. ¡Esto también explicaba por qué tenía tanto miedo de embarcarse, hasta el punto de renunciar a una oportunidad de trabajo en Estados Unidos! La chica le había explicado también que se había acercado a la fotografía por casualidad; por tanto, había sido ella la ayudante de Palmiro Bardella, la que iba a la primera clase del barco y la que, por lo tanto, había tenido más oportunidades que sus compañeras para ver a la señorita Amerio.

—No lo entiendes, ¿verdad? —volvió a burlarse su Watson imaginario—. La última pieza es la fotografía.

El abogado se metió la mano en el bolsillo y sacó la foto en la que aparecía él con la monita.

—¡Esa no, melón! —volvió a reprenderle Watson con una voz que sonaba cada vez más

parecida a la de su tío—. La foto que olvidaste entre las páginas del libro.

¡La foto de la señorita Amerio! ¡Su pobre amiga debió de encontrarla mientras leía, y a saber qué habría pensado! Probablemente, que él ya sabía quién era y que la estaba manipulando taimadamente para conseguir quién sabe qué información. Recordó cómo reaccionaron los clientes de la taberna cuando él, un abogado, pidió información sobre una habitante del puerto. Para la gente sencilla, los abogados eran sinónimo de problemas, por eso la pobre chica había renunciado a un día de trabajo con tal de evitarlo.

Bajó los peldaños de la taberna a la misma hora que el día anterior, llevando una maleta consigo.

—¡Bienvenido de nuevo! —lo saludó el tabernero.

También algunos de los parroquianos presentes el día anterior lo reconocieron y lo saludaron.

—No puedo quedarme, me marcho —les comunicó—. ¿Puede prepararme un paquete con un poco de su deliciosa *panissa* para comer durante el viaje?

—¡Marchando!

—¿Hoy no nos invita a beber algo? —bromeó el joven marinero del día anterior.

—¡Claro que sí! Tabernero, ¡un litro en cada mesa! A su salud, distinguidos señores —añadió, sabiendo que así los hacía reír.

Mientras se desataba el alboroto, el tabernero le entregó su pedido, envuelto en papel, y le cobró.

—Adiós, señores, me vuelvo para Turín —se despidió teatralmente, subiendo de nuevo los peldaños—. Ah, si ven ustedes a la fotógrafa, salúdenla de mi parte y pídanle que me disculpe por no haberme despedido en persona: por desgracia, hoy tampoco la he encontrado en el muelle.

—Le presentaremos sus respetos —respondió el viejo marinero de barba garibaldina con un tono burlón, aunque Edmondo pensó que era sincero.

Abandonó la taberna entre una salva de saludos y de buenos deseos para el viaje, pero no fue hacia la estación, sino que se alejó del puerto y, siguiendo una ruta distinta a la habitual, se dirigió hacia su hotel, balanceando la maleta vacía igual que hace un colegial con su mochila al salir del colegio.

—Quiero un billete a Nueva York, ¿puede encargarse usted, por favor? —le preguntó al conserje del hotel, depositando el envoltorio pringoso que contenía la *panissa*—. Oh, perdóneme —se disculpó al fijarse en la mancha de aceite que se había formado sobre el mármol rosa—, verás, es mi almuerzo.

—No hay problema, abogado, muchos de nuestros huéspedes no saben resistirse al aroma de la fritura —respondió, mientras le entregaba un formulario—. Con mucho gusto me encargaré de su billete; escriba aquí la fecha en la que desea partir, el tipo de billete y los otros datos necesarios.

El abogado relleno el formulario en cada una de sus partes y se lo devolvió.

—Esta noche me gustaría cenar en mi habitación —le comunicó.

—Muy bien, abogado, ¿a qué hora?

—A las ocho y media, por favor.

—¿Qué desea comer?

—Lo que le resulte más cómodo al cocinero, pero nada de salsas ni de adobos —especificó—.

Esta noche quiero leer.

Capítulo 41

A la mañana siguiente, el abogado salió del hotel renovado por la velada de lectura y entusiasmado ante la idea de volver a ver a su señorita fotógrafa. Casi seguro que la encontraría en su puesto en el muelle.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos de matrimonio, bodas, recuerdos de viaje —oyó gritar desde lejos, y esa voz le pareció tan dulce como el canto de una sirena.

—Buenos días, Maria Pia —le dijo a su espalda.

La chica se volvió, mostrándole una expresión aterrorizada; la pequeña Nita, en cambio, saltó entre sus brazos con un solo brinco.

—Menuda bienvenida, querida mía —le entregó el plátano que había traído consigo—, pero tu afecto no es completamente desinteresado, ¿verdad? —Le guiñó un ojo a la chica, que se quedó mirándolo petrificada.

—¿No se marchó ayer? —le preguntó cuando reunió las fuerzas suficientes como para hacerlo.

El abogado sonrió, satisfecho: estaba seguro de que alguien, allá abajo, en la taberna, iría corriendo a informarle de que el abogado que la estaba buscando había desplegado las velas.

—Tenía que irme, pero no podía hacerlo sin despedirme de usted.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Despedirme de usted —repitió.

—No le creo.

—Dígame usted, entonces, qué es lo que quiero.

—Quiere que me detengan.

—¿Cómo dice? —se sorprendió—. ¿Por qué iban a detenerla?

—No se burle de mí. —El rostro de Pia adoptó una expresión severa, pero solo fue por un instante, porque su ojo estrábico apuntó a su nariz, dándole un aspecto tragicómico—. Soy una chica ignorante, pero no idiota.

—Usted no es ni lo uno ni lo otro; es una criatura sublime, en todo caso.

—Deje ya de adularme. —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Usted sabía desde el principio quién era yo, y se interesó por mí con el decidido propósito de obtener confirmación.

—No, yo no sabía nada sobre usted, y no quiero que la detengan, entre otras cosas porque no tendría ningún motivo para ello.

—Si realmente es así, márchese.

—No —se negó—, fotografíeme. Míreme por dentro a través del objetivo de la cámara, como solo usted sabe hacer, y juzgue usted misma mis intenciones.

Al oír aquellas palabras, Pia se llevó las manos a la boca, conmovida: ¿cómo había podido saber aquel hombre que ella...?

—¡Señor, deje en paz a la chica! —le ordenó un estibador, arrojando su carga al suelo y dirigiéndose hacia de él.

—Pero yo no estoy haciendo nada malo. —Trató de justificarse, atemorizado por la mole y la cólera del hombre.

—¡Lárguese de aquí! —gruñó.

—Solo le he pedido una fotografía.

—Entonces, ¿por qué está llorando?

—Me ha dado una mala noticia —declaró Pia, inesperadamente, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿No va con malas intenciones? —le preguntó el estibador.

Pia sorbió por la nariz y negó con la cabeza.

—¡Mejor para él! —El hombre se alejó para recuperar su carga—. Pero tenga cuidado, señorito, que lo estaré vigilando.

—No me cabe la menor duda —respondió el abogado mientras observaba cómo se alejaba.

—¿De verdad ignoraba quién era yo? —le preguntó Pia, más serena, pero aún con recelo—. ¿Descubrió solo por casualidad que robé la identidad de la señorita Amerio?

—¿Qué? —preguntó asombrado.

Pia escondió la cara entre las manos y empezó a llorar de nuevo.

—No haga que me detengan —le suplicó entre sollozos.

—Claro que no voy a hacer que la detengan, se lo prometo, pero a estas alturas exijo una explicación.

—Se lo explicaré todo —aceptó—, pero no aquí.

—Claro que no, no quiero perecer a manos de uno de sus guardaespaldas.

—Veámonos esta noche en la piazza Caricamento.

—Ya, claro, así desaparecerá de nuevo.

—Entonces ayúdeme a cargar el carrito y vayamos a mi casa.

—A ver si lo he entendido bien —intentó recapitular el abogado en la pequeña habitación en penumbra—, su hermana se casó por poderes con un argentino, pero luego no se marchó porque estaba embarazada de un tal Beppe.

—Sí —respondió Pia, incómoda no solo por las revelaciones que acababa de hacerle, sino también por el cuchitril en el que vivía, que jamás habría querido enseñarle.

—De manera que Bardella y su familia tuvieron la desafortunada idea de embarcarla a usted, intercambiando sus documentos con los de su hermana.

—Exacto.

—Más tarde, el barco naufragó; gracias a Dios, a usted la rescataron, y aquel buen periodista, que luego la acogió en su casa durante varias semanas, al verla con la cámara fotográfica de Bardella le pidió que fotografiara a las víctimas del naufragio.

—Sí.

—Tengo una curiosidad, señorita: cuando reconoció en el muelle el cadáver de la señorita

Amerio y decidió asumir su identidad, ¿por qué lo hizo? ¿Para que le devolvieran el importe del billete de primera clase?

—No —negó con la cabeza—, cuando escribí su nombre en el registro de supervivientes, ni siquiera sabía que tenía derecho a un reembolso del billete. Lo decidí sin pensarlo, y me arrepentí de inmediato, pero llegado a ese punto ya no podía echarme atrás. Solo quería evitar reemprender el viaje a Argentina, y presentarme allí como esposa de un desconocido.

—¡Pero podía haberlo evitado de todos modos! Nadie tenía derecho a obligarla, al menos desde el punto de vista legal.

—Mi familia habría hecho cualquier cosa con tal de mantener el acuerdo con el argentino. A mi padre le aterrorizaba perder el dinero que le había enviado.

—¿Significa eso que la vendieron? —preguntó indignado.

—En la práctica, sí.

—Pero cuando adoptó la identidad de una joven que viajaba en primera clase, ¿no pensó que sus familiares la buscarían?

—No me detuve a penar en las consecuencias. —Negó con la cabeza—. Nunca la habrían buscado de no haber sido por el dinero del seguro del que usted me ha hablado. La estaban enviando como criada a una familia de Buenos Aires solo para quitársela de encima.

—Ese sinvergüenza del señor Amerio le contó a mi tío que la mandó de viaje para que se distrajera y se recuperara del dolor por la pérdida de su padre.

—Sé que me equivoqué al hacer lo que hice —Pia bajó la voz, casi como si alguien pudiera esconderse en la penumbra de su pequeña habitación—, pero creo que Anita lo quería así, de hecho, estoy convencida de que me lo sugirió.

—¿Cómo, si estaba muerta?

—Con esa foto —dijo, señalándole una fotografía colgada en la pared.

El abogado se acercó para mirarla: era una barandilla; no, era el parapeto de un barco.

—La señorita Amerio no está aquí.

—Pero lo estaba —murmuró—, mejor dicho, primero estuvo y luego...

—Desapareció —afirmó recordando con un escalofrío la inquietante alucinación de hacía unas noches.

—¿Me cree? —le preguntó.

—Sí, la creo —afirmó con convicción—, las fotografías son su pasión, y le hablan, igual que yo percibo la mirada de los libros.

Edmondo nunca le había revelado a nadie ese detalle de su relación con los libros y buscó en el rostro de la muchacha señales de perplejidad, pero lo único que encontró fue una sonrisa cómplice y comprensiva.

—La he interrumpido, querida mía —dijo sonriéndole a su vez—. Por favor, continúe.

—Después de haber declarado que era Anita Amerio, me entregaron su equipaje, o al menos lo que fue posible recuperar. Unos días después del naufragio —le explicó, señalando una maleta tirada en un rincón, así como una vieja sombrerera en la que Nita dormía acurrucada—, enviaron al pecio un equipo encargado de recuperar el equipaje, pero cuando llegaron a bordo descubrieron que alguien ya había pasado por allí y había robado los objetos más valiosos.

—¡Qué acción tan despreciable! —El abogado negó con la cabeza.

—Nita también formaba parte del equipaje —explicó Pia—, pero no la rescató el equipo de

salvamento, sino que la encontraron unos pescadores. Flotaba en esa sombrerera, y, como había una etiqueta con el nombre de la señorita Amerio, me la entregaron a mí. Yo no sabía nada de la monita, la señorita Amerio la mantenía escondida en su camarote.

—Debía de querer mucho a ese entrañable animal, y creo que se alegraría de saber que está en buenas manos —dijo el abogado con la voz temblorosa por la emoción.

—Era un regalo de su padre —le explicó—. Lo descubrí por unas cartas que encontré en la maleta. Se la había enviado desde la India, adonde se había trasladado por motivos de trabajo.

—¿De qué trabajaba?

—Eso lo ignoro —Pia negó con la cabeza—, solo sé que cayó víctima de alguna enfermedad de las de allí.

—¿Malaria, tal vez?

—Tal vez —se encogió de hombros—, las pocas cartas que encontré terminaban todas con la misma frase: «No te preocupes por mí, que ya me estoy recuperando. Cuida de nuestra querida monita».

—Lo arreglaré todo —dijo el abogado.

—¿Qué?

—El lío de sus documentos: me aseguraré de que pueda usted volver a ser Maria Pia, y su hermana, Amedea; en cuanto a la señorita Amerio, bueno, ella por desgracia ya no necesita los documentos.

—No creo que yo...

—Le juro que no habrá consecuencias legales, lograré que el intercambio de identidad entre su hermana y usted se considere un error sin mala intención.

—Pero mi familia entonces...

—Su familia no podrá obligarla a nada. Quizá podría haberlo hecho hace dos años, pero ahora usted es una fotógrafa que se gana la vida con su trabajo. ¿No echa de menos a su familia? —añadió, cambiando un poco de tema.

—Echa de menos a mis hermanos —admitió—, y me gustaría conocer a mi sobrino.

—Entonces, escúcheme. —Le puso las manos sobre ambos hombros—. Deme unos días para arreglar los documentos. Luego, si lo desea, yo mismo la acompañaré a reunirse con su familia. Apuesto a que con un extraño delante no se atreverán a obrar a su antojo.

—¿Realmente haría eso por mí?

—Por usted haría lo que fuera —le habría gustado decirle, pero se limitó a sonreír y asentir.

—Usted, de todos modos, tendrá que hacer una cosa por mí —dijo en cambio, mientras le entregaba un sobre—. Reunirse con ese buen periodista y su querida señora que la acogieron en su casa en los días siguientes al naufragio.

Pia abrió el sobre, en cuyo interior descubrió un billete solo de ida para Nueva York.

—Es de segunda clase —se lamentó el abogado—, no llevaba suficiente dinero encima para un billete de primera. El barco de vapor zarpará a mediados de septiembre; para entonces yo ya habré arreglado sus documentos, y usted habrá tenido tiempo para aclarar las cosas con su familia.

—Nunca más volveré a subirme a un barco de vapor.

—Pero ya embarcó en otro barco de vapor, después del naufragio —afirmó—; de lo contrario, ¿cómo habría llegado hasta aquí desde España?

—Cogí el tren —contestó—, muchos trenes, a decir verdad.
—¡Pero habrá tardado un siglo!
—No tiene prisa quien no tiene una meta. —Se encogió de hombros.
—¿Y por qué decidió pararse aquí precisamente, en Génova? —le preguntó con curiosidad.
—Porque me pareció lo bastante lejos de mi casa, y yo ya había estado, aunque solo durante unas horas. Aquí ya tenía algunos recuerdos, ¿me entiende?
—Entiendo —respondió Ferro—. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento de construir nuevos recuerdos en nuevos lugares.
—No, nunca volveré a subir a un barco —insistió.
—Sí lo hará, de lo contrario la denunciaré por usurpación de identidad.
—Usted nunca haría eso —negó con la cabeza—, es un hombre muy bueno.
—No, en efecto —admitió—, pero usted podría hacerle un favor a este hombre tan bueno: hacerle feliz y darle esa satisfacción —le dijo con los ojos húmedos de lágrimas.
Al verlo, Pia se arrojó a sus brazos y recostó la cabeza sobre su pecho.
—Te quiero, Edmondo —dijo entre lágrimas.
—Yo también te quiero, adorable fotógrafa —la estrechó entre sus brazos—, ¡y no sabes cuánto!
—Si nos queremos, ¡entonces debemos estar juntos! —declaró seria, liberándose de su abrazo.
—Me gustaría mucho, créeme —murmuró—. Nada en este mundo me gustaría más, pero eres joven y tienes una oportunidad única que debes aprovechar.
—Yo quiero estar contigo —apretó los puños—, ¡nunca más encontraré un hombre como tú!
—¿Tan bajito y feúcho? —intentó bromear él, aunque tenía la muerte en su corazón—. Hagamos esto —le propuso—, vete a América, conviértete en una fotógrafa periodística consolidada y, dentro tres años, si todavía me quieres, volveremos a hablar del tema.
—¿De verdad me esperarás, Edmondo?
—¡Oh, sí, cariño mío, y sin ningún esfuerzo! No hay muchas mujeres que puedan ver lo hermoso que soy por dentro —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Adiós, querida, compromisos familiares de cierta urgencia me reclaman en Turín; pero te escribiré para hacerte llegar los documentos, y nos volveremos a ver cuando quieras ir a visitar a tu familia.
—Tengo que ir sola —respondió Pia inesperadamente—, y lo haré pronto, te lo prometo.
—Si reúnes el valor necesario para presentarte ante tu familia, que cree que llevas muerta dos años, te sobrará como para subirte a un barco de vapor.
—Creo que sí —confirmó ella con una sonrisa melancólica.
Volvieron a abrazarse un buen rato.
—Si me necesitas, ahí estaré —le dijo—. Iré incluso hasta Estados Unidos solo con que me llames.
El abogado aflojó el abrazo y abrió la puerta de un empujón; fuera de la pequeña y oscura habitación, la tarde brillaba deslumbrante. Tomaría el tren de la tarde, se dijo a sí mismo. Tenía que marcharse inmediatamente, antes de que sus buenas intenciones flaquearan.
—Espera. —Sintió que le tiraban de la manga—. Vendré y testificaré ante el tribunal, diré que vi a la señorita Amerio tendida en el muelle entre otros cadáveres; incluso podría mostrar las fotografías que tomé.

—¿Por qué querrías hacerlo?

—Por ti, Edmondo, así tu cliente estará contento y tú causarás una buena impresión.

—No, querida —le acarició la cara—, prefiero sufrir una derrota antes que hacer que ese bribón cobre el dinero de la póliza.

Pia le sonrió, con toda su admiración.

Capítulo 42

En el tren, Edmondo ignoró las protestas del cuaderno de las miradas y, en vez de leer, se dedicó a cumplimentar un documento.

Ya en casa le esperaban otros problemas y tuvo que ingeniárselas para resolverlos antes de que su tío interviniera y estropeará todos sus planes. Se bajó del tren en la estación de Porta Nuova de Turín, pero, en vez de dirigirse hacia casa, se subió inmediatamente a otro tren. Se reuniría con su madre y Eloisa en la sierra, en la casa de veraneo de la familia Ferro, donde, con un poco de suerte, encontraría también a Raniero.

—Edmondo, querido, por fin estás aquí. —Su madre se agachó hacia él, ya que era mucho más alta, y le depositó un beso en la frente.

—Tiene buen aspecto, querida madre —dijo el abogado Ferro, observando el rostro arrugado y hosco que para él (y solo para él) se distendía en una máscara de dulzura.

—Es el colorette, querido hijo, sin él se me vería demacrada y consumida: tu prima y ese amigo tuyo me están agotando.

—No se preocupe, madre, lo solucionaré en breve.

—Ahora están en el porche, discutiendo como perro y gato —suspiró—, ¡es como tener dos hijos pequeños, una condena de la que la vida me había librado dándome solo uno!

—Ah, están los dos, fantástico —se alegró Ferro—, así acabamos antes.

—Vamos con ellos —madama Ferro se puso en marcha, haciendo que el dobladillo de su largo vestido oscuro, de corte decimonónico, rozara el suelo.

—Espere, madre, primero me gustaría hablar con usted.

—Por supuesto, hijo mío, ¿quieres que nos sentemos en el salón?

—No, prefiero ocuparme de ello sin dilación.

—Lo agradezco —asintió—, todos los asuntos habría que abordarlos a la primera oportunidad, los más difíciles primero.

—Madre, ¿tendría algún inconveniente en que dejara el bufete de abogados?

La madre ni pestañeó.

—¿No tiene una opinión al respecto?

—La tengo, por supuesto —respondió—, pero es irrelevante. No puedo ni quiero decidir por ti.

—Pero ¿y el trabajo de mi padre, del abuelo y del bisabuelo?

—Estás hablando de los difuntos, a los que el Señor tenga en su gloria. Ellos tuvieron una vida en la que tomaron sus propias decisiones, ahora te toca a ti tomar las tuyas.

—Pero desde un punto de vista económico...

—Tú preocúpate de tu punto de vista financiero, el mío no va a cambiar. Mi buen padre, que en paz descanse, me dejó una generosa renta vitalicia.

—Sí, claro, lo sé muy bien.

—Entonces actúa en consecuencia, yo no tomaré las decisiones por ti —respondió, para dar por concluido el tema; hizo sonar una de las campanillas de plata que solía esparcir por todos los estantes de la casa—: ¡Margherita! —llamó a la criada, que acudió de inmediato—. Diles a mi sobrina y a ese tipo que está con ella que se reúnan con nosotros en la sala de estar, enseguida.

La casa de veraneo de la familia Ferro estaba amueblada al más puro estilo bávaro, una excentricidad de la que su dueña estaba muy orgullosa. La madera era el elemento dominante, y se extendía desde el suelo hasta las paredes; los muebles estaban pintados de colores chillones y las cortinas y cojines eran una explosión de bordados. Madama Ferro invitó a su hijo a tomar asiento en un sillón forrado con una tela de grandes cuadros y ella se quedó de pie a su lado. Que no se sentara expresaba a la perfección su deseo —de hecho, su exigencia— de zanjar el asunto cuanto antes.

—Edmondo, ¡qué sorpresa! —Eloisa entró en la habitación con los brazos extendidos para correr a abrazarlo; detrás de ella estaba Raniero, igualmente sonriente y feliz de verlo.

—Sentaos —ordenó madama Ferro, señalando con gesto imperioso el sofá—, ya tendréis tiempo más tarde para los agasajos, mi hijo tiene que hablar con vosotros.

Eloisa y Raniero obedecieron y tomaron asiento uno al lado de la otra. Edmondo había preparado un bonito discurso, pero la mala disposición de ánimo de su madre lo intimidaba.

—¡Vamos, querido hijo, habla!

—He recibido vuestras cartas —se resolvió a improvisar—, de las que he deducido que ambos queréis lo mismo, esto es, casaros, solo que no os ponéis de acuerdo en los tiempos.

—Sé que puede parecer una tontería —intervino Eloisa.

—¡Muy tonta! —la hizo callar madama Ferro—. Deja hablar a Edmondo.

—Gracias, madre. —El abogado se esforzó por recuperar el hilo, para no disgustarla—. Tú, Eloisa, quisieras casarte con Raniero solo después de haber tenido a tu hijo, para afirmar tu derecho a ser madre, pese a no tener marido. Raniero, en cambio, desea casarse contigo lo antes posible, no porque estés embarazada, sino porque lleva años pensando en ti.

—Sin embargo, en estos años ha estado muy ocupado —sentenció Eloisa.

—¡Tú tampoco has estado quietecita! —objetó Raniero, señalando su vientre, aún plano.

—¡Eres un demonio!

—¡Y tú, una bruja!

—¡Exacto! —convino Edmondo—. ¡Estáis hechos el uno para la otra! Así que casaos y acabad con esto de una vez.

—Sí, pero ¿cuándo nos casaremos? —preguntó Eloisa.

—Personalmente, me inclino por un matrimonio rápido. Entiendo tu postura, Eloisa, pero...

—¡Claro que la entiendes! —lo interrumpió su prima—. Fue idea tuya.

—¿Qué? —Raniero se puso en pie indignado, pero la mirada de madama Ferro lo hizo retroceder a su asiento.

—Mi sugerencia nació en un contexto muy diferente, pero ya hablaremos de esto más adelante —prosiguió Edmondo—. Lo que me urge deciros es que espero que os caséis cuanto antes, porque, aunque comprendo el legítimo deseo de independencia de mi prima, no puedo

imaginar un padre mejor que Raniero para la pequeña Dina.

—¿Dina? —preguntó Raniero, desconcertado.

—Dina, exactamente —confirmó—. Eloisa me prometió que llevaré al bautizo a la pequeña (creo que será una niña, pero, por supuesto, esto es solo una sensación); sin embargo, sería cruel llamar Edmondina a una niña, por lo que, sencillamente, será Dina.

—Me gustan los nombres cortos —convino madama Ferro.

—Pero yo no quiero casarme para obedecer a Raniero o a ti, aunque os quiero a los dos —protestó Eloisa.

—Lo sé, querida —le contestó—, tienes un carácter orgulloso e independiente, pero siempre has tenido que someterte a la voluntad ajena. No te permitieron estudiar lo que querías ni encontrar un trabajo que pudiera garantizarte la independencia, pero yo pondré remedio a todo eso —dijo sacando de debajo del borde de su americana unos papeles y entregándoselos.

Eloisa se quedó clavada mirándolos, temiendo que levantarse para cogerlos provocara la ira de madama Ferro.

—¡Vamos, Eloisa, coge esos papeles! —la regañó.

Eloisa obedeció.

—¿Un poder permanente? —preguntó, maravillada.

—Hasta que no pase por las manos de un notario tan solo será un papel, pero sí: quiero que tú administres mis acciones del bufete. La ley no te permite ser abogada, es cierto, pero nadie puede impedirte administrar un bufete de abogados si el socio mayoritario te da derecho a hacerlo.

—Gran idea —le concedió madama Ferro.

—Pero ¿y tú? ¿Cómo te vas a mantener? —preguntó Eloisa.

—En primer lugar, entre tus obligaciones está la de asegurarme una modesta asignación anual —le explicó—, y luego voy a abrir mi propio bufete, algo pequeño, donde haré las cosas a mi manera; el bonito entresuelo de nuestro edificio está a la venta. —Se volvió hacia su madre—. Estaba pensando en hacerle una oferta al propietario.

—¿Pretendes recibir a los clientes en un entresuelo? —preguntó Eloisa, que no daba crédito a lo que escuchaba.

—Mi clientela estará formada por personas de modestas pretensiones y en modo alguno presuntuosas.

—Y me imagino que recibirás a estos clientes tuyos cuando te vaya bien, siempre que no tengas una buena novela entre manos, ¿verdad? —le preguntó Raniero.

—El bufete será mío, de manera que, sí, haré lo que me plazca. He conocido a una chica en Génova...

—¿De verdad? —chilló Eloisa.

—Por favor, nada de digresiones —intervino madama Ferro.

—Esto no es una digresión, madre, sino una explicación necesaria y obligada. Esta chica ha tenido una vida muy desafortunada, y lo único que la ayudó a salir adelante fue su vocación de fotógrafa. He reflexionado mucho y he llegado a la conclusión de que no tenía vocación de abogado, sino de lector.

—Lo comprendo, Edmondo —apuntó Raniero—, pero la vocación de tu amiga puede llegar a ser una profesión, mientras que no te van a pagar por leer.

—Lo sé muy bien: mi profesión es la de abogado, mientras que mi vocación es la lectura, así

que he decidido poner la primera al servicio de la segunda.

—Quieres decir que trabajarás lo justo para sobrevivir —intervino Eloisa—, mientras el resto del tiempo lo emplearás...

—¡En leer! —Madama Ferro concluyó la frase, con su pragmatismo habitual.

—Solo podré hacerlo si tú estás de acuerdo en administrar mis acciones del bufete; ¿lo harás?

—¡Espera un momento! —exclamó Raniero—. No estoy seguro de querer una esposa trabajadora.

—¿En serio, Raniero? —Edmondo le lanzó una mirada de reproche—. Creo que has dicho eso solo porque estás buscando pelea.

Raniero bajó la cabeza en señal de rendición.

—Otra cosa más, Eloisa —continuó Edmondo—, una cláusula que he introducido te exige que reclames a Ernesto que vuelva al bufete y le concedas un pequeño sueldo; así podrá terminar sus estudios.

—Por supuesto, lo haré con mucho gusto.

—¿Así que piensas aceptar? —le preguntó Raniero.

—Sí, seguiré los consejos de mi primo y aceptaré las dos propuestas que he recibido recientemente.

—¿Disculpa? —preguntó Raniero desconcertado.

—Dice que se casará contigo, cabeza de chorlito —expresó con concisa claridad madama Ferro.

—Bueno, entonces tan pronto como sea posible nos iremos a Turín, para que el notario prepare los papeles. Después iremos al ayuntamiento, para vuestras amonestaciones; por último, será necesario pasar por el bufete para explicarle las novedades al tío.

—Se va a volver loco cuando se entere de los poderes —dijo Eloisa.

—Sí, pero se sentirá muy aliviado al saber que te casarás antes de que tu embarazo sea visible, así que recuerda dejar esta noticia para el final.

—¿Os marcharéis, pues, por la mañana? —preguntó madama Ferro a media voz, entre la pregunta y la orden.

—Aguante unos días más, querida madre, no podemos presentarnos ante el notario sin haberle pedido una cita.

—Me retiro hasta la noche —manifestó ella como toda respuesta, y se marchó enfadada.

Edmondo, Eloisa y Raniero se entretuvieron un rato más en el porche, disfrutando del aire montaraz del atardecer, ese momento en que pasa de ser fresco a frío.

—¿Tu investigación ha tenido éxito? —le preguntó Raniero a Edmondo.

—Por desgracia, no —el abogado Ferro negó con la cabeza—, pregunté a las chicas de la lista que me diste y a otras personas más, pero ninguna de ellas vio a la señorita después del naufragio, ni viva ni muerta.

—Lo siento —se lamentó Raniero.

—Tenía que ser así. —Edmondo se encogió de hombros—. Tengo una pequeña petición más para ti, Raniero: ¿puedes pedirle a ese colega tuyo de Asti que busque noticias sobre cierta familia, por favor? —le dijo, entregándole una nota—. Te he apuntado el apellido y el pueblo en el que viven.

—No hay problema —aceptó.

—También tengo un favor que pedirte a ti, querida prima, un trabajito legal de los que tanto te gustan, siempre que tu estado te permita trabajar.

—Claro que sí —replicó Eloisa, enojada.

—Se trata de un galimatías con documentos de identidad causado por quién sabe qué errores de transcripción. Abreviando: se invirtieron los datos del registro civil de dos hermanas.

—¿Cómo fue posible tal cosa?

—¿Quién sabe? Incompetencia de los empleados del registro civil —especuló—, y padres semianalfabetos. Pero si no sientes capaz de trabajar en tu estado... —repitió, sabiendo muy bien que provocarla era la mejor manera de convencerla.

—Está bien, escríbeme los nombres de las chicas y el lugar de nacimiento; yo me ocuparé yo del resto.

Edmondo se emocionó hasta las lágrimas al ver a su prima y a su querido amigo firmando los documentos para las amonestaciones.

—¿No quieres que te ayude con esas maletas? —le preguntó Raniero mientras salían del ayuntamiento—. No entiendo por qué, una vez bajados del tren, no has querido pasar por casa para dejarlas, en vez de arrastrarlas primero hasta el notario y luego aquí.

—Déjalo en paz, Raniero —lo reprendió Eloisa—. Ya sabes que mi primo tiene un carácter peculiar. Ah, hablando de caracteres peculiares, cuando estemos en el despacho de mi padre en el bufete de abogados, déjame hablar a mí.

—Hay algo que yo también quiero decir, de todas formas, ¡no me apetece representar el papel de marioneta delante de mi suegro!

Esos dos iban a estar discutiendo toda su vida, pensó Edmondo, pero serían felices. Se enterneció y su mente voló a esa amada fotografía a la que había tenido que dejar en Génova.

—Era lo más correcto —dijo en voz baja.

—¿Lo más correcto? —le preguntó Eloisa—. ¿A qué te refieres?

—¡Al poder a tu favor y a vuestro matrimonio, por supuesto! —afirmó.

—Tengo algo para ti —anunció Raniero, entregándole un sobre.

—¡Oh, vuestras participaciones de boda; qué bonitas! —exclamó, con el sobre en la mano y encaminándose hacia el centro de la plaza.

—No, no son las participaciones, sino... ¡Eh, Edmondo! ¿Adónde vas? —Raniero intentó detenerlo—. El bufete está por ahí.

—Sí, pero la estación está por allí.

—¿No vienes con nosotros a ver a mi padre? —Eloisa lo siguió.

—¡Claro que no! —contestó, prosiguiendo su camino—. Si lo he puesto todo en tus manos, ha sido para ahorrarme determinados engorros.

—¿Te vas, entonces? —le preguntó Raniero—. ¿Vas a volver con esa chica de Génova de la que nos hablabas?

El abogado sonrió y su mente voló al dulcísimo y ya tan lejano recuerdo de aquella mirada penetrante y algo oblicua que unos días atrás lo había capturado desde lejos, en el muelle del puerto.

—No —se recobró—, solo quiero tomarme unos días para hacer un viaje con el que llevo

soñando desde hace mucho tiempo —dijo, dándose la vuelta, pero sin dejar de caminar.

—¿Adónde irás?

—Un poco aquí y un poco allá, lo que importa es que podré pasar mucho tiempo en el tren. — El cuaderno de las miradas tembló de alegría en su bolsillo.

—¡Si tú estás contento! —murmuró Eloisa.

—Adiós, queridos míos, nos veremos en vuestra boda. —Se despidió de ellos mientras se acercaba a un carruaje de la plaza. —Joven, ¿puede llevarme a la estación de Porta Nuova, por favor? —le preguntó al cochero—. Oh, pero usted y yo ya nos conocemos —le dijo al chico pelirrojo—. ¡Usted es Ruy Blas!... Quiero decir, cuando nos conocimos, ¡estaba usted leyendo *Ruy Blas*!

—Sí, ahora me acuerdo. —El chico le sonrió—. Lo llevé a la colina, a la villa Székely.

—Oh, sí, fue una noche horrible —dijo el abogado mientras subía al coche.

Se sentó en el asiento de cuero e, incluso antes de que el carruaje se pusiera en marcha, abrió el sobre que Raniero le había entregado: era la información sobre la familia Martinot que le había pedido, y que él enviaría cuanto antes a su querida fotógrafa para prepararla para la reunión familiar. Con aquellas pocas líneas, el abogado se enteró de que los miembros de la familia Martinot estaban todos bastante bien, incluida la hermana mayor, que había emigrado a Argentina. La cosecha del año anterior no había sido gran cosa, pero la situación había ido mejorando desde que el marido de la hija menor trabajaba en la granja, un tal Roberto Fassio, al que llamaban Berto. La pareja tenía una niña de un año y medio y esperaba su segundo hijo.

—¿Berto? —Edmondo le dio vueltas a ese nombre—. Pensaba que el novio de Amedea se llamaba Beppe.

El carruaje se sacudió y el cuaderno de las miradas se estrelló contra su pecho.

—¡Oh, tenéis razón, queridos! Gracias por habérmelo recordado.

El abogado llamó a la pequeña portezuela frontal, que permitía a los pasajeros comunicarse con el cochero.

—Disculpe, jovenzuelo —lo interpeló—. Antes de llevarme a la estación, ¿podríamos parar en esa bonita librería cerca del Palazzo Carignano?

—¿Quiere decir la Luxemburg?

—Exactamente, necesito unas provisiones para el viaje —dijo, acariciando el cuaderno de miradas a través de la tela de su chaqueta.

Agradecimientos

Quisiera darle las gracias a la fotógrafa Fiamma Grenni por la valiosa información sobre la fotografía de principios del siglo XX que tan generosamente compartió conmigo.

Título original: *Título original: La fotografia degli spiriti*
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano



Edición en formato digital: 2024

© 2022 Fazi Editore srl
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-25-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Agradecimientos
Créditos